

A l i L a n d

S O Y

B M U A E N A

Pàmies

A l i L a n d

S O Y
BUENA

Traducción de Concepción Gábana



Título original: *Good Me Bad Me*

Primera edición: octubre de 2017

Copyright © 2016 by Bo Dreams Ltd.

© de la traducción: Concepción Gábana Rueda, 2017

© de esta edición: 2016, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-16970-48-3
BIC: FF

Ilustración de cubierta y rótulos: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*Dedicado a las enfermeras de salud mental del mundo.
Las verdaderas estrellas del rock.
Este libro es para vosotras.*

«Pero los corazones de los niños son unos órganos delicados. Un inicio difícil en la vida puede dejarlos deformados de mil extrañas maneras».

Carson McCullers, 1917–1967

ÍNDICE

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

Agradecimientos

Contenido extra

¿Has soñado alguna vez con estar en un lugar muy, muy lejano? Yo sí.

Un campo lleno de amapolas.

Diminutas bailarinas rojas danzando un alegre vals.

Señalando con sus pétalos hacia un sendero que conduce a una orilla limpia.

Extensa.

Floto boca arriba en un océano turquesa y bajo un cielo azul.

No hay nada más. No hay nadie más.

Ansío oír las palabras «Nunca dejaré que te pase nada malo».

O «No fue culpa suya, solo era una niña».

Sí, estos son los sueños que tengo.

No sé qué va a pasarme. Tengo miedo.

Es algo diferente. No me han dado opción.

Lo prometo.

Prometo ser tan buena como pueda.

Prometo intentarlo.

**Sube ocho escalones. Sube otros cuatro.
La puerta de la derecha.**

La sala de juegos.

Así lo llamaba ella.

*Aunque lo que se jugaba allí era pura maldad,
y solo había un único ganador.*

*No, mamá. Por favor, no. Me duele. Por favor.
Tráeme entonces a alguien más con quien jugar.*

De acuerdo, mamá, lo haré, lo prometo.

*Cuando no era mi turno
me hacía mirar por un agujero en la pared.
Después me preguntaba: ¿Qué has visto, Annie?
¿Qué has visto?*

1

Perdóname si te digo que fui yo.

Que fui yo quien lo contó.

El detective era un hombre amable, con una gran barriga toda redonda. Al principio se mostró incrédulo. Pero luego saqué del bolso la ropita llena de sangre. Eran prendas tan pequeñitas...

Y el osito de peluche salpicado de rojo. Podría haberle llevado más cosas, había mucho donde elegir. Ella nunca supo que yo guardaba todo eso.

El detective se intentaba acomodar en su silla. Se sentaron muy derechos, él y su barriga.

Noté que su mano temblaba ligeramente al descolgar el teléfono. Venga ahora mismo, dijo. Deberías haber oído el silencio mientras esperábamos a que apareciera su superior. Para mí era soportable. Para él, en absoluto. Unas cien preguntas retumbaban como tambores en su cabeza. ¿Estará esta chica diciendo la verdad? No puede ser. ¿Tantos? No. Seguro que no.

Conté la historia otra vez. Y otra. La misma historia. Ante caras diferentes que me miraban, ante oídos diferentes que me escuchaban. Les conté todo.

Bueno.

Casi todo.

Cuando acabé mi declaración, el único sonido de la sala era el suave zumbido de la grabadora.

Tendrás que ir al juzgado, lo sabes, ¿verdad? Eres el único testigo, dijo uno de los detectives. ¿Crees que estará segura si la mandamos a casa, dijo otro, si lo que está diciendo es verdad? Tendremos una reunión de equipo en cuestión de horas, replicó el inspector jefe al cargo, que luego se giró hacia mí: no va a pasarte nada, dijo. Ya me ha pasado, quise contestar.

Todo fue muy rápido después de eso, tenía que ser así. Me dejaron en la puerta del colegio, en un coche sin distintivos, a la hora en punto de la salida de clase. A tiempo de que ella me recogiera. Me estaría esperando con sus peticiones, últimamente más urgentes de lo normal. Dos en los seis últimos meses. Dos niños pequeños. Desaparecidos.

Actúa con normalidad, me dijeron. Vete a casa. Iremos a por ella esta noche.

El sonido del reloj de mi cómoda era constante. Tic. Tac. Tic. Y lo hicieron. Vinieron. En mitad de la noche, con el elemento sorpresa a su favor. Se oyó un crujido apenas perceptible en el camino de grava de fuera. Yo estaba en la planta

de abajo en el momento en que derribaron la puerta.

Hubo gritos. Un hombre alto y delgado, vestido normal, a diferencia de los otros, dio una serie de órdenes que cortaban el olor agrio de nuestro salón. Tú, ve arriba. Tú, ahí. Vosotros dos, al jardín. Tú. Tú. Tú.

Una marea de uniformes azules se extendía a lo largo de nuestra casa. Con las pistolas en las manos contra el pecho, como si estuvieran rezando. Lo emocionante de la búsqueda y lo terrorífico de la verdad, grabados en sus caras en la misma proporción.

Y de repente tú.

Te sacaron a rastras de tu dormitorio. Tenías en la mejilla una marca roja de dormir, mientras intentabas asimilar lo que estaba pasando. No dijiste nada. Ni siquiera cuando te aplastaron la cara contra la alfombra ni cuando te leyeron tus derechos, ni cuando te inmovilizaron poniendo rodillas y codos sobre tu espalda. El camisón subido por encima de los muslos. Sin ropa interior. Indignidad máxima.

Volviste la cabeza a un lado. Me miraste. Tus ojos no se apartaban. Leí en ellos con facilidad. A ellos no les dijiste nada, pero a mí me lo dijiste todo. Asentí.

Pero solo cuando nadie miraba.

2

Un nombre nuevo. Una familia nueva.

Nuevecita.

Una.

Nueva.

Yo.

Mi padre de acogida es psicólogo. Es un especialista en traumas; tanto como su hija, Phoebe, aunque esta es más experta en lo que los causa que en el daño que producen. La madre, Saskia, creo que intenta que me sienta como en casa, pero no estoy segura. Es muy distinta a ti, mamá. Superdelgada y ausente.

Mientras esperaba a que Mike viniera a recogerme, todo el personal del hospital me decía que había tenido suerte. Qué familia más fantástica, los Newmont. Y plaza en el colegio Wetherbridge. Guau. Guau. GUAU. Sí, lo había conseguido. Debería sentirme afortunada, pero como realmente me siento es asustada. Asustada de descubrir quién y qué puedo ser.

Asustada de que también ellos lo descubran.

Hace ahora una semana que Mike vino a recogerme, hacia el final de las vacaciones de verano. Yo llevaba el pelo limpio y recién peinado, recogido en una coleta tirante. Practiqué cómo iba a hablar, si debía sentarme o quedarme de pie. A cada minuto que pasaba, oyendo las voces que no eran la suya, sino las de las enfermeras, que se contaban algún chiste, me iba convenciendo de que él y su familia habían cambiado de opinión. Que se lo habían pensado mejor. Permanecí clavada en el suelo, esperando a que me dijeran: Lo siento, no vas a ir a ningún sitio hoy.

Pero entonces apareció Mike. Me saludó con una sonrisa y un firme apretón de manos, nada formal, sino agradable, en tanto que me hizo saber que no tenía miedo de entablar contacto conmigo. De correr el riesgo de contaminarse. Recuerdo cómo percibió que no tenía apenas pertenencias, solo una maleta pequeña. En ella había puesto unos cuantos libros, algo de ropa y otras cosas que había escondido, recuerdos tuyos. Nuestros. No llevaba nada más, dado que nuestra casa estaba prácticamente vacía. No te preocupes, dijo Mike, iremos de compras. Saskia y Phoebe están en casa, añadió; cenaremos todos juntos, será una gran bienvenida.

Fuimos con el director del hospital. Poco a poco, poco a poco, dijo, tómate cada día según venga. Son las noches lo que temo, quise decirle.

Se intercambiaron más sonrisas. Más apretones de manos. Mike firmó algo, se giró hacia mí y dijo: «¿Lista?».

No, la verdad es que no.

Pero me fui con él de todos modos.

El viaje a casa fue corto, de menos de una hora. Cada calle y cada edificio eran nuevos para mí. Había luz cuando llegamos a la gran casa, con columnas blancas en la parte delantera. ¿Todo bien?, preguntó Mike. Asentí, aunque bien no me encontraba. Esperé a que abriera la puerta principal; se me puso un nudo en la garganta cuando me di cuenta de que no estaba cerrada con llave. Entramos, aunque podíamos ser cualquier desconocido. Llamó a su mujer. Sas, dijo, hemos llegado. Ya voy, fue la respuesta. Hola, Milly, dijo, bienvenida. Sonreí, es lo que pensé que debía hacer. Rosie, su terrier, me recibió también; se alzó, se apoyó en mis piernas y estornudó feliz cuando le rasqué las orejas. ¿Dónde está Phoebus?, preguntó Mike. Viniendo de casa de Clondine, respondió Saskia. Perfecto, dijo Mike, cenaremos en una media hora entonces. Sugirió también que Saskia podía enseñarme mi habitación; recuerdo cómo Mike asintió como intentando insuflar ánimo. A Saskia, no a mí.

La seguí escaleras arriba, intentando no contar los escalones. Una nueva casa. Una nueva yo.

En la tercera planta solo estáis tú y Phoebe; nosotros estamos una más abajo. Te hemos puesto en el dormitorio del fondo, tiene una vista preciosa del jardín desde el balcón.

El amarillo de los girasoles, de un tono asombrosamente brillante, fue lo primero que vi. Eran como sonrisas en un jarrón. Le di las gracias a Saskia, le dije que eran unas de mis flores favoritas, y ella pareció satisfecha. Curioseas cuanto quieras, dijo, hay ropa en el armario. Te traeremos más, por supuesto, podrás elegirlo todo tú. Me preguntó si necesitaba algo. No, respondí, y se fue.

Solté mi maleta y me dirigí a la puerta del balcón; comprobé que estaba cerrada con llave. Estaba a salvo. El armario, a la derecha, era alto y de pino macizo. No miré en el interior, no quería pensar en ponerme ropa para luego quitármela. Al girarme, descubrí que había cajones bajo la cama; los abrí y los recorrí con las manos por el fondo y por los lados. No había nada. Estaba a salvo, de momento. Un gran espejo empotrado cubría por entero la pared de la derecha. Di la espalda a mi reflejo, no quería recordarme a mí misma. Comprobé que el pestillo de la puerta del baño funcionaba, y que no podía abrirse desde fuera; después me senté en la cama y traté de no pensar en ti.

Después de un buen rato, oí unos pasos que subían machacando la escalera. Intenté mantenerme tranquila, recordar los ejercicios de respiración que me había enseñado el psicólogo, pero estaba confundida, por lo que cuando ella

apareció en mi puerta centré la vista en su frente, lo más cercano al contacto visual que podía manejar. «La cena está lista». Su voz fue como un ronroneo pastoso, con una pizca de mal humor, justo como la recordaba cuando nos reunimos todos con la trabajadora social. No pudimos vernos en el hospital. No autorizaron que ella supiera la verdad, ni siquiera permitieron que tuviera la oportunidad de preguntar nada. Recuerdo que me sentí intimidada por su aspecto: rubia y segura de sí misma, con pinta de estar aburrida, forzada a recibir a extraños en su casa. Durante la entrevista preguntó dos veces cuánto tiempo iba a quedarme con ellos. Las dos veces le dijeron que se callara.

Mi padre me ha pedido que viniera a avisarte, dijo, con los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud defensiva. Había visto al personal del hospital haciendo ver a los pacientes lo que significaba su lenguaje corporal, etiquetándolo. Yo observaba atentamente, aprendí un montón. Ya hacía varios días de aquello, pero lo último que dijo antes de girar sobre sus talones como una bailarina enfadada se quedó en mi cabeza: Ah, y bienvenida a esta casa de locos.

Seguí su olor, dulce, rosa, hacia la cocina, fantaseando sobre cómo sería tener una hermana. Sobre qué clase de hermanas podríamos ser ella y yo. Ella sería Meg, pensé, y yo sería Jo, unas *Mujercitas* particulares. Me habían contado en el hospital que la esperanza era mi mejor arma, que sería lo que me haría avanzar hacia adelante.

Los creí como una tonta.

3

Dormí con la ropa puesta esa primera noche. No me puse ninguno de los pijamas de seda que me había comprado Saskia, solo los había tocado para quitarlos de la cama. Ese resbaladizo tejido sobre mi piel... Podré dormir mejor a partir de ahora por la noche, aunque sea solo a ratos. Llevo recorrido un largo camino desde que dejé de estar contigo. La gente del hospital me dijo que no hablé durante tres días. Me sentaba en la cama, con la espalda contra la pared. Muy quieta. En silencio. Shock, lo llamaron. Es algo mucho peor, quise decir, algo que entraba en mi habitación cada vez que me permitía a mí misma dormir. Venía deslizándose, por debajo de la puerta, siseando algo hacia mí, haciéndose llamar mamá. Todavía lo hace.

Cuando no puedo dormir, no son ovejas lo que cuento, sino los días que quedan para el juicio. Yo contra ti. Todo el mundo contra ti. El lunes solo quedarán doce semanas. Ochenta y ocho días, y descontando. Cuento y descuento. Cuento hasta que lloro, y otra vez hasta que paro, y sé que no está bien, pero en algún punto de la cuenta empiezo a echarme de menos. Voy a tener que trabajar mucho lo del ahora y el antes. Hay cosas que debo ordenar en mi cabeza. Cosas que debo tener claras si me llaman a declarar en el juzgado. Hay mucho que puede torcerse cuando todos los ojos miran hacia el mismo sitio.

Mike tiene un gran papel que desempeñar en ese trabajo, un plan de tratamiento ideado entre él y el equipo del hospital que incluye una sesión de terapia semanal conmigo en la contrarreloj hasta el juicio. Es una oportunidad que tengo de comentar mis inquietudes y mis preocupaciones con él. Ayer sugirió los miércoles, a mitad de semana. Dije que sí, pero no porque yo lo quisiera así, sino porque él deseaba que yo lo quisiera así. Cree que eso ayudará.

Las clases empiezan mañana. Estamos todos en la cocina. Phoebe está diciendo gracias a dios, no veo el momento de volver al colegio y estar fuera de esta casa. Mike le ríe la gracia; Saskia parece triste. Durante la semana pasada he notado que algo no marcha bien entre ellas. Ambas viven casi por entero de forma independiente la una de la otra, y Mike es el traductor, el mediador. A veces Phoebe la llama «Saskia», no «mamá». Me esperaba que fueran a reprenderla por ello, pero no. No he observado tal cosa. Tampoco he visto que se rocen siquiera, y yo creo que el roce es un indicador del amor. Pero no el tipo de roce que has experimentado tú, Milly. Hay roces buenos y roces malos, decía el personal del hospital.

Phoebe anuncia que ha quedado con una tal Izzy, que acaba de volver de Francia. Mike sugiere que también vaya yo, para que me la presente. Phoebe pone los ojos en blanco y dice oh, venga, no he visto a Iz en todo el verano, la puede conocer mañana. Será bueno para Milly conocer a las chicas, insiste él, y que la llesves a los sitios por los que sueles salir. De acuerdo, concede ella, pero ese no es mi cometido.

—Es un detalle muy bonito de tu parte —dice Saskia.

Phoebe mira a su madre con altivez. Le mantiene la mirada hasta que gana. Saskia aparta la vista con un toque de rubor en las mejillas.

—Solo quería decir que me parecía que estabas teniendo un detalle bonito.

—Nadie te ha pedido opinión, ¿o sí?

Espero la reacción; una bofetada, que le lancen cualquier objeto. Pero no ocurre nada de eso. Solo Mike, que dice:

—Por favor, no le hables así a tu madre.

Cuando salimos de casa veo a una chica con chándal en el murete que hay frente al camino de acceso a nuestra casa que nos mira al pasar. Phoebe dice que te jodan, mierdecilla, búscate otro muro en el que sentarte. La chica le responde sacándole el dedo.

—¿Quién era esa? —pregunto.

—Una asquerosa de los bloques.

Señala con la cabeza hacia las torres de edificios que se encuentran a la izquierda del camino por el que vamos.

—Por cierto, no te acostumbres a esto. Iré a mi bola cuando las clases empiecen oficialmente.

—De acuerdo.

—La verja de allí recorre nuestro jardín hasta el final. No hay mucho más hacia allá, solo algunos talleres de coches y así, y es más rápido ir por aquí al colegio.

—¿A qué hora sueles irte por las mañanas?

—Depende. Normalmente me junto con Iz y vamos juntas. A veces pasamos por el Starbucks un rato, pero este año comienza la temporada de hockey y soy la capitana, así que me iré más pronto aún para entrenar.

—Debes de ser muy buena si eres la capitana.

—Supongo. Bueno, ¿cuál es tu historia entonces? ¿Dónde están tus amigos?

Una mano invisible se coloca en la boca de mi estómago, me lo revuelve todo y ahí se queda. Siento que me estalla la cabeza. Relájate, me digo; practicaba este tipo de cosas con el personal del hospital una y otra vez.

—Mi madre me abandonó cuando era pequeña. Vivía con mi padre, pero murió hace poco.

—Joder, vaya mierda.

Asiento y lo dejo ahí. Menos es nada, me dijeron en el hospital.

—Probablemente mi padre te lo enseñara la semana pasada: al final del camino a nuestra casa hay un atajo al colegio.

Señala a la derecha.

—Vas hasta el final, coges la primera calle a la izquierda y luego la segunda a la derecha y solo tardas cinco minutos desde ahí.

Estoy a punto de darle las gracias, pero algo la distrae, y su cara se transforma con una sonrisa. Sigo su mirada y veo a una chica rubia cruzando hacia nosotras, lanzando besos de forma exagerada. Phoebe se ríe y la saluda. Es Iz, dice. Izzy lleva unos pantalones cortos vaqueros desgastados y luce unas piernas muy morenas, y, como Phoebe, es guapa. Muy guapa. Observo cómo se saludan, cómo se piropean, cómo hablan a cien por hora. Se acribillan a preguntas, a respuestas, sacan sus móviles, se enseñan fotos. Hablan con coquetería de chicos, critican a una tal Jacinta, de quien Izzy dice que es un espanto en biquini, te juro que la puta piscina entera se vació cuando se lanzó al agua. Toda esta interacción ocurre en tan solo unos minutos, pero, con el embarazo de notar que sobro, parecen horas. Izzy entonces me mira y le dice a Phoebe:

—¿Quién es esta, la nueva pardilla del centro de rescate de Mike?

Phoebe se ríe y responde:

—Se llama Milly. Se quedará con nosotros un tiempo.

—Creía que tu padre no iba a traer a nadie más.

—Y yo qué sé, ya sabes que no puede resistirse a los desvalidos.

—¿Vas a ir a Wetherbridge? —me pregunta Izzy.

—Sí.

—¿Eres de Londres?

—No.

—¿Tienes novio?

—No.

—¡Joder! ¿Solo sabes hablar la lengua de los robots? Sí. No. No.

Agita de forma exagerada los brazos y hace un ruido mecánico como el que hacía ese tal Dalek del episodio de *Doctor Who* que vi una vez en una clase de teatro en mi antiguo colegio. Las dos estallan en carcajadas y vuelven a sus móviles. Me gustaría poder decirles que hablo así, tan despacio y de forma tan significativa, cuando estoy nerviosa y para filtrar el ruido, ese ruido blanco recalcado por tu voz. Incluso ahora, y especialmente ahora, estás aquí, en mi cabeza. A ti te requiere muy poco esfuerzo tener un comportamiento normal, pero para mí es un mundo hacerlo. Siempre me sorprendía lo mucho que te querían en el trabajo. No mostrabas violencia ni rabia, solo una sonrisa amable y

un tono de voz suave. Los tenías en la palma de la mano, los aislabas. Te llevabas aparte a las mujeres a las que sabías que podías persuadir y les hablabas al oído, muy cerca. Se sentían seguras, queridas. Así es como las hacías sentir. Por eso te confiaban a sus hijos.

—Debería volver a casa. No me encuentro bien.

—Vale —replica Phoebe—. Pero evítame cualquier problema con mi padre.

Izzy me mira de forma altiva con una sonrisa provocadora.

—Te veo en clase —dice, y mientras me alejo, oigo que añade—: Esto va a ser divertido.

La chica del chándal ya no está en el muro. Me paro a contemplar el barrio; sigo con la mirada los bloques de edificios hasta el cielo estirando el cuello hasta atrás del todo. No había bloques así en Devon, solo casas y campo. Hectáreas de privacidad.

Cuando vuelvo a entrar en casa, Mike me pregunta que dónde está Phoebe. Le hablo de Izzy y sonrío, como excusándose, supongo.

—Son amigas desde siempre —dice—. Tienen que ponerse al día de todo el verano. ¿Te apetece que tengamos una charla rápida en mi estudio, como preparación para el primer día de clase de mañana?

Digo que sí. Parece que lo digo mucho. Es una buena palabra, una palabra detrás de la que puedo esconderme. El estudio de Mike es grande, con ventanas que se abren, dominantes, hacia el jardín. Hay un escritorio de caoba, un marco de fotos y una lámpara de lectura verde de estilo antiguo, y montones de pilas de papeles. Hay una librería e hileras de baldas de obra llenas de libros; las demás paredes están pintadas de color malva. Todo respira equilibrio, seguridad. Mike mira cómo observo la librería y se ríe. Lo sé, lo sé, dice, son demasiados, pero, entre tú y yo, creo que uno nunca tiene demasiados libros.

Asiento.

—¿La biblioteca de tu antiguo colegio era buena? —inquire.

No me gusta la pregunta. No me gusta pensar en mi vida tal y como era antes. Pero respondo, demostrando voluntad.

—La verdad es que no, pero había una en el pueblo de al lado. Iba allí a veces.

—Leer es algo muy terapéutico; si quieres que te preste algún libro, solo tienes que decírmelo. Tengo muchísimos, como puedes ver.

Me guiña un ojo, pero no de una manera que me haga sentir incómoda; hace un gesto hacia un sillón y me dice que me siente y me relaje. Me siento y percibo que la puerta del estudio no está abierta; Mike debe de haberla cerrado mientras yo estaba contemplando sus libros.

—Es cómodo, ¿verdad? —dice, refiriéndose al sillón en el que estoy sentada.

Asiento con la cabeza. Intento mostrarme relajada, cómoda. Quiero hacerlo

bien. Es reclinatorio, añade, solo tienes que dar un toquecito a la palanca, dale si te apetece. No me apetece, y no hago nada. Pienso que estoy en una sala, sentada en un sillón que se reclina, con alguien a mi espalda, a solas los dos. No. No me gusta la idea.

—Sé que hemos debatido esto en el hospital antes de que te dieran el alta, pero es importante que repasemos todo en lo que entonces estuvimos de acuerdo antes de que el colegio te engulla las próximas semanas.

Se me empieza a mover un pie de forma nerviosa. Él se lo queda mirando.

—Pareces insegura.

—Un poco.

—Lo único que te pido es que mantengas la mente abierta, Milly. Tómate nuestras sesiones de terapia como momentos de respiro, como un punto para parar y coger aire. Tenemos menos de tres meses hasta que empiece el juicio, por lo que, en parte, trabajaremos en prepararte para ello, pero también continuaremos con la relajación guiada que empezaste en el hospital.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Sí, te ayudará en este recorrido.

—Es humano querer evitar las cosas que nos hacen sentirnos amenazados, Milly, las cosas que nos hacen sentir que no controlamos nada, pero es importante que vayamos por ahí, que empecemos el proceso de poner esas cosas a descansar. Me gustaría que pensaras en un lugar que te haga sentir a salvo; te preguntaré cosas sobre él la próxima vez que nos reunamos. En un principio, te parecerá algo difícil de hacer, pero necesito que lo intentes. Puede ser cualquier sitio: una clase de tu antiguo colegio, la ruta del autobús que solías coger...

Ella me llevaba al colegio todos los días.

—... o algún sitio en el pueblo donde vivías, como una cafetería, o la biblioteca que has mencionado; puede ser cualquier sitio, siempre que el sentimiento que le asocies sea de comodidad. ¿Le puedes encontrar sentido a esto que te digo?

—Lo intentaré.

—Bien. Entonces ¿qué me cuentas sobre mañana, cómo te sientes? Nunca es fácil ser la nueva.

—Trataré de parecer ocupada, eso ayuda.

—Bueno, confía en ti y no te exijas demasiado, Wetherbridge puede ser un auténtico barullo, pero no tengo dudas de que mantendrás el tipo. ¿Hay algo más de lo que quieras hablar o que quieras preguntar, algo sobre lo que te sientas insegura?

Todo.

—Nada, gracias.

—Vamos a dejarlo aquí por hoy entonces, pero si surge algo entre este momento y nuestra próxima sesión, mi puerta siempre está abierta.

Según me voy hacia mi habitación, no puedo evitar sentirme frustrada por que Mike quiera seguir con la hipnosis. Cree que llamándolo «relajación guiada» no reconoceré lo que es, pero sí lo hago. Oí a medias al psicólogo del hospital cuando le contaba a un colega que la técnica de hipnosis que había estado usando conmigo sería, seguramente, una buena forma de «desbloquearme». Mejor manténme bloqueada, quise decirle.

Oigo música al pasar por la habitación de Phoebe, por lo que debe de haber vuelto. Reúno el coraje suficiente para llamar a su puerta; quiero preguntarle qué me espera en el colegio mañana.

—¿Quién es?! —grita.

—Milly —contesto.

—Estoy ocupada preparándome para mañana —responde—. Deberías hacer lo mismo.

Le susurro a la puerta mi réplica —*Estoy asustada*—, y luego me voy a mi habitación y extiendo sobre la cama mi nuevo uniforme. Una falda azul, una camisa blanca y una corbata a rayas con dos tonos de azul. E intento, como puedo, no pensar en ti. Es todo lo que puedo hacer. En nuestro viaje de ida al colegio y en el de vuelta; trabajabas en el turno de mañana, por lo que no tenía que coger el autobús. Recuerdo la canción que cantabas mientras me dabas pellizcos. Cómo salivaba por el dolor. Nuestros secretos son especiales, habrías dicho cuando llegara el estribillo. Siempre se quedarán entre tú y yo.

Justo después de las nueve, Saskia viene a darme las buenas noches. Intenta no preocuparte por mañana, dice, Wetherbridge es una escuela estupenda, de verdad. Después de cerrar la puerta, la escucho en la habitación de Phoebe. Llama a la puerta, y luego la abre. Phoebe dice algo, y la puerta se cierra de nuevo.

4

Superé los dos primeros días de colegio, el jueves y el viernes de la semana pasada, sin incidentes, protegida por el programa de iniciación. Lectura de normas y expectativas, presentación de mi tutora, la señorita Kemp. Los de mi año normalmente no tienen tutores, pero como soy la única nueva este año, y la señorita Kemp da arte, me emparejaron con ella. La directora de mi antiguo colegio envió una carta mediante los servicios sociales en la que explicaba el talento que pensaba que yo tenía para el arte. La señorita Kemp parecía emocionada: dijo que se moría por ver qué podía hacer yo. Apareció, toda amabilidad y simpatía, aunque nunca se sabe. No del todo. Recuerdo su olor más que nada, a tabaco mezclado con algo que no podía determinar. Sin embargo, me era familiar.

El fin de semana fue tranquilo. Mike trabaja los sábados en su despacho de Notting Hill —que es de donde viene el dinero de verdad—. Saskia estuvo entrando y saliendo de casa, por el yoga y por otras cosas. Phoebe estuvo en casa de Izzy. Tuve un montón de tiempo para mí. El domingo por la tarde Mike y Saskia me llevaron a un cine que se llama The Electric en Portobello Road, y a pesar de que fue muy distinto de esas noches de cine que solíamos hacer en casa, pasé todo el tiempo pensando en ti.

Cuando volvimos, Phoebe estaba en unos recreativos, con pinta de enfadada. Qué enternecedor, dijo. Te preguntamos si querías venir, replicó Mike. Ella se encogió de hombros. Ya, claro, no he vuelto de casa de Izzy a tiempo, ¿verdad?

Subimos juntas la escalera. Parece que te estás adaptando bien, ¿no?, me dijo. Disfrútalo mientras dure, no estarás aquí mucho tiempo, nadie lo ha estado nunca. Sentí un vuelco en el estómago. Una alarma. Una señal.

A la mañana siguiente solo estábamos Mike y yo en el desayuno. Me contó que Saskia se había quedado en la cama para recuperar sueño atrasado. Él no sabe que he visto las pastillas en el bolso de su mujer.

Desafortunadamente, Phoebe se ha ido ya, dice. ¿Quieres que vaya contigo? Es tu primera semana completa. Le digo que estaré bien sola, aunque no estoy segura de que sea cierto. Durante los dos días de iniciación comí con otras chicas en el comedor del colegio. La curiosidad inicial pronto se convirtió en desinterés cuando las palabras —habla como un robot, se mira los pies, qué rara es. Yo solo podía intentar ocultar el temblor de las manos— comenzaron a expandir un daño

permanente por mi sistema nervioso —metiéndomelas en los bolsillos o llevando una carpeta—. Está claro que las cosas van rápido en este colegio; pasas en un segundo de ser interesante a no serlo. No tiene sentido mirar a Phoebe: es obvio que prefiere que no la asocien conmigo, por lo que me ignoran, firmemente, hasta insertarme en la categoría de «intrusa».

LA intrusa.

Pero hoy, lunes, es distinto.

Hoy, una ola intencionada de codazos y risitas de las chicas de mi clase me acompaña al cruzar el patio del colegio.

Se han dado cuenta de mi existencia.

Giro bruscamente a la derecha una vez dentro, para evitar el pasillo central y salir airosa de ese gallinero de chicas guapas, tóxicas y esnobs.

Dejo atrás las risitas y los agudos insultos que van de unas a otras, incluso entre las que son amigas —especialmente entre las que son amigas— y me dirijo a la sala de las taquillas.

Abro la puerta con la espalda. Llevo un montón de carpetas en los brazos.

Me giro. Lo veo inmediatamente.

Es de tamaño gigante. Está pegado en mi taquilla. Se trata de la foto escolar que me hicieron la semana pasada en el primer día de clase a tamaño póster. Se me ve incómoda, insegura. Fea. En ella tengo la boca ligeramente abierta, lo suficiente para que me hayan colocado ahí una imagen de un pene gigante y un bocadillo de diálogo:

«MILLY SE FOLLA A WILLY».

Me muevo; dejo que se cierre la puerta. Un suave portazo sella la sala. Me dirijo, como hipnotizada, hacia el póster. Hacia mí. Es curioso observarme de una manera en la que nunca me he visto. Un intruso de color rosa lleno de venas se proyecta hacia mi boca. Ladeo la cabeza; me imagino pegándole un mordisco. Un mordisco con ganas.

Desde el pasillo me llega un torrente de ruido, como si de un torrente de sangre se tratase, en el mismo momento en que la puerta se abre y se vuelve a cerrar. Siento unos pasos suaves detrás de mí. Quito el póster al tiempo que una mano se me acerca y me coge del hombro. El sonido metálico de sus pesadas pulseras y el distintivo aroma empalagoso me envuelven como una manta en un día caluroso. Me maldigo por ser demasiado lenta. Ha visto el póster antes de que yo pudiera ocultarlo, sé que lo ha visto. Qué idiota. Debería haberlo sabido. Tú me enseñaste muy bien.

—¿Qué tienes en la mano, Milly?

—No es nada, señorita Kemp, no pasa nada.

Déjame en paz.

—Vamos, Milly, puedes contármelo.

—No hay nada que contar.

Su enorme muestrario de anillos me aprieta en la clavícula cuando me da la vuelta para que la mire a la cara. Se reviste de autoridad, puedo notarlo, y si lo que he podido oír en las conversaciones de las chicas —sobre que es un poco tonta, o que se involucra en la vida de las alumnas demasiado— es verdad, sé que no dejará esto como está. Mis ojos, entrenados para estar siempre dirigidos al suelo, se mueven hasta sus pies. Lleva unos estúpidos zuecos *hippies*, con suelas de madera maciza. Cuanto más los miro, más parecen dos barcos encallados en la tierra, atrapados en un banco de arena oculto bajo su falda.

Vete a navegar y déjame en paz.

—No parece «nada», déjame ver.

Arrugo el póster contra la espalda. Pienso en un hechizo que me haga desaparecer. O que la haga desaparecer a ella. Bien. Mejor.

—Llegaré tarde, tengo que irme.

—No dejaré que te vayas si no te sientes bien. Enséñame, puedo ayudarte.

Su voz, la manera en que habla, es casi musical. Me siento mejor, un poco mejor. Mis ojos van subiendo. Las pantorrillas. Ella es nueva para mí. Sé precavida, sí, dijo mi psicólogo, pero recuerda que la mayoría de la gente no es una amenaza. Los muslos. Más mierda hippy, mierda estúpida. Una falda de pana, una camisa de cachemir; un proyecto andante sin acabar, el tipo de estilo caótico que odiarías, mamá. Colores y capas de ropa. Capas de ropa y colores. Con las manos entrelazadas, los anillos enormes tintineando y estrellándose entre sí como coches de choque. ¿Está nerviosa? No. Es otra cosa. Anticipación. Sí. Un momento de las dos. Vinculación, pensará. Su olor es menos opresivo ahora. La miro a los ojos: marrones y profundos, oscuros y suaves. Extiende la mano hacia mí.

—Déjame ver.

Suena el timbre, así que le tiendo el póster; no quiero llegar tarde a clase: otra razón para estar en el punto de mira. Ella intenta estirar los pliegues del papel, lo alisa contra un muslo, lo frota con la mano como si planchara. Miro hacia otro lado. Oigo que su respiración se acelera, como si estuviera conteniéndose. Cómo han podido, dice. Se me acerca, me pone una mano en la manga de la chaqueta, no sobre la piel. Afortunadamente.

—Preferiría olvidarlo, señorita.

—No, me temo que no; llegaré hasta el fondo del asunto, especialmente porque soy tu tutora. ¿Tienes alguna idea de quién está detrás de esto?

Respondo que no, aunque no es la verdad exacta. La semana pasada, en la

calle, las palabras de Izzy fueron: «Puede ser divertido».

—Me aseguraré de descubrirlo, Milly, no te preocupes.

Quiero decirle que no se moleste, que me he visto en peores situaciones, pero no puedo —ella no sabe quién soy, de dónde vengo—. Cuando mira el póster de nuevo, mis ojos se clavan en su cuello. El pulso es fuerte y continuo. Cada vez que le late, la piel de alrededor le tiembla un poco. Este pensamiento sale de mi cabeza cuando Phoebe e Izzy irrumpen en la sala, parándose en seco cuando ven que tengo compañía. Está claro que han venido a regodearse, con los móviles preparados en las manos, para capturar el momento: las miradas inquietas entre ellas lo hacen evidente. Nunca entiendo por qué la gente no esconde mejor lo que siente, aunque es justo decir que yo he tenido más práctica que la mayoría. La señorita Kemp las pilla mirándose la una a la otra y llega a su propia conclusión, a la conclusión correcta. Quizá no sea tan torpe ni tan tonta como piensan las chicas.

—Phoebe, especialmente tú, ¿cómo has podido? ¿Qué dirían tus padres sobre esto? ¡Estarían furiosos! No sé, no entiendo nada, no entiendo la manera en que os tratáis entre vosotras. Necesito pensar en esto. Presentaos en el aula de arte después de firmar la entrada y...

—Pero, señorita Kemp, hay una reunión para el viaje de hockey de las vacaciones del primer trimestre, y tengo que estar allí, soy la capitana.

—Por favor, no me interrumpas, Phoebe, ¿entendido? Tú e Izzy tendréis que estar en mi clase a las ocho y cincuenta y cinco como muy tarde, o de lo contrario este asunto irá más lejos, mucho más lejos, ¿queda claro?

Un silencio, no más de unos pocos segundos. Izzy habla.

—Sí, señorita Kemp.

—Bien, ahora id a firmar la entrada y luego, derechas a mi clase. Milly, tú también deberías firmar, y no te preocupes: yo me encargaré de todo.

El corazón me martillea durante todo el camino hacia el registro de firmas. La señorita Kemp, tan ocupada «involucrándose», no consiguió ver el gesto que Phoebe me dedicó cuando salimos de las taquillas. Se pasó un dedo a lo largo de la garganta. Con los ojos fijos en mí. Estás muerta. Yo. Estás muerta.

Como si pudiera matarme...

Phoebe, querida...

5

Menos de dos horas después, cuando estoy donde el quiosco, se acerca cada una desde un extremo distinto, como si fueran a estrujarme. Una versión pija y de melena al viento del juego de las sardinas enlatadas.

—¿Cómo te va la vida siendo la nueva putita de la señorita Kemp? —me dice el ardiente aliento de Izzy al oído izquierdo.

A Phoebe no se la ve. Es más lista que eso. A mi derecha, con la chaqueta remangada, Clondine, su otra mejor amiga, da un paso adelante, encantada de «ayudar». Los lavabos del bloque de ciencias, que casi nunca se usan y hacia donde me conducen, presagian problemas. Unas manos me empujan a través de la puerta. Me siguen empujando y me vapulean.

No pierden el tiempo.

—Te crees muy lista, ¿verdad? Mira que chivarte a tu querida señorita Kemp...

—No me he chivado.

—¿Has oído, Clondine? Lo niega.

—Oh, la he oído perfectamente, solo que no la creo, joder.

Izzy se acerca, con el móvil en una mano. Nos graba. Me empuja. Muy fuerte. Su aliento huele a fresa: es tan tentador que podría deslizarme hasta su boca. El chicle es visible a través de sus perfectos dientes de animadora, sin aparato, no como Clondine, que tiene la boca llena de hierros de colores. Pone una mano sobre el muro justo encima de mi cabeza; quiere que me sienta pequeña, amenazada. Lo habrá visto en alguna película. Hace un globo con el chicle, rosa y opaco, que se pega a mi nariz y se estrella contra ella. Estallan las risas. Izzy retrocede y Clondine ocupa su lugar.

—Dame tu número. Y no digas que no tienes móvil, Phoebe nos ha contado que Mike te compró uno.

Silencio.

Oigo tu voz en mi cabeza. *ESA ES MI CHICA, DEMUÉSTRASELO. DA GRACIAS AHORA, COSA QUE DEBERÍAS, POR LAS LECCIONES QUE TE ENSEÑÉ, ANNIE.* Tu elogio, algo tan infrecuente, llega rasgándome como si se tratara de un arbusto en llamas que se traga casas y árboles, y a chicas adolescentes menos fuertes, con su hambrienta boca ardiente. Me enfrento a sus miradas, con restos del chicle de Izzy colgando de la barbilla. Están confundidas por mi actitud desafiante, lo veo. Están a la espera. Con los jugosos labios crispados, con los ojos ligeramente más abiertos. Sacudo la

cabeza de forma lenta y deliberada. Izzy, la más ávida de las dos, muerde el cebo.

—Dame tu maldito número de teléfono, zorra.

Sus manos me empujan y su cara se aprieta contra la mía; doy la bienvenida al contacto. Soy real. Mírame, siénteme, pero que sepas que vengo de un sitio donde esto es solamente un calentamiento.

Sacudo la cabeza otra vez.

Una sensación punzante me barre la mejilla, pasando por la oreja, hasta el otro lado. Me han abofeteado. Oigo carcajadas de admiración por la actuación de Izzy. Tengo los ojos cerrados, pero la imagino haciendo una reverencia, como si hubiera acabado su actuación. Su voz suena desmayada, el zumbido de mi oído amenaza con silenciarla, pero las palabras son inconfundibles.

—No-te-lo-volveré-a-preguntar.

Y yo nunca olvido.

Nunca.

Cuando consiguen lo que quieren, se marchan. Me toco con una mano la mejilla caliente y me acuerdo de ti. Me siento absorbida. Comienzo a tener un torbellino de recuerdos. Estamos de vuelta en nuestra casa; puedo oler la lavanda que tanto te gustaba, la del jarrón del baño. Es la noche que te detuvieron, yo había estado en la comisaría toda la tarde. Escribí una nota falsa firmada por ti y la llevé a la secretaría del colegio; pude irme después de comer sin que me preguntaran nada.

Me aterrorizó verte aquella noche, encontrarme con tu mirada, como si la vergüenza secreta de lo que había hecho estuviera garabateada en mi cara, pintada con un spray. Me ofrecí para planchar, porque quería hacer cualquier cosa para parar el temblor de mis manos, y así podría estar armada si la policía llegaba antes y tú ibas a por mí. Parecías distinta, más pequeña, todavía intimidante, aunque ya no tanto. Pero no eras tú la que había cambiado, era yo. Veía el final. O el principio.

Me preocupaba que no vinieran, que se lo hubieran pensado mejor, que hubieran decidido que me lo había inventado todo. Intenté respirar con normalidad, estar normal. No era algo que importara mucho, ya que tú eras impredecible en cada momento. En un minuto estabas colocando flores en un jarrón y al siguiente me pedías que pusiera la tele. No quedan muchas tareas diarias que no me recuerden a ti, que no me recuerden cómo te gustaba exactamente que se hicieran. Cuando llegaba la hora de acostarse, esperaba hasta que me decías dónde iba a dormir. A veces en tu cama; otras veces me concedías un respiro y me mandabas a la mía. Lo divertido, o triste, del asunto era que una parte de mí quería dormir contigo esa noche sabiendo que podía ser la última, y

otra parte estaba demasiado asustada para subir las escaleras sola. Ocho escalones, luego otros cuatro, la puerta de la derecha. Enfrente de la mía. La sala de juegos.

No dijiste nada al cerrar la puerta de tu habitación: era una de *esas* noches. Podías estar días sin hablarme o sin siquiera reconocirme para luego pasar a engullirme, a engullir mi piel, mi pelo, en minutos, a engullir cualquier cosa que pudieras coger de mí. Te dije adiós esa noche, lo susurré. Creo que pude haber dicho «Te quiero», y lo dije. Todavía lo hago, aunque intento no hacerlo.

Cuando subí la escalera, en el descansillo, me apoyé en la pared de la habitación frente a la mía; necesitaba sentir algo sólido contra mí, aunque enseguida me moví. Las oí, oí las voces de los pequeños fantasmas sangrando a través de la pared. Revoloteando. Desplomándose. En una tierra de nadie.

La chica que le sacó el dedo a Phoebe estará allí esperando, sé que estará. La he visto un par de veces desde aquella primera tarde. Giro por la esquina que lleva a mi calle y ahí está, sentada sobre el murete frente a nuestra casa. Siento algo en la tripa: un apretón, miedo no. Placer, pienso. Excitación. Es pequeña y está sola. No he hablado con ella aún, pero estoy valorándolo. Según me acerco, empieza a balancear las piernas y golpea alternativamente con los pies los ladrillos del muro. Tiene el ojo derecho magullado e inflamado, solo lo abre un poco. Lleva una camiseta azul, de un equipo de fútbol. Su ojo abierto me observa cuando paso por delante. Parpadea muchas veces, como si emitiera un código morse con un solo ojo. Saco una bolsa de patatas fritas y la abro con un «pop»: es como si la bolsa supiera que también es parte del juego. Miro a la chica de un vistazo rápido. Su ojo bueno mira a lo lejos. Comienza a silbar algo alegre. Es muy pecosa y se muestra distante. Me encojo de hombros y atravieso el camino. Tres, dos...

—¿Tienes algo de comer?

Uno.

Me giro para encararla.

—Puedes comerte mis patatas si quieres.

Mira alrededor, sobre su hombro, como si comprobara si estamos solas, y pregunta:

—¿De qué sabor son?

—De sal y vinagre.

Voy hacia ella, tendiéndole la bolsa de patatas. Si las quiere, tendrá que bajar del muro. Sus gastadas zapatillas terminan su baile: pum, pum, derecha, izquierda. Le pregunto su nombre, pero me ignora. Solo le lleva unos minutos

meterse a paladas, más que comérselas, las patatas en la boca. Las devora. Vuelca la bolsa hasta que le tapa la cara y da unos golpecitos en la base de la bolsa para finiquitar las migajas que quedan. La bolsa vacía vuela, flotando, hacia el suelo. Es mayor de lo que parece, doce o trece años quizá. Es pequeña para su edad.

—¿Tienes algo más?

—No, nada más.

Hace un globo de saliva que me resulta tan desagradable como fascinante por la manera en que se forma en sus labios y por cómo lo absorbe luego. Es algo atrevido y pueril a la vez. Quiero preguntarle por qué se sienta tanto aquí sola, por qué un muro de la calle es mejor que su casa, pero se va. Se encamina hacia uno de los bloques. La miro irse; ella lo sabe de alguna manera, siente que la estoy observando. Gira la cabeza y me dedica una mirada que creo que quiere decir «¿Qué problema tienes?». Sonríó como respuesta y ella se encoge de hombros mientras se me queda mirando. Lo intento otra vez.

—¡¿Cómo te llamas?! —le grito.

Se para, se da la vuelta para encararme y restriega una de sus zapatillas contra el suelo. Una vez. Dos veces.

—¿Quién quiere saberlo?

—Milly. Soy Milly.

Entrecierra los ojos y aparece un flash de incertidumbre en su cara, pero contesta de todos modos.

—Morgan —dice.

—Es un nombre muy bonito.

—Ya —replica; se va al trote y pronto queda fuera de mi vista.

Según atravieso el camino, deletreo su nombre, letra por letra, haciendo que estas se me deslicen por la lengua y los labios, y cuando voy a buscar las llaves en el bolso, no puedo evitar sentirme complacida. Me he defendido sola ante Clondine e Izzy y he hablado con la chica del muro. Puedo hacerlo. Puedo vivir sin ti.

6

Me las he arreglado hasta ahora para mantener en secreto tus visitas nocturnas.

Para esconder que te deslizas como una serpiente por debajo de la puerta y vienes hasta mi cama. Tu cuerpo cubierto de escamas se tiende junto al mío, midiéndome, recordándome que todavía te pertenezco. Acabo en el suelo por la mañana, hecha una bola, con el edredón por la cabeza. Tengo la piel caliente, aunque por dentro estoy helada; es difícil de explicar. Leí una vez en un libro que la gente violenta tiene la cabeza caliente, mientras que los psicópatas tienen el corazón frío. Caliente y frío. Cabeza y corazón. ¿Pero y si provienes de una persona que es ambas cosas? ¿Qué ocurre entonces?

Mañana, Mike y yo tenemos una cita con los fiscales, esos hombres, o mujeres, reclutados para acabar contigo, para tirar al fondo del mar la llave de tu celda. ¿Te preguntas por qué, mientras estás ahí sentada, encerrada, por qué me fui de la lengua en ese momento, cuando ya habían pasado tantos años? Hay dos razones, pero solo una sobre la que puedo hablar, y es esta.

Qué bonita edad los dieciséis..., los míos. No es hasta diciembre, aunque empezaste a planearlo hace meses, pero no de la manera en que lo haría una madre. Será un cumpleaños que nunca olvidarás, dijiste. O al que no sobreviviré, recuerdo que pensé. Empezaron a llegar correos electrónicos de gente que habías conocido. Del vientre oscuro de Internet. Era una lista corta: tres hombres y una mujer; los invitaste a venir, a compartir la diversión. A compartirme. Iba a ser mi cumpleaños, pero el regalo era yo. Había una piñata. Qué bonitos los dieciséis, dijiste, te morías de ganas. Tus palabras eran como pasteles de azúcar en tu boca, como limones para mí: amargas y agrias.

Siento que empiezo a tener una migraña cuando me preparo para ir al colegio, otro regalito que me has dejado. Los botones de la camisa desafían a mis dedos, como si tratara de enhebrar una aguja con palillos chinos. Me lleva más tiempo de lo normal, y para cuando paso por delante de la habitación de Phoebe, la puerta está cerrada, y me pregunto si ya se habrá ido. No la he visto desde ayer en las taquillas del colegio. Espero que ella y las chicas hayan tenido ya suficiente «diversión» conmigo.

Nuestros dormitorios están en la tercera planta, en cuyo descansillo hay una alfombra de pelo grueso y color crema. En la planta inferior hay baldosas. Doy el último paso en falso y tropiezo; aterrizo en el frío mármol. Debo de haber

gritado, porque Mike sale de la cocina.

—Tranquila —dice—. Déjame ayudarte.

Me sienta en el último escalón de la escalera y se pone a mi lado. Qué estúpida, digo.

—No te preocupes —dice—. Ya te acostumbrarás, la casa aún es nueva para ti. Te estás cubriendo los ojos de la luz, ¿tienes una migraña?

—Creo que sí.

—Nos dijeron que era de esperar. Quizá sería mejor si no vas a clase, esta mañana al menos. Intenta dormir un poco.

Mi primer instinto es decir que no, pero luego recuerdo dónde estoy —y dónde estás tú—. A veces te cogías un viernes libre y tenías así un fin de semana largo. Llamabas al colegio y decías que yo estaba enferma, un virus estomacal o la gripe. Tres días enteros, solas tú y yo.

—Ya ha hervido el agua, te haré un té y luego vuelves a la cama, ¿vale?

Asiento y me ayuda a levantarme. Le pregunto dónde están Saskia y Phoebe; ya se han ido, me explica.

—Eso me recuerda que Sas te ha dejado un regalo en la cocina.

El regalo es pequeño y de forma cuadrada. Está envuelto en papel azul con un lazo rojo.

—Ábrelo si quieres.

El gesto es amable. Me siento a la mesa mientras veo a Mike cómo hace el té, cómo levanta de forma suave los objetos que utiliza y los deposita de igual manera; me inunda una sensación de gratitud. No hay mucha gente que acogería a alguien como yo, no hay mucha gente que querría esa responsabilidad. Ese riesgo. Lucho para que no se me caigan las lágrimas, pero me ganan. Aterrizan sobre el mantel lila. Mike se da cuenta al traerme la taza de té y se sienta en una silla a mi lado. Mira el regalo sin abrir en mi mano, me dice que no me preocupe. Tómate tu tiempo, dice, bébete el té, tiene miel; lo dulce ayuda.

Tiene razón; que esté caliente también ayuda.

—Sé que es martes, pero deberíamos vernos luego, si te parece bien. Creo que te beneficiaría hoy, ¿qué opinas?

Asiento, aunque quiero decir que no. No quiero que me arrolle, que bucee en mis pensamientos y deseos más íntimos. Se disgustaría si supiera que te echo de menos; te estoy echando de menos mientras estoy aquí sentada. Cuando he descornado las cortinas esta mañana he descubierto una casita para pájaros en el jardín de los vecinos que me ha recordado cuando construimos una juntas. Usaste un martillo para clavar los clavos. Cuando te pedí que me dejaras hacerlo a mí, me acariciaste el pelo, dijiste sí, pero ten cuidado con los dedos. La enfermera que hay en ti, pensando en prevenir el dolor antes que en causarlo por

una vez...

—Bueno, ya tienes algo más de color en la cara. ¿Por qué no vas a echarte un poco y te despierto más tarde?

Procuro dormir el resto de la mañana. Mike trabaja en casa por las mañanas y comemos juntos, una sopa que ha hecho Sevita, la asistenta, y sándwiches de jamón. Rosie se sienta con su nariz casi tocándome una pierna, con sus aburridos ojos marrones como nublados. Le doy un trozo de jamón cuando quitamos la mesa.

La luz del estudio de Mike es agradable: dos lámparas, ninguna de techo. Me dice que bajará los estores pero que dejará abiertas las contraventanas. La cuerda de los estores tiene unos pompones de color púrpura muy elaborados. Él sigue mi mirada y sonrío.

—Sas. Ella es la artista, no yo.

Va hacia su escritorio, baja la pantalla de su portátil y se quita las gafas. Toma asiento, dice, señalando al sillón en el que me senté la última vez. Cuento mientras me siento, de diez hacia atrás, tratando de calmar mi respiración. Él coge un cojín de otro sillón, de terciopelo azul. Viene hacia mí y lo pone en el brazo de mi sillón. Sonríe. Se sienta enfrente de mí, cruza las piernas y entrelaza los dedos de las manos; sus codos descansan en los brazos de su sillón.

—Estoy convencido de que tienes en la cabeza todo el tiempo lo de mañana, lo de la reunión con June, los abogados... Recuerdas a June, ¿verdad? Es la mediadora social del caso, la conociste de forma breve en el hospital.

Asiento.

—Hablabamos sobre unas cuantas cosas, pero básicamente sobre que podrán interrogarte para volver a comprobar tu versión de los hechos.

Cojo el cojín y lo abrazo.

—Sé que es duro para ti, Milly, y sé lo doloroso que fue declarar contra tu madre, para empezar, pero, pase lo que pase, estaremos contigo.

—¿Qué querrán preguntarme? ¿Tendré que contarle todo otra vez?

—No estamos seguros al cien por cien todavía; los fiscales están intentando descubrir cuál será la estrategia de la defensa.

Ojalá pudiera decirle que no tienen que preocuparse por la defensa, sino por ti. Habrás dado buen uso a todas las horas que has pasado confinada en la celda. Estoy segura. Habrás pensado un plan.

—Pareces confundida, Milly. ¿En qué piensas?

Que si hubiera ido antes a la policía, Daniel, el último chico que te llevaste, aún estaría vivo.

—La verdad es que nada. Solo me estaba preguntando si los abogados que defienden a mi madre recibieron una copia de mi declaración.

—Sí, la tienen, y probablemente te interrogarán a partir de ella. Eres el testigo

clave en el juicio a tu madre, y la defensa tratará de encontrar alguna vía que menoscabe tu versión, de crear una duda razonable sobre ciertos hechos.

—¿Qué pasa si meto la pata o digo algo mal?

—No quiero que te preocupes por eso ahora. Tenemos mucho tiempo para prepararnos si te citan a declarar. Afortunadamente, sabremos algo más mañana. Pero lo importante es que recuerdes que no es a ti a quien juzgan, ¿de acuerdo?

Asiento y digo que sí. Por ahora, pienso.

Tan pronto Mike empieza, compruebo que es mejor que el psicólogo del hospital, o quizá es que estoy más cómoda con él. Quiero dejar atrás el pasado. Lo hago. Aun así, intento resistirme a relajarme durante la sesión. Tengo las manos apretadas en puños; Mike me dice que afloje los dedos y que me concentre en respirar, que cierre los ojos y recline la cabeza sobre el respaldo del sillón. Me pide que describa mi lugar seguro, y lo hago. Su voz es muy baja. Constante. Suave. Inspira, expira. Se mueve por mis extremidades, pidiéndome que las tense y las relaje. Una vez. Y otra. Ahora con más fuerza. Deja que tu mente vaya donde quiera, donde necesite ir.

Mi lugar seguro se disuelve. Vienen otras cosas a primer plano. Las imágenes se afinan y la cabeza me da vueltas, nada contra ellas, trata de rechazarlas. Una habitación. Una cama. La oscuridad, la sombra de unos árboles en el techo que bailan siguiendo unas pautas maníacas. La sensación de ser observada, una sombra oscura detrás de mí. A mi lado. Me respira en el cuello. La cama se hunde cuando la sombra se tumba junto a mí. Está demasiado cerca. No habla, se mueve a mi alrededor. Por encima de mí. Es mala. La voz de Mike está muy lejos ahora; apenas puedo oír lo que dice. Sigo intentando volver a un sitio al que no quiero ir: la habitación frente a la mía, con el sonido de niños llorando y tú riéndote.

Me pregunta qué más puedo ver u oír. Unos ojos amarillos brillando en la oscuridad, le digo. Un gato negro, del tamaño de un hombre, como un centinela, en mi cama, enviado a observar, a mantenerme ahí. Extendiendo y retirando sus garras.

—No me gusta, quiero irme.

La voz de Mike, más clara ahora, me dice que vuelva a mi lugar seguro. Ve hacia allí, me dice. Lo hago. Voy al hueco del viejo roble de detrás de nuestra casa. Solía trepar por él, por el corazón del árbol, cuando trabajabas los fines de semana y no me llevabas contigo, y miraba cómo cambiaba la luz por el campo. Carmesí y naranja.

Me sentía segura.

—Cuando estés lista, abre los ojos, Milly.

Me quedo quieta durante un minuto o dos. Siento humedad bajo la barbilla.

Abro los ojos y miro el cojín, que está empapado de lágrimas, el terciopelo lleno de motitas. Miro a Mike. Tiene los ojos cerrados y se aprieta el puente de la nariz con los dedos, se lo masajea. Está haciendo el cambio de psicólogo a padre de acogida. Abre los ojos cuando empiezo a hablar.

—Debo de haber llorado.

—A veces los recuerdos nos hacen eso.

—¿No hay otra forma de hacer esto?

Mike sacude la cabeza, se sienta derecho en su sillón y dice:

—La única forma es atravesando el camino.

Abro el regalo de Saskia cuando vuelvo a mi habitación. Lo primero que veo dentro de la cajita cuadrada es algo de oro. Una cadena con un nombre. Milly, mi nuevo nombre, no Annie. Deslizo los dedos por el contorno de las letras, por sus bordes afilados, preguntándome cuánto puede cambiar un nombre a una persona, si la puede cambiar del todo.

Termino un trabajo de francés, y estoy a punto de ponerme a dibujar cuando oigo que la puerta de la habitación de Phoebe se abre y se vuelve a cerrar; luego oigo pasos en la escalera, como si estuviera sacando sus cosas y se hubiera ido luego abajo. La sigo unos minutos después. Quiero ver si Saskia está en casa para darle las gracias.

La encuentro con Phoebe en el salón, un espacio acogedor lleno de cómodos sofás, con una pantalla de cine en la pared. La tele está puesta, pero Saskia la apaga cuando entro. Sostiene un vaso contra el pecho. Los hielos tintinean en el vaso, de cristal pesado. Con una rodaja de lima. Phoebe se encorva hacia su móvil, no me mira.

—Hola, Milly, ¿te encuentras mejor? Mike me ha dicho que tenías migraña.

—Mucho mejor, gracias, y gracias por el regalo.

Le enseño el collar y ella sonríe, como en una nebulosa. Le gustan las bebidas fuertes, letales cuando las mezcla con sus pastillas. Phoebe echa un vistazo, se levanta del sofá y va hacia mí.

—Déjame verlo —dice, pero no espera a que se lo enseñe y me coge la cadena de la mano. Saskia estira las piernas y deja el vaso en la mesa baja frente a ella, llena de pilas y pilas de revistas de decoración. Está por levantarse, creo, pero, antes de que pueda hacerlo, Phoebe se gira hacia ella y dice:

—Increíble. Dijiste que era especial cuando me regalaste el mío al aprobar todo el año pasado. ¿Qué ha hecho ella de especial?

—Phoebes, para. Es un regalo de bienvenida, se supone que para hacer que...

—Sé exactamente qué has querido hacer.

Phoebe se vuelve, se me encara y dice:

—No te creas que eres especial, porque no lo eres.

Me incrusta el collar contra el pecho y me empuja al irse.

Miro a Saskia y le digo que lo siento, pero dice que es culpa de ella y no mía; luego coge su vaso, se lo acaba, se hunde de nuevo en el sofá y se queda mirando la pantalla apagada.

7

A la mañana siguiente intento ignorar los nervios que siento a causa de Phoebe, por la forma en que me ve como otra intrusa que no es bienvenida, la última de una larga lista de niños de acogida. Al bajar la escalera, me prometo a mí misma que voy a encontrar la manera de hacerlo mejor, de hacer que las cosas funcionen entre nosotras. Me paro en la primera planta y escucho la conversación que tiene con Mike.

—¿Cómo hace para no ir a clase? —pregunta—. ¿Por qué yo no puedo hacer lo mismo?

Es obvio, por el tono jovial y bromista con el que Mike le responde, que la señorita Kemp no le ha contado lo del póster de las taquillas. Mi tutora debe de estar aún viendo qué hace, manejándolo «con tranquilidad».

Intento sentir a través de la camisa las marcas en las costillas, el familiar patrón de cicatrices ocultas como un código, como un mapa. Como braille en mi piel. Dice dónde he estado, qué me ha pasado allí. Odiabas que me cortara, un hábito inmundo y repugnante, habrías dicho, pero, por mucho que lo intentaba, no podía parar.

Unos pasos sobre mí me devuelven al presente y bajo la mano. Una planta más arriba Saskia comienza a bajar. Se dirige hacia mí y dice:

—Buenos días, ¿todo bien?

Hay un quiebro en su voz que desespera por ser creíble, por hacer un mejor trabajo conmigo que el que ha hecho con Phoebe. Asiento con la cabeza. Me callo la respuesta. La realidad es que la mayoría de la gente no puede soportar la verdad, mi verdad.

Oigo un soniquete amortiguado por el mármol del piso de abajo. Rosie. Da vueltas unas cuantas veces y se restriega contra las baldosas, dentro de un cuadrado de sol. Observo cómo respira. Su panza de pelos enredados sube y baja. Pienso en mi perro, Bullet, un Jack Russell que rescatamos de la perrera, otro intento de ser normal y de deshacernos de las ratas de nuestra vieja casa, que se fueron pronto. Le decías «buen chico», hasta que puso su atención en el sótano. Arañaba y olisqueaba la puerta. El instinto se lo decía: sabía lo que había ahí.

Podía olerlo.

Lo ahogaste en un cubo mientras yo estaba en el colegio. Su cuerpo se quedó rígido; el pelaje, liso y mojado. Lo envolví con la colcha de su camita y lo

enterré en el jardín. No tuve el valor de llevarlo al sótano. Allí no.

Las ratas no tardaron ni una semana en volver.

Saskia sonrío y dice:

—Sé que hoy es un gran día; vamos a que tomes un buen desayuno.

La sigo, a ella y al aroma de su carísimo aceite corporal, a la cocina.

La radio está puesta; están dando los titulares de las noticias.

Tú.

Eres la atracción principal por las peores razones del mundo. Es sutil, pero lo oigo: oigo el matiz en la voz de la presentadora cuando detalla los cargos contra ti. Saskia y Mike se miran. Phoebe no lo sabe, pero hace una pausa igual, con una tostada balanceándose a mitad de camino de su boca.

—Putá psicópata... Deberían colgarla —dice.

Se me hace un nudo en el estómago. Centro la vista en el objeto más cercano, lo tiro al suelo. Se rompe en pedazos al golpear en las baldosas de pizarra: un charco rojo de mermelada colorea el suelo. Me inclino, y mi mano toca los cristales. Más color rojo, esta vez de mi dedo. Se oye un arrastrar de sillas y alguien apaga la radio. Lo siento, digo, lo siento. Phoebe me mira, murmura «friki» y se va; oigo a Rosie aullar cuando pasa a su lado. Mike se agacha junto a mí. No deberíamos haber tenido puestas las noticias, no hubiéramos querido que lo oyeras, dice.

Tu nombre. Los cargos contra ti, mamá.

Mi realidad hecha pública.

Me encojo de hombros. Solo veo rojo, pero estoy acostumbrada. Se derramaba, se fugaba, se filtraba por las grietas de las tablas del suelo, y era imposible hacerlo desaparecer por mucho que se fregara. Recuerdo las horas pasadas en el hospital, donde «ellos», los profesionales, trataban de prepararme para la vida que tendría sin ti. Para cómo responder a preguntas como de dónde eres, a qué escuela ibas, por qué vives en una familia de acogida. Para lo que no me prepararon, para lo que no pudieron prepararme, fue para todo lo que me parezco a ti. Y aunque estés en las noticias muchos días, cuando el juicio empiece será peor. Mucho peor.

Estarás en todas partes.

Estaré en todas partes.

«Eres clavada a tu madre», solían decir en el refugio de mujeres en el que trabajabas. *De eso es de lo que tengo miedo*, respondía en mi cabeza.

Limpio el estropicio del suelo. Mike trata de ayudarme, pero le pido que no lo haga. Me tiende una tirita para el dedo. Come algo, dice Saskia. Ponlo en práctica tú, quiero responderle, pero en cambio digo:

—No creo que pueda desayunar, voy a lavarme los dientes.

Mike dice que me esperará en el recibidor, que no tarde, que tenemos que estar donde los abogados a las nueve. Oigo a Phoebe hablando por el móvil, riéndose, cuando paso por delante de su habitación, contando la historia de cómo he tirado la mermelada, probablemente a Izzy o a Clondine. Y cuando me estoy lavando los dientes oigo tu VOZ: *¿QUIÉN HACE ESO? ¿QUIÉN ENTREGA A SU MADRE?* No respondo. No sé qué decir ni cómo sentirme al ser esa persona.

Cuando estoy bajando la escalera, me paro a hacerle cosquillas a Rosie en la barriga, en su abrigo de pelo rojizo y enredado. Aprecia la suave caricia: su rabo barre el suelo.

—Le gustas, ya lo sabes —dice Mike al acercarse.

—Y a mí me gusta ella.

—Creo que cogemos el metro, será más rápido que comernos un atasco.

Nos unimos a la multitud de pasajeros cuando llegamos a Notting Hill Gate; bajamos al metro y lo cogemos enseguida. El vagón en el que vamos está a tope, lleno de los trabajadores de la City; trajeados, con las chaquetas en el brazo y las camisas remangadas para sobrellevar el calor del metro, incluso siendo ya septiembre. La vida es muy diferente en Londres: cómo se mueve la gente entre sí al mismo tiempo, lo cerca que viven unos de otros... No hay ni un centímetro de privacidad. Mike y yo estamos hechos un sándwich entre el gentío; nos bajamos en una estación llamada St. Paul's, y tan pronto como salimos al exterior, Mike empieza una conversación sobre el juicio, sobre las opciones que están a mi alcance si tengo que testificar.

—He estado pensando mucho —dice—. Sobre las medidas especiales bajo las que has estado, por lo que te permiten testificar mediante videoconferencia en lugar de subir al estrado. ¿Qué te parece?

Fútil. Eso es lo que me parece. Puedo sentir cómo alineas tus armas, cómo las cargas. Podría decirle que sí a Mike, sí, preferiría comparecer por videoconferencia, pero él no sabe los sentimientos con los que tengo que vivir a diario. Ni sabe que, incluso no estando ya contigo, una parte de mí todavía quiere agradarte, una parte de mí consiente mi deseo de estar cerca de ti otra vez, en la misma habitación. Es la última oportunidad que tendré.

Oigo que Mike dice:

—Vamos por aquí a la izquierda; evitaremos la muchedumbre.

Dejamos la calle principal y bajamos por un callejón adoquinado, un cambio del bullicio a la tranquilidad. La catedral de St. Paul se yergue entre los huecos de los edificios. Solo la había visto en fotos, hasta hoy. Es mucho más bonita en la vida real. Nunca pensé que me gustaría vivir en la ciudad, pero la densidad de

los edificios, la cantidad de gente, es algo tranquilizador, seguro.

—Milly, no me has contestado. ¿Has oído lo que he dicho?

—Sí, perdona, y entiendo por qué crees que lo de la videoconferencia es buena idea, ¿pero qué pasa si opto por no usarla? ¿Qué pasa si no quiero usar medidas especiales? Cuando June fue a verme al hospital me dio un folleto. En él se decía que podía hacer lo que quisiera.

—Puedes no usar la videoconferencia, pero no estoy seguro de entender por qué no querías utilizarla.

No puedo decírselo, no soy capaz de decirlo. De decir que la persona de la que quiero salir huyendo es también la persona hacia la que quiero ir corriendo. Así que, en cambio, le digo que es porque por una vez quiero decidir por mí misma. Quiero ser la única en tomar una decisión que me incumbe solo a mí.

—Comprendo a dónde quieres llegar, pero no estoy seguro de estar de acuerdo, especialmente después de esta mañana. Estabas muy disgustada cuando lo de las noticias.

—Ha sido más un shock que otra cosa, la mermelada se me ha resbalado de las manos, ha sido un accidente.

—Lo sé, pero aun así queremos protegerte.

No puede. Nadie puede. Es algo nuestro. Un secreto entre las dos. Sin árbitros. La única manera de liberarme es yendo al juzgado.

—Pronto tendré dieciséis años, Mike. Ya no soy una niña. Quiero tener la oportunidad de hacer esto, de sentir que soy valiente, de salir por la puerta sabiendo que he podido estar en el estrado y de haber sido interrogada sabiendo que ella también estaba allí.

—Necesito pensar más en ello, Milly, pero lo que sí puedo decirte es que lo estás haciendo fenomenal, mejor de lo que nadie podría esperar.

—Entonces sería capaz de poder ir a declarar.

Nos paramos al final del callejón, donde vuelve a juntarse con la calle principal; vuelve a escucharse el ruido del tráfico. Mike se gira para mirarme. Le miro a los ojos; puedo hacerlo, cuando es necesario, solo que no durante mucho rato.

Mike asiente; el mecanismo de su cerebro está trabajando. Salta una chispa en su cabeza.

—Habla de ello hoy con los abogados. Valoro tu punto de vista, pero todos han de estar de acuerdo, y, para ser sincero, no estoy seguro de que June vaya a estarlo. Pero si te sirve de consuelo, hablaré con ella, o al menos intentaré que se ponga en tu lugar, y partiremos de ahí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias.

Le tengo. Justo donde quería.

Entramos a la recepción después de pasar una serie de puertas giratorias; es un atrio lleno de la luz que penetra por la claraboya de cristal del techo. June ya está allí; sonrío al recibirnos. Cuando la conocí en el hospital dijo, con un fuerte acento norirlandés: «Queremos lo mejor para ti». Ni siquiera me conoces, quise responderle.

—Hola, chicos, ¿habéis encontrado bien el camino?

—Sí, sin problema —contesta Mike.

—Hola, Milly, me alegro de volver a verte, ha pasado mucho tiempo. ¿Estás bien?

Asiento. Miro hacia las oficinas que nos rodean hacia arriba, planta tras planta, como un gran pastel corporativo, solo que sin guinda en la cima. Gente con traje y semblantes neutros —máscaras—, un sentimiento de propósito en el aire, movimiento y zapatos que suenan al pisar el suelo, también de mármol. Un guardia de seguridad controla los torniquetes de entrada cuando se pasan las tarjetas de identificación que todos llevan colgadas del cuello. Aquí se toman muchas decisiones, se cambian muchas vidas. Pronto lo harán con la tuya. Y con la mía.

—Milly.

—Milly. June te está diciendo algo.

—Lo siento.

—Le estaba explicando a Mike que el juzgado, el Old Bailey, no está lejos de aquí. Estáis autorizados a usar el aparcamiento subterráneo si te llaman a declarar en el juicio en algún momento.

—¿Por qué?

—Es por precaución, nada más.

June mira a Mike. Él le devuelve la mirada. El mundo gira alrededor de un millón de miradas diferentes. De vistazos. Me lleva mucho trabajo el descifrarlas, es lo que más me cuesta. El psicólogo que tenía en el hospital me lo hizo ver. Podrías tener mermada la capacidad de leer las emociones, dijo. Lo que quiso decir fue que mi mente no funciona como la de una persona normal. Así que leo mucho y observo a la gente en la calle y en la tele. Practico. Voy a pasos agigantados, siempre se puede mejorar. «Normal» no es una palabra que me guste.

—No hay de qué preocuparse; solo que puede que haya bastante gente en las puertas del juzgado, siempre ocurre con los grandes juicios. Son verdaderos idiotas, la mayoría simplemente quiere ver jaleo.

—La gente querrá verla, ¿verdad?

June me pone una mano sobre un hombro, pero me retiro. Mike asiente, como entendiéndolo.

—Lo siento —dice June—. Y sí, la gente querrá verla, pero también es una forma de protegerte. Incluso aunque a la prensa no le esté permitido mencionar tu nombre ni usar ninguna fotografía tuya, nunca se sabe.

—¿Vamos? —dice Mike—. Son casi las nueve.

—Vamos, tienes razón, los abogados esperan. Quizá sea buen momento para una taza de té, o incluso un chocolate calentito, ¿te gustaría, Milly?

Asiento, aunque lo que me gusta más es la idea de meterle el chocolate calentito de golpe por la garganta.

Cogemos el ascensor hasta la planta -2, en los intestinos del edificio. Está todo tranquilo. No nos molestarán. Pensarán que ya me siento bastante molesta. June nos conduce a una sala donde hay dos hombres sentados a una gran mesa rectangular. Unos largos fluorescentes, que acentúan su luz gracias a unas luces parpadeantes al fondo de la sala, amenazan con causarme una migraña. Hay tazas de café y de té en medio de la mesa, de loza buena, nada de poliestireno. El detective de la comisaria donde declaré la primera vez dijo que era por seguridad; el poliestireno no se puede estrellar, bonita.

Recuerdo que pensé no, pero puedes usar su hirviente contenido.

Los hombres se ponen de pie y le dan la mano a Mike. Fiscales de la Corona, ese es su título oficial. Me pregunto si fueron seleccionados de manera especial o si quizá se presentaron voluntarios. Quizá había un montón de voluntarios, todos encantados de formar parte de un caso de tanta repercusión. Su trabajo es lograr persuadir al jurado de que te empapelen. Es una pura formalidad, me dijeron. Tu barco ha zarpado. Un billete de ida para la cárcel. Estás jodida.

Esto es lo que te he hecho.

No retengo sus nombres, se quedan con «el Flaco» y «el Gordo», más fáciles de recordar.

—¿Empezamos? —dice el Flaco.

June comienza con las novedades sobre cómo me estoy comportando en casa y cómo me estoy adaptando al colegio. Mike contribuye, principalmente con cosas de buen rollo. Todos están impresionados de lo bien que lo estoy haciendo.

—¿Algún trastorno del sueño? —pregunta June.

—La verdad es que no —contesto.

Mentira.

Mike me echa una mirada, ya que sospecha lo contrario, pero no dice nada. Soy de su propiedad. Él se llevará el mérito de lo bien que lo estoy haciendo, de lo bien que parece que lo estoy haciendo. Me pregunto si también asumirá el fracaso si resulta que soy como tú.

El Gordo prosigue y se pone a debatir sobre el proceso del juicio en detalle; dice que, si es necesario, me llevarán al juzgado la semana de antes para ver el

vídeo de mi testimonio.

—Para entonces, sabremos por dónde irá la estrategia de los abogados de la defensa, y también cómo desbaratarla, por supuesto.

Se echa hacia atrás en su asiento. Tiene unas salchichas regordetas por dedos, entrelazadas sobre el estómago. Es orondo. Los botones de su camisa protestan, tensos. Miro hacia otro lado, enferma por su falta de disciplina. Él prosigue.

—Al jurado le serán presentados detalles de tu infancia. Le darán copias de tu historial médico, incluido el alcance de tu...

Hace una pausa, el ambiente de la sala se vuelve pesado por las palabras que no puede decir. Le miro: es su turno de luchar contra el contacto visual. Asiente ligeramente y continuamos. No le culpo, es una reacción natural. Oía a las enfermeras del hospital hablando de mis lesiones. No nos oye, pensaban. Nunca he visto algo así, decía una, se lo hizo su propia madre, y es enfermera, ¿puedes creerlo? Sí, respondía otra, por eso la mayoría de las heridas nunca se denunciaron, vive tú con eso en casa. Nunca podrá tener hijos, ¿sabes? Me dijiste que debería estar agradecida, que me habías hecho un favor, que los niños no dan más que problemas.

—El punto final y quizá el más importante que hemos de tratar es si Milly se presenta o no en el juzgado —dice el Flaco—. Y, de alguna manera, es algo que puede estar fuera de nuestro control de acuerdo a los acontecimientos de los últimos días.

—¿Acontecimientos? —pregunta June.

—Ha habido «ruido», desde la defensa, con respecto a ciertos recuerdos de cosas concretas sobre los que les gustaría preguntar a Milly.

Siento un golpe en el pecho. Una paloma mensajera, con un mensaje importante dentro de un barrilito que le cuelga del cuello. La puerta de la jaula está cerrada, mientras que las otras palomas vuelan libremente.

—¿Qué tipo de cosas?

—Aún no lo tenemos claro; probablemente no ayude que nos detengamos en ello hasta no estar seguros —dice el Gordo.

—Bien, pero sí habría sido de ayuda haberlo sabido antes de hoy —dice Mike, mirándome primero a mí y luego a los abogados—. No deja a Milly en una buena posición, preguntándose sobre qué querrán interrogarla.

Tengo una sensación que ya conozco. Una mala sensación.

—Estoy de acuerdo —dice June.

—Como he dicho, es un enfoque nuevo de la defensa, y en este punto no quieren mostrar su estrategia —responde el Flaco.

—Me suena a medidas desesperadas, dados los hechos.

No, June, no es algo desesperado; es la primera fase del plan que vas a llevar a cabo, mamá.

—Con respecto a qué significa para Milly —responde el Flaco—, debemos prepararla para la posibilidad de que la interroguen.

—Mike... —digo.

Mike me mira.

—No pasa nada, todo saldrá bien.

Tengo el estómago lleno, aunque no he desayunado; incluso mi garganta está llena. Trago. No me están juzgando a mí, te están juzgando a ti. Eso es todo lo que debo recordar.

—¿Van a hacerla declarar? —pregunta June.

—Estamos bastante seguros de que la defensa querrá seguir ese camino. Teniendo en cuenta nuestras recomendaciones, será el juez quien tendrá la última palabra, pero no hay que ser pesimistas —replica el Flaco—. Milly puede decidir si quiere declarar a través de vídeo o si prefiere estar en la sala, si es que concluimos que podrá con ello. Habrá un biombo entre medias, por lo que no podrá ver a su madre. En mi opinión, llevarla al estrado solo puede causar una respuesta favorable en el jurado. No hay nada como un menor en el juzgado para atraer la simpatía.

—No me gusta la idea de tratar a Milly como un cebo —responde Mike.

—Opino lo mismo —dice June.

—Os puede gustar o no, pero es lo normal en el sistema judicial —dice el Flaco—. Al final del día, todos queremos lo mismo.

Todo el mundo asiente menos yo, que me centro en respirar. Despacio. En no dejarles saber que puedo oír cómo te ríes en mi cabeza.

—¿Y tú qué, Milly? ¿Qué opinas? —pregunta June.

La protegida. Te encantaba decir esa palabra. Muy valiente. ¿Lo era yo? Las lecciones que me enseñaste, muy buenas. ¿De verdad lo fueron? Lo que quieres es que también me culpen a mí. *TÚ TAMBIÉN ESTABAS ALLÍ, ANNIE.* Trato de bloquear tu voz y contestar a la pregunta de June.

—Mike y yo hemos estado hablando un poco sobre ello y creemos que para cuando empiece el juicio ya seré lo suficientemente fuerte y que además será de ayuda que yo esté en la sala.

—Una actitud muy acertada —dice el Flaco mientras se limpia las comisuras de los labios, lo que me hace sentir incómoda, por lo que miro a otro lado, hacia la luz parpadeante, pero esta hace que me sienta mareada y que mi corazón lata más deprisa.

—Suena bastante temerario, si quieres mi opinión.

Pues no, no te hemos preguntado tu opinión, June, ¿verdad?

—Todos sabemos cómo pueden ser los abogados de la defensa cuando se ponen en marcha —continúa June.

Tengo la garganta bloqueada, gritaría si pudiera. Es como si tuviera alfileres y agujas en los pies. Si solo pudiera decirles por qué es tan importante que acuda al juzgado, por qué tengo que jugar a esto contigo... Miro a Mike, le miro fijamente, como pidiéndole que intervenga. Lo hace.

—Milly y yo trabajaremos en varias estrategias durante las próximas semanas, pero, en mi opinión, Milly parece tener bastante claro lo de subir al estrado. Sería también útil verlo como una oportunidad de poder ponerle un cierre. Una experiencia catártica, si se maneja correctamente.

—¿Y si no? Siento por tener que hacer de abogado del diablo, ¿pero y si en ese momento le resulta extremadamente difícil? ¿Y si la defensa aprieta, intenta confundirla, y la manipula hasta que esté de acuerdo con la versión de los hechos que expondrán ellos? Milly ya se siente suficientemente culpable ahora mismo.

—Para, June. No creo que sea de gran ayuda hablar de los sentimientos de Milly delante de todo el mundo.

—Perdona, tienes razón. Pero necesitamos tomar una decisión sobre este tema, y creo que sería mejor que saliéramos un momento para discutirlo. ¿Podemos?

Hace gestos a Mike y a los abogados y salen de la sala, diciendo que no tardarán mucho. Me acaricio las marcas de las cicatrices por encima de la camisa. Las cuento. Veinte veces o más.

Te pregunto que qué pasa si no quiero jugar, si digo que no. Tu respuesta está cargada de desprecio. *SIEMPRE QUERRÁS JUGAR, MI PEQUEÑA ANNIE, TE HE HECHO ASÍ.*

Finalmente vuelven. Primero el Flaco, luego June, seguidos de Mike. El Gordo se ha ido. Debía de tener una cita para comer.

No oigo nada más que las palabras del Flaco.

—Hemos llegado al acuerdo de que, si te llaman, subirás al estrado.

Pero en vez de sentirme satisfecha, lo que siento es un vacío que se abre en mi interior. Nadie puede ayudarme ya.

Se abre un debate sobre cómo lidiar con mi exposición a los medios durante los días previos al juicio, sobre el límite del tiempo que puedo ver las noticias y escuchar la radio... Mike será mi «monitor». Me sugieren que me mantenga ocupada. Escucho algo de lo que dicen, pero muy poco.

Estoy escuchando a otra voz, una que dice:

EL JUEGO SIGUE, ANNIE.

8

Mike me deja en Wetherbridge justo antes del primer recreo. Me dice que está orgulloso de mí, y le doy las gracias. Yo desearía sentir lo mismo. Cuando firmo la entrada me doy cuenta de que me he olvidado de recordarle que tengo que ver a la señorita Kemp después de las clases, así que le pongo un mensaje en los últimos minutos de tranquilidad que me quedan en la sala de las taquillas. Hoy no hay ningún póster para recibirme, pero cuando me meto a revisar mi correo en el portátil —otro regalo de Mike y Saskia—, veo que tengo un mensaje de la señorita Kemp:

«Hola, Milly, tengo muchas ganas de nuestra reunión de hoy. He pensado que podríamos dibujar algo, ¿te parece? Te veo luego en el aula de arte. MK».

MK. Nunca había conocido a un profesor que firmara con sus iniciales.

El resto del día transcurre sin incidentes. Mates, clase doble de ciencias y religión para terminar. Cuando suena el timbre, voy hacia el aula de arte. Antes de verlas, oigo sus voces, nasales y chillonas. Mezquinas. De chicas. Bajan las escaleras hacia donde estoy y me pregunto qué castigo, si lo ha habido, les ha puesto MK por lo del póster. Me paro para dejarlas pasar: la escalera no es lo suficientemente ancha. Phoebe me empuja contra la barandilla.

—Hola, cara de perro.

¿Cara de perro? Se supone que seríamos hermanas. Mujercitas.

—Te está esperando. Qué bien que tengas a tu *señoritita* Kemp para que luche tus batallas.

—Sobre el collar, Phoebe..., no lo voy a llevar, me siento fatal.

—¿Qué es eso del collar? —pregunta Izzy.

—Nada —responde Phoebe.

—Oh, venga, dímelo —dice Izzy, dándole unos puñetazos de broma en el estómago.

Phoebe está como agotada. Menos hostil, menos valiente. Avergonzada delante de su amiga. Debería sentirme mal por decir algo así, delante de alguien más. Debería.

—La estúpida cara de culo de mi madre le ha comprado un collar de oro de esos con las letras del nombre.

—¿Como el que encargó para ti? ¿No tenía ella otro con su nombre también para que fuerais a juego?

Phoebe asiente. Intento decir que lo siento, pero Phoebe me dice que me calle.

—Oh-oh, mamáíta te ha decepcionado de nuevo, ¿verdad?

—Que te jodan, Iz.

—Relájate. De todos modos, ¿quién necesita madres cuando nos tenemos la una a la otra?

Se ríen y siguen bajando las escaleras hasta la planta siguiente. No digo nada, pero quiero decir «Yo».

Yo necesito una madre.

Izzy se para, me mira desde abajo y me pregunta:

—¿Has tenido llamadas de algún desconocido últimamente?

Muevo una mano hacia mi móvil, en un bolsillo de mi chaqueta.

—Entiendo, por tu silencio, que entonces es que no. Bueno, pues espérate, estoy segura de que no tardarán.

Más risitas y carcajadas.

Echando sal en la herida. Siento pinchazos. Cuando miro sus preciosas caras me acuerdo de una historia que leí una vez. Un relato de los indios americanos donde un *cherokee* le cuenta a su nieto que existe una batalla entre dos lobos en cada uno de nosotros. Uno es malvado, el otro es bueno. El niño le pregunta: «¿Qué lobo gana?». El *cherokee* le responde: «Aquel al que alimentes». Sus caras se convierten en objetivos mientras las observo. Estoy tentada de abrir la boca, salivar y escupirles en todo el maquillaje. Son como muñecas. Un aroma como a galleta, de autobronceador, se percibe en el aire a su alrededor. Izzy hace una V con los dedos y empuja la lengua entre ellos. Phoebe hace lo mismo. Me acuden malos pensamientos a la cabeza. Se abre una puerta en el descansillo de abajo que las impulsa a moverse. Compruebo el móvil mientras termino de subir a la clase de MK: no hay llamadas.

Cuando llego, hay dos caballetes colocados uno frente a otro. Dos taburetes, dos cajas de carboncillos. Dos de cada cosa.

—Hey —dice—. ¡Bienvenida! ¿Preparada para dibujar?

Asiento, suelto la mochila y me quito la chaqueta. Me pregunta si quiero un vaso de agua.

—No, gracias.

—¿Has trabajado con carboncillo alguna vez?

—Un poco.

—Bien, coge un taburete y siéntate.

Mueve las manos de forma ligera y rápida, como si el peso de sus anillos fuera demasiado si las deja inmóviles más de una fracción de segundo. Se sienta frente a mí.

—¿Tienes alguna idea de lo que te gustaría dibujar?

Sí, pero no creo que nadie lo aprobara.

—La verdad es que no, no me importa lo que sea.

—¿Qué tal si hacemos un boceto de esa figura que hay sobre la mesa? Es de un escultor llamado Giacometti. Tengo también un frasco de perfume en el bolso que tiene una forma interesante.

Su perfume. Es eso. Lo que me resulta familiar. Ramas de lavanda fresca recién cortadas de nuestro jardín, cortadas por ti.

—La figura está bien —respondo.

—Buena elección, voy a cogerla.

Se mueve con fluidez; los collares tribales que lleva van haciendo un sonidito a cada paso que da. Lleva el pelo recogido en un moño medio deshecho y sujeto con una horquilla con pinta asiática. Me recuerda a algo del *National Geographic*, un cruce entre una geisha despeinada y una sacerdotisa de una tribu. Empezamos a dibujar al mismo tiempo, en una especie de sintonía. Nuestras manos parecen sincronizadas al ir a coger un carboncillo. Me pregunta cómo me está yendo todo; le digo que bien.

—¿Bien de «muy bien» o de «podría ser mejor» pero no quieres decirlo?

—Un poco de ambas cosas, quizá.

Una barrida. Polvillo. Una cabeza en la hoja,. Me pregunto si ella ha empezado a dibujar por arriba también.

—El arte es una terapia excelente, ¿sabes?

Siento como si me pincharan unas espinas. Dentro de mí viven unos muros a medio construir que se quedan totalmente terminados si siento cualquier amenaza de verme expuesta. «Terapia». ¿Por qué habrá dicho eso? «Hay algo que debes saber —dijo Mike—. La señora James, la directora del colegio, y Sas y yo, eso es todo. Nadie más sabe nada de tu madre». La miro por encima de mi caballete. No lleva maquillaje, su color es natural. Como el de un melocotón. Ella me mira, sonrío, y alrededor de sus ojos se forman unas arruguitas amables. Seguro que sonrío y se ríe un montón.

—¿Qué tal vas?

—Bien, gracias.

La cabeza tiene ya un cuerpo, delgado como la fusta que usabas, incluso cuando yo decía que no.

—¿Cómo van las cosas con las chicas?

Peor que nunca.

—No tan mal ya, supongo.

—¿Supones?

—Tengo la sensación de que no encajaré bien del todo aquí.

—Puede ser duro, está claro. Las chicas de aquí son listas y espabiladas; la mayoría ha vivido en Londres toda su vida. Lo he visto antes: todas las nuevas

pasan por un camino difícil, y para eso estamos los tutores, y ¡afortunadamente para mí, yo soy la tuya! ¿Estás ya lista para enseñarme lo que has dibujado?

—Sí, creo que sí.

Se limpia las manos con un trapo que tiene al lado, se levanta y viene hacia mi caballete. Suelta un silbido de apreciación y dice «Madre mía, tu directora tenía razón».

—Qué manera tan increíble de pintar las sombras... La figura parece estar moviéndose y andando para salir de la hoja. ¿Te importaría que me lo quedara? Me gustaría enseñárselo a los de octavo: están trabajando ahora con bocetos de figuras.

—Claro. Si cree que es lo suficientemente bueno, por supuesto.

Estoy a punto de desprender la hoja, pero me dice que pare, que he olvidado algo.

—Ah, lo siento.

—Un artista debe firmar siempre su trabajo.

La miro, pestaña, me aprieta un hombro, y no me siento rara ni incómoda como cuando June me tocó. Firmo, pero debo ser más cuidadosa en el futuro: casi firmo «Annie».

Estoy ya casi yéndome cuando dice:

—No te preocupes por lo de las chicas, estaré vigilándolas. Las he tenido aquí recogiendo y limpiando las paletas y los botes. Parecen lamentar lo que hicieron, así que estoy segura de que es lo último que oiremos sobre este tema contigo. ¿Por qué no te llevas un rollo de hojas y una caja de carboncillos y sigues dibujando en casa?

Tengo un sentimiento de calidez cuando me marchó. El lobo bueno se ha dado un banquete.

La quietud llena los pasillos; no tengo que darme prisa ni preocuparme por evitar a las chicas. Voy a mi taquilla para coger una carpeta que había olvidado, y estoy en mitad del jardín del colegio cuando suena el móvil. Un número que no conozco.

Me viene un flash de la cara de Izzy mirándome burlonamente cuando dijo: «¿Has tenido llamadas de algún desconocido?».

No debería responder, pero la curiosidad saca lo mejor de mí. La curiosidad mató al...

—Hola.

—¿Eres Milly?

Es una voz profunda. Como ahogada.

—¿Quién es? —contesto.

—Llamo por lo del anuncio.

—¿Qué anuncio?

—El cartel.

—¿Qué cartel?

—Oh, venga, cariño, no seas tímida.

—¿Cómo has conseguido este número?

—Por el anuncio, ya te lo he dicho. Mira, no me intento hacer el gracioso. ¿Lo haces en serio o no?

—Puede ser.

—Te gusta jugar, ¿eh? —pregunta.

Su voz ahora es diferente, tiene más urgencia. Reconozco lo que significa.

—Depende —contesto.

—¿De qué depende?

—De si gano o no.

Cuelgo, me quedo mirando el móvil unos segundos y termino de cruzar el jardín. Aunque esta mañana hacía calor en el metro, el viento por las tardes ha cambiado en las dos últimas semanas y se cuele entre mis manos con un filo helado. Me meto el móvil en un bolsillo de la chaqueta, ya que voy muy cargada con la carpeta y el rollo de hojas que me ha dado MK. Siento una vibración contra el muslo, un mensaje. No me paro a leerlo, en unos minutos estaré en casa. Cuando doblo la última esquina antes de coger el camino de vuelta, saco el móvil; un número desconocido otra vez.

«tengo la polla dura y preparada quieres quedar»

Lo leo otra vez; no estoy segura de si es su contenido o el hecho de estar escrito sin ninguna puntuación lo que me ofende más. Qué inculto. El mensaje desaparece de la pantalla al entrar una llamada. Reconozco el número esta vez, el mismo de antes. No puedo evitar responder. Al menos es divertido.

—¿Sí?

—¿Me has colgado?

Me paro en la esquina, me apoyo en la pared y me quito la pesada mochila de los hombros.

—A lo mejor.

—¿Llevas ahora puesto el uniforme del colegio?

—¿Cómo sabes que voy al colegio?

—Por la foto. ¿Llevas falda o uno de esos vestiditos?

Puedo oír la excitación en su voz, es algo obvio. Siempre me he preguntado si es distinto oírlo en un hombre a oírlo en una mujer. No lo es.

—¿Cuándo podemos vernos? Pago bien.

Cuelgo. Dos a cero, perdedor. Disfruto del poder, de ser deseada. Sigo

andando y oigo que alguien silba. Morgan. Silba con los dedos como lo haría un obrero o como llamaría alguien a su perro. Sonrío y ella asiente hacia mí. Me llama por mi nombre y luego entierra la boca bajo la cremallera del chándal, por lo que solo queda visible la parte superior de su cara. Sostiene algo en una mano. Voy hacia ella. Tiene el ojo menos morado que la otra vez, pero según vuelve a sacar la boca de la cremallera noto que tiene los labios resecos y ensangrentados. Se los muerde como si masticara comida. Un aperitivo.

—Hola.

No contesta. Vuelve la cabeza a un lado, se rasca en los labios y se quita un trozo de pellejo de ellos. Tiene sangre cuando se gira como si se hubiera comido una mora, un aperitivo más apetitoso. Se chupa la sangre y se restriega la boca con el envés de la manga. Puedo ver que lo que tiene en la mano es un cartel, pero no puedo ver de qué.

—Acabo de salir del colegio.

Se encoge de hombros.

—Parece que tu ojo está mejor.

—Hasta la próxima vez, sí.

—¿Qué ha pasado?

—Me he dado con una puerta, es lo que dice mi madre siempre. —Hace una mueca.

Y lo que dice mamá va a misa, ¿verdad?

—Dijiste que te llamabas Milly, ¿no?

—Sí.

—He encontrado algo que creo que es tuyo, tiene tu nombre y tu foto. M-I-L-L-Y.

Deletrea las letras, muy concentrada, soltándolas lentamente por los labios cuarteados.

—¿Por qué deletreas así?

—Que te jodan, ¿vale? Soy disléxica.

Un gesto de dolor se dibuja en su cara. Miro hacia otro lado, avergonzada de haberlo causado yo.

—De todas formas, no es necesario leer correctamente para entender esto.

Me tiende el cartel. Es un trabajo profesional, laminado, con color de calidad. Pienso en cómo lo han hecho: en una tienda de impresión, quizá, con un chico con sobrepeso farfullando hacia una taza de té mientras mi cara va pasando.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo encontré anoche en la cabina de teléfono, bajo los arcos cerca de Ladbroke Grove. Mi móvil se ha roto y a mi madre ya no le queda pasta.

Sé dónde dice. Entre la suciedad y la mugre, la orina y los chicles, hay un

montón de anuncios. Yo. Una cara nueva añadida a la lista. Una recién llegada apetecible. Una galería de tetas, bocas abiertas, miradas raras y grotescas en caras de mujeres. Y ahora, una colegiala. La foto es la misma que usaron para el póster que se ha quedado en mi taquilla. Las palabras son nuevas.

«La colegiala Milly está dispuesta. Lista para chupártela. Llama al número de abajo».

Los baños del bloque de ciencias. Izzy. «No te lo voy a volver a preguntar». Mi móvil vibra, un zumbido en el bolsillo izquierdo; disfruto del breve momento de lo que se siente siendo popular. Como si fueran corderitos hambrientos mamando, nunca es suficiente.

—No te ofendas, pero no das el tipo.

—No soy de ese tipo.

—¿De qué va esto entonces?

—De lo que alguien entiende por broma.

—Les has debido de fastidiar bien, es una broma de alguien bastante enfermo.

—Es de un par de chicas del colegio, y de la chica con la que vivo.

—¿Quién, esa zorra rubia tan estirada?

Señala hacia nuestra casa. Miro por encima del hombro.

—Sí, esa.

El camino de entrada oscurece la mayoría de las ventanas, pero dos o tres dan a la calle.

—¿Te ha llamado alguien? —pregunta.

—Acaba de hacerlo uno.

—Joder. ¿Qué vas a hacer para que lo retiren?

Pensaré en algo.

—No estoy segura, probablemente dejarlo estar. ¿Cuánto tiempo crees que lleva el cartel ahí puesto?

—Quizá un día o así, no lo sé. Acabas de trasladarte aquí, ¿no?

Asiento, y respondo:

—Es mi familia de acogida.

—Nosotros estuvimos a punto de que nos acogieran cuando detuvieron a mi madre, pero nuestra abuela vino para cuidarnos.

—¿Tu madre ya está en casa?

—Sí, solo estuvo en la cárcel unas semanas. Ayudó a mi tío en una estupidez.

Se vuelve a toquetear los labios. Me resisto al impulso de darle un guantazo en la mano para que pare. Se aparta del muro y se levanta. Le pregunto si quiere que quedemos alguna vez. Puede, responde. No las tiene todas consigo. Perfecto, quiero decirle. Es más seguro así.

—Podemos quedar en mi jardín. La puerta azul del fondo te lleva

directamente. Normalmente está cerrada, pero puedo dejarla abierta. Mi habitación es la del balcón.

—¿Por qué estás tan dispuesta a quedar conmigo?

—No sé. No es fácil ser la nueva, especialmente con una hermana postiza como la mía.

Asiente. Tengo la impresión de que ella también se siente sola.

—Bueno, ¿qué dices? ¿Te apetece? —le pregunto de nuevo.

—Puede, ya te lo he dicho. Quieres que quedemos en tu jardín para que nadie vea que somos amigas, ¿no?

—No es eso, es por la zorra rubia con la que vivo.

Las dos sonreímos cuando lo digo.

—Encontraría la forma de fastidiarnos, contándole cualquier cosa a su padre o algo —le explico.

—Fijo que lo haría esa vaca estúpida...

Necesito algo para cerrar el trato. Los regalos abren puertas y hacen que la confianza llegue más fácilmente a continuación: te he visto hacerlo cientos de veces con los niños del refugio.

PIENSA, ANNIE, PIENSA.

Tu voz en mi cabeza. El móvil piensa por mí; me vibra otra vez en el bolsillo. Le pregunto a Morgan si le está molestando, lo saco y se lo enseño.

—Estoy bien.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con estas llamadas por lo del anuncio?

—No lo sé, ¿cambiar el número?

—No puedo, tendría que preguntárselo a mi padre de acogida, se figuraría que pasa algo.

—¿Tirarlo?

—Es nuevo, sería de locos deshacerse de él. Podría decirle que lo he perdido, pero se enfadaría bastante, creo.

—Qué importa, deben de estar forrados. ¿Qué les supondría un estúpido móvil?

—Cierto, pero incluso así me sentiría mal si lo tirara. Has dicho que tu móvil está roto, ¿no? Quizá podría decir que te he prestado el mío y le cambias tú el número o algo así.

—No, no estaría bien, ni siquiera te conozco.

—Lo que quiero decir es que así podríamos estar en contacto más fácilmente cuando quisiéramos quedar.

—¿Y yo no tendría que hacer nada?

—No, nada. Como te he dicho, estarías ayudándome.

Se mastica los labios otro poco y se mira los pies. Luego alza la vista y dice

que de acuerdo, que trato hecho. Lo coge, dice que encontrará la manera de hacerme saber cuándo se ha hecho con un nuevo número, y luego me pregunta que qué hace con el cartel.

—¿Era el único que había?

—Es el único que he visto yo.

—Haz lo quieras con él. Quémalo, para lo que me importa...

Asiente, y se va. La miro marcharse, complacida conmigo misma. Tus lecciones, tu voz... me ayudan. A veces.

La casa está en silencio cuando abro la puerta, que no está cerrada con llave, por lo que debe de haber alguien en casa; Saskia, lo más probable: siempre olvida cerrar con llave. El radiador que está junto al zapatero emite un sonido susurrante; mantener la entrada caliente requiere un esfuerzo agotador para sus viejas tuberías. Descubro unas zapatillas en el suelo que no reconozco, demasiado grandes para ser de una mujer.

Me quito los zapatos y suelto mis cosas al principio de la escalera. Rosie me mira con los ojos medio cerrados; está demasiado a gusto como para levantarse de su camita para saludarme, solo menea ligeramente el rabo. La cena está sobre la encimera. Tres platos en fila. Sevita sabe que es mejor no dejar nada para «la señorita Saskia», lo que significa que Mike y Phoebe están fuera. Aprovecho mientras la cena se calienta en el microondas para poner la radio y ver si puedo oír algo, pero ya han dado los titulares. Como de prisa, esperando evitar a Phoebe, y después de meter mi plato en el lavavajillas voy al despacho de Mike y llamo a la puerta, para asegurarme de que no está en casa. No hay respuesta. Cojo un Post-It del taco que hay en la mesa del cenador y escribo:

«Querido Mike: Lo siento muchísimo, he perdido mi móvil, no consigo encontrarlo. ¿Qué hago?».

Lo pego en medio de la puerta del despacho, a la altura de los ojos; así no podrá dejar de verlo. Una disculpa en color rosa neón, y un velado «que te jodan» a Phoebe. Quiero un nuevo móvil tan pronto como sea posible para que Morgan y yo podamos estar en contacto. Veo que la puerta del sótano, la que lleva al cuarto de la lavadora y al gimnasio, está abierta al pasar por delante. Echo un vistazo rápido para comprobar que Sevita no está ahí abajo y luego la cierro, deseando que tuviera cerrojo.

Compruebo desde mi balcón que no me he equivocado sobre si la puerta que lleva al jardín queda oculta desde la casa. No me he equivocado. Estoy a punto de volver a entrar a mi habitación cuando escucho un silbido y veo una pequeña figura en la cerca, saludándome. Hace algo con las manos después. Una chispa,

luego otra: un mechero encendiéndose, seguido de una llamita. Es imposible de ver a esta distancia, pero sé que lo que Morgan está quemando es el cartel. Cuando está a punto de quemarse por sostenerlo, lo deja caer al suelo, me dice adiós con las manos y corre a lo largo de la cerca hacia la calle.

Bajo la guardia y me quedo dormida muy rápido. Vienes a felicitarme. Me recuerdas que, de no haber sido por tus lecciones, Morgan nunca habría confiado en mí. Me despierto llorando.

**Sube ocho escalones. Sube otros cuatro.
La puerta de la derecha.**

Ponte los pantalones.

Ponte la camisa.

Haz lo que te dicen.

Vístete. Es tu juego favorito.

Los niños vestidos como niños, las niñas también.

*Muñecos de tamaño real, que andan y hablan,
con los que poder jugar.*

A los que eliminar cuando te aburran.

Estás extraordinaria vestida de niño, Annie.

Acércate, deja que mamá te vea.

9

Saskia se ofrece a llevarnos a mí y a Phoebe al colegio esta mañana al ver que llevo, aparte de mi mochila, un portafolio enorme en el que guardar mis trabajos de arte de este curso. Phoebe, que va con ropa de deporte, dice que no, que ha planeado ir a correr antes de clase con otras dos chicas que viven cerca, y les recuerda a sus padres que esta noche se queda en casa de Izzy. Mike le grita, mientras ella se está calzando en el porche, que no deje de tomar algo para desayunar. La puerta principal se abre y se cierra de un portazo. Mike pone cara de desaprobarción, pero luego sonrío brevemente.

—Vi la nota en la que me decías que has perdido el móvil. Normalmente diría que esperes unos días a ver si aparece, pero me sentiría mejor si sé que puedo localizarte si es necesario. Te lo repondré por esta vez, pero, por favor, sé más cuidadosa.

Le pido que me cambie el número, que me sentiré más segura. Dice que lo entiende, que lo tendrá todo listo para esta noche. Me tomo un bol de cereales mientras espero a que Saskia se vista, y, cuando está lista, vamos en su coche, un Mini descapotable. Meto el portafolio en el maletero; apenas cabe: estamos en un área de Londres donde el estilo se impone a lo práctico. La apariencia importa. Aquí los besos que se lanzan al aire son cuchillos que simultáneamente se clavan en la espalda. Es algo retorcido.

—¿Lista? —pregunta Saskia mientras ocupa el asiento del conductor.

Digo que sí con la cabeza, molesta por la manera tan excesivamente estridente de preguntarlo. Se toquetea el maquillaje, perfectamente aplicado, que oculta el cansancio. Es una madre de cartón. Pisa el acelerador demasiado fuerte y el coche da un tirón por la gravilla como protestando. Quiero decirle «relájate, no muerdo». Bueno, sí muerdo, pero no voy a hacerlo. Es cautelosa conmigo. Intuición femenina, quizá. No puede olvidar quién soy, *de quién* vengo. A quién pertenezco. Cuando cree que estoy distraída y que no lo noto, la veo mirándome.

Me doy cuenta.

—Me gusta hacer esto —dice cuando dejamos el camino a la casa.

—Sí —respondo, buscando a Morgan con la mirada.

—¿Cómo va el colegio?

—Muy liada, mucho que estudiar.

—Mike me ha dicho que te interesa el arte.

—Me gusta dibujar.

—Yo siempre fui terrible en arte, terrible en casi todo, para ser sincera. No como tú: he oído que eres muy lista.

—No estoy muy segura de serlo, pero gracias. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, dispara.

—¿Qué haces durante el día cuando Mike está trabajando y nosotras en el colegio?

—Un montón de cosas, supongo.

—¿Cómo qué, si no te importa que te lo pregunte?

Me giro para mirarla; se aclara la garganta y mira a otro lado: es una respuesta involuntaria a sentirse interrogada, tiene algo que ocultar. Fijo que se alegra de que el trayecto al colegio no lleve más de un par de minutos.

—Pues un poco de todo, la verdad. La compra, por internet...

Sí, la que luego coloca la asistenta.

—A veces me junto con otras madres para hablar sobre cosas del colegio, y antes de darme cuenta, ya se ha acabado el día y habéis vuelto del colegio otra vez.

—Te has olvidado del yoga. Te encanta, ¿no?

—Sí, es verdad, qué tonta por olvidarlo. Me gusta mucho, lo practico casi a diario.

Espero unos pocos segundos, y digo:

—Y tu profesor... también te gusta mucho.

Su cremoso cutis cambia de color. Enrojece. Se le tensan los labios. Quita la mano izquierda del cambio de marchas, se toquetea la nariz. Ahí hay falsedad. No soy la única que oculta cosas.

—Sí, es excelente —responde.

—¿Estuvo por casa ayer por la tarde por casualidad?

Me mira. Leo su proceso mental fácilmente. Seguramente no, se está diciendo. No había nadie en casa, ¿verdad? Se gira otra vez antes de contestar.

—De hecho, sí estuvo. Compré una esterilla de yoga nueva y decidí traérmela. Supongo que pasaba por allí.

El timbre de su voz..., una cuarta por encima. Llegamos a un cruce; las luces del semáforo aportan una sensación de dolor. A ella. A mí, placer. Luego culpa. No sé por qué me estoy burlando de ella, por qué lo estoy disfrutando.

Le digo que fue un detalle muy bonito de parte de su profesor el que le llevara la esterilla. Ella asiente, esperando con cautela por si viene algo más, pero ahí lo dejo. No le digo que ayer antes de cerrar la puerta del sótano oí ruidos. No le digo que bajé las escaleras que conducen al gimnasio y que la vi mientras un tío con la mitad de años que ella se la estaba follando en el suelo. Qué puta. No le digo nada porque los secretos, si se manejan con cuidado, pueden ser útiles.

—Esto es lo máximo que me puedo acercar —dice, y para el coche junto al bordillo del quiosco que está frente al colegio.

—Aquí está bien, voy a coger mis cosas del maletero.

Al girarme para abrir la puerta del coche, te veo en la portada de un periódico del quiosco. Saskia me mete prisa, dice que está entorpeciendo el tráfico. Salgo de un salto, cierro la puerta, cojo el portafolio del maletero y, una vez que lo cierro, Saskia toca el claxon y se va. Me tomo mi tiempo en recoger mis cosas, que he depositado en el suelo, para cargarlas, y con los ojos fijos en ti. Alguien detrás de mí dice ¿podrías estar más en medio? Termino de cargar todo y me dirijo al paso de cebra, inundado por altas piruletas de color naranja, un arroyo de alumnas de uniforme.

Voy a la sala común; normalmente es un sitio muy parecido al pasillo central que tanto evito, pero esta mañana está programada, a primera hora, una reunión obligatoria por lo de la obra de teatro, *El señor de las moscas*, que hace el grupo de nuestro año. Abro la puerta. Phoebe es la primera a la que veo, ya con el uniforme del colegio. Un puñado de chicas están repantigadas en pufs y sofás. Muchas de ellas ni miran cuando entro; tienen las cabezas inclinadas hacia sus móviles. Haciendo *tap, tap, tap* con los dedos. Deslizándolos por las pantallas. Arriba. Abajo. No están leyendo lo del secuestro de mujeres y niños en Nigeria. Se obsesionan con cosas pequeñas, insignificantes. Las rupturas de los famosos. Maquillaje. Niños. Divorcios. Quién ha engañado a quién. Esa vaca estúpida se lo merecía, de todas maneras. Se hacen comentarios unas a otras. Los dedos cogen velocidad. *Tap*. Doble *tap*. Otro *tap*. Ningún *tap*, porque han cambiado de idea.

Dejo el portafolio junto a la puerta, cojo sin pensar un periódico de la mesa más cercana a mí y tomo asiento. Mi ritmo cardíaco se acelera cuando compruebo que también estás en la portada de este. No es el momento de disfrutarte, de disfrutar mirándote. Abro el periódico por cualquier página: de todos modos, no puedo concentrarme en las letras. Al cabo de un minuto o así Phoebe se desplaza desde donde está sentada, junto a la ventana, anda hacia mí y me quita el periódico de las manos. Escudo. Armadura. Fuera. Te tiene, tiene tu cara, en la mano derecha.

—Gracias, cara de perro, ya sabes cuánto me gusta mantenerme informada.

Se sienta en una silla frente a mí. La falda de su uniforme, enrollada en la cintura, más corta de lo que debería, revela lo que le queda del bronceado del verano en sus piernas morenas. Apuesto a que encontrará la manera de que los calcetines tobilleros, que cambiaremos a leotardos la semana que viene, parezcan seductores. Alza las piernas y pone los pies en la mesa que tenemos en medio; se le ven las bragas, tiene el periódico sobre los muslos. Tiene tinta por debajo de la

rodilla, un garabato de un corazoncito cerca de una vieja cicatriz de forma oval. Al mirarlo me acuerdo de ti: te encantaba dejar tu marca en mí. Conquistada y reclamada. Me quedo quieta cuando pienso en ti, es un problema que tengo. Muchos pensamientos a la velocidad de un *pinball*.

No me doy cuenta de que lo estoy haciendo.

—Te gusta mirar bragas, ¿eh?

Miro hacia otro lado. Algunas chicas se ríen; otras están ocupadas, absortas en sus superficiales tumbas cibernéticas. Phoebe sigue leyendo. Por el rabillo del ojo puedo verla mover la cabeza, y cuando dice «joder», sé que está hablando de ti.

—Clonny.

—¿Sí?

—Hay más noticias sobre esa zorra psicópata que mató a esos niños.

—Joder, ¿de verdad? ¿Qué dicen?

—Algo de una sala de juegos. Ven, te lo enseño.

Clondine se levanta de su puf y se arrastra hacia ella. Mi cuerpo reacciona. Tengo pánico, y un sudor frío que me baja por detrás del cuello.

—¿Lo leo en alto? —pregunta Phoebe.

—Sí, venga —contesta Clondine.

Trago, o lo intento. Unos dedos invisibles me obstruyen la garganta. Siento un sabor desagradable en la boca. No te pongas mala, no puedes. Aquí no.

Les pica el interés. Una a una, van como abejas a la miel. Se deslizan a las sillas que hay junto a Phoebe, leen por encima de su hombro. Phoebe sabe cómo congrega a una multitud.

—«Ruth Thompson, de 48 años, era una trabajadora muy conocida del refugio para mujeres donde trabajaba. Contratada como enfermera asesora, era el contacto principal de las aterrorizadas mujeres con hijos que llegaban para esconderse de sus peligrosas y violentas parejas. Poco sabían ellas que habían ido a dar con una persona igual de malvada, si no más. Thompson fue arrestada en julio de este año y acusada de nueve casos de asesinato infantil, supuestamente cometidos en un período de diez años, desde 2006 a 2016. Están apareciendo detalles nuevos, como que estos crímenes se llevaron a cabo en una habitación a la que la asesina llamaba “la sala de juegos” en su casa de Devon. Después de su detención, los cuerpos de ocho niños fueron descubiertos en el sótano de la casa y un noveno fue encontrado en la mencionada “sala de juegos”. Se cree que las víctimas tenían entre tres y seis años. Thompson vivía en esta propiedad con su hija adolescente, que se cree que ha proporcionado evidencias cruciales contra su madre en este caso».

—¡Joder! ¿Es madre? Dios mío, imagínate vivir con ella.

—Ya, estarías pensando que serías la siguiente todo el tiempo.

—¿La sala de juegos? Qué puta enferma. Me pregunto qué más saldrá a la luz.

Yo también solía pensar eso, lo de ser la siguiente. Pero no podías, ¿verdad? No, porque me querías, porque te hubieras quedado hecha polvo, despojada de todo, sin mí. Me mantuviste viva porque me necesitabas. Yo era parte de tu disfraz.

Cuando Phoebe termina de leer, todas se quedan calladas. Liberan el aliento contenido. Sueltan maldiciones. Marie, que es francesa, rompe la atmósfera, dice quizá nuestras madres no son tan malas después de todo, ¿eh? Asienten. Poco a poco el grupo se dispersa y todas vuelven a sus sitios. Agachan la cabeza y los dedos hacen *tap, tap, tap*. Se ponen al día muy rápido. El mundo puede cambiar en un parpadeo de las redes sociales. Phoebe no, no tiene la cabeza agachada, me está mirando. Todo lo que puedo pensar es que yo procedo de ti, y de alguna manera ella es capaz de llegar a esa conclusión.

—¿Qué piensas, cara de perro? ¿Consideras que es culpable?

Sé que lo es.

—Es cosa del tribunal decidirlo.

—No parece que te importe mucho, o quizás es que estás metida en una mierda parecida; todos sabemos que los chicos de acogida no están bien de la cabeza.

Miro hacia otro lado, avergonzada por la urgencia que tengo de llorar, pero eso la provoca más. Odia que la ignoren.

—Te crees muy lista, ¿verdad? Le has contado a mi padre que has perdido el móvil, ¿no? ¿Qué tal si le digo yo en qué clase de actividades extracurriculares estás metida exactamente? Una colegiala que hace mamadas..., ¿no es eso lo que decía el anuncio?

La forma en que lo dice... Cómo sale de su lengua, de sus labios. Brillantes. Divinos. Me giro para encararla al tiempo que lo hacen la mayoría de los rostros de la sala. Clondine se ríe con disimulo mientras graba con su móvil, suspendido en el aire. Lo reproducirán una y otra vez, y lo editarán. Le añadirán música. Cualquier cosa que lo haga merecedor de tener visitas desde Facebook o Instagram. Suena el timbre para ir a clase. Alguien pregunta dónde está la puta señorita Mehmet. Noto una aguda sensación palpitante en la mano que tengo en el bolsillo de la chaqueta: no tengo que mirar para saber que me he despellejado el pulgar lo suficiente como para que me sangre. Sé qué hora es por el timbre, pero miro el reloj de todos modos, para evitar los ojos de águila de Phoebe. El cojín que me lanza me da en un lado de la cara. Pego un salto, con los nervios a flor de piel después de haberla oído leer sobre ti y sobre el hecho de que tenías una hija.

Yo.

Estamos a punto de irnos cuando llega la señorita Mehmet con pasos torpes y nos anuncia quién va a representar qué en la obra, y pide voluntarias para el *backstage* y para pintar el escenario. Las audiciones fueron el martes, cuando yo estaba en casa por la migraña, pero me pide que haga de apuntadora, y continúa recordándonos que usemos el foro de internet de nuestro curso para hacer *brainstorming*.

—Juntaos para practicar vuestro texto, chicas, sumergíos en vuestros personajes. Comed, dormid y bebed esta obra: no espero más que lo mejor de todas vosotras.

La sala común se vacía. Me quedo la última y aliso las arrugas que Phoebe te ha dejado después de leerte en voz alta. Te pongo en lo alto de la estantería: la idea de que pintarrajeen tu cara o te usen de posavasos es demasiado. Un minuto después de irme, vuelvo, arranco la página con tu cara y la guardo en el bolsillo delantero de mi mochila.

Más tarde, me meto en el foro, un sitio privado, un espacio privado, una muestra de confianza de la directora hacia nuestro curso. Está protegido con una contraseña puesta por la abeja reina, Phoebe Newmont. Citas y poemas. Deberes. Y ahora vídeos. El más reciente, «Cara de perro recibe un cojinazo». Las respuestas son principalmente los *emojis* que lloran de risa. Izzy ha comentado «¡¡Más, por favor!!».

Intenté no creerme las cosas que solías decir («Solo estamos tú y yo, Annie, nadie más te querrá»). Habría estado de acuerdo, habría dicho que tenías razón, por supuesto. Estaba programada para obedecer. Pero cuando era ya tarde, por la noche, cuando la amenaza de la sombra de tu visita me mantenía despierta, en mi cabeza rechazaba tus palabras, aferrándome al pensamiento de que algún día podría gustar a alguien y podría ser aceptada tal y como era. Gustar a quien fuera. Como fuera. Pero ahora mismo no tengo esa oportunidad, Phoebe se ha encargado de ello. Ha decidido que no solo soy alguien que no le gusta, sino que soy alguien que no puede gustarle a nadie. Es poderosa, como tú.

Duele. Duele ser el objetivo de Phoebe, pero también supone una oportunidad de aprender, y quiero aprovecharla. Ahora soy mi propia maestra, aunque tus lecciones todavía resuenan en mi cabeza. Recuerdo un fin de semana que te ayudé con tu trabajo. Yo jugaba con los niños mientras tú atendías a sus madres. Una de ellas comentó algo de mí, dijo que era guapísima. Fue chocante. Cuando volvíamos a casa en coche, me dijiste que la belleza da poder a una persona.

Y camuflaje.

A mí me lo ha dado, dijiste, y a ti también te lo dará.

Te pregunté qué querías decir. Es la naturaleza, respondiste: la belleza ciega y

atrae a la gente. Como una rana de color verde brillante, o una araña que sonrío, con ese bonito tono azul de su cabeza que distrae a su presa. Con su telaraña pegajosa, tupida. La presa se da cuenta demasiado tarde. ¿De qué se da cuenta, mamá? Sonreíste, me apretaste fuerte en el muslo y dijiste: «De que no hay escapatoria».

Pero yo no quería ser como tú.

10

Cuando consulto el ordenador esta mañana, las noticias sobre ti lo llenan todo. Los periodistas vierten retazos de información.

Leo uno de los artículos:

«El jurado espera escuchar no solo el testimonio de la madre de Daniel Carrington, el último niño al que se encontró muerto en la casa de Thompson, sino también el de un forense que contestará preguntas tanto sobre esta muerte como sobre el escenario del crimen, la habitación de la casa de los horrores de Thompson a la que ella llamaba “la sala de juegos”. No queda muy claro en este punto si es lo normal en este tipo de procedimientos ni si el forense ha sido citado a declarar por requerimiento de la defensa. Thompson se encuentra recluida actualmente en la prisión de Low Newton, y la fecha del juicio aún ha de ser anunciada».

Me gustaría poder racionalizar que la razón de que la defensa quiera centrarse en la muerte de Daniel sea porque es la más reciente y sus pruebas estén más frescas. Pero yo te conozco bien. Es por ti. Les has dicho que centren sus esfuerzos ahí porque sabes que eso es lo más me dolerá a mí. Yo conocía a Daniel del refugio. A él y a su madre. Pienso en ella todo el tiempo, y en las otras madres, en cómo debieron de sentirse cuando vieron lo que habías hecho, a quién habían entregado sus hijos. Tenían monstruos por maridos, pero en ti tenían algo peor. Tú también estarás pensando en ello, aunque de forma diferente: disfrutando de lo macabro y de la atención generada a tu alrededor, viendo lo lejos que pueden llegar tus mentiras. Pienso también en el jurado, en qué tipo de gente será. Y en cómo lo siento por ellos. En lo que oirán, en las imágenes que les mostrarán. Les llevará meses, quizá más, que dejen de ver esas imágenes. De imaginarlas. Si es que alguna vez dejan de hacerlo.

No sé de dónde han sacado la foto que usa la prensa, nunca la había visto antes. El público mirará tu cara, te mirará a los ojos y dirá «Fíjate, se nota que es malvada, pone los pelos de punta». A ti no te importará; crees en tu belleza, en tu atractivo, a pesar de todo. Los hombres y las mujeres de uniforme que te vigilan no lo tendrán en la cabeza todo el rato, seguramente hablarán del tiempo contigo. Quizá incluso cuenten chistes. Eres tan encantadora...

El interés de los profesionales, la mayoría de los cuales querrá entrevistarte, extraer imágenes de tu cerebro en un intento de descifrarte, solo crecerá en tanto que aparezcan más detalles. Las mujeres asesinas que operan solas (sí, yo estaba allí, pero, aun así...) es algo raro. Luego están los otros, como esos a los que invitaste a mi cumpleaños, merodeando en la sombra. Te admiran. Tendrás amigos por correspondencia, quizá incluso alguno te proponga matrimonio. La

reina de un inframundo de cuya existencia nadie quiere dar fe. Gente corriente con una extraordinaria maldad en su interior. El cerebro de un psicópata es diferente del de la mayoría. Creo que el ochenta por ciento es genético y el veinte por ciento procede del entorno.

Yo.

Yo estoy jodida al cien por cien.

Estoy contenta de que sea fin de semana, de no tener que preocuparme por el colegio. He pasado la primera semana. He sobrevivido. Mike me dejó un nuevo móvil ante mi puerta el jueves por la noche. Me agaché y lo desenchufé, lo había dejado cargando. Cuando me levanto y descorro las cortinas de mi balcón, el cielo está despejado y azul. En las próximas semanas, cuando llegue octubre, el sol estará más bajo. Cuando era muy pequeña, con tres o cuatro años, solía gustarme la oscuridad del invierno. Encendíamos el fuego del salón y a veces tostábamos *marshmallows*. No estábamos solas, papá y Luke también estaban. No me gusta pensar en mi hermano, en cómo encontró escapatoria y me dejó atrás. Esos sentimientos los tengo enterrados. Es algo en lo que deberías pensar y trabajar, dijo el psicólogo del hospital, pero como parte de una terapia de larga duración, y después del juicio. Recuerdo cuando observaba cómo te comportabas con Luke y cómo deseaba ser él, deseo del que he llegado a arrepentirme.

Un trozo de papel metido tras una de las macetas del balcón capta mi atención. Abro la puerta, salgo y lo cojo. Es un número de teléfono con la letra M debajo. Chica lista. Aunque ha sido arriesgado acercarse tanto a la casa. Mando un mensaje a ese número diciendo que soy yo. Contesta al instante, y me pregunta si quiero que nos veamos más tarde. Sí, respondo. Dice que nos encontremos a las tres al final del jardín, y que me lleve una sudadera con capucha. Me vuelvo a meter en la cama y me envuelvo con el edredón; me gusta cómo me hacen sentir los mensajes de Morgan. No tenía muchos amigos en mi antiguo colegio; las invitaciones para ir a sus casas se extinguieron cuando vieron que no eran recíprocas. No podía ser.

Duermo plácidamente, me siento descansada por una vez, y hambrienta. Busco a Rosie, pero su camita junto al radiador de la entrada está vacía, y recuerdo que Mike dijo que a veces se la llevaba al trabajo, que allí recibía más atención que en casa.

Hay una nota en la mesa de la cocina.

«He ido a comprobar cómo estabas, ¡profundamente dormida! Mándanos un mensaje a Saskia y a mí para tener tu nuevo número, por favor. Estaré en el trabajo todo el día, pero Saskia estará en casa».

Me preparo un bol de cereales y me lo como de pie pegada al calor que sale del horno. Oigo que se abre la puerta principal; la campana antigua sobre ella

suenan y quienquiera que sea sube directamente por las escaleras.

—¿Hola?

Pero no contestan, así que voy al recibidor. Hay un bolso tirado en el suelo, con el contenido desparramado. Saskia. Voy hacia el bolso y veo el monedero de Saskia dentro, abierto por la cantidad de tickets que contiene. Es una compradora compulsiva, le hace sentir mejor. Un poco mejor. Estoy a punto de girarme para irme cuando veo algo que sobresale de la parte de las tarjetas del monedero. Lo miro más de cerca y luego vuelvo a la cocina para recoger lo que he manchado para desayunar. Cuando oigo pasos en el piso de arriba, voy de nuevo al recibidor asegurándome de que llegamos al mismo tiempo.

—Hola, no me he dado cuenta de que estabas aquí abajo. ¿Has descansado bien? —pregunta.

Una esterilla de yoga le cuelga del hombro; va guardada en una bolsa de seda hecha a mano, un regalo de Mike sin duda, o quizá de Benji, su profesor.

—Sí, gracias.

—¿Qué vas a hacer? Si te apetece, podrías hacer yoga conmigo.

Sus piernas son delgadas como las de las langostas; la entrepierna, de brillante y ajustada licra. Se le marcan los labios de la vagina. Irá rasurada, probablemente. No le da corte.

—No, gracias, tengo un montón de deberes. En Wetherbridge todas van muy adelantadas.

—Yo no me preocuparía, las pillarás enseguida. ¿Estarás bien sola? Puedo quedarme si quieres.

—No, no pasa nada.

—Volveré en una hora y media o así. ¿Quieres que hagamos algo entonces?

—Creo que voy a quedar con una amiga.

—¿Del colegio?

—Sí.

Mira el reloj de su muñeca, que no existe. Se muere por irse.

—Debo irme —dice.

Está a mitad de camino a la puerta cuando la llamo.

—Saskia...

—¿Sí?

—No me gusta pedir, tú y Mike ya habéis sido excesivamente amables, pero ¿podría tener algo de dinero, en caso de que quisiera tomarme un chocolate caliente o algo?

—Claro, por supuesto, deja que coja el monedero. Deberíamos establecer una paga para ti, Phoebe tiene la suya. Hablaré con Mike esta noche.

Voy hacia ella, ya en el porche.

—¿Con veinte está bien?

Asiento.

—Aquí tienes.

—Gracias. Que disfrutes del yoga.

—Lo haré.

—Y de Benji.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que saludes a Benji.

—Vale —contesta.

Tendrá mariposas en el estómago hasta que saque el coche del camino a la casa. Deja de estar paranoica, se dirá a sí misma. Solo que no se equivocará al estarlo, porque, aunque lo he intentado, no he podido evitar soltarlo.

Cuando llega la hora, voy al final del jardín para encontrarme con Morgan. Dejé sin cerrar la puerta la noche antes de darle mi teléfono, por lo que debe de haber descubierto la escalera de incendios que lleva a mi balcón. Parece tener prisa por irse, porque quiere llevarme a algún sitio.

—Ponte la capucha —dice—. Sígueme.

Cuando llegamos al final de la verja, cruzamos el sendero y entramos en su bloque. Los edificios nos engullen inmediatamente; hay varias personas por ahí, pero nadie pestañea siquiera. Hay luz en algunas ventanas, ya que el cielo de la tarde es más oscuro. En las terrazas se ven bicicletas, lavadoras y bolsas de basura.

—Date prisa, tortuga —dice.

Andamos hacia el bloque de pisos más lejano y llegamos a unas escaleras en la parte de atrás.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—Arriba del todo. —Señala la cima del edificio—. Te echo una carrera.

Sale pitando, pero enseguida la alcanzo. Dieciséis plantas, sin luz en las escaleras, y una puerta al final, con pintura azul cobalto descascarillándose, destacando del hormigón gris de las paredes. Paramos para coger aliento y nos sonreímos. Se quita la capucha. Yo hago lo mismo.

—Vamos —dice.

Abre la puerta; el viento nos recibe con lujuria cuando la atravesamos. Sopla por todas partes con fuertes lametazos. Morgan me coge de la manga y me empuja hacia la izquierda. Según nos acercamos al borde del tejado, puedo ver el mundo de abajo. Coches y autobuses y gente que no perciben que estamos aquí arriba mirándolos. Morgan señala una parte de la barandilla que falta, dice ten cuidado.

Asiento. Vamos hacia un enorme conducto de ventilación, un gran respiradero

cerrado con un enrejado.

—Aquí hay menos viento —dice.

Hay cristales rotos en el suelo cerca del respiradero y una botella de Coca-Cola vacía. Una caja de plástico, dos, quizá más. Un montón de colillas dispersas. Es feo, aunque también bonito; es un lugar donde puedes ser anónimo.

—¿Quién sube aquí?

—Apenas nadie, normalmente yo. No vivo en este bloque, pero a veces vengo aquí para evadirme.

Entiendo lo que quiere decir, la necesidad de evadirse a veces. O a menudo.

—¿Qué tal el móvil? —le pregunto.

—Bien, estaba bloqueado, así que me he hecho con una tarjeta SIM nueva. Ha sido sencillo. ¿Quieres que te lo devuelva?

—No, tengo uno nuevo, quédatelo.

—¿Estás segura?

—Sí. Tengo algo más también.

Saco de un bolsillo de los vaqueros el papel doblado que he robado del bolso de Saskia y se lo tiendo.

—Qué fuerte, ¿de dónde has sacado esta papelina?

—Del bolso de mi madre de acogida.

—Jesús...

Miro cómo la desdobla pliegue a pliegue, hasta que queda abierta en su mano. Se pone en cuclillas y ahueca la mano para proteger el contenido; me cuenta que lo ha probado un par de veces antes en alguna fiesta de su vecindario. Utiliza el meñique para coger un poco del polvo blanco, se inclina, se tapa un orificio de la nariz y esnifa por el otro. Me pasa la papelina y se tumba de inmediato, estirándose como si fuera una estrella de mar. Cuando cierra los ojos, hago como que esnifo. Vuelvo a doblar la papelina y me tumbo a su lado.

—Joder, qué buena —dice.

—Ya.

—Bueno, ¿qué tal vas con la rubia?

—Intento estar fuera de su vista.

—Sabia elección. No creo que tenga ni un ápice de bondad en su cuerpo.

—Probablemente no.

—¿Por qué cotilleas en las cosas de tu madre de acogida, a todo esto?

—Estaba aburrida, supongo. Es fácil tomarle el pelo también.

—¿Te gusta tomarle el pelo a la gente?

—La verdad es que no, y no debería tomarle el pelo a Saskia. Creo que me tiene miedo.

—¿Miedo de ti? Qué dices. ¿De qué puedes dar miedo tú?

Mi pasado, eso da miedo.

—De nada. Ten, toma un poco de coca.

La pregunta de Morgan me deja intranquila, me hace pensar sobre qué vive dentro de mí y si es posible que me desborde. Las características de mi ADN, enterradas muy profundamente, me persiguen. Me acechan.

Se mete una raya, se pone de pie de un salto y me pregunta si quiero sentir que vuelo.

—Vamos, te lo enseñaré —dice.

Vamos al borde del tejado, donde el hueco de la barandilla; el viento es más fuerte, el cielo está más oscuro. Morgan está detrás de mí. Me empuja hacia delante, cerca del borde. Trepa hasta la cornisa, dice. Tengo el cuerpo rígido, las piernas no me obedecerán. Me siento como en un juego en el que no quiero participar.

—Venga, trepa, no te caerás. Yo lo hago mucho. Extiende los brazos como si fueras un águila.

—No, hay mucho viento.

Me llama cobardica, se mueve hacia delante y alcanza la cornisa; se toma un momento para estabilizarse antes de ponerse recta desde la posición encogida que tiene y se yergue.

Un mal movimiento.

Y.

Algo se acciona en mi cuerpo.

—Mira —dice, riéndose—. No es difícil, para algunos al menos.

Me llega tu voz, enfadada, contrariada. *SE ESTÁ RIENDO DE TI, ANNIE, ESO NO ESTÁ BIEN, BUSCA LA MANERA DE HACERLE PAGAR POR ELLO.* No, no quiero. Quiero irme, pero en vez de eso doy un paso hacia ella. Una corriente que no había sentido desde que te abandoné me recorre la espina dorsal. No sé quién soy. *SÍ QUIERES HACERLO, ANNIE, SABES QUE QUIERES, ENSÉÑAMELO.* Doy otro paso, extendiendo los brazos al máximo hacia ella, hacia el borde, y puede que sea capaz de hacerlo. O de algo peor. Pero Morgan sale de la cornisa de un salto y se gira hacia mí haciendo muecas. Tiene un diente de los de delante partido. Noto una poderosa sensación de culpabilidad cuando la miro.

—Gallina —dice—. ¿Qué quieres hacer ahora?

—Me da igual.

—¿Y si volvemos a donde el respiradero y tomamos más coca?

—Vale.

Cuando volvemos a estar tumbadas le pregunto que por qué quiere volar, por qué quiere ser como un águila.

—Para escapar, supongo, para ir a cualquier otro sitio.

—Alguien me contó una vez una historia de una chica que tenía tanto miedo que rezaba por tener unas alas de águila.

—¿De qué tenía miedo?

De la persona que le estaba contando la historia.

—Había algo que la perseguía, pero, por mucho que corriera o por muy lejos que fuera, el miedo siempre estaba ahí.

—¿De qué tenía miedo?

—De una víbora que esperaba hasta que la chica se cansara de correr, hasta que se quedara dormida, y entonces vendría.

—¿Una víbora es lo mismo que una serpiente?

—Sí.

—¿Por qué iba tras la chica?

—En verdad no era una serpiente, solo fingía serlo.

—¿Qué era entonces?

—Una persona que quería que la chica supiera que, si alguna vez intentaba escaparse, iría tras ella. Que la encontraría.

—¿Cómo puede convertirse una persona en serpiente?

—A veces la gente no es lo que dice ser.

—¿Pudo escapar la chica?

En la versión que me contaste, no, mamá.

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Porque la chica desapareció y no volvieron a verla desde entonces. Tampoco a la serpiente.

—¿Crees que todavía la está persiguiendo?

—Posiblemente.

Es muy probable.

—Me alegro de no tener serpientes persiguiéndome.

—Sí, eres afortunada.

—¿Sabes más historias como esa?

—Sí.

—¿Me cuentas otra?

—Quizá otro día.

Tengo lo que quería: Morgan y yo ya somos amigas. Pero ahora tengo miedo.

Un movimiento falso y...

Te burlaste dentro de mi cabeza, dijiste: *¿NO LO VES, ANNIE?*

¿NO VES QUIÉN ERES?

11

Cuando vuelvo a casa veo el abrigo de Mike en la barandilla del recibidor; ha debido de llegar pronto del trabajo. Cojo el iPod de mi habitación, pero como no quiero quedarme ahí sola, voy al cenador, fuera, junto a su despacho. Me gusta porque es como un espacio de prolongación para sus libros y un buen sitio, lo he descubierto, para escuchar sus conversaciones telefónicas. Los libros del cenador son de temática variada, pero la mayoría tienen que ver con el estudio de todo lo «psico». Psicoanálisis. Psicoterapia. Psicología. Y mi favorito, uno rojo de tapa dura sobre psicópatas, que es lo que la prensa dice que eres. El libro es grande y pesado y tiene muchos capítulos. Quién hubiera dicho que sabían tanto de ti...

El capítulo que habla de los hijos de los psicópatas es el que más me interesa: la confusión que siente un niño cuando la violencia se mezcla con la ternura; es como un tira y afloja, una hipervigilancia, un no saber nunca qué esperar, pero sabiendo que se espera algo. Reconozco esa sensación: la viví a diario contigo. Como la vez aquella que se fue la luz y fuera había tormenta. Pero la tormenta era mayor dentro de casa. Tenías una linterna, y me dijiste que fuera al sótano, que subiera los plomos. Te dije que me daba miedo, que no quería ir; sabía que había algo más que cajas y muebles viejos ahí abajo. Te pusiste la linterna bajo la barbilla y dijiste que irías conmigo, pero era un truco, por supuesto. Me empujaste al interior y echaste el cerrojo. Me pegué a la puerta, conté hacia atrás, unas cien veces y después me desmayé; me desperté contigo pegándome. Te había disgustado, eso fue lo que dijiste, por ser débil y miedica. Juraste que me harías de hierro, que me enseñarías a ser como tú. Esa noche fantaseé con devolvértela y terminar con tus lecciones, pero supe que, incluso aunque murieras, tu fantasma atravesaría las paredes hasta dar conmigo.

Oigo que suena el teléfono en el despacho de Mike; responde rápido, como si estuviera esperando la llamada. Me quito los cascos, aunque no tengo música puesta: es un truco para parecer absorta. Ida. Mike confía en mí, no tiene motivos para no hacerlo.

Todavía.

Una pausa, luego hola, June, no hay problema, eres una interrupción agradable, solo estoy pasando a limpio varias notas de hoy. Ya sé, cuéntame. Sí, Milly está bien, va bien en el colegio, trabaja mucho. Estoy intentando persuadir a Phoebe de que haga lo mismo.

Una carcajada.

No habla durante un rato y escucha a June, luego dice dios, pobrecita, por qué más tendrá que pasar. No puedo creerlo.

Siento una pequeña explosión en mi pecho.

Mike se queda callado, escuchando otra vez, luego contesta sí, por supuesto, le contaré lo que se ha dicho del juicio, pero no lo que ha contado su madre. Gracias, June, aprecio todo el esfuerzo que estás haciendo. Sí, también lo pensamos; muy especial, de hecho.

Un clic. Se ha terminado la conversación.

Me vuelvo a poner los cascos y deslizo el libro rojo bajo un cojín antes de que Mike salga de su despacho. Hago como que no le veo, dando golpecitos con los dedos como siguiendo el ritmo de la música imaginaria que estoy escuchando. Me saluda poniéndome una mano delante de la cara; sonrío, paro el iPod y me quito los cascos.

—Hey, ¿qué tal tu día? —pregunta.

—Muy bien, gracias.

—¿Qué estás leyendo?

Un pesado libro rojo sobre mi madre. Y sobre mí.

Levanto *El señor de las moscas*, el otro libro que estoy leyendo.

—Es para la clase de teatro. La señorita Mehmet cree que deberíamos leer un clásico al menos una vez al mes. Es la obra que interpretaremos este curso.

—¿Tienes algún papel?

—Me perdí las audiciones, pero la señorita Mehmet me pidió que hiciera de apuntadora, y voy a ayudar en el *backstage*, a pintar el escenario y así.

—Qué bien. ¿Phoebe tiene un papel?

Claro que lo tiene, es la jefa de la clase. ¿No lo sabías?

—Es la narradora, tiene un montón de texto que aprenderse.

—Vaya, entonces va a estar muy ocupada. ¿Te está gustando? —Señala hacia el libro.

—Sí, claro.

—¿Qué te gusta del libro?

—No hay adultos.

—Gracias —dice riéndose.

—No, no es eso.

—¿Qué entonces? ¿Te gusta que los chicos no tengan padres?

—Tienen padres, solo que no están en la isla.

—Buen apunte. Aunque hay algunas escenas bastante duras, ¿no?

Asiento, y respondo.

—Como la de la muerte de Piggy.

—¿No muere también un chico que se llama Simon?

Se ha dado cuenta de que eso no lo he mencionado; el psicólogo que tiene dentro está encantado de explorar por qué.

—La muerte de Simon es muy desconcertante, ¿no crees? —pregunta.

Medito durante un rato lo suficientemente largo como para que parezca que estoy pensándolo, y contesto.

—Sí.

Pero lo que quiero decirle es que, la verdad, no encuentro desconcertante la idea de que la gente, o los niños, se hagan daño y se maten entre sí.

Lo encuentro familiar. Y lo familiar es como estar en casa.

Se sienta a mi lado. Lleva la camisa remangada y tiene los brazos todavía morenos, y un reloj con pinta de ser muy caro. Está lo suficientemente cerca como para tocarme, pero no lo hará.

—Acabo de hablar con June; está revisando varias cosas antes de irse unos días de vacaciones.

E informándole sobre todo lo que estés diciendo tú. Otra medalla para ella.

—¿Hay novedades sobre el juicio, sobre si tendré que acudir o no?

—No hay nada concreto, pero June me ha dicho que los abogados han preparado una serie de preguntas que tendremos que responder.

—¿Preguntas?

—Cosas por las que te preguntarán.

—¿Así que me van a interrogar?

—Aún no estamos seguros, y sé que es una sensación horrible, pero te lo contaré en cuanto lo sepa. Lo prometo.

Se levanta, se estira y se ofrece para prepararme algo de comer: intenta distraerme, hacer que pare de lanzar preguntas. Voy hacia la parte delantera de la casa con él.

—Esto me recuerda que olvidé contarte ayer que hoy tenemos cena familiar.

—¿Todos?

—Sí. Tú, yo, Sas y Phoebes.

«Pásame las patatas, por favor, cara de perro».

Me pregunto cómo caería eso en la mesa.

—Normalmente la hacemos a las siete, ¿te parece bien?

—Claro.

Paso las dos horas siguientes dibujando y escuchando a Phoebe al teléfono en su habitación, conversación tras conversación, a través de las paredes. Pienso en llamar a su puerta y hacer como si fuera la primera vez que nos vemos.

Vamos a olvidar lo que ha pasado hasta ahora, le diría. Vamos a empezar de nuevo. Vamos a ser amigas.

Cuando llega la hora de cenar, bajo a la cocina. Huele a algo que está

haciéndose en el horno. Hace calor y el ambiente está cargado. Mike también lo nota, ya que abre la ventana justo cuando llego. Phoebe está apoyada en el fregadero, con la cabeza metida en su móvil. Hay una botella de vino tinto abierta en la encimera junto a la radio, que está apagada. Nadie quiere correr el riesgo de que yo pueda oír algo sobre ti.

—Huele bien —digo.

Phoebe levanta la mirada y hace un sonido despectivo que le sale de la garganta. Mike la mira, contrariado, y mueve la cabeza. Saskia se gira, ocupada en una espesa salsa al fuego.

—Lo que hueles es el legendario pollo asado de Saskia.

—Legendario porque es tan seco que lo puedes estar masticando hasta el domingo siguiente. No es demasiado tarde para pedir comida china, colega.

Ignoran el comentario de Phoebe, que mete la cabeza otra vez en su móvil. Soy nueva en esta familia, pero yo siento lo mismo: la incapacidad de Saskia de ser buena madre, de ser fuerte. Miro a Phoebe y me entristece pensar que no se da cuenta de que ella y yo tenemos más cosas en común que cosas que nos separan.

—Bueno, Phoebe, es hora de dejar el móvil, sin protestar. ¿Podéis poner la mesa Milly y tú?

—Muy bien, pero no esperes que me lo pase bomba.

—Quizá podrías si lo intentaras —dice Saskia, girándose hacia nosotros.

El tiempo se le está acabando: cuando quiera darse cuenta, no podrá tener una buena relación con su hija. ¿Pero por qué iba a querer tenerla?

—¿Que quizá si lo intentara? ¿Y lo dices tú?

—Por favor, chicas, no creo que sea necesario esto delante de Milly.

Un terremoto amenaza con hacer que todo se venga abajo: un castillo de naipes cuidadosa y laboriosamente levantado; una familia frágil.

Nadie habla; el único ruido son las patitas de Rosie sobre las baldosas al entrar en la cocina, agitando el rabo, con la nariz alzada olisqueando el aire. Da un estornudo de placer cuando el olor del pollo, que ahora está fuera del horno, la tienta. Es lo que la ha traído hasta aquí.

Mike se agacha y le rasca tras las orejas, donde a ella le gusta, y dice vamos, chica, fuera, y se la lleva y la encierra en el porche. Phoebe y yo ponemos la mesa mientras Saskia coloca patatas y verduras asadas en unos boles blancos. Cuando Mike vuelve, afila un gran cuchillo con elaborados movimientos y trincha el pollo. No me dice que extienda los dedos en la mesa mientras clava el cuchillo entre ellos tan rápido como puede. Él no juega a eso.

Una vez que nos hemos sentado, es cuestión de pocos minutos que estemos pasándonos los platos, moviendo los boles de un lado a otro de la mesa para que

todos estemos listos para empezar a comer. Mike llena de vino la copa de Saskia y la suya propia, y a Phoebe le pone medio vaso. Cuando me ofrece un poco le digo no; agua está bien. Phoebe dice que soy una sosa y todos nos reímos. Apuesto a que lo que me ha llamado en su cabeza es mucho peor que eso.

—Un brindis —dice Mike levantando su copa.

Nadie le secunda.

—Milly me ha dicho que vais a representar *El señor de las moscas* este año.

Ha encontrado oro; sabe dónde está la mina.

—Sí, me ha tocado el papel más gordo, soy la narradora. La señorita Mehmet dice que es porque tengo una voz muy clara.

—Eso está muy bien, ¿verdad, Sas?

Esta asiente, aunque no pone el corazón en ello. Está fantaseando con follarse a Benji o con salir por la puerta y no volver nunca. Tiene los ojos vidriosos y se lleva constantemente la mano a la nariz. Mike no está ciego, tampoco es tonto. Elige ignorarlo. Tolerarlo. Saskia ha repuesto su mercancía. Está puesta. Está jodida, porque la han jodido, en el buen sentido. Está jodidamente puesta.

—Milly. Tierra llamando a Milly —oigo que dice Mike.

Me he quedado con la mirada fija de nuevo, esta vez sobre Saskia.

Phoebe comenta algo de que si las miradas matasen. Saskia se sienta más erguida e intenta llenarse la boca de comida. Mike dice basta, ya basta. La conversación sigue. Templada. Insípida. Comemos mientras hablamos. Phoebe tenía razón, el pollo está seco. Mike le pregunta cómo lleva lo de aprenderse su texto y le sugiere que tome nota de mí, leyendo y releiendo el texto. Es como enseñarle un trapo rojo a un toro, como acercar una cerilla a una llama.

—Es tan típico... He estado trabajando muchísimo con mi texto; quizás es que estás tan jodidamente ocupado que no te das cuenta.

Se termina el vino que le queda; el calor del alcohol añade combustible a su ira.

—Otro taco como ese y te levantas de la mesa, ¿vale? Especialmente cuando tu madre ha hecho una cena tan deliciosa.

—Debería estar comiendo otra cosa —contesta.

Saskia abre la boca, y está a punto de hablar, pero la cierra de nuevo: no se siente, ni es, tan valiente como su hija. Se disculpa y va al baño. Su nariz tiene hambre.

—Solo era una broma, por el amor de dios.

—Es la última vez que te lo digo, Phoebe, va en serio —responde Mike.

Phoebe apuñala una patata con el tenedor, le mira y dice «de acuerdo». Mike se pasa las manos por el pelo, suelta un suspiro y me pregunta si quiero más pollo.

- No, gracias, estoy llena.
- ¿A mí no me ofreces?
- ¿Quieres?
- No, pero sí quiero más vino.
- No, esta noche ya no más.

Demasiado tarde. Phoebe coge la botella y derrama el vino por el mantel y en su vaso a partes iguales. Esta vez llena el vaso hasta arriba. Tiene los labios de color púrpura.

- Creo que no, Phoebe.
- Mike se levanta, le quita el vaso de la mano y tira el vino por el fregadero.
- Antes no te importaba.
- Antes te comportabas mejor.

Phoebe se me queda mirando y de alguna manera sé que me está echando la culpa. Mike se vuelve a sentar e intenta un acercamiento distinto.

- Chicas, ¿por qué no trabajáis juntas en la obra y así os ayudáis?
- Me encantaría —contesto.
- Ya estamos Iz y yo trabajando juntas en la obra.
- Quizá podríais incluir a Milly.
- La han dejado sin papel en la obra.
- No hay necesidad de ser grosera.
- No estoy siendo grosera. ¿Por qué te pones de su parte?
- No me pongo de parte de nadie.
- Sí lo haces, es como si yo fuera invisible.

Mike podría decírselo, podría desactivar la bomba. Explicarle por qué él y yo pasamos tanto tiempo juntos, adónde vamos cuando me salto las clases. Los abogados. Nuestras conversaciones vespertinas sobre ti. Pero no lo hace, no le cuenta a Phoebe que es importante que me ayude a adaptarme a vivir como un miembro de esta familia, que se necesita un poco de tiempo extra y atención. Phoebe está a punto de decir algo, pero Saskia vuelve, con un vaso de base compacta en una mano. Hielo. Una rodaja de lima. Se sienta, juguetea con su collar, el de oro que va a juego con el de Phoebe, y con el mío. Phoebe no pierde ripio, sobre todo si se trata de su madre.

- Bueno, viendo que te has pasado a las copas, podría beberme tu vino.

Alcanza el vaso de Saskia y se bebe lo que queda. Es una Lolita, una adolescente tentadora que sabe qué botones apretar. Mike se agarra a la mesa: estará pidiéndose calma a sí mismo empleando tácticas que usa en su trabajo. Se levanta y habla.

—No te lo estoy pidiendo, te lo estoy diciendo. Levántate, Phoebe. Si aún tienes hambre, coge lo que quieras, pero ve directa a tu habitación. Preferiría no

verte en toda la noche.

Hace lo que le dicen. Se le han bajado los humos. Lo que sube baja.

Y solo quedaron tres.

No puedo evitar sentir pena por ella. Yo también he experimentado eso, el hambre de soledad estando con las personas, o la persona, que se supone que debe protegerte. Educarte. Mike se disculpa y me pregunta si ya he comido suficiente.

—Sí, gracias. Creo que también subiré a mi habitación, si te parece bien.

—Por supuesto, y lo siento: se suponía que no iba a ocurrir algo así.

Me paro ante la habitación de Phoebe, imaginando lo que estará haciendo. ¿Escribiendo a Izzy? ¿Contándole lo mucho que odia a su familia, lo mucho que me odia?

No hay nada como una familia nuevecita, una familia relucientemente nueva.

—Milly, soy Mike, ¿me oyes?

Por favor, para de llorar.

—Milly, ¿con quién hablas?

Voy a ayudarte, lo prometo.

—No pasa nada, Milly.

No, es muy tarde para eso.

Alguien me pone las manos sobre los hombros. Aplica presión. Un voz dice Milly, tienes que salir de ahí. Abro los ojos y veo a Mike frente a mí.

—Déjame ayudarte.

—No, me necesitan, Mike. Están asustados.

—Coge mi mano, Milly. Así, buena chica.

Cuando Mike me saca del sótano, la luz del pasillo me ciega. Hay un foco. Estoy expuesta. Esto es lo que soy. Empiezo a llorar y Mike me abraza contra su pecho. Su corazón late fuerte, lo percibo a través de la gruesa tela de su bata. Se supone que no debería tocarme, pero me alegro de que lo haga.

—Lo siento —digo contra su pecho.

—No tienes por qué disculparte, Milly.

Sí tengo por qué.

Tengo muchas razones.

12

Mike me dijo que todo saldría bien cuando me llevó de vuelta a mi habitación el sábado por la noche y que hablaríamos de ello en la sesión de esta semana, pero no sé cómo puedo estar segura de que lo dice en serio. De que todo saldrá bien. El suelo bajo mis pies es menos firme cuando llega la noche. Con respecto a lo que hago, a lo que revelo de mí en esos momentos. Mi mayor miedo eras tú, y todavía lo es la mayor parte del tiempo, pero ahora tengo uno nuevo: que me muestren la salida, y que Mike reconozca que ha mordido más de lo que puede masticar.

Dentro de once semanas a partir de hoy empieza tu juicio. Once semanas para estar en el mismo edificio que tú, para respirar el mismo aire. Quiero saber qué le contó June a Mike por teléfono. Algo que habías dicho tú. Algo que no quieren que descubra. Ve despacio y cuenta la verdad; eso es de lo único que tienes que preocuparte, me dijo Mike la semana pasada. Es fácil para él decirlo.

Me siento en la cama, cojo una goma de las que llevo en la muñeca y me hago una coleta alta. Así llevan el pelo todas en el colegio. Una vez que me he vestido, desenrollo los dibujos que he hecho durante el fin de semana para enseñárselos a MK. Estoy deseando verla otra vez, siento que lo estoy haciendo bien cuando estoy con ella. Justo antes de salir de mi habitación me llega un mensaje. Es Morgan, que dice que se lo pasó muy bien el sábado, te veo pronto, seguido de un ejército de *emojis*. Una estrella, pulgares hacia arriba. Dos chicas bailando al unísono y una pelota roja. Le gusto, creo. Solo ha visto la parte buena. Algunas cosas no deberían revelarse, eso solías decirme. Muestra solo la parte que sabes que les va a gustar. Demuestra seguridad.

—Buenos días —dice Mike cuando entro en la cocina.

—Buenos días.

Phoebe también está, con los brazos cruzados sobre el pecho. Gira la cara cuando me ve.

—Phoebe —dice Mike.

Ella le mira, exhala ruidosamente y dice «De acuerdo»; luego se gira hacia mí y dice:

—Siento lo del sábado.

Asiento y contesto:

—Gracias, no pasa nada.

—No, no estuvo bien, y lo sabe. He sido muy claro al respecto: si vuelve a

pasar algo así, habrá consecuencias. ¿De acuerdo, Phoebe?

—Sí.

—Bien —dice Mike—. Punto final. ¿Por qué no vais al colegio juntas? No soléis salir a la vez.

—He quedado con Izzy, tenemos cosas que hablar.

—Como te dije durante la cena del sábado, Phoebe, estoy seguro de que podréis incluir a Milly de vez en cuando. ¿No?

—No importa, me gusta ir sola, aprovecho para aclarar mis ideas.

Mike parece disgustado, pero lo deja estar. Terminamos de desayunar al mismo tiempo y acabamos saliendo juntas, pero cuando estamos en la entrada de casa para ir hacia el camino principal, dice «No creas que no sé qué estás tramando, pero, para que lo sepas, mis padres no se quedan con nadie más de dos meses. En nada volverás a donde sea el sitio del que has venido».

Sale corriendo, con la mochila dando botes a la espalda, y se junta con Izzy, que la está esperando al final del camino. El sitio del que has venido, ha dicho. Quiero gritarle, preguntarle adónde va una persona si no puede quedarse donde está ni volver al sitio del que ha venido. ¿Adónde iré cuando termine el juicio? A algún sitio temporal, eso fue lo que dijo June cuando la conocí en el hospital. Mike y Saskia han decidido que soy la última acogida que tendrán hasta que Phoebe se gradúe. Phoebe no tiene ni idea de lo afortunada que es ni de lo mucho que me gustaría que hubiera sitio para las dos en esta familia.

Cuando llego al colegio, doy un repaso al horario que tengo en mi taquilla. A primera hora se supone que tengo mates, pero cuando paso delante de la secretaría para ir a clase, veo una nota pegada en la puerta diciendo que la señorita Duke, nuestra profesora, no viene hoy y que los de mi clase vayamos a la biblioteca. Decido ir primero al aula de arte para ver si está MK. Está vacía cuando llego. Hay un abrigo con borlas colgando en el respaldo de su silla y un libro de arte abierto boca abajo sobre la mesa. Quiero darle la vuelta, ver qué está leyendo, pero la puerta que da al pasillo se abre y ella entra con un montón de platos de papel decorados con caritas. Sonríe al verme.

—Qué grata sorpresa. ¿Qué tal tu fin de semana?

—Ha estado bien, gracias. ¿Qué tal el suyo?

—Bastante tranquilo, para ser sinceros —contesta—. Si me buscabas, estás de suerte: tengo media hora libre antes de que lleguen los pequeños.

—Quería enseñarle unos dibujos que he hecho el fin de semana.

—Fenomenal, vamos a verlos.

Saco el rollo de dibujos de una solapa de mi mochila y se lo tiendo.

—Guau, has estado ocupada.

—Solo hay tres —contesto, disfrutando de cómo me hace sentir su

entusiasmo.

—Vamos a extenderlos en la mesa.

Ponemos unos portalápices llenos de rotuladores en las esquinas de las hojas; ella da un paso atrás cuando hemos extendido los tres dibujos. Asiente.

—Son geniales, sobre todo el de la chica con las alas de águila. ¿Siempre te ha gustado dibujar?

—Creo que sí, sí.

—¿Tus padres son artistas?

Cómo decírselo, cómo explicarle que tú creías que lo que hacías era arte.

Pero con piel, no con papel.

—Mi madre me abandonó cuando era pequeña, así que no puedo saberlo.

—Lo siento, he sido muy poco delicada al preguntarlo, sé que estás con los Newmont.

Le digo que no pasa nada, pero no es así. No es lo que ha dicho, es lo que yo no puedo decir.

—Tienes mucho talento. ¿Has pensado en estudiar arte cuando termines el colegio?

—Quizá, pero también me gustan mucho las ciencias.

—Las ciencias dan más dinero, eso seguro. Gracias por enseñármelos, me encanta ver lo que podéis llegar a hacer las alumnas. Si me perdonas, tengo que responder algunos correos, pero puedes quedarte y dibujar en estos veinte minutos que nos quedan.

—Se supone que debería estar en la biblioteca. La señorita Duke no ha venido, por lo que tenemos rato de estudio.

—Puedo avisar a la bibliotecaria si quieres y decirle que estás conmigo.

—¿No le importa que me quede?

—Por supuesto que no. Es agradable tener compañía, ¿verdad?

Sí.

Me siento en un taburete mientras que ella llama a la señora Hartley. Cojo un carboncillo rojo de la caja que hay en la mesa que tengo al lado. Hago barridos y espirales con el carboncillo. Trabajamos en silencio. Vuela el polvillo de la pintura, y también vuela el tiempo. Tengo vetas rojas del polvillo en el azul marino de la falda. Aprieto mucho y el carboncillo se rompe.

—¿Puedo mirar?

—Claro.

Se acerca y se coloca detrás de mí.

—El color de este dibujo es muy potente.

Asiento.

Se derrama y se filtra.

—¿Puedes describir lo que has dibujado? ¿Eso de ahí es una persona?

El dedo de MK flota cerca de tu cara, pero no la toca. La traza en el aire, y hace lo mismo con los trazos rojos difuminados a tu alrededor.

—Es una interpretación de algo que he visto.

—¿En la tele?

—Sí, algo así, sí.

—¿Has oído hablar del Premio Sula Norman de Arte?

—¿Esa es la chica que murió?

—Sí, murió de leucemia hace dos años. Creo que era una artista con mucho talento, aunque nunca la conocí, fue antes de que yo viniera. Cuando falleció, sus padres se comprometieron a crear un premio artístico para el colegio, donar un año de suministro de material y hacer una exhibición en una galería del Soho. Habiendo visto tu trabajo, te sugeriría que te presentaras.

—No estoy segura de ser suficientemente buena.

—Créeme, si el trabajo sigue saliéndote así, tienes muchas oportunidades de ganar. No debería decirlo, pero es así.

—Gracias, me lo pensaré.

Voy al fregadero, centrada en lavarme las manos, lo que sea para que no se note el calor que me irradia por la cara. Qué estúpida al sonrojarme. MK se ha dado cuenta. Cojo una toalla de papel del dispensador y me seco las manos. Ella se me acerca y me da un trapo húmedo.

—Para el polvillo de la falda —dice.

Paso el resto del período en la biblioteca, y me voy de allí tan rápido como puedo cuando suena el timbre, asegurándome de llegar al gimnasio antes que las demás. Me cambio en un cubículo. Privado. Con las mallas ya puestas para la práctica de salto del potro, pienso que mi cuerpo es solo mío estos días. Me alegro de no haberme cortado anoche, porque la señora Havel me sostiene a la altura de las costillas al ayudarnos a dar un mortal en el potro. Una alumna más pequeña llega e interrumpe la clase.

—Tiene una llamada, señora Havel.

—¿No puede esperar?

—No, ha dicho la señora McD, de secretaría, que era urgente.

—Muy bien, no tardaré, chicas. Dejad el potro y haced en su lugar ejercicios en las esterillas, y, por el amor de dios, no hagáis tonterías.

El ruido sube de volumen en cuanto se cierra la puerta del gimnasio. Risas y bromas, conversaciones sobre chicos y las cosas del fin de semana. Escucho; me ayuda a aprender cómo encajar. Y a pasar desapercibida. Miro a Georgie, una de las chicas más bajitas de clase, cómo sube por una soga que cuelga del techo. Se sirve de los pies para empujarse desde el nudo de abajo del todo y de los brazos

para subir y ganar altura. Lo está haciendo bien, casi está a la mitad; la sogá se balancea de lado a lado mientras continúa subiendo. Veo a Phoebe darle un codazo a Clondine y susurrarle algo. A continuación sueltan unas risitas y se acercan a la sogá. Georgie está ya arriba. Phoebe y Clondine no están con los ejercicios de esterilla; sé lo que están a punto de hacer, lo veo. Debería intervenir, pero, por una vez, no es a mí a la que van a ridiculizar. A menospreciar.

Empiezan a hacer oscilar la sogá, al principio de forma suave. No pasa mucho hasta que las demás se dan cuenta. La multitud se congrega enseguida, las altas coletas se mueven cuando doblan el cuello y miran hacia el techo. Los móviles harían lo mismo, pero las mallas no tienen bolsillos. Georgie les dice que paren, pero no lo hacen. Desciende, rápido, quiero gritarle, pero el miedo le llega a ella antes. Le dice que aguante, le susurra en el oído que aguante por su vida. Aprieta más el cuerpo contra la sogá, se agarra más fuerte, los pies descalzos no sirven para nada. Se resbala un poco y trepa hacia arriba. Se le suelta una pierna y la vuelve a recoger. Alguien hace un chiste: ¿Cómo está el tiempo ahí arriba, Georgie? Una carcajada. Un juramento. Oh, joder, mirad lo alto que se balancea. Entonces se oye una advertencia de Annabel.

—Se va a caer, Phoebe, para.

Pero ella no escucha; tira más fuerte de la sogá, con una sonrisa más grande, disfrutando del poder. Del control. Georgie se balancea como un monito que no tiene la cola o la espalda de su madre para sujetarse. Ni ramas ni árboles. Nada que pare la caída. Sola ahí arriba. Sola ahí fuera. Todos lo estamos.

—Vamos, Clon, tu turno.

Esta hace lo que le dicen, y empuja la sogá hacia la izquierda, lo que provoca que Georgie dé vueltas. Cada vez que la sogá gira, puedo verle los ojos, húmedos. Lágrimas. Está muy asustada. El cuerpo se desliza un poco, más que la última vez. Está cansada. Ayúdala. No puedo. Puedo. No quiero.

A mí nadie me ayudó.

La sogá empieza a pararse y Clondine se aparta unos pasos y le grita a Georgie:

—¡Diez libras por el paseo, por favor!

Las otras chicas pierden el interés; se imaginaban algo mejor, como que no la balancearan más, o que Georgie se cayera al suelo en un minuto o así, quejándose ante Phoebe y Clondine de lo asustada que estaba. El círculo de espectadoras comienza a desintegrarse en grupos de dos o tres y se alejan. La sogá está casi detenida ahora. Empieza una competición de volteretas en las esterillas, los cotilleos se reanudan. La mayoría de las chicas, Phoebe no. No puede resistirse a dar un último tirón a la sogá. Hay un fuego que arde en su

interior que brilla demasiado.

Georgie está demasiado cansada para seguir sujetándose.

Miro a otro lado antes de que llegue al suelo. El sonido es característico. Es como suenan los huesos. Pop. Crac. La carcajada a la que me había sumado unos minutos antes se desvanece de forma progresiva hasta convertirse en silencio.

—Eres una puta idiota, Phoebe —dice Clondine.

Me giro. Georgie. Más desplomada que sentada, con la cara blanca, del mismo color que el hueso que le sobresale bajo la barbilla. Un cuchillo de calcio, una clavícula. Ya no hay volteretas. Una oleada de mallas se mueve, se agolpa a su alrededor. Yo también me muevo, pero voy por detrás y me siento a su lado. La respiración, la de ella, va a jadeos cortos. La soga se balancea acusatoriamente sobre nuestras cabezas. Todas hemos tenido un papel en esto. El ruido del gimnasio es diferente ahora, el tono es más alto que antes, con un deje de pánico. Las chicas se aferran unas a otras.

—Joder. No he sido yo sola, también has tenido que ver tú, Clondine.

—No, yo ya me había ido, y también tenías que haberte ido tú.

—Dios mío, creo que me estoy poniendo mala.

—Cállate, Clara, piensa en la pobre Georgie.

—Te llevaremos a Jonesy, ¿vale, Georgie? Vas a estar bien —dice Annabel. Con decisión. Como un capitán.

Phoebe se pone en cuclillas; ve una oportunidad para intentar arreglar algo las cosas, y lo sabe.

—Lo siento mucho, creía que estabas bajando. No lo habría hecho si hubiera pensado que ibas a caerte.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? —dice Annabel.

—¿Podrías callarte por una puta vez, ir a buscar a Jonesy, traerla aquí y no atreverte a decir nada más? De todas formas, todo el mundo me respaldará, ¿verdad? Todas nos estábamos riendo, todas somos culpables, ha sido un accidente.

Es buena. Realmente buena. Las chicas asienten de forma solemne. Clara, que parece tener arcadas, se da la vuelta y le coge una mano a Georgie. Esta empieza a gemir. Es un sonido horripilante, que crece hasta convertirse en un profundo lamento al mirar hacia abajo y verse el hueso perforándole la piel. Annabel corre hacia la puerta, gritando tras de sí «¡Voy a buscar a Jonesy!».

—No mires —le digo a Georgie.

Phoebe oye cómo aumenta el quejido de Georgie; quiere que pare.

—Joder —dice—. Cálmate, por favor. Jonesy estará aquí enseguida. Simplemente recuerda que ha sido un accidente, ¿vale?

—¿Le traigo un poco de agua? —pregunta Marie.

—No —responde alguien—. No hay que darle nada de beber, lo he visto en la tele, solo hay que mantenerla con calor hasta que llegue la ayuda.

—¿Le tapamos las piernas con esa sudadera de ahí? ¿Tienes frío, Georgie?

Siento que su cuerpo empieza a sacudirse. Tiene un shock. La recuesto en mi hombro.

—¿Por qué no intentamos levantarla y la sentamos en un banco? —sugiere Phoebe—. ¿Podrás, Georgie? ¿Te apañas?

Georgie agita la cabeza y empieza a llorar.

—Tienes que intentarlo. Venga, vamos a levantarla.

Sé lo que Phoebe está intentando, «limpiar» el escenario, hacer que parezca menos violento. El cuerpo roto de una chica se verá mejor en un banco que tirado bajo la soga de la que se ha caído, en la que le han dado vueltas.

—No, mejor no —me oigo decir.

Un mar de terciopelo púrpura y azul se me queda mirando.

—Métete en tus asuntos —contesta Phoebe.

—Le duele demasiado, no se la puede mover.

—¿Y a ti qué te hace experta en huesos rotos?

Percibo un movimiento por mi cuero cabelludo, un calor que me crepita lentamente. Sostengo el peso de Georgie; le digo que se sostenga el codo y se lleve el brazo contra el estómago.

—Eso es, así, te ayudará contra el dolor.

A mí me ayudó con el mío.

Jonesy, la enfermera del colegio, llega, mira una vez a Georgie y le dice a Annabel que vaya a secretaría y llame a una ambulancia. Acerca un potro a nuestra espalda, me da las gracias por la ayuda y le dice a Georgie que se eche hacia atrás despacio. La señora Havel debe de haberse enterado también, porque llega hecha una furia.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. Os dije que tuvierais cuidado.

—Lo hemos tenido —contesta Phoebe—. Estábamos divirtiéndonos un poco cuando Georgie se cayó de la soga.

—¿No me habíais oído? Dije que solo ejercicios en las esterillas. Id a cambiaros, todas, deprisa.

Phoebe me está esperando fuera de mi cubículo; se pega a mi cara, tan cerca que puedo ver unas manchitas marrones en el azul de sus ojos.

—La próxima vez no te metas en lo que no te concierne, ¿de acuerdo?

La ignoro y me voy. Me sigue y me da un empujón al pasar a mi lado. Me caigo de golpe contra los bancos de madera que usamos para cambiarnos.

Magullada, pero viva.

Muy viva, Phoebe.

13

Unos días después del incidente del gimnasio, Phoebe hace circular una tarjeta al final de la clase de biología.

—Que la firme todo el mundo —ordena—. Se la llevaré a la señora McD para que la envíe a casa de Georgie.

Cuando me llega la tarjeta, leo los remolinos de color rosa que son las letras de Phoebe:

«Sentimos tu accidente, ponte buena pronto. Con amor, Pxxx».

«Tu accidente», una elección de palabras interesante. Suena bien para un profesor o un padre. No da razones para sospechar nada raro, y Georgie sabe que es mejor no chivarse. Todo el mundo lo sabe, pero yo me chivé de lo que hacías, ¿no, mamá? Conté la historia una y otra vez, ante la luz parpadeante de la cámara de vídeo.

Cuando todo el mundo ha firmado, veo a Phoebe lamer la solapa del sobre. Lo cierra con un suave movimiento en forma de V. Se pone vaselina de color rosa en los labios y besa el centro de la V del dorso del sobre. Pienso en lo distinta que es en el colegio, tan segura de sí misma, y en cómo era yo de distinta también, tan buena en fingir, en guardar nuestros secretos. Me pregunto qué pensarían las chicas si supieran que Phoebe grita en sueños. Que llora. La he oído varias noches en las que he estado demasiado asustada para dormir, demasiado asustada de estar en mi habitación, con todas las sombras y los susurros de las oscuras esquinas. Proceden de ti. A veces me levanto y me siento acurrucada en la alfombra de terciopelo del descansillo. Phoebe está inquieta y preocupada. Los pequeños gañidos solitarios de su sueño se convierten en lágrimas cuando se despierta. A veces enciende una luz, una franja de brillo bajo la puerta. He pensado en acercarme, decirle que no pasa nada, aunque sí pasa. No estoy segura de qué es peor, una madre como la mía, lo que es mucho, o una como la de Phoebe, que no es bastante.

Suena el timbre de la comida y me dirijo a las aulas de los pequeños. Solo he echado una mano un par de veces antes, pero parece que les gusta a los niños, y a mí me gustan ellos. Encuentro cierta magia en su compañía. Existen en nuestro mundo a medias, y existen a medias en el suyo. Dragones que matar, princesas que rescatar... Léelo otra vez, Milly, nos encanta esa historia, por favooooor. Una niña se cayó la semana pasada; le lavé las manos y le limpié la arena de las rodillas. Sé valiente, le dije, tienes que serlo.

Cuando llego al patio, una pequeña multitud corre hacia mí, me sonrío y me echa los brazos.

—Ha llegado Milly.

—¿Me llevas a caballito? —me pregunta Evelina, una niña de aspecto frágil, muy blanca, con la piel de alrededor de los ojos de color rosa. Apuesto a que su madre, en casa, le da baños con harina de avena, por las manchas secas de eccema visibles en la parte de atrás de las piernas.

—Venga, sube —le contesto, agachándome para que pueda subirse a mi espalda.

Lo hago mucho. Lo de pensar en la clase de padres que tienen los demás. El personal del hospital fue muy rápido en decirme que lo que habías hecho estaba mal. Que era anormal. Así que intento aprender qué está bien, intento ser distinta a ti.

Evelina, como un koala, cierra los brazos en torno a mi cuello. Mientras pasamos al galope frente a la ventana de un aula, con una cola de niños a la espalda encantados de poder ser los siguientes en subir a caballito, veo mi reflejo de refilón. Aparto la mirada.

Cuando me agacho y Evelina se desliza al suelo desde mi espalda, empieza un coro de «Me toca». Hago todo un *show* de fingirme abrumada; corro en círculos y me siguen, por supuesto. Una niña se queda rezagada, con la mirada fija en el suelo; mira ocasionalmente, observa a los otros niños, cómo interactúan conmigo. Recuerdo que yo hacía lo mismo cuando tenía su edad. Le ofrezco la espalda para que se suba.

—¿Quieres montar? —le pregunto.

Mueve la cabeza, se toquetea los botones de la chaqueta y mira hacia otro lado. Una niña regordeta a la que he intentado eludir aterriza sobre mi espalda y me dice que la lleve. Me enfada que la otra niña, la que quiero que suba, no confíe en mí lo suficiente. Tú me enseñaste cómo ser con los niños, pero parece que aún me falta mucho de tu encanto. De tu habilidad.

Empiezo a correr al trote.

—Más rápido, más rápido —demanda la chillona voz que llevo detrás.

Aprieta las piernas contra mi cintura. Me molesta la sensación. Me ahoga. Hay una buena caída desde mi espalda, no tanto como la de Georgie, pero suficiente para que una niña de cinco o seis años se haga daño. Debería sujetarla más fuerte.

Debería.

Aterriza con un golpe sordo y empieza a llorar.

—Me has tirado.

—Oh, venga, Angela, no seas dramática. Todos los buenos jinetes se caen de

vez en cuando. Levántate y límpiate el polvo.

Y muévete. Sal de mi vista.

Hay rayuelas pintadas en varias losas del suelo del patio. Veo que la niña desconfiada finge mirarlas. No le pregunto si está jugando, sé que no, pero me acerco y le doy un caramelo que saco del bolsillo. A los niños les gustan los caramelos y la gente que se los da.

Tu elogio llega inmediatamente —*ESA ES MI CHICA*—, pero en lugar de hacerme sentir triunfante, como me pasó cuando lo de los lavabos con Clondine e Izzy, esta vez me deja una sensación desagradable.

—Eh, no es justo —dice Angela, cuando ve lo del caramelo—. He sido yo la que se ha caído.

La ignoro. Gorda. Pequeña. Es como un cerdito. Suena el timbre, que señala el final de la hora de la comida.

—Vamos, todos, haced un tren y «chup-chup» al punto de encuentro.

Tres profesoras esperan para comprobar que todos los niños entran, contando las cabezas. Nunca se sabe quién puede estar al acecho fuera del patio.

O en él.

—Señorita Carter, Milly me ha tirado.

—¿Qué dices, Angela?

Respondo yo.

—Solo era un juego, estábamos jugando al caballito, no ha pasado nada.

—Mmm..., bueno, ten cuidado la próxima vez, por favor, Milly. Lo último que necesitamos es una queja de algún padre.

—Claro, lo tendré.

—Ten cuidado —vuelve a decir, con sus ojos redondos fijos en mí.

Le sostengo la mirada y sonrío. No soy yo quien debe tener cuidado.

La señorita Evans, otra de las profesoras, pide a los niños que me den las gracias. Lo hacen al unísono, como un pajarillo que silbara una preciosa melodía. Me llena, me da calidez. Busco a la niña. Está al final de la fila, aún intentando parecer pequeña. Invisible.

Mike llegó ayer tarde del trabajo, así que tuvimos una sesión corta. Quería hablarme de Daniel, de lo que me preguntarían si me hacían declarar en el juicio, de cómo podría intentar la defensa aducir que yo debería haber hecho algo más. Podría haber hecho más. Es vital que te resistas a interiorizar estos sentimientos, dijo, y que te quedes con la realidad de que nada de todo eso fue culpa tuya. Nadie te culpa. No es verdad, quise decir.

Yo me culpo.

Me preguntó si nos volvíamos a ver por la noche para seguir con una relajación guiada; dijo que era crucial para dejar salir el trauma enterrado en mi subconsciente. Le dije que no me gusta no ser capaz de recordar todo lo que he dicho. Tienes que confiar en mí, Milly, respondió; sé lo que estoy haciendo, lo llevo haciendo mucho tiempo.

Antes de reunirnos contesto a un mensaje de Morgan de hace un rato. Decía que había estado espiando a «la zorra rubia» y que si yo sabía que fumaba. No lo sabía, respondo. Veo que escribe una respuesta: pues lo hace, ¡¡adivina qué más he descubierto de ella!! Nunca se lo he pedido, pero me gusta la idea de que merodee, de que espíe por mí: me hace sentirme más cerca de ella, sentirla como alguien en quien puedo confiar.

Cuando llego a la cocina Phoebe le está contando a Mike lo del accidente de Georgie y cómo ha ayudado ella. Luego sigue, diciéndole que yo me quedé parada y que no ayudé nada. Me quedo tan pálida como lo estaba Georgie.

—No importa —dice, mirándome—. Qué bien que estuvieras ahí, Phoebe.

—Papá, por cierto, ¿has visto un trabajo de química que tenía por ahí?

—Me parece que no, cariño. ¿Cuándo lo viste la última vez?

—No estoy segura, ayer, quizá, pero es para mañana, y el señor Frith se volverá loco si no lo entrego.

—Vuelve a buscarlo bien.

Saskia se nos une, vestida con la ropa de yoga. Los labios de la vagina, tan obvios como siempre.

—¿Has oído eso, Sas? Phoebe ayudó a Georgie, que tuvo un accidente en el gimnasio hace unos días.

—Qué bien —responde—. Me voy pitando, llego tarde a clase.

Eso le duele a Phoebe. El hecho de que Saskia no pregunte más detalles. Le lanza a su madre una mirada airada y la empuja al pasar. Saskia gesticula hacia Mike y articula un «¿Qué?».

—Nada —contesta—. Vamos, Milly, deberíamos empezar.

No nos damos cuenta ninguno al principio. Tres plantas más arriba. Sentada en la barandilla.

—Disfruta del yoga, mami querida —dice, mirándonos desde arriba.

Se burla de Saskia quitando las manos de la barandilla, haciendo como que se tambalea: quiere que Saskia le diga que tenga cuidado, pero no es ella, sino Mike, quien lo dice.

—No seas estúpida. Baja de ahí, puedes matarte.

Defraudada otra vez, le saca el dedo corazón a su madre y desaparece del rellano hacia su habitación. Mike intenta sonreír, pero Saskia sale con un:

—Tú eres el psicólogo, arregla esto.

—Sas, es nuestra hija, no *algo* que arreglar. Está enfadada porque...

—... por mí, eso es lo que ibas a decir, ¿verdad? —interrumpe Saskia—. Es culpa mía. Han pasado años, pero todavía es culpa mía, ¿verdad?

—No es lo que he querido decir. Mira, hablaré con ella, pero esta noche no.

—Quizá si pasaras más tiempo con tu propia hija, las cosas mejorarían.

Es un golpe bajo, y lo lamenta en cuanto lo dice. Se disculpa inmediatamente. Me quedo de piedra ante su delgado cuerpo, no muy diferente en tamaño del de Phoebe. Con el mismo pelo y los mismos ojos. Ella misma es casi como una adolescente, pero está muy lejos de serlo en una casa con dos adolescentes de verdad. Las lecciones en estos días son rápidas. Crudas.

Mientras vamos hacia su despacho, Mike me explica que el psiquiatra del hospital le ha llamado hoy para comprobar la pauta de mi medicación actual. Recuerdo bien su oficina. Paredes llenas de títulos y certificados enmarcados. Las preguntas, las mismas cada semana. El apetito. Las jaquecas. Los *flashbacks*. Y, al final, lo de dormir. ¿Cómo duermes? Cada noche es distinto, le dije. Sí, es lo esperable, contestó. Una receta rasgada del taco, otro cóctel de pastillas. Azul por la mañana, blanca por la noche. Rosa si no quería pensar en nada. Uno de los otros adolescentes me enseñó cómo ponérmelas en un lado de la boca para escupirlas luego en el retrete.

Tomarlas me hacía sentir como si hiciera trampas.

Era una amabilidad que no me merecía y que todavía no merezco cuando pienso lo que dejé que le pasara a Daniel la noche antes de delatarte.

—¿Qué tal si subimos la dosis de la pastilla de la noche? —pregunta Mike.

Le digo que entonces me siento grogui en clase.

—¿Todavía? Eso no está bien, déjame que me lo apunte para poder mencionárselo al psiquiatra cuando le devuelva la llamada mañana. Acordaré con él una revisión completa una vez se acabe el juicio.

Mike, tan diligente a la hora de darme mi medicación. Pero no lo es tanto a la hora de asegurarse de que me la tomo. Tengo un calcetín lleno de pastillas en el primer cajón. Mike abre su diario, escribe una nota en él y luego se sienta en la silla que hay frente a la mía.

—¿Lista? —me pregunta.

—No mucho, la verdad.

—Esto es importante, Milly. Hay partes de tu mente a las que necesitamos acceder para que seas capaz de avanzar. Por ejemplo, el episodio nocturno que tuviste hace unos días en el sótano cuando estabas disociando está ligado a la culpa, y cómo te sientes por cosas que hiciste que no eran culpa tuya.

El miedo me sube poco a poco desde la parte baja del estómago y se me instala en la garganta.

—Tienes que afrontar estos sentimientos, necesitas sentirte segura del hecho de que tu madre no puede controlarte ya.

Mike dijo ayer que sabía lo que estaba haciendo, que lo llevaba haciendo mucho tiempo. Entonces ¿por qué no puede ver las cadenas, tus cadenas, que todavía me sujetan? ¿Por qué no puede ver lo que está pasando?

—Vamos a hacer un poco de relajación y hablamos al final.

Me hace visualizar mi lugar seguro, pero solo puedo ver caras de fantasmas formándose en humo. El del cigarrillo que te fumabas al final. Los pequeños fantasmas todavía se me abalanzan. No pueden descansar en paz, no les gusta el sitio en el que están.

El sitio en el que los han puesto.

—Describe lo que oyes —me pide Mike.

—A alguien que pide ayuda.

—¿Quién es?

—Alguien que está en la habitación frente a la mía.

—¿Fuiste a ver quién era?

—Sabía quién era, reconocía su voz, pero la puerta estaba cerrada con llave, no podía llegar a él.

—No era tu trabajo ayudarle, Milly.

—A la mañana siguiente lloraba, preguntando por su madre, pero la puerta seguía cerrada con llave, así que tampoco entonces podía ayudarle. Luego salimos de casa y ella me llevó al colegio. Cantaba la misma canción cada vez.

—¿Qué canción era?

—«La lavanda es verde, mi niña, la lavanda es azul».

SI ME QUIERES, MI NIÑA, TE QUERRÉ. TODAVÍA ME QUIERES, ¿VERDAD, ANNIE?

—Yo también estaba allí, Mike.

—¿Dónde estabas, Milly?

Abro los ojos. Se está echando hacia delante en su asiento.

—Has dicho que estabas allí también, ¿qué has querido decir?

Me muerdo la lengua. La sangre fluye amarga y caliente.

—Hiciste todo lo que pudiste, Milly. Todo lo que pudiste en esas circunstancias. Debe de ser especialmente difícil recordar a Daniel.

—¿Por qué crees que estaba recordándole a él?

—Reconociste su voz. Fue el único al que conociste lo suficiente.

—Pero eso no significa que no me importaran los otros niños a los que se llevó.

—Lo sé, y no estoy diciendo que no te importaran, pero debió de haber sido mucho más difícil cuando te diste cuenta de que era Daniel a quien se había llevado: pasaste algún tiempo con él en el refugio.

—No quiero hablar de eso.
—Pero tienes que hacerlo. Tienes que ser capaz si vas al juzgado.
—Seré capaz para entonces.
—¿Por qué no lo intentas ahora?
—Me siento presionada, necesito más tiempo.
—Quiero que sepas que este es un espacio seguro, Milly. Puedes contarme lo que sea, puedes hablar conmigo. Estoy aquí para eso.
Le digo que lo sé, pero estoy cansada y no quiero hablar más.
Se recuesta en su silla, asiente y dice vale, vamos a dejarlo aquí por hoy.

Leo hasta medianoche, exhausta. El sueño no llega. Quisiera que me abrazaran, que me consolaran. Cómo duele tu contacto, cómo duele aún más no tener ningún contacto. Me levanto de la cama y abro la puerta del balcón de par en par. El aire frío invade mi habitación; cada escalofrío y cada estremecimiento de mi cuerpo son sensaciones bienvenidas en mi piel solitaria.

Me siento en la banqueta frente al caballete que me han comprado Mike y Saskia. Siempre son muy amables. Ahora es tarde, pasadas las dos de la mañana. El aire de la noche me envuelve, y tengo pinchazos en los pies por el frío. Me gusta el ruido que hace el carboncillo. Y el polvillo y los borrones. La perfección se queda en el frío. El negro de mis manos me recuerda que está pasando algo. Me balanceo en la banqueta mientras dibujo, de atrás a adelante. Cierro los ojos un momento y la mano con la que sostengo el carboncillo se tensa. Me llega el viento desde la puerta del balcón, me pellizca los senos. Mis pezones se ponen duros y tiesos.

Me balanceo hacia un lado.

Izquierda y derecha. Un movimiento circular. Siento con placer la madera de la banqueta a través de las bragas; el calor que se crea supone un rígido contraste con el resto de mi cuerpo helado.

Froto. Más fuerte en la hoja. Más fuerte contra la banqueta.

El carboncillo se rompe. Pero la cadencia continúa ahí abajo: tengo polvo negro en las rodillas.

Por la mañana hay un dibujo en el caballete. Tú, otra vez. Desprendo la hoja, la enrolló y la guardo en el cajón de debajo de mi cama.

14

Los últimos días no han sido buenos. He tenido un sueño recurrente en el que estaba de pie con la boca abierta, pero, en lugar de palabras, salía volando una colonia de murciélagos. Diciendo a chillidos la verdad, la vergüenza que supone decir en voz alta lo que dejé que me hicieras. Lo que dejé que les hicieras. Me he despertado sin aliento; me ha recordado el juego de la almohada que solías practicar.

Morgan no ha respondido a mis mensajes durante el fin de semana. A veces echa una mano a su tío en alguno de sus líos, así que será eso. A veces me he preguntado qué pasaría si descubre lo mío. Si, en el caso de que lo entendiera, querría seguir siendo mi amiga. He pensado en decírselo. Es la persona de la que más cerca me siento, y a veces la carga que me supones es muy pesada para mí sola. Tengo la necesidad de compartir, de sentirme normal. Aunque no sé si Morgan lo mantendría en secreto, y me preocupa que si los padres de los niños que te llevaste no pueden hacerte nada, quizá podrían ir a por mí. Un niño por otro.

Me pongo una sudadera negra y unos vaqueros. Con unas botas Ugg. Hoy vamos a una excursión con el colegio Brookmere, y he estado temiendo este día desde que lo anunciaron. Me siento vulnerable, por mi pasado; las otras chicas se muestran seguras. Saben cómo actuar ante los chicos. En la cocina hay una nota de Mike junto a un plato de cruasanes:

«¡Vamos con el lunes! Disfrutad la salida, chicas».

La forma en que nos pluraliza a Phoebe y a mí, como a un equipo... No me importaría que fuera verdad, haríamos un buen equipo juntas. Saskia entra en la cocina; me pregunta si no estoy emocionada por la excursión.

—Claro.

—Mejor que ir a clase, ¿no?

No, la verdad es que no.

—Toma, llévate un cruasán.

—Gracias. ¿Phoebe se ha ido ya?

—Hace cinco minutos, creo.

—Vale. Hasta luego.

Tiro el cruasán a una papelera de camino al colegio, tengo un nudo en el estómago. Espero ver a MK esta tarde cuando volvamos de la excursión y enseñarle algunos dibujos más. Me hace gestos y me sonrío siempre que me ve

en el colegio. El viernes pasado se paró en mi mesa durante la comida y me deseó que tuviera un buen fin de semana. Me encontré a mí misma preguntándome cómo habría sido mi vida si hubiera crecido con ella en lugar de contigo. Me sentí culpable después, casi inmediatamente.

El autobús está en la entrada del colegio cuando llego; pasan lista al subir. Daos prisa, todos, vamos, dice el señor Collier, uno de los profesores más antiguos. Escojo un sitio cerca de la parte delantera, así es menos posible que alguien se siente a mi lado. Me pongo los cascos, aunque sin música. El autobús se llena rápidamente, la energía está a tope. La piel de las chicas, con un extra de crema autobronceadora, brilla, y van dejando el olor de su perfume por todas partes. Los chicos, como simios, hacen dominadas cogiéndose al borde del portamaletas de la parte de arriba. Es un zoo. Me abruma. Nos cuentan las cabezas, alguien grita desde el fondo «Joe no está», y se oye un chiste de que si está cagando. El señor Dugan, el profesor de los chicos, los llama al orden.

—Ya le veo, señor, ahí viene.

—Date prisa, Joe. No, no puedes, te hemos esperado mucho rato, siéntate en el primer sitio que encuentres, por favor.

Joe mira a la parte de atrás, se encoge de hombros y se deja caer en el asiento a mi lado. Unos maullidos y varios silbidos siguen a su acción. Joe levanta en el aire el dedo corazón.

—Silencio, todos —dice el señor Dugan por el micrófono—. Deberíamos llegar en unos cuarenta minutos, dependiendo del tráfico. Cuando estemos allí no os disperséis, ¿entendido? Bajad del autobús, entrad y esperad en grupo en el mostrador de la entrada. Por favor, recordad todos que, aunque no llevéis uniforme hoy, representáis a los dos colegios. ¿Alguna pregunta?

—¿Podemos parar en un McDonald's?

—¿Alguna pregunta sensata? ¿No? Excelente. Sentaos bien y disfrutad de las vistas, y, por el amor de dios, Oscar Feltham, baja los pies del asiento; tienes los modales de un gorrino.

Puedo ver que Joe me está mirando de soslayo, como buscándome una segunda cabeza. Me giro aún más hacia la ventanilla, alejándome de él, pero incluso de lejos percibo su olor. Es profundo y especiado; será algún desodorante. No es desagradable, pero el solo pensarlo me da vergüenza. Me pregunta algo. Mi instinto es ignorarle, pero pregunta otra vez, echándose hacia delante para ponerse en mi campo de visión. Me quito un casco y me giro para mirarle. Es pelirrojo y tiene los ojos azules.

—Perdona, ¿qué decías?

—¿Quieres un chicle?

—No, gracias.

—Oh, venga, es de menta, muy fuerte.

Me tiende el paquete. No, gracias, le digo otra vez, deseando ser capaz de relajarme, de actuar de una manera más normal, más abierta. Necesito practicar más. Retira la mano, se encoge de hombros y se mete un chicle en la boca, dejando un olor exagerado a menta unos momentos después. Sonríe y dice probablemente yo también debería haber dicho que no. Abre la boca y jadea un poco. No quiero verle la lengua, así que aparto la mirada.

—¿Has estado en el Túnel del Terror de Londres antes? —pregunta.

He estado en un sitio muy parecido.

—No.

Tu tono de voz es bajo; no quiere que el fondo del autobús sepa que estamos hablando.

—Yo tampoco, nos echaremos unas risas.

No digo nada. No estoy de acuerdo.

—No pareces emocionada.

—La verdad es que no.

—¿Y eso?

—No me encuentro bien.

—No vas a vomitar, ¿verdad? —Sonríe al decirlo.

—No creo, no.

—Fiiuuu... No eres de por aquí, ¿no? Sé que estarás con Phoebe y sus viejos una temporada.

Asiento.

—¿De dónde eres?

—Me he mudado muchas veces.

—Eso mola, yo solo he vivido aquí. Soy Joe, a todo esto.

—Milly.

—Bueno, ¿y cómo se vive en el hogar de los Newmont?

—Está bien.

—¿Phoebe no es entonces un grano en el culo?

La sorpresa que mi cara muestra dura demasiado como para que él no se dé cuenta. Me guiña un ojo. Oh, dios...

—Vamos, la conozco hace años, puede ser una auténtica zorra. Está muy buena, pero es una zorra.

—No es tan mala.

—¿De verdad? Eso me sorprende; no deja que nadie compita con ella.

—No compito con ella.

—Ella sí lo verá así, créeme, y solo porque tú eres diferente, te lo hará pasar mal.

No consigo preguntarle qué quiere decir con «diferente». Me ronda la sospecha de que ha maquinado algo con Phoebe, que han hablado la noche anterior y ella le he pedido que finja que le gusto para hacerme luego quedar como una imbécil.

—A propósito, ser diferente es bueno, créeme. Soy pelirrojo.

Sonríe otra vez, y luego pregunta:

—¿Vas a ir a la fiesta que va a dar Matty?

Otro tema caliente del foro. Casa sin padres. Carnaza. El mecanismo de rebeldía de los adolescentes. Son las fiestas. No estoy segura de poseer ese gen.

—No me han invitado.

—Te invito yo.

—No me interesan las fiestas.

—Va todo el mundo, será la bomba. Tú y Phoebis deberíais ir juntas; la casa de Matty está a unas pocas calles de la vuestra.

—No estoy segura, a lo mejor. Voy a escuchar música ahora, si no te importa.

—Perfecto, yo voy a matar a unos cuantos zombis antes de llegar.

Me siento aliviada al ver que ha terminado la conversación. Y cuando el autobús llega nos apiñamos y Joe se junta con su grupo. Las chicas están cerca de los chicos, o del chico al que echaron el ojo semanas atrás. Lo que ocurre menos de veinte minutos después es culpa mía. He bajado la guardia después de hablar con Joe. La amabilidad es letal.

Había planeado estar en la cabecera del grupo, cerca de los profesores y del guía con el disfraz ensangrentado y los dientes marrones, pero he acabado en la parte de atrás. Phoebe y su grupito están allí, y también Claudia, la chica alemana de intercambio, que está más interesada en besarse con el chico con el que sale que en la exposición. Phoebe la llama «pequeña zorra» y la empuja al pasar. La iluminación del túnel es tenue y arroja pequeñas sombras alargadas sobre las paredes. De tanto en tanto se oyen gritos desde los altavoces que deben de estar escondidos alrededor, y carcajadas. Risas malévolas de un torturador disfrutando de su trabajo. Decapitando a alguien. Tengo la sensación de que me siguen. Que me observan unos ojos escondidos en la oscuridad. El vello se me pone de punta. Me llegan flashes de un lugar en el que he estado antes y que se parece mucho a esto, un lugar al que no quiero volver nunca más.

Intento centrarme en los sonidos que me rodean, intento no escuchar tu voz. Pinchándome. *TÚ TAMBIÉN ESTABAS AHÍ, ANNIE.* Veo cómo los chicos se lo pasan bomba haciendo tropezar a las chicas. Las agarran. Les tapan los ojos. Ellas se ríen como tontas y los empujan para volver inmediatamente junto a ellos. Se oyen más gritos y pisadas de ratas por encima de nuestras cabezas. Una mujer sin dientes pide limosna y a su lado tiene un bebé muerto con un cuervo

picoteándole un ojo. Lo vuelves a decir. *TÚ TAMBIÉN ESTABAS AHÍ, ANNIE.*

Mis ojos son como piscinas. Amenazan con rebosar. Lágrimas. Calientes. Me abro paso a través del grupo; intento llegar a la cabecera y encontrar aire fresco. Luz. Ni siquiera me doy cuenta de que ya no soy la única que se está abriendo camino. Phoebe también, y unas cuantas manos más. Me empujan al interior de una de las celdas y bloquean la puerta, y entonces sé que no tiene sentido gritar.

Socorro.

Los números me hacen sentir segura, pero no cuando sé que me separan aproximadamente sesenta alumnos de los profesores y la salida. Intento recordar mis ejercicios de respiración durante los ataques de pánico que tuve las dos primeras semanas después de dejarte. Inspirar por la boca, expirar..., no, al revés, inspirar por la nariz, expirar por la boca.

Fundido en negro.

Vuelvo a probar a abrir la puerta, pero alguien tira de ella desde fuera. Siento un movimiento a mi espalda. Tres luces pequeñas que hay encajadas en el techo se encienden e iluminan una sombra. Es un montaje, no es real.

No pasa nada, puedo con esto.

Veo una figura contra la pared, una mujer. Me pongo una mano con fuerza sobre la boca: no quiero gritar. Las lágrimas se me agolpan en las pestañas. Los recuerdos me atenazan y me enganchan como a un pez en un estanque que se acerca a las migas de pan que le lanzan. *HOLA, ANNIE.* No, vete, no eres real. *DATE LA VUELTA, ANNIE.* No. Me pongo de cara a la puerta, cierro los ojos y la golpeo con los puños.

—¡Dejadme salir, por favor, dejadme salir!

Martilleo la puerta. Me pasan por la cabeza imágenes de mí misma, llevando algo en los brazos, abriendo una puerta. Está oscuro, muy oscuro. Ese olor... A podrido, pero dulce. Una cantinela que indica actividad, moscas poniendo huevos. Ratas escarbando.

Yo no quería. No quería.

Tú. Me. Obligaste.

NO SIEMPRE, ANNIE.

Eso no es verdad.

Veo sus caras, las caras que tanto intento evitar, caras pequeñas, asustadas. No puedo llegar a ellos. Están llorando. Cierro los ojos. Grito.

—¡Dejadme salir, por favor! ¡Que alguien me saque de aquí!

Por favor.

Siento unas manos sobre mí.

—No pasa nada, deja de gritar, estás bien. Abre los ojos.

Se oyen risas cuando lo hago. Estoy agachada en una esquina de la celda, con

los brazos en la cabeza, escondiendo las lágrimas.

—Date prisa, el señor Collier nos está llamando —dice la voz de una chica.

Joe está ahí; me tiende una mano. La rechazo. No estoy segura de si él estaba metido en esto.

—¿Estás bien? Pareces aterrorizada.

—Eso es porque es una friki —dice Phoebe.

—Cierra la puta boca, ¿no ves que está muy asustada?

—Oooh, alguien está colado por cara de perro...

—¿Cara de perro? ¿Te has mirado al espejo últimamente?

—Buen intento, Joe. Todos sabemos que eso no era lo que decías en la fiesta de Lucille.

—Sí, quizá, pero ahora no estoy borracho, ¿verdad?

—Debes de estarlo si lo que estás intentando es ayudarla.

—Pareces celosa, si me permites decirlo.

—¿Celosa yo? ¿De ella? —Al levantarme, me señala.

—Es lo que parece.

—Que te jodan, Joe.

Le empuja hacia mí y se encamina hacia el pasadizo que lleva a la siguiente sala. Oigo al señor Dugan decir que nos demos prisa, que hay otro grupo después de nosotros. Siento la fosa nasal izquierda caliente y taponada. Siempre me pasa con el estrés, la ansiedad y cualquier tipo de emoción intensa. Le digo a Joe que me deje en paz y giro la cara.

—Venga, vamos a subir juntos —dice.

—No, por favor, vete.

Él se lo piensa, pero se va, justo antes de que me empiece a sangrar la nariz.

Volvemos al colegio a tiempo para comer y pasamos el resto de la tarde preparando el salón de actos para la «tarde temática», una ocasión para que vengan los padres y debatan sobre las posibles carreras universitarias para sus hijas. Intercambiamos información sobre cómo vamos en estas primeras semanas del curso. Mike y Saskia asisten y cuando llegamos a casa nos dicen a Phoebe y a mí que quieren hablar con nosotras. Phoebe va primero, yo espero fuera. Después de un rato sale de la cocina, cierra de un portazo y me dedica una mirada de odio al pasar a mi lado.

Mike abre la puerta; le pregunto si Phoebe está bien. Me cuenta que tiene castigo doble por perder el trabajo de química. Una pena, pienso, ya que podría haberle dicho dónde estaba: en el cajón de debajo de mi cama. Pero es un pequeño precio que pagar por el accidente de Georgie.

Mike lleva casi todo el peso de la conversación. Me informa de que estoy entre los cinco mejores expedientes académicos de undécimo curso, aunque cree que no me va tan bien a la hora de relacionarme, pero dice que estoy haciendo progresos. Saskia me aprieta un hombro, lo que no me hace sentir bien: me hace pensar en ti. Durante la «tarde de los padres» de mi antiguo colegio el verano pasado estuve allí ayudando. Tú llevabas un vestido con flores rojas y azules. Uno de los profesores comentó lo bien educada y obediente que era, y quería saber cuál era tu secreto. Me apretaste un hombro y contestaste con una sonrisa: «No lo sé, supongo que soy afortunada».

—La señorita Kemp nos ha dicho que te ha animado a participar en el premio de arte.

—La verdad es que no quiero, pero ella piensa que tengo una buena oportunidad de ganar. Estoy trabajando en varios dibujos para presentarme.

—Parece que has conectado bien con ella —dice Mike.

—Me gusta mucho.

Y, según lo digo en voz alta, me doy cuenta de que es cierto.

Cuando miro mi móvil más tarde, Morgan ha respondido.

«Perdona por no haber estado disponible, el pequeño mierda de mi hermano me había escondido el móvil. No te puedo ver esta semana pero podemos hacer algo el finde. Algo divertido».

Tú solías decir lo mismo cuando volvíamos en coche del colegio a casa los viernes por la tarde. «Algo divertido». Una vez pensé en saltar del coche en marcha, pero, de alguna manera, lo sabías. Estaban echados los seguros para niños. Gran error, Annie, dijiste. Pensaba que habría en ti menos de mí después de haber pasado por mis manos, pero a veces parece que hay más. Algo tan inocente como volver del colegio en coche se convierte, contigo, en un paseo por los recuerdos. Cargo con cadenas invisibles. Tintinean cuando ando.

**Sube ocho escalones. Sube otros cuatro.
La puerta de la derecha.**

*Esta vez es una niña.
No es tu primera opción;
solo te las llevabas si tenías que hacerlo.
Fueron dos de los nueve.
Me preguntaste si estaba mirando.
Sí miraba. A la más valiente, y vi lo más triste.
Seguía levantándose después de cada golpe.
Sollocé contra el agujero de la pared,
asegurándome de parar de llorar
antes de que abrieras la puerta.
La envolví con un saco de carbón:
las sábanas estaban
prohibidas para las chicas.
La llevé abajo y le puse una muñeca al lado,
una que solía ser mía.
Su cuerpo estaba inmóvil.
Shhh, pequeña, ya ha acabado.*

15

Hace un par de días Mike y yo nos reunimos como siempre para la sesión de los miércoles. Le dije la verdad, que estaba asustada, que durante el día te oigo, que tengo tu voz en la cabeza. Quise contarle también lo de las noches, cuando apareces como una horrible serpiente y te tumbas en la cama a mi lado, pero me dio vergüenza. Me preguntó qué es lo que me dices. Le contesté que me dices que soy una inútil, que no podré arreglármelas sin ti, que no sobreviviré al juicio. Mike me recordó que no soy yo quien tiene que sobrevivir al juicio. Le conté que me atormentas; él siguió tanteándome, preguntándome que con qué me atormentabas. Pero todo lo que le conté fue que deseaba haber acudido a la policía antes, y que entonces las cosas habrían sido distintas.

Hoy tenemos un ensayo de final de semana en el salón de actos. Me he leído *El señor de las moscas* unas doce veces ya. Es reconfortante. Leer sobre otros niños en circunstancias que les asustan, que actúan de una forma que nunca pudieron haber imaginado.

Llevo la mochila con cuidado, porque hay una vela en un tarro de cristal dentro. Saskia tiene una estantería llena, y le pregunté si podía coger una para mi habitación. Cogí dos: una para MK a modo de agradecimiento. He quedado con ella para la hora de comer, se la daré entonces.

Cuando estamos ya casi todos en el salón de actos, la señorita Mehmet da tres palmadas y espera a que unas treinta chicas que se cuentan chismes a la vez en una misma habitación paren.

—Espero que hayáis estado todas muy ocupadas aprendiéndoos vuestro texto. Retomaremos donde lo dejamos la última vez, que era..., veamos..., ah, sí, la muerte de Piggy.

—Ohhh...

—Muy bien, Lucy, pero vamos a dejar los dramatismos para el escenario, ¿de acuerdo?

—Señorita...

—¿Sí, Phoebe?

—¿Podemos ensayar con el guion delante?

La profesora suspira y pone los brazos en jarras; sus grandes pechos se bambolean uno o dos segundos antes de quedarse quieta.

—No. Deberíais saberos ya vuestro texto a estas alturas, y, si no, tenemos a

Milly a mano como apuntadora.

«No» es una palabra que Phoebe odia. Esa y «Milly».

—Daos prisa. Subid al escenario y guardad los móviles. Qué chicas estas...

El ruido es más fuerte cuando se levantan arrastrando las sillas y las últimas chicas suben los escalones hacia el escenario. Me acerco a la señorita Mehmet y le pregunto que dónde debería sentarme. Me explica que para la representación real estaré en el escenario escondida tras el telón, pero que ahora no es necesario.

—Siéntate en la primera fila y sigue el guion línea a línea, ¿vale?

Cuando miro al escenario, veo en la cara de Phoebe que está cagada, ya que no se ha aprendido su texto. Está sentada en una silla, en el lado izquierdo del escenario, leyendo de forma frenética cada una de sus páginas. Demasiado tarde.

—Silencio todo el mundo, estamos a punto de empezar. Y... ¡acción!

Es la señal para Phoebe, la primera escena. Tiene los pies cruzados y hacia atrás bajo la silla: el derecho le baila en una continua danza nerviosa. Su guion está en el suelo a su lado. Tentándola. Veo que mira hacia abajo y luego hacia mí. Le sostengo la mirada un segundo; disfruto de ver que me necesita, y dice a continuación la primera línea.

—Sin las gafas de Piggy, Ralph no es... capaz de encender el fuego.

Se interrumpe, termina la frase y continúa.

—Ralph convoca una reunión haciendo sonar la caracola.

—Saafi, tú eres Ralph, finge que haces sonar la caracola.

Las chicas que sí se saben su texto, que son la mayoría, entran en acción. El progreso es bueno hasta que es de nuevo el turno de Phoebe. Se aturulla y balbucea palabras. Parece tonta. Se siente mal, imagino.

—No, no, no —se queja la señorita Mehmet—. Phoebe, esto es inaceptable; ¿qué te ha tenido tan ocupada y ha sido tan importante como para no aprenderte tu texto? He estado observando a Milly: ella apenas está usándolo, se lo sabe de memoria.

Ay.

—Me sé el texto, señorita, solo que se me ha olvidado ahora mismo.

—Ya, pero eso no es suficiente. Si sigues así, me obligarás a darle tu papel a Milly, ¿estamos?

Phoebe asiente, en silencio. No se atrevería a decirle a una profesora a la cara lo que opina. Cuando acabamos y hacemos una fila para salir del salón de actos, se me acerca por detrás y me susurra al oído:

—Y entonces Piggy muere.

Hoy como con MK en su despacho, y veo que hemos escogido el mismo

sándwich, de jamón y queso. Cuando terminamos, ella se levanta, pone una hoja en uno de los caballetes y dice:

—Puedes empezar a dibujar en cuanto quieras.

Saco la vela de la mochila.

—Esto es para usted.

—¿Para mí? ¿Por qué?

—Para darle las gracias por ayudarme con las chicas.

—Qué bonita, Milly, pero no se nos permite aceptar regalos de las alumnas a menos que sea navidad.

—Pronto serán las vacaciones de final de trimestre, la navidad no quedará muy lejos entonces.

Le sonrío, voy hacia su mesa y deposito ahí la vela.

—Es de vainilla. He intentado encontrar una de lavanda: sé que le hubiera gustado.

Coge la vela, la huele y la vuelve a dejar en la mesa.

—Es un detalle precioso, pero de verdad que no puedo...

—Está bien, ha sido estúpido por mi parte. Tírela si quiere.

Me dirijo hacia el caballete y me siento.

—No te disgustes, Milly. Has sido encantadora, pero las reglas están ahí por algo.

Suena su móvil sobre la mesa; el ruido que hace, estridente, no casa con la sombría atmósfera del aula, aunque es un intruso bienvenido. Lo coge.

—Hola.

Una pausa.

—Sí, está conmigo. ¿Ahora? De acuerdo, la mando para allá. —Cambia de interlocutor; me dice—: La señora Newmont está en la recepción.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No estoy segura. Era la señora McDowell, que llamaba desde secretaría. Mejor ve a comprobar qué ocurre.

Malas noticias. Lo suficientemente malas para que Saskia acuda al colegio.

—Sobre la vela, Milly...

—No pasa nada, lo entiendo.

Yo tampoco querría un regalo de mi parte.

Saskia sonrío cuando me acerco a ella en la recepción. No sonreiría, ¿verdad?, si fuera algo realmente malo, algo sobre mí.

—Oh, aquí estás.

—¿Qué haces aquí?

—Me ha llamado Mike, me ha pedido que te recoja; él está de camino a casa. June ha vuelto de sus vacaciones; creo que tiene que hablar contigo de algo.

¿Tienes todas tus cosas?

Asiento.

—Te he firmado la salida, vamos.

Sigo a sus mallas ajustadas, a sus caderas huesudas, hacia el coche. Estaba haciéndome una taza de té la otra noche cuando Mike entró a por sus gotas para los ojos. Le vi echar hacia atrás la cabeza. Se puso las gotas. Parpadeó. La secuencia me recordó a ti. Te encantaba enseñarme química, las reacciones que hacen daño. Las horas que pasabas rastreando en internet, aprendiendo. Las gotas para los ojos son veneno en el té. Eso también me lo enseñaste. No solo querías una ayudante, sino que también querías a alguien que continuara tu trabajo.

Cuando llegamos a casa, Saskia dice:

—Deben de estar en el despacho ya. ¿Quieres que vaya contigo?

—No, no pasa nada. Probablemente sea mejor si solo estamos Mike y yo.

—Entiendo. Estaré por aquí si me necesitas.

Ignoro a Rosie, que salta hacia mis piernas, buscando compañía de forma empalagosa, ansiosa. Mis pisadas, solitarias, resuenan como un eco sobre las baldosas de mármol. El corazón me va a mil. ¿Por qué está June aquí? La puerta del despacho está abierta. Entro. Mike tiene una pose muy formal, delatándose, y la cara tensa. Se pasa las manos por el pelo.

—Hola, Milly —dice June.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Siéntate, vamos a hablar de algo importante.

—No quiero sentarme.

Mike se me acerca.

—Siéntate conmigo en el sofá.

No tengo elección: June está en mi sillón, con el cojín de terciopelo a su lado. Son míos.

—¿Puedo, Mike? ¿O quieres tú?

—Empieza tú.

—Vale. He recibido una llamada esta mañana de Simon Watts, uno de los fiscales.

El Flaco.

—Hay un par de cosas que tengo que contarte, y quiero hacerlo en persona y lo más pronto posible por si la prensa se entera de algún detalle. Lo primero es que definitivamente prestarás declaración en el juicio. Como esperábamos, la defensa quiere centrarse en los hechos más recientes, y, por tanto, en los últimos días que pasaste en tu casa con tu madre, incluyendo la muerte de Daniel. Quieren aclarar algunas cosas.

—¿Aclarar qué? —pregunto.

—Me temo que no lo sé. Simon dice que posiblemente sea un poco una cortina de humo, que vayan a la desesperada. Lamentablemente, vemos estas tácticas muy a menudo durante la fase previa a un juicio.

Me entra un tic en las pestañas del ojo izquierdo, como si un titiritero manejara mis cuerdas recordándome que todavía mandas tú.

—Seguro que lo sabremos antes del juicio, ¿verdad, June? —pregunta Mike.

—A menos que se necesite presentar nuevas evidencias, no: es improbable que descubramos la estrategia de la defensa hasta que estemos en pleno juicio. Podría ser tan simple como que Milly esclarezca algo que vio u oyó. Nuestro equipo está seguro de que la defensa no aportará ninguna evidencia nueva al juicio.

Pero no te conocen, ¿verdad? No saben cómo funciona tu mente, cómo te gusta jugar con la gente.

—Entonces ¿para qué requerirán a Milly?

—Tendrá que comparecer dos veces. Una para que la fiscalía la interrogue y otra para que lo haga la defensa. Es importante que recuerdes, Milly, que en cualquier momento pueden volver a adoptar medidas especiales; no será necesario que te interroguen en la sala.

—Puede que no sea mala idea, considerando que no estamos seguros de lo que la defensa va a preguntar. ¿Qué opinas tú, Milly? —Mike se gira completamente hacia mí.

—No lo sé. Aun así quiero hacerlo, necesito hacerlo. Pero tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—De que ella quiera que la gente me culpe.

—Nadie va a culparte, Milly.

—No lo sabéis, no sois el jurado.

—Cierto, no somos el jurado —responde June—. Pero el tribunal te reconocerá como una menor que vivía bajo la coacción de su madre, y para hacerlo más fácil nuestros abogados han preparado varias preguntas como ejemplo para que las practiques con Mike.

Hace que suene muy simple, como si fuera aprenderse el abecedario. Pero no hay nada simple en lo que tendré que hacer ante el tribunal.

—¿Tendrá la oportunidad de revisar su testimonio de nuevo?

—Por supuesto. La semana antes del juicio te pediré que llesves a Milly al tribunal, para que se familiarice con la sala y revise su testimonio. Con una vez es suficiente: puede ser muy traumático pasar por todo otra vez, y también puede crear dudas y confusión en los testigos: puede hacer que se sientan bajo la presión de «aprenderse» su testimonio cuando en realidad los alentamos a que se centren en las preguntas que les harán.

Mike responde diciendo:

—Supongo que eso tiene sentido. Podemos revisar todo esto otra vez más adelante. Milly, ¿hay algo que quieras preguntar?

—No.

Como Phoebe con la señorita Mehmet, nada que decir en alto.

—¿Podré entrar en la sala con ella, June?

—Tengo dudas, pero no; en un caso de gran repercusión como este, es probable que el juez quiera utilizar lo que se llama una orden de anonimato, para que solo esté presente el menor número de personas posible. Ha habido incidentes en el pasado por informaciones filtradas a la prensa. Yo estaré ahí todo el tiempo, al lado de Milly. Tú, y Saskia, si quiere, podéis esperar en una de las salas para familiares que están al lado.

—Has dicho que había un par de cosas que querías contarme, ¿cuál era la otra?

—Han cambiado la fecha del juicio. El caso que iba antes que el nuestro se ha pospuesto, lo que libera al juez —explica June—. Se ha fijado para más adelante, con lo que el nuestro empieza en tres semanas.

Cuarenta y cinco se convierten en veinticuatro. Soy buena en matemáticas, sobre todo cuando tienen que ver contigo.

—La semana de después de las vacaciones del primer trimestre... —me oigo decir—. No voy a estar preparada.

—Nos aseguraremos de que lo estés. June, ¿hay algo más que podamos hacer mientras tanto para que Milly se sienta preparada?

—Por extraño que pueda sonar, nada mucho más diferente de lo que venís haciendo hasta ahora. Seguid con las terapias una vez a la semana, o más si cualquiera de los dos cree que es necesario. Cuando vuelva a la oficina te mando las preguntas que han preparado los abogados.

—Así que, aparte de revisar las preguntas, ¿continuamos como veníamos haciendo?

—Eso es. A todo esto, ¿estaréis por aquí en las vacaciones del primer trimestre? Probablemente sea cuando Milly tenga que revisar su testimonio.

—Sí. Phoebe estará fuera por un tema del colegio y nosotros puede que nos cojamos unos días, para distraernos un poco. No iremos muy lejos, para poder acudir rápidamente cuando nos necesites.

—Es buena idea lo de salir unos días, para desconectar. La noticia de que se adelanta el juicio se notificará a la prensa mañana, y, como ya hemos hablado, tenemos que ver cómo gestionamos tu exposición ante ello, Milly. ¿Alguna compañera tuya ha mencionado en el colegio alguna vez el caso?

Podría decir la verdad, que a la querida hija de Mike le gusta leer en alto las

noticias sobre ti ante una audiencia rendida a sus pies que la adora, que piensa que deberían quemarte en la hoguera. Pero no quiero que Mike sepa lo mal que están las cosas entre Phoebe y yo. Sé a cuál de las dos le mostrarían la puerta.

Así que digo que no, que la verdad es que nadie ha comentado nada.

—Fabuloso. Sé que es difícil, pero la mejor forma de manejarlo, si alguien dice algo, es simplemente que pases de ello. Soy consciente de que son muchas cosas, pero estás en las mejores manos con Mike, y si piensas en algo que te gustaría preguntarme después de que me haya ido, dile a Mike que te lleve a verme, o mándame un correo, ¿de acuerdo?

Se me acerca, y está a punto de tocarme un hombro cuando retira la mano en el último momento al acordarse. Se agacha delante de mí; su aliento huele a café rancio.

—No será tan horrible como piensas —dice.

La miro. Está muy metida en su papel. Aunque está desorientada. «No será tan horrible como piensas». No, June, será peor.

Después de que la acompañe a la puerta, le digo a Mike que quiero estar sola, que necesito tiempo para procesarlo todo.

—Por supuesto, claro. Estaré aquí en cuanto estés preparada.

Me quedo de pie ante el lavabo de mi cuarto de baño. Aprieto más de lo habitual la cuchilla contra mi piel, como un cuchillo que cortara mantequilla y que dejara un rayo brillante a lo largo de las costillas que arde y deja gotas rojas.

Pero no me consuela.

16

Apenas he dormido. Cada vez que cerraba los ojos podía verte, en tu celda. Sonreías, contenta de cómo están yendo las cosas, de cómo tu plan va tomando forma. Empiezo una cuenta atrás, con un carboncillo, en el armarito del baño empotrado en la pared, de los días que quedan para el juicio. Pensaba que me ayudaría en algo, pero, cuando escribo los números, me empiezan a temblar las manos. Los abogados, los miembros del jurado... El juez.

Y tú. Tras un biombo.

Esperando.

Mike me ha escrito un mensaje esta mañana temprano diciendo que se iba a trabajar pronto, que hoy tenía un montón de clientes, pero que le gustaría que hiciéramos terapia mañana, o el lunes. No hay nada que pueda decir ni hacer. Él mismo ya lo ha dicho: «La única forma es atravesando el camino».

Phoebe me da la espalda cuando entro en la cocina; está untando mantequilla en un par de tostadas. Saskia, o una parte de ella, está junto al fregadero.

—Buenos días —dice.

—Hola. Quería que supieras que voy a salir esta tarde a hacer unas fotografías para la clase de arte.

—Muy bien —contesta—. Yo estaré entrando y saliendo, pero quizá podamos ver una peli juntas más tarde. Alguna de chicas.

—Yo voy derecha a casa de Clondine después de desayunar, así que no cuentas conmigo, aunque para lo que te importa... —responde Phoebe, tirando el cuchillo que estaba usando al fregadero y saliendo de la cocina con una tostada en una mano.

—¿Y tú, Milly, te apetece?

—Puede ser, pero no sé cuánto voy a tardar.

Desayuno sola, contenta porque luego voy a ver a Morgan. Me contaba por mensaje su sueño de vivir en otra parte, lejos de los bloques. He escrito una respuesta unas cien veces, pero la he borrado siempre antes de enviarla. Creo que si alguna vez le hablara de ti, sería cara a cara.

Nos vemos por la tarde tal como habíamos quedado, al final de una calle cercana pero apartada de la avenida principal. Asiente hacia mí al acercarme a ella con un ligero movimiento de cabeza y una sonrisa enorme.

—Confiesa —dice—, ¿me has echado de menos?

Ahora sonrío yo, lo que ella toma como respuesta.

- Vamos —dice.
—¿Adónde?
—A ver a unos amigos míos.
—¿Qué amigos?
—Un par de chicos que conozco.
—¿Tenemos que hacerlo?
—¿Qué problema hay?
—Nada, no importa.

Atajamos por un par de calles por las que no había pasado antes. Está todo tranquilo: desde aquí no se percibe el alboroto de los mercadillos de fin de semana. Las casas van volviéndose menos blancas, menos grandes, y enseguida nos encontramos en otro barrio. Cuando giramos una esquina para cruzar, veo una hilera de coches negros antes de vislumbrar una iglesia. Hay un pequeño grupo de gente en el exterior y un párroco en la puerta con la cabeza inclinada. Dos hombres sostienen a una mujer.

- Espera, vamos a ver cómo se meten en los coches, Morgan.
—Bah, qué va, venga.

Según nos acercamos veo el ataúd, la madera barnizada brillando por el sol de octubre a través de la ventana del coche fúnebre. Y una corona de flores. «PAPÁ». Los conductores, con uniformes elegantes y sombreros en la mano, abren las puertas de los coches. Me paro antes de llegar a su altura. Interrumpir la procesión, su dolor, me hace sentir mal. Morgan sigue andando, continúa su camino ajena a esa gente que llora. Cuando ya están todos en los coches y arrancan y el párroco se vuelve a la iglesia, me quedo parada durante un minuto o dos y pienso en mi padre. Se fue mucho antes de que todo empezara a ir mal, pero debe de haber visto las noticias, debe de saberlo. Habrá salido corriendo, se habrá escondido. No podrá creerse con quién se casó ni a quién preferías en lugar de a él.

Morgan me silba y me hace señas, impaciente. Cuando llego a su lado, me pregunta que por qué me he parado.

- Por respeto, supongo.

Escupe en el suelo y pone una cara que da a entender que no lo pilla o que le importa una mierda. Me empieza a arder algo por dentro. Tengo que darle lecciones, tiene que aprender, soy buena profesora.

Giramos hacia una calle residencial con edificios altos a ambos lados y una tienda a la derecha con rejas de hierro en las ventanas. Entramos en la zona de los bloques de la izquierda y la atravesamos hasta que llegamos a un parque infantil con el suelo cubierto de cristales y envoltorios de comida rápida. No hay ningún niño jugando, solo dos chicos mayores, sentados en un columpio de esos

de tiovivo, con latas de cerveza en las manos.

—Qué tal, gilipollas —dice Morgan.

—Cállate, mierdecilla —contesta uno de los chicos, con una gorra y un pendiente de oro con forma de clavo.

Morgan salta al columpio y le coge la cerveza de la mano, traga y eructa, lo que hace que los chicos se rían. El otro, que tiene el cuello lleno de espinillas gordas, algunas con la cabeza amarilla, dice:

—¿Quién es esta?

—Es Milly, vive enfrente de mí.

—No está mal —dice—. Ven a sentarte conmigo y así nos conocemos mejor.

—Estoy bien aquí —contesto, y me siento en un banco que hay al lado.

—Te crees demasiado buena para nosotros, ¿no?

Sonrío intentando ocultar mi azoramiento.

—¿Me vas a dar una cerveza o qué? —pregunta Morgan.

—¿Qué me das tú a cambio? —responde el chico de la gorra.

—El placer de mi deslumbrante compañía, por supuesto. —Morgan se levanta y hace una reverencia teatral.

El de la gorra se llama Dean, ya que su amigo le llama así al decirle:

—Me apuesto lo que sea a que sé qué te gustaría.

—Pues dilo —contesta Dean.

Se encienden unos cigarrillos y me ofrecen uno.

—No, gracias.

—Eres de esas remilgadas, ¿verdad?

Dean agarra a Morgan y empieza a hacerle cosquillas. Ella se resiste al principio, pero luego él le susurra algo al oído y ella dice «Te apuesto a que sí», y se va con él. Desaparecen en el interior de una cabañita de madera pintada de colores primarios y llena de grafitis. Intento estabilizar cierto miedo que me empieza en el estómago. Va a pasarle algo malo, sucio. Quiero acercarme a la cabaña y ayudarla, pero a veces lo de intentar ayudar a alguien, hacer algo bueno, puede terminar significando que haces algo malo.

El amigo de Dean se sienta a mi lado. Tiene las uñas desiguales, todas comidas. Coloca un brazo por detrás de mí, a lo largo del respaldo del banco, y me toca el hombro con la mano.

Me toca.

Intento ignorar los movimientos de la cabaña, los cuerpos haciéndose sitio. Morgan, mi amiga, de rodillas o tumbada sobre su espalda. La cara del chico se dirige a mi cuello; los sonidos de la cabaña son reemplazados por los sonidos de su saliva al mascar un chicle que tiene en la boca. Me estremezco. Debería levantarme, no siento las piernas. Estoy atrapada.

—¿Tienes frío? Puedo calentarte.

Su olor a alcohol, el cigarrillo en su mano y la proximidad de su cara me llevan allí.

A ti.

Una sombra, un toldo tejido de amor malo y lujuria, me ahoga cada noche en la cama. Tú.

El chico apaga el cigarrillo contra el banco en el espacio que hay entre los dos. Lo tira al suelo, que es un cementerio de colillas con posturas extrañas; cuellos rotos, cuerpos doblados.

Me pone una mano en el muslo; la mueve un poco, cada vez más hacia arriba. La palabra «no» se me aloja en la garganta y no se despega. No puedo pronunciarla. Tampoco funcionará, de todos modos. «No» significaba «sí», significaba que siempre conseguías lo que querías. Lo tomabas igualmente. Cuando sus labios me rozan el cuello, no parece que sean suyos, parecen de otra persona. Nunca quise que me tocaran así. Nunca quise que tú me tocaras así.

—Aparta, apártate de mí, joder —digo, y me levanto de un brinco.

—Dios, ¿qué puto problema tienes?

Voy hacia la cabaña, y a cada paso que doy me viene cada vez una imagen en nuestra casa, en tu habitación. Aporroeo el tejado de la cabaña.

—Morgan. Morgan. Vámonos, quiero irme ya.

El chico de la cabaña me llama friki. Le he fastidiado el polvo. Soy una zorra. Se oye el sonido de una cremallera al subirse.

—Relájate, salgo en un minuto —responde Morgan.

Subo corriendo una cuesta hacia los coches aparcados; hay un gato negro debajo de uno de ellos con los ojos cerrados, tranquilo. Si se cruza en mi camino, me dará suerte. No lo hace. Me enfado, estoy enfadada con Morgan. Nadie la ha obligado, se ha metido en la cabaña sonriendo, y todavía sonrío al acercarse ahora a mí. Lleva una lata de cerveza en una mano; da un trago, hace gárgaras y lo escupe. Qué guarra.

—¿Por qué te has acojonado?

—Quiero ir a casa.

—Joder, como si no hubieras hecho algo así nunca.

No contesto, no sé cómo explicárselo.

—¿Puedo ir a tu casa? Puedes colarme por el balcón.

Lo que debería decir es «sí». Necesita que la cuiden, que la aparten del mal camino. Debe comportarse mejor. Puedo ayudarla.

—¿Entonces puedo?

—Sí.

Vas aleccionándome según vamos hacia casa, con ideas sobre cómo enseñar a

Morgan, cómo ayudarla a estar limpia, pero lo que dices me asusta, no me gusta escucharlo. No quiero hacerle eso a Morgan, ella es todo lo que tengo, es mi única amiga. La necesito. Y por eso, cuando se agacha junto a una fila de coches aparcados para atarse un cordón, miro. Normalmente no lo haría, normalmente no quiero recordarlo, pero esta vez me quedo mirando la ventanilla de un coche. Es tu cara, una copia de la mía, lo que me devuelve la imagen. *ACEPTA QUIÉN ERES, ANNIE.* «No quiero», respondo.

—¿Con quién hablas? —me pregunta Morgan al levantarse.

Sacudo la cabeza; ella sonrío y me llama pirada, dice no te preocupes por lo que ha pasado en el parque, de todos modos son gilipollas. Y me doy cuenta de que puedes decir lo que quieras a los abogados sobre mí, ya lo has hecho, estoy segura, pero Morgan es mía. Acabo de decidirlo. Le digo que me lo he pensado mejor, que es arriesgado meterla en casa con Saskia dentro. Se queda fastidiada, dice que tendrá que irse a casa a que le den la lata sus hermanos pequeños. Muchas gracias, Milly, dice, antes de irse.

Quiero decirle que sí es bienvenida. Pero no lo entendería.

Las preguntas que me hace Mike son directas. Es psicólogo, está programado para apoyarme, para sostenerme, no como los abogados de la defensa.

Me las lee. ¿Qué viste exactamente por el agujero en la pared la noche que Daniel Carrington murió? ¿Cuánto tiempo estuviste ante el agujero? ¿Estás segura de que viste lo que estaba haciendo tu madre? ¿Estás completamente segura? ¿Qué pasó luego?

Por favor, cuéntaselo otra vez al tribunal. Otra vez.

Cuando terminamos, me dice que lo he hecho francamente bien. Suelta la hoja de preguntas y dice que siente que tenga que pasar por esto. Que debo de sentirme muy expuesta ante la idea de contestar preguntas frente a un jurado y un juez. Sí que me siento así, le digo, da miedo no saber qué puede pasar ese día. Qué puede contarse. Pero estaré bien, creo que ir al juzgado y enfrentarme contigo es la manera que tengo de ayudar a los niños a los que hiciste daño. La manera de asumir mi responsabilidad. Mike habla de la culpa del superviviente y de cómo esta hace que una persona se sienta más culpable de lo que es. A veces creo que sientes eso, que las muertes de los niños sí fueron culpa tuya. ¿Me equivoco?, pregunta Mike. No estoy segura, respondo, a veces sí. Tú no hiciste nada malo, dice, y si tu madre dice lo contrario, será un intento de continuar abusando de ti.

Es una explicación pulcra, como un regalo envuelto con un lazo.

Hablamos de la vez que fuimos a Manchester en unas vacaciones. Fuiste muy cuidadosa, mucho, a la hora de expandir tus actividades con las desesperadas mujeres de la calle a las que tranquilizabas cuando entregaban a sus hijos. Tu camuflaje era yo otra vez, tu propia hija. Podíamos haber seguido y seguido así, pero entonces te llevaste a Daniel, alguien que yo conocía, alguien demasiado familiar.

—¿Qué le dirías ahora a la niña pequeña que eras entonces para reconfortarla?

—No lo sé.

—Inténtalo. ¿Qué te hubiera gustado oír?

Que yo era diferente de ti.

—Que algún día todo acabaría.

—Tú hiciste que acabara, fuiste muy valiente al acudir a la policía.

—Esperé demasiado tiempo, ya habían pasado muchas cosas malas.

—Si te hubieran escuchado antes, ¿qué habrías dicho?

—Que me ayudaran. Que me dejaran en paz.

—¿Cómo podrían haberte ayudado si querías que te dejaran en paz?

—No lo sé, es lo que siento.

—Te sientes asustada, supongo. ¿Y si hubieras dicho «Ayúdenme. Llénenme a un sitio seguro»?

Cuento los libros de la estantería. Los números ayudan. Entonces empiezo a llorar; escondo la cara en el cojín. Mike se sienta en silencio, me deja llorar y dice:

—No te mereces esto, Milly; mereces estar a salvo y tener una vida nueva.

Me quito el cojín de la cara. Su rostro es un libro abierto, me mira. Quiere ayudarme, lo sé, pero no lo entiende.

—No lo entiendes, Mike. Crees que me conoces, pero no es cierto.

—Creo que voy conociéndote poco a poco, y creo que te conozco mejor que mucha gente. ¿No estás de acuerdo?

Si eso fuera verdad, él sabría qué decir. Sabría que la mejor manera de ayudarme es decirme que puedo quedarme. Que cuidará de mí. Pero tengo demasiado miedo de preguntárselo. Sé que una vez termine el juicio tendré que irme. Empezar de nuevo. Y no hay nada que yo pueda hacer.

—¿Podemos parar, Mike? Ha pasado una hora. Estoy cansada, quiero irme a la cama.

Percibe el final, sabe cómo levantar el pie del acelerador por hoy.

—De acuerdo, voy a por tus pastillas para dormir.

Escondo las pastillas con las otras y enciendo el portátil para ver si hay algo nuevo sobre ti en las noticias. Te han puesto en una celda sola. No dan más detalles, solo que una compañera de celda te ha atacado cuando se ha sabido que el juicio se adelantaba. Es importante que te protejan, imagino, se sienten presionados para mantenerte con vida.

Para hacer que pagues.

18

Tengo las manos sucias. Hay una toalla en el lavabo. Mike debería haberme dejado donde me encontró por la noche después de la terapia. En la oscuridad del sótano.

Phoebe está en el descansillo cuando salgo de mi habitación, sobre la barandilla de la escalera, con el móvil en la oreja y un pie en la alfombra. Lleva las uñas de los pies perfectamente pintadas de color rosa. Me mira cuando paso a su lado y pregunta qué fue ese ruido anoche, me despertaste. Contesto con lo primero que se me viene a la cabeza.

—Me dolía el estómago, Mike me trajo unas pastillas.

—Ya, pues aguántate la próxima vez.

Sigo andando, y cuando ya he bajado un tramo de escaleras me giro y le pregunto:

—¿Cómo vas con tu texto para la obra?

Me muestra el dedo corazón y articula en silencio un «Que te jodan». Sabe que Mike y Saskia están cerca y que pueden oírla fácilmente.

—Dime si te hace falta que te ayude —contesto sonriéndole.

Salta de la barandilla, se mete hecha una furia en su habitación y cierra de un violento portazo.

Saskia está sentada a la mesa acunando una gran taza con sus finos dedos; las venas de las manos, que le corren desde los nudillos a las muñecas, son muy pronunciadas. Me saluda con un «Buenos días» y la mirada perdida, más por cortesía que por un genuino intento de conversación.

—¿Huevos? —me ofrece Mike, que sostiene una cuchara de madera.

Lleva un delantal de James Bond con la leyenda «Licencia para cocinar». Nota que se lo estoy mirando, se ríe un poco y trata de enmascarar su turbación. Debe de sentir que no es apropiado. Incluso después de la terapia, todavía estoy jodida.

—Me lo regaló Saskia el verano pasado por mi cumpleaños, ¿verdad, Sas?

—¿El qué?

—El delantal.

—Sí, cariño, creo que sí.

Miro a Mike girarse hacia los fuegos. Es alto, está fuerte y en forma y tiene el pelo de color arena y veteado de gris. Lleva el peso de todas nosotras sobre sus anchos hombros, aunque nunca le he oído quejarse.

—Aquí tienes —dice—. Huevos revueltos.

Le doy las gracias y me siento al lado de Saskia.

—¿Tú no tomas huevos? —pregunto.

—No, no. Me gusta comer más tarde.

O no comer nada. Mike sale al recibidor, sube el primer escalón de las escaleras y le lanza un grito a Phoebe. Tiene que gritar otra vez más para que su hija salga de su habitación y conteste.

—¡Bajo en un minuto!

Vuelve a la mesa, dice híncales el diente, venga. Me pregunta si tengo alguna idea de qué me gustaría hacer para las vacaciones de después del primer trimestre.

—No me importa mucho, estoy contenta aquí. Sé que estáis los dos muy ocupados.

—Creo que June tenía razón el otro día, deberíamos cogernos unos días. Conocemos un lugar muy bonito en el campo, los árboles estarán preciosos por esta época del año.

—Vaya, qué entrañable, ¿no? —dice Phoebe al entrar en la cocina.

—Buenos días. Sírvete huevos revueltos, come con nosotros.

—¿Qué pasaba anoche? Me despertasteis.

—Le acabo de contar a Phoebe lo de que me dolía el estómago y que me llevaste unas pastillas.

Mike se queda pensando; mentir no está en su naturaleza, pero lo racionalizará en su mente. Es protector, y esto es por necesidad.

—Yo no oí nada —dice Saskia.

Nadie parece sorprendido.

—Pues me costó horrores volver a dormirme.

—Lo siento, Phoebs —susurra, apaciguador, Mike—. Cambiando de tema, estábamos hablando de las vacaciones del primer trimestre. Es una pena que no puedas venir con nosotros.

—¿Para vagabundear por un bosque en mitad de la nada? No, gracias. Prefiero mucho más ir a Cornualles con mis amigos, muchas gracias.

Devon está cerca de Cornualles. Solía ser mi casa.

—¿Sabes que allí también hay muchos árboles? —dice Saskia.

No es un mal intento, es hasta casi divertido, pero Phoebe no opina lo mismo; se gira y se llena un vaso de agua del grifo. Veo que Mike aparta una mano de la mesa y la pone sobre el muslo de Saskia. Es como un capitán con una tripulación problemática. Posible motín a la vista. Más que posible.

—Tienes que comer algo, Phoebs.

—Bah, no tengo hambre, estoy a dieta.

—No lo estás, a primera hora del día tienes que desayunar.

—¿Por qué? No veo que mi querida madre tome nada.

—Ella no se pasa todo el día en el colegio ni capitaneando un equipo de hockey, ¿o sí?

Phoebe musita algo contra el borde de su vaso. «No, porque normalmente no hace nada».

—Al menos cógete una barrita de cereales del armario y te la comes en el recreo.

—Vale —dice—. Lo que tú digas.

No tenemos escapatoria, Phoebe y yo nos vamos a la vez, ya que Mike y Saskia nos acompañan para despedirnos. Nos separamos al llegar a la casa siguiente. Observo su cuerpo esbelto cuando cruza la calle; anda con seguridad, justo lo contrario de cómo se siente por dentro. Hace un par de semanas bajé a por una toalla limpia y oí voces. Sevita estaba planchando y Phoebe estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, haciendo los deberes. Sevita alzó la vista cuando entré, me sonrió y me dijo hola, señorita Milly. La cara de Phoebe lo dijo todo: estaba enfadada y celosa. No quería que yo estuviera ahí, no quería compartir a Sevita conmigo. Lo que no puede obtener de Saskia lo busca en otra parte, lo necesita.

Al pasar por los bloques de al lado, me acuerdo de que no les he dicho a Mike y Saskia que volveré tarde del colegio. Les envíé un mensaje a los dos para hacerles saber que voy a ayudar con el decorado para la obra y que volveré sobre las seis o las siete. Es solo una mentira, una mentira pequeña, una mentira piadosa. Me apetece ver a Morgan otra vez. La busqué durante el fin de semana. No he podido quitarme de la cabeza la idea de hablarle de ti, no de todos los detalles, pero sí lo suficiente como para poder hablar de ello sin espantarla. June no lo aprobaría. Me han dado una nueva identidad, por lo que debería sentirme protegida. Invisible. Nadie debería saber quién soy. Londres es una ciudad grande, dijo June, serás una cara más entre la multitud. Lo más importante es que no le cuentes nunca a nadie quién eres ni quién es tu madre. ¿Entiendes la importancia de lo que te digo? «Sí», fue mi respuesta, y todavía lo es, pero nunca hubiera imaginado la soledad que sentiría.

El día va pasando. Alemán y después música. Mates y arte. MK no es mi profesora de arte. Pienso en ella pasando tiempo con otras chicas, hablando, riéndose con ellas. Ayer le envié otro correo para preguntarle si podía ir a verla, pero no me ha contestado.

La última clase de hoy es biología. Diseccionamos el corazón de un cerdo. El

humano es casi igual: ventrículos, aurículas, la poderosa vena cava... Sé mucho del interior de una persona.

Gloriosamente rojos, quince corazones yacen en una mesa esperándonos, uno por alumna. El profesor West, que es un poco cegato y un poco viejo, nos dice que sigamos las instrucciones de la pizarra.

Los cuchillos están preparados.

Cortamos los corazones a rebanadas; un corte aquí, un corte allá. Para alguna de las chicas es todo un esfuerzo; para mí es fácil. Acabo la primera. Estoy plantada ante el corazón, ahora en pedazos, esparcido en una bandeja metálica. Dos escalpelos ensangrentados y un par de pinzas tienen la culpa. Oigo los comentarios a mi alrededor. Qué asco. Eeeh, odio la biología, qué ganas de dejarla el año que viene. Ayúdame con el mío. Tú estás loca, si casi no he podido hacerlo yo. Puaj.

Levanto la mano. A la calva del profesor West le lleva un minuto o dos alzarse para inspeccionar la clase.

—He terminado, señor.

—Lávate las manos entonces, y escribe tus comentarios.

Cuando termino en el fregadero, vuelvo a mi mesa, abro mi cuaderno por una hoja en blanco y empiezo a escribir, pero entonces las oigo. Oigo las risitas de Clondine e Izzy. La fila de chicas que tengo delante me observa por encima de los hombros de ellas dos. Miran hacia otro lado cuando las miro yo. Empiezo a escribir de nuevo. Y entonces ocurre.

Me lanzan un corazón a la cara.

Me rebota en la mejilla izquierda, me aterriza en el pecho y cae al suelo. Me acababa de quitar la bata de laboratorio. Me llevo una mano a la cara. Está pegajosa y me llena la mano de sangre. Izzy me graba y Clondine vigila, aunque el profesor West no supone amenaza alguna. Me aparto de ellas. Tengo la camisa manchada, sangrando a causa del corazón de un cerdo, un corazón que podía ser el mío.

—Es hora de recoger —dice el profesor West.

—Yo no he terminado, señor —dice una voz desde delante del todo.

—El tiempo no espera ni a hombres ni a mujeres, Elsie, deberías haber trabajado más rápido.

Me movería si pudiera, pero aún no puedo sentir las piernas. No. Puedo. Sentir. Siempre seré una friki para ellas. Percibo que el profesor se me acerca: puedo oír sus pasos. Lleva unos zapatones marrones de piel; apuesto a que se los limpia a diario. Se para delante de mí.

—Por el amor de dios, niña, ¿qué has hecho? Has dicho que habías terminado y ahora tienes sangre por toda la camisa y por la cara. Límpiame y, por dios

bendito, recoge ese corazón del suelo.

Oigo risitas sofocadas mientras el profesor continúa haciendo su inspección.

Zoe, una chica que está en mi mesa y que ha sido testigo de todo aunque ha permanecido callada, se inclina, recoge el corazón con un pañuelo de papel y me tiende otro pañuelo para la cara. Se molesta en humedecerlo y todo. Me señala dónde debo limpiarme.

Asiento y le doy las gracias al tiempo que deseo ser más pequeña para que alguien lo haga por mí. Clondine e Izzy me lanzan miradas sarcásticas cuando nos ponemos en fila para salir del laboratorio. Los pasillos están muy concurridos, pero me hacen espacio alrededor. ¿Eso de la camisa es sangre? Creo que sí, puaj. Voy a los servicios del bloque de ciencias y me pongo los vaqueros y la sudadera con capucha que he escondido esta mañana, temprano, en la mochila. No voy a llevar uniforme al bloque de Morgan, y menos de este colegio. Suena mi móvil. Me agacho y lo saco de la mochila. Es Morgan. Quiere comprobar si todavía voy a ir, y cuando descubro un neceser de maquillaje que me es familiar tirado en el suelo, en el cubículo de al lado del que estoy, le digo que estaré allí en unos veinte minutos, que antes tengo que hacer una cosa.

Cuando llego al tejado del bloque, Morgan se está fumando un cigarrillo y dice:

—Hay un pájaro ahí, creo que se le han jodido las alas.

—¿Dónde?

—Ahí. —Señala un cajón de plástico—. Lo he cubierto con eso; iba volando por todas partes y me estaba poniendo nerviosa.

Me acerco a donde dice Morgan, me agacho y miro por las rajitas con forma de panal del plástico del cajón. Es una paloma, con un ala hacia abajo, rota. Mueve rápidamente la cabeza, en un meneo continuo. No sé por qué lo hago, pero zarandeo el cajón, lo que le provoca un ramalazo de pánico, y empieza a gorjear, como si lanzara un SOS a otros pájaros: sal volando, Peter; sal volando, Paul. Se reuniría con ellos si pudiera, pero no puede, está atrapada. Morgan se agacha a mi lado y me pregunta qué estoy haciendo. Levanto el cajón de un lado, meto una mano y cojo a la paloma. Me es difícil. La sostengo contra el suelo y un ruido sordo me reverbera en los dedos. Tiene el ala rota, no el corazón. Todavía no. Empieza a gorjear otra vez llamando a los otros. Hay ojos como canicas y cabezas que se menean escondidos por los tejados; las crías también miran: los adultos las obligan.

Lo hago de forma rápida; es lo más humano que puede hacerse.

—Joder, qué bestia, ¿por qué has hecho eso? Jesús...

Morgan aparta la vista.

—Habría sido peor si no lo hubiera hecho. Habría muerto de forma lenta, y sola.

—Podríamos haberla llevado a un veterinario o algo.

—Le dolía y ya no sufre. La he ayudado.

—Mejor tú que yo.

Sí.

La vuelvo a cubrir con el cajón y vamos adonde el conducto de ventilación, donde nos tumbamos como estatuas, sobre el frío suelo. Del cielo nos llega el ruido de los aviones que se dirigen a Heathrow. Teletransportame, Scotty, me da igual dónde. Morgan se enciende otro cigarrillo; unos dedos azules de humo se mueven en remolinos, acariciando el aire por encima de nuestras cabezas. Es el aliento de las brujas.

—¿Por qué estás tan callada? ¿No tienes ninguna historia que contarme hoy?

Solo una, pero no estoy segura de si debería contarla.

—La verdad es que no.

—Qué gran compañía eres... No puedo quedarme mucho rato, ha venido mi tío, es superrestringido.

Solo unos minutos más, por favor, déjame que ponga orden en mi cabeza antes de decirlo en voz alta. Mi madre es... No. ¿Has visto las noticias, a esa mujer que...? No. Mierda. ¿Qué estoy haciendo? Se supone que no se lo puedo contar a nadie.

—¿Qué te pasa hoy? —pregunta Morgan.

—Nada, ¿por qué?

—Has hecho que te sangre el dedo, mírate.

—Lo siento.

—No te disculpes, pero si tienes algo que decir, escúpelo ya.

Es como patinar en un lago helado: parece seguro, te sientes seguro, pero alguien debe comprobar primero si el hielo aguantará. Le gusto a Morgan, somos amigos. Puedo contárselo, no todo, un poco sí. ¿Puedo?

—Si no vas a hablar, me piro. Prefiero ver la tele que quedarme sentada y callada.

—Espera.

—La hostia... ¿Qué coño te pasa?

Está oscureciendo. En el tejado solo estamos ella y yo, no hay nadie más, nadie más tiene que saberlo. Le gusto. No soy para nada como tú, ella lo entenderá. ¿Verdad?

—Si te cuento algo..., ¿todavía querrías ser mi amiga?

—Claro, considero que podemos contarnos cualquier cosa, ¿no?

Asiento, porque es verdad: me escribe casi todas las noches, me pregunta si Phoebe me ha fastidiado el día y me dice que no me preocupe; me apoya.

—¿Qué es eso que quieres contarme?

—No estoy segura de si debería.

—No puedes empezar a contar algo y no acabar.

—No debería haber dicho nada para empezar.

—Bueno, pues ya lo has hecho, y no me iré hasta que me lo cuentes.

Las normas están para cumplirlas..., ¿no?

—Mil, estás empezando a cabrearme, tengo que irme pronto.

—Prométeme que seguirás siendo mi amiga.

—Está bien, lo que tú digas, lo prometo. Ahora cuéntamelo.

Me incorporo y tiro de una correa de la mochila con un pie para acercármela. Morgan también se incorpora. Le pido el mechero, ya que está muy oscuro para poder ver. Saco el recorte del periódico, el que cogí de la sala común del colegio, del bolsillo delantero y lo aliso contra mis vaqueros. Sé que es un riesgo llevarlo encima a diario, ya que Phoebe o Izzy podrían cogerme la mochila y vaciarla, pasando sus uñas de manicura por todos los bolsillos y las costuras y por tu cara, tan parecida a la mía...

—¿Qué es? —pregunta.

Contemplo la posibilidad de echarme atrás, de quemarlo en lugar de enseñárselo, pero no sé si podría aplicar fuego a tu cara. La primera vez que enciendo el mechero, la llama se apaga inmediatamente.

—No lo he visto, hazlo otra vez.

La segunda vez ilumina tu cara, tu boca, tus labios. En la foto no se ve la peca que tienes en la parte izquierda de la barbilla.

Esta vez Morgan ve quién es.

—¡Qué cojones...! Es la mujer esa de las noticias, la que mató a esos niños.

—Sí.

—¿Por qué me la estás enseñando?

El mechero se apaga. ¿Por qué lo hago? Es un tira y afloja: son las cosas sin sentido que hace la gente tocada. Estaba segura antes, al salir de los lavabos del colegio, de que contárselo a Morgan era una buena idea, que sentiría algo diferente hacia mí, no como las chicas de mi clase. Sé lo que dirían, cómo se sentirían. Pero no son mis amigas y ella sí, y lo único que quiero es oír de su boca: «No eres para nada como tu madre».

Le pregunto qué piensa, qué piensa de ti.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué hay que pensar? Es una psicópata, está claro. ¿Por qué te importa?

—¿Qué pasaría si fuera alguien que tú conoces?

—No me malinterpretes, hay mucha mierda en este barrio, pero nada como eso.

Ha prometido que seguirá siendo mi amiga, puedo contárselo.

—¿Qué pasaría si fuera alguien que yo conozco?

—Buen intento; no es diciembre aún para una inocentada.

Un ávido sentimiento de alivio me lame los talones, me tienta a soltar la carga que me supones.

—Mira —le digo.

Sostengo el recorte cerca de mi cara y enciendo el mechero otra vez.

—¿Que mire qué?

—Mira su cara y luego mira la mía.

Se acerca un poco para ver mejor.

—Mierda —exclama—. Te pareces mucho...

—Es lo que estaba intentando contarte.

—¿El qué?

—Que me parezco a ella porque... porque...

Por favor, no te vayas cuando te lo cuente.

—¿Qué? ¿Por que es una tía tuya desaparecida hace tiempo o algo?

—No, no es mi tía. Es mi madre.

Dejo que se apague la llama, doblo el recorte y lo vuelvo a meter en la mochila. Puedo sentir cómo me mira Morgan, esperando LA frase, pero esta no llega. Es la primera en hablar.

—Dime que estás de broma.

Sabe, por la ausencia de respuesta, que no estoy bromeando.

—Hostia puta —dice.

No puedo evitarlo: las lágrimas empiezan a rebosar el borde de mis ojos. Morgan se levanta y da un paso atrás.

—No te vayas aún, por favor.

—Tengo que irme, mi tío estará cabreado.

Está mintiendo, se va porque se ha asustado.

—Has dicho que seguirías siendo mi amiga, lo has prometido.

—Esto no funciona así, tengo que asimilarlo, ¿sabes?

Sí que lo sé. Yo también tuve que asimilar muchas cosas.

—¿Por eso estás con una familia de acogida?

Asiento.

—¿Saben quién es ella?

—Mike y Saskia sí, Phoebe no. La directora del colegio también lo sabe.

—¿Nadie más?

—No.

—No tiene ninguna gracia. ¿Por qué me lo has contado?

—Llevo un tiempo queriendo contártelo, me sentía mal por ocultártelo.

—¿De verdad es tu madre?

—Sí.

—Jesús, tendrían que colgarla, todos los niños que mató tienen la misma edad que mis hermanos pequeños.

Asiento de nuevo. Lo que dice es verdad, tendrían que acabar contigo, aunque me duele pensar que ocurriera.

—Dime que no vivías con ella.

—No, vivía con mi padre hasta que murió. No la veía desde hacía años.

La mentira sale con facilidad, y Morgan no la cuestiona. Si lee que había alguien menor en casa contigo, le diré que no sé quién era, que debía de ser alguien al que te habrías llevado en algún momento.

—Pues da las putas gracias de que no la habías visto en años. ¿Cómo la trincaron?

—No estoy segura, por alguien del trabajo, creo.

No es cierto. Fue alguien más cercano. La traición más grande de todas es la que proviene de tu propia sangre. Se supone que las familias han de permanecer unidas, Dios los cría y ellos se juntan, pero yo quiero juntarme a otro rebaño.

—Supongo que tiene lo que se merece.

—Sí, supongo que sí.

—Tengo que irme —dice.

—Vale.

Cuando va hacia la puerta, la llamo.

—Morgan...

—¿Sí?

Se vuelve y anda hacia mí. Yo me levanto y le pregunto:

—¿Esto te ha hecho sentir algo distinto con respecto a mí?

—No, la verdad es que no. No es culpa tuya, Mil. Nadie debería culparte por lo que hizo tu madre. De todos modos, no eres para nada como ella.

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

Gracias.

19

La semana pasada estaba sentada en el cenador cuando Mike llamó a June. Antes de que colgara, le oí decir: «Después de la tormenta siempre viene la calma». Supe qué quería decir, y tenía razón, porque la semana había sido buena. Al menos aparentemente. Después del anuncio de que el juicio había sido adelantado, no te han mencionado mucho en los medios. Los periodistas están descansando, preparándose para el comienzo del juicio. Solo quedan diez días. Tú también estarás descansando, guardando fuerzas. Solo has venido a mí dos veces, dos veces en las que no has dicho nada y en las que solo he sentido tu cuerpo lleno de escamas alrededor de mi cuello. No podía respirar, ni moverme, como si estuviera hundida en pesado hormigón. Eso es lo que pesan nuestros secretos.

Cuando vi a Morgan el fin de semana, no estaba segura de cómo estaría. Si había cambiado de opinión y había decidido que yo ya no le gustaba, no lo demostró, y fue la misma de siempre. Aunque le gusta hablar de ti, de lo que hiciste, lo que es más duro de lo que pensaba que sería, porque no es solo tu historia: es la mía también.

June vino el miércoles por la tarde mientras Saskia llevaba a Phoebe y a Izzy a cenar fuera. Repasó con Mike las preguntas de los abogados otra vez. No dejó de hablar de que yo lo estaba haciendo fabulosamente bien y de lo duro que debía de ser tener que seguir pasando por todo lo que ocurrió, y de que será más sencillo una vez empiece el juicio. Mike no habló mucho. Normalmente lo haría y estaría de acuerdo en todo, pero esta vez no. Se sentó y me observó muy de cerca, asintiendo de vez en cuando. No me gustó cómo me hizo sentir: noté una punzada de pánico en mi interior, me noté muy vulnerable. Acabamos la reunión con una partida de cartas. Jugamos al Blackjack. Es mi juego favorito, dijo Mike. No tuve corazón para decirle que también era tu favorito, aunque con una versión del juego muy distinta.

Hoy acabamos el primer trimestre. Tenemos ensayo de la obra toda la mañana, y es muy importante, según las palabras de la señorita Mehmet, no nuestras, porque está previsto que la señora James, la directora, acuda a verlo. Cuando acabamos de desayunar, Mike insiste en llevarnos a las dos al colegio porque,

dice, tiene que pasar por ahí.

—Compláceme, anda —dice, guiñándole un ojo a Phoebe.

—Vale, de acuerdo, papá. Pero tengo que avisar a Iz de que no me espere.

Saskia sonríe y dice que le recuerda a cuando ella iba al colegio. Phoebe la ignora, sale para ir hacia el coche y se monta en el asiento del copiloto. Mike pregunta sobre la obra y cómo la llevamos.

—Fenomenal, el ensayo promete ser divertidísimo —contesta Phoebe.

—Seguro que sí, estamos deseando verla.

Cuando llegamos al colegio firmamos la entrada y vamos al salón de actos. Según aparece, la señorita Mehmet se pone a hacer aspavientos: quiere que todo salga perfecto. Da instrucciones al equipo técnico, dos tíos externos al colegio que han contratado para que se ocupen de las luces y de los efectos de escenario. Es la primera vez que se hace, y todos se ríen cuando una nube de humo llena el escenario para la escena de la caza del cerdo. Algunas chicas no están: hoy se han ido de viaje a París las de la clase de historia del arte, así que la señorita Mehmet me pide que haga del cerdo. No me gusta la idea de que me persigan, pero no puedo negarme delante de todo el mundo.

—Y... Phoebe..., sé que eres la narradora, pero necesitamos más cuerpos en el escenario para esta escena, así que puedes hacer de uno de los chicos.

—Con mucho gusto —contesta, mirándome.

—Debería haber una lanza para cada una a la izquierda del escenario, en el armario del material. Cuando tengáis todas una, volved al escenario, por favor, y, Milly, debe de haber también una cabeza de cerdo de cartón piedra. Cógela, por favor.

Conozco perfectamente esta escena. Es una representación, no es real, pero cuando me pongo la cabeza de cerdo empieza a parecer la vida misma. Aunque es ligera, es grande, y una vez puesta no deja ver bien. La única manera de no tropezar es mirándome los pies. Solo puedo respirar entrecortadamente y noto mi propio aliento en la cara. Oigo a la señorita Mehmet a través de las capas de pegamento y cartón:

—Milly, entras en el escenario por la derecha, con Jack y su grupo detrás de ti muy de cerca, y recordad todas: esta es una escena clave, en la que empezamos a ver el verdadero salvajismo que surge de los chicos. Pensad en sangre, en heridas, y utilizad el cántico de la caza para demostrarlo. Una vez que avise de que pongan las luces y el humo, entra Milly.

Las chicas no tienen dificultad para meterse en el papel. Alguien que se encuentra a la derecha empieza a golpear la lanza contra el suelo en un martilleo continuo que hace que la parte baja de mi estómago se contraiga. Una voz a mi izquierda me susurra: «Corre, cerdito, corre». Tú nunca me llamaste «cerdito»,

pero sí me hacías correr a menudo. *CUÁNTO NOS DIVERTÍAMOS, ANNIE, ¿VERDAD?*

—Adelante, sales —dice alguien a mi espalda.

He perdido el hilo por escucharte.

Salgo al escenario agachada, lo más agachada que puedo, tan «cerdo» como puedo. Mi respiración es pesada, me has sobrecargado. Estás ahí conmigo. Oigo el ruido de las lanzas golpeando al unísono. *Pum, pum. PUM.* Huelo el hielo seco de la máquina de humo, que hace remolinos por mis pies cuando las luces se encienden con flashes rojos, acentuados por una luz intermitente. Empieza el cántico.

—«Mata al cerdo, córtale el cuello, derrama su sangre».

Son palabras diferentes a las tuyas, pero la intención es la misma.

Alguien toca la batería; las lanzas se acercan: son Jack y sus chicos. Me muevo por el escenario; se supone que es una persecución.

—«Mata al cerdo, córtale el cuello, derrama su sangre».

Pum, pum. PUM.

Intenté encontrar sitios nuevos para esconderme, pero tú sabías dónde mirar.

—¡Ahí está! —grita una voz.

Un ladrido muy agudo, como el que hace un niño que juega a los indios, se eleva en el aire. Es su señal, es el momento del ataque. De atacarme. Me muevo hacia el centro del escenario, pero tropiezo sin querer y me caigo al suelo; el suelo no es seguro. Se supone que no lo es, ya que el cerdo no sobrevive, ¿recuerdas? Se intensifica la luz intermitente y aparece otra vaharada de humo.

—«Mata al cerdo, córtale el cuello, derrama su sangre».

Los pies que me rodean patean el suelo al tiempo que suenan las lanzas. El primer pinchazo viene rápido, por detrás. Puedo adivinar de quién proviene. Ruedo sobre mi espalda. Las lanzas, una tras otra, me empujan y me agujonean. La batería suaviza la cadencia hasta llegar a un hipnótico ritmo estable. El cántico también baja de intensidad, lo que lo hace más amenazante.

—«Mata al cerdo, córtale el cuello, derrama su sangre». —Alguien lanza otro ladrido a mi izquierda. Un solo golpe de batería muy alto les impone silencio. El sonido de la cabeza de cartón piedra pegándose a mi cara y soltándose a continuación es lo único que se oye. Tengo la respiración agitada. A mi alrededor, los pies empiezan a moverse en círculos, lo que me desorienta aún más. Odiaba la máscara que me hacías llevar, y ese es el sentimiento que tengo ahora. No. Puedo. Respirar.

—No tengáis piedad esta vez —dice Jack, que lo interpreta Marie.

Baja su lanza hacia mi derecha y golpea muy fuerte en el suelo. Para el público, a través del humo y la luz intermitente, lo que tiene que parecer es que me han atravesado el corazón. Me sacan del escenario cogida por las piernas y

los brazos, pero aquí, en mi nueva vida, sin que estés tú al cargo, me ponen de pie al salir y no ocurre nada malo. Me gustaría aplaudir y unirme a las risas y a los chistes que oigo entre bambalinas, pero en lugar de eso voy al baño de los vestuarios, me quito la cabeza de cerdo, me lavo la cara con agua fría y cuento hacia atrás desde cincuenta. Los números operan su magia, los *flashbacks* retroceden, y pasado un rato me siento lo bastante segura como para salir.

Cuando estoy bajando las escaleras del escenario, veo que la señora James me está esperando. Me invita a sentarme en una de las primeras filas, lejos de las chicas, y me dice que le gustaría charlar conmigo.

—¿Qué tal lo has pasado en tu primera representación en Wetherbridge?

—Bien, gracias, señora James.

—Has hecho una interpretación muy convincente, Milly, pero me he quedado un poco preocupada cuando he sabido que interpretabas al cerdo.

—No lo tenía que hacer yo, estaba sustituyendo a Aimee, que está en el viaje a París.

—Ya veo, y me doy cuenta de que habría sido espinoso decir que no, pero, aun así, debes ser consciente de las situaciones que podrían desencadenar algo desagradable para ti, podría haberte dado un... Ya sabes...

Quiero volver a ponerme la cabeza de cerdo y llorar. No paso un solo minuto en el colegio en que no sienta que me lo están recordando.

Un... Ya sabes...

—Hay un par de cosas más sobre las que me gustaría hablar contigo, Milly. El señor Newmont me ha escrito para hacerme saber que irás al juzgado. En dos semanas, creo.

Asiento.

—¿Has conseguido concentrarte en clase?

—En general, sí.

—Está claro que eres una alumna brillante, Milly, así que no será problema que te tomes unos días libres. Podemos prepararte deberes para enviártelos a casa.

—Prefiero estar ocupada, si no le parece mal.

—Por supuesto. Pero si cambias de opinión, mándale un correo a mi secretaria y pídele que te reserve una cita conmigo.

—Gracias.

—La otra cosa sobre la que quería hablarte es sobre la señorita Kemp. Sé que has pasado algún tiempo con ella. El problema, Milly, es que la señorita Kemp no sabe nada de...

Lo asiente más que lo dice; espera a que yo también asienta, le muestro que la he entendido y continúa:

—Por eso debemos ser cuidadosos, si te parece. Sé que has intentado darle un regalo, que es algo verdaderamente encantador, pero no es un asunto que fomentemos; de hecho, va contra las normas del colegio. De todas formas, en tu caso en particular quizá pueda ver por dónde ha venido tal confusión.

Por eso no me ha respondido a los correos.

—La señorita Kemp es una profesora maravillosa, muy comprometida, pero, dicho esto, hay que saber dónde están los límites.

—No estoy segura de entender lo que dice, señora James.

—Lo que quiero decir es que, si es más cómodo para ti, podemos asignarte una nueva tutora.

—¿Por qué?

—Le he pedido al señor Newmont que hable de esto contigo durante las vacaciones. Estoy segura de que lo hará. ¿De acuerdo?

—Sí, señora James.

—No tienes que preocuparte; todos estamos a tu lado, y estoy segura de que podremos pensar en algo. ¿Qué tal te suena eso?

Condescendiente.

—Está bien, gracias.

—Fenomenal. Sigue haciendo tan excelente trabajo en la obra; no hay duda de que la representación será espectacular.

Me pongo en pie cuando lo hace ella.

Me despierto llorando a mitad de la noche. Soñaba que estaba en el juzgado. Cuando el abogado de la defensa se giraba para mirarme, encogía hasta llegar al tamaño de un niño y me preguntaba, con lágrimas en los ojos, por qué te dejaba que le hicieras daño a él.

Lo siento, decía yo.

No te creemos, decía el jurado como respuesta.

20

Ayer, después del colegio, Mike me dijo que había reservado dos noches de hotel en un sitio llamado Tetbury. Nos vamos el lunes. Mencionó que le gustaría que charláramos sobre la señorita Kemp, pero que podía esperar hasta el fin de semana.

Phoebe y yo estamos a punto de salir para ir a la fiesta de Matty, la que Joe mencionó en el autobús. Mike dejó ir a Phoebe con la condición de que me llevara con ella; además, añadió, si vais juntas, os dejaré que volváis luego por vuestra cuenta. No querías que apareciera yo en la puerta de Matty, ¿verdad? Antes de irnos, Mike nos recuerda que nuestro toque de queda es a medianoche, no más tarde, y nada de beber, ¿de acuerdo?

—Sí, papá, vale.

Phoebe llama a Izzy nada más salir de casa; le dice que es un fastidio que no pueda venir y que cuánto tiempo más estará castigada. La respuesta de Izzy la hace reír, y antes de colgar dice: «No te preocupes, zorri, te lo contaré todo mañana». Pobre Izzy, debió de ponerse contentísima cuando el profesor West le devolvió su neceser, pero no tanto cuando se dio cuenta de que él había visto los cigarrillos de dentro. No sabía cómo salir de esa, ya que el neceser tenía su nombre escrito con Tipp-Ex en la parte de abajo; además, alguien lo había dejado ligeramente abierto en la mesa del profesor West cuando el laboratorio estaba vacío y limpio de corazones.

Llegamos a una casa también grande y también pintada de blanco y Phoebe llama al timbre. Abre un chico alto, de uno ochenta o más. Sonríe cuando ve quiénes somos y dice: «La fiesta ha empezado».

Extiende una mano hacia mí.

—Soy Matty.

Se la estrecho y le digo hola, yo soy Milly. Me siento enferma en cuanto Matty abre la puerta del todo para que entremos; se oye música que viene del salón, y nada más entrar veo una mesa a la izquierda con botellas de alcohol y un gran bol de cristal que debe de contener ponche.

—No hay mucho de Halloween por aquí, ¿no, Matty?

—Que te jodan, Phoebis, mis viejos se han ido hace solo un par de horas. Nos han hecho prometer a Thom y a mí que no haríamos ninguna fiesta mientras estuvieran fuera. De todas formas, ya eres mayorcita para haber tenido diez Halloweens, no hace falta decorarlo todo.

Termina su frase con una risa macabra.

—Calla y dame algo de beber. ¿Ha vuelto Thom de la uni entonces?

—Sí, se suponía que tenía que quedarse al mando, pero en cuanto se han ido mis padres se ha pirado con sus colegas.

—¿Va a volver?

—Veo que alguien todavía está loquita por mi hermano...

—Para nada, solo intentaba ser amable, eso es todo. Además, me gusta otro.

—¿Quién?

—Un tío que conocí en verano, no vive en Londres.

—Conocido como «no existe», quieres decir... Toma, un cubata de vodka.

Phoebe coge el vaso de plástico que le ofrece, se hunde en un sofá al lado de otras dos chicas a las que no he visto antes y empieza a charlar con ellas.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta Matty.

Digo que sí porque todo el mundo tiene un vaso en las manos. Aunque seré inteligente y no beberé. Me siento en una esquina después de que Matty me dé un vaso. Llega más y más gente. Todos conocen a alguien que a su vez conoce a alguien más: la red de las escuelas privadas de ricos teje una telaraña que se extiende a lo largo y a lo ancho de la geografía. Phoebe recibe un montón de llamadas. Le da una patadita a un chico que está sentado a sus pies y que intenta entretenerla haciendo *break-dance*, el movimiento del gusano. Para, masculla, y cuando deja de hablar por el móvil, el chico gusano le pregunta: «¿Cuándo lo tendremos?».

—Cuando venga, ¿vale, cabeza de chorlito?

Le da otra patadita, aunque esta vez el chico la agarra de una pierna y la arrastra al suelo. Se sienta a horcajadas sobre ella y le pone las manos en la garganta. Todos se ríen, pero a mí no me parece divertido. Llega Clondine con dos chicos más mayores. Phoebe se les acerca y uno de los chicos la coge de la cintura y la atrae hacia sí; ella le empuja riéndose.

—Luego me lo pedirás de rodillas, créeme —dice el chico.

Phoebe está a punto de responder cuando le suena el móvil; la llamada es corta y termina en pocos segundos. Cuando acaba, grita:

—¡Eh, colegas, hora de sacar la pasta!

Todos sacan algún billete que alguien va reuniendo para dárselos a Phoebe. Nadie pregunta para qué es.

—Tú también, no te creas que no te veo.

Miro hacia otro lado y me llevo el vaso a la boca y hago como que bebo.

—Igual te vienes a ayudarme, así pringaremos las dos si nos pillan.

—Sí, deberías llevarla —dice una de las chicas del sofá.

Una chica del montón. Tiene la cara de una hiena y se ríe igual que una hiena.

Phoebe me mira y dice vamos, a qué esperas; luego no digas que no te incluyo en nada. Cuando llegamos a la puerta principal se detiene antes de abrir, me mira otra vez y dice:

—Dile algo de esto a mi padre y te enteras, ¿lo has pillado?

Lo he pillado.

En la puerta hay un hombre con una chaqueta negra acolchada y un casco de moto en una mano. Phoebe no le da un par de besos ni nada, pero le llama por su nombre, Tyson.

—Mierda, espera, alguien viene. Di que nos has traído una pizza si pregunta. Ah, cojones, no pasa nada, es Joe.

Cuando llega a la puerta, Joe dice hola. Phoebe le ignora y Joe me sonrío al pasar a nuestro lado.

—Eh, Milly.

Recuerda mi nombre.

—Hola.

—¿Cuántas quieres? —pregunta Tyson.

—Treinta, si tienes.

—¿Treinta? Va a ser una gran noche, ¿no?

—Acabamos de terminar el primer trimestre, ya sabes cómo va esto.

Él asiente, se quita uno de los guantes de cuero que lleva y extiende una mano con la palma hacia arriba. Phoebe le da el dinero, que mantenía enrollado como un cigarrillo. El tipo confía en ella lo suficiente como para no contarle; quizá sea una clienta habitual. El tipo se da la vuelta y va hacia su moto, que está aparcada en el bordillo. Echa un vistazo a su alrededor antes de levantar el sillín, se demora un minuto o dos y vuelve con una gran bolsa marrón de papel.

—Van treinta —dice al acercarse a la puerta—. Y estas, de mi parte. —Le tiende a Phoebe una bolsa pequeña de pastillas—. Es una mierda nueva, te garantizo que os hará volar.

Phoebe sonrío y le lanza un beso. Eres el mejor, Tyson, el mejor. Él parece encantado. Antes de que se cierre la puerta oigo su moto: el motor suena durante un rato largo. Volvemos al salón, donde el aire está viciado por el humo. Hay un montón de botellas y vasos vacíos con colillas dentro, y cuerpos perezosos, borrachos, tirados por las sillas. La apatía se disipa con el anuncio de Phoebe.

—¡Aquí están las chuches!

Me sorprendo cuando veo que es cierto. Suelta en la mesa un montón de bolsas de cumpleaños para niños con la cara de un payaso en cada una.

—Servíos, cabrones.

Nadie parece cortarse y van a por ellas como si fueran caramelos gratis; la mesa se queda vacía en un parpadeo. Como la reina del espectáculo que es,

Phoebe se aclara la garganta, espera a que todos le presten atención y agita en el aire la bolsa de pastillas extra que le ha dado Tyson como si fuera un sonajero para los niños que tiene alrededor. Son todo sonrisas, algunas de las cuales muestran *brackets* de colores. Guau, guau, guau, dice alguien, hora de ponernos.

—¿Qué son? —pregunta Clondine.

Phoebe coge una de las pastillas y la gira entre los dedos, examinándola.

—Tiene un dibujo de Supermán... Tyson ha dicho que nos hará volar.

Se lanza la pastilla a la boca y se pasea dando una a todo aquel que extiende una mano, como si fuera una diosa, o una reina de los adolescentes. Bendíceme, Phoebe, por favor.

Cuando ya ha dado una vuelta completa, quedan todavía dos pastillas en la bolsa.

—Abre la boca, cara de perro.

—No —contesto—. No, gracias —me corrijo.

—No sé si entiendo esa palabra —dice.

—Déjala, Phoebe; más para nosotros.

Joe entra en escena como por casualidad. No sé nada de chicos, cómo funcionan y eso, pero por su cara de preocupación impostada, veo que Joe necesita más práctica. Phoebe se da la vuelta, como aburrida.

—Sí, tienes razón, sería un desperdicio. Ya está lo suficientemente perjudicada.

Sus uñas, de forma almendrada, enganchan como si fueran garras otra pastilla de la bolsa y se la mete hasta la garganta. Aprieta los labios con una mueca cuando cierra su húmeda cueva. Se pierde el guiño que me dirige Joe, como si estuviera iniciando un motín secreto contra Su Majestad. ¡Que le coorten la cabeza!

No pasa mucho tiempo. Lo que antes era un grupo de adolescentes acicalados, guapos y privilegiados se transforma en una turba de animales con la mentalidad de un mosquito. Alguien está en el jardín aullando a la luna. Todos tienen los ojos como platos y las mandíbulas desencajadas. Fuman. Algún día esta gente dirigirá el mundo; mientras tanto, lo destrozan.

Encuentro un sitio tranquilo al final de la escalera del primer piso. Hay una de las bolsas de cumpleaños. El contenido es ingenioso: unos tubos de plástico colocados muy juntitos y envueltos de forma atractiva. Finjo que es navidad, como en las películas, y los voy desenvolviendo. En el primero hay un polvo blanco envuelto con la técnica del *origami*, muy del estilo de Saskia. El siguiente tubo contiene una pastilla con el dibujo de una paloma; la obsesión por volar continúa. En el tercero hay una cápsula con una M, un condón para luego y un porro ya liado, listo para fumar.

Me siento entre las sombras apoyada en la pared; me llegan las voces desde abajo. Reconozco la de Clondine. La veo subiendo junto a un chico mayor, el que ha agarrado antes a Phoebe, y se meten en una habitación del fondo. Dejan la puerta medio abierta. Oigo un gritito y una carcajada. Luego, silencio. Cinco minutos más tarde, una protesta. Para, no, oigo que dice Clondine. Para, Toby, no quiero. Me fundo más con las sombras y me acerco a la puerta de la habitación. Cállate de una puta vez, le dice él, deja de gimotear. Ella no parará, no podrá, yo también he estado ahí. Su llanto molesta a Toby, y le desconcentra, le frustra.

—Estate quieta, joder.

—Por favor, Toby, no quiero.

Abro la puerta del todo. Puedo ver la cama gracias a la luz del descansillo. Toby está encima, Clondine tumbada bajo él, inmovilizada. Toby mantiene abiertas las piernas de Clondine con las rodillas y le sujeta los brazos por encima de la cabeza con un mano. Le ha bajado los vaqueros hasta los muslos. Cierra la puta puerta, me dice, y me lanza una almohada, que cae a mis pies. Clondine lloriquea como un bebé. Enciendo la luz y Toby se gira para mirarme: una espectadora indeseada, la aguafiestas. Solo nos estábamos divirtiendo, diría si le preguntaran, ella también quería.

—Apaga la puta luz y desaparece. Ya.

—He oído que ella ha dicho que no.

—¿Y qué tiene eso que ver contigo?

Apago la luz. Le doy con ello un momento de respiro, y me lo doy a mí misma también. La forma en que está colocada Clondine en la cama me hace recordar. Y los sonidos que emite quieren decir «No me dejes sola con él». Conozco esos sonidos; yo solía hacer uno parecido, aunque el mío me lo producía una mujer. Vuelvo a encender la luz; Toby tiene la mano en la entrepierna de Clondine, que sigue tumbada como si fuera una muñeca rota. Empiezo a encender y apagar la luz deprisa, como si fuera una discoteca.

Apago.

Enciendo.

Apago.

Enciendo.

Apagoyenciendo.

Apagoyenciendo.

Es una distracción incluso para el violador más experimentado.

Funciona.

Toby se aparta de Clondine rígido, con el cuerpo como congelado. Ella rueda sobre sí misma, es como una muñeca de trapo; se pone al borde de la cama y

vomita. Sorbe por la nariz. Vomita otra vez. Por la barbilla le caen babas y restos de droga. De repente tiene cinco años, le han hecho daño y quiere a su mami. Ten cuidado con lo que deseas...

Toby está ahora ante mí. Sostengo la puerta con la espalda mientras mantengo un pie en el quicio para que no la cierre. Me pone una mano en el cuello y me empuja con su cuerpo.

—¿Estás celosa? Querrías ser tú, ¿verdad?

Coloca una mano entre mis piernas de manera torpe, y fricciona hacia delante y hacia atrás con rudeza por encima de mis vaqueros. Me estruja los pechos y me lame la cara; se aprieta contra la cintura de mis vaqueros y noto que está duro. Pone los ojos en blanco; las drogas le hacen volar, ¿es que no lo sabe? Los superhéroes no roban ni violan a nadie. Clondine vuelve a lloriquear. Somos dos contra uno, pero ella no sirve, no está para nada. Podría arrancarte la nariz de un mordisco, ¿lo hago, Toby? Tendrías que ocultar esa preciosa cara para siempre.

Como yo.

Bajo una mano y le agarro la polla tan fuerte como puedo. Siente un repentino placer que solo dura hasta que le aprieto tanto que sus sensores de dolor se activan. Sus diminutas neuronas chillan en su cabeza. La ciencia está detrás del dolor: es un tópico en el que soy especialista. Es importante saber cómo funciona el proceso: tú me lo decías a menudo cuando activabas el mío. Espero a que Toby me ponga un ojo morado o me dé un puñetazo, o un empujón. Parece que le ha comido la lengua el gato. O la polla. Se cae de rodillas al suelo. Ya es tarde para rezar, Toby.

Clondine sale de la cama despeinada y con la mirada desquiciada, y se pone los vaqueros. Toby sigue en el suelo tumbado de espaldas, gimiendo. Se filtra en la habitación una voz que llega desde abajo de la escalera.

—Toby, colega, ¿estás ahí arriba? Baja, van a traer un embudo con tubo para beber. Stevo ha vomitado hasta la primera papilla, ha sido la monda. Tío, ¿estás arriba?

Toby. Boquea como un pez en la orilla. No se suelta la polla. Está sudando; está acabado, una chica le ha jodido. Se oyen pisadas en la escalera y Toby se mueve para ponerse en pie; es lo que hace el orgullo: motiva. Tiene pegotes blancos de saliva en las comisuras de los labios y una línea de sudor sobre el labio superior. El olor de su sexo, proveniente de sus glándulas, me rodea como un manto.

—Putá —me dice.

Hugo, Huggy para los colegas, llega a la puerta. Yo voy hacia donde está Clondine.

—Tío, ¿dónde coño has estado? Llevo horas buscándote. Hay una movida

alucinante en la cocina.

Se podría decir que aquí también.

Toby se pasa el dorso de la mano por la boca deshidratada y nos señala.

—Solo estaba pasando un rato con la fauna local, ya sabes cómo va esto.

—Un trabajo excelente, tío —contesta Hugo—. Pero la próxima vez avísame y comparte con los colegas como un buen chico.

Se van agarrados por los hombros, pagados de sí mismos y despreocupados. Uno con una polla que precisa hielo y no alabanzas. Oigo que están coreando a alguien; el embudo debe de estar a pleno rendimiento. Clondine se sienta en el borde de la cama, con las piernas temblando como la gelatina, debilitadas, y la cabeza sobre los brazos. Lloro y musita algo así como que se siente estúpida.

—No te preocupes —digo—. No se lo contaré a Phoebe.

Me mira. Se le ha corrido el maquillaje, tiene los ojos como un oso panda y el pelo hecho un desastre. Está confundida.

—¿Por qué tendrías que decírselo a Phoebe?

—Creía que le gustaba Toby. He visto que él la abrazaba cuando ha llegado.

—Solía gustarle, pero ya no, desde que conoció a Sam. Joder, qué idiota soy. Me lleva gustando siglos. Pensaba que yo también le gustaba a él.

Le ofrezco la goma para el pelo que llevo en la muñeca.

—Deberías lavarte la cara. Puedes usar mi goma para recogerte el pelo si quieres.

No mantiene la estabilidad al levantarse, así que la ayudo a ir al baño. Le doy una manopla que veo en el armario de debajo del lavabo. Mójala con agua caliente, le digo. Te lo quitará todo mejor.

Le pregunto si necesita algo más, y contesta:

—¿Te quedarías conmigo, solo por si acaso?

Asiento. Articula mal al hablar. A saber qué le corre por las venas.

—Seguro que va a ir contando que soy una calientapollas.

—Hay una toalla ahí, sécate la cara.

—Dios, qué desastre. Espero que no vuelva. ¿Crees que vendrá otra vez?

—No.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

Práctica. Tengo mucha.

Me encojo de hombros.

—No sabía que Phoebe tenía novio.

—Mierda, ¿te lo he dicho yo? No le digas que te lo he dicho, no quiere que Mike lo sepa.

—¿Le conoces?

—Es un tío que conoció en verano. Vive en Italia, creo. Se escriben correos

todo el tiempo. No puedo parar el temblor de las manos.

—Es por el shock, parará enseguida.

—¿Cómo sabes todo eso? También supiste qué hacer cuando se cayó Georgie.

—Leo mucho.

Se apoya en el espejo y usa una esquina de la manopla para limpiarse la pintura corrida de los ojos.

—Puaj, la boca me sabe a rayos.

—Haz gárgaras con el enjuague bucal.

—¿Por qué eres tan agradable conmigo, por qué has venido a ayudarme? No hemos sido buenas contigo precisamente.

—Parecías asustada.

—Lo estaba. Qué estúpida. Oh, dios, espero que no se lo cuente a nadie, lo pasaría fatal en el colegio.

—Sé lo que es eso.

Se gira para mirarme. Tiene las pupilas dilatadas, pero se convierten en cabezas de alfiler cuando intenta enfocar.

—Esto..., Milly, creo que te debo dar las gracias por lo que acaba de pasar.

—Bueno, al menos recuerdas mi nombre y no me llamas «cara de perro».

Tiene la decencia de sonrojarse un poco, incluso en el estado en el que está.

—Creo que también te debo una disculpa. Siento que hayamos sido unas auténticas zorras contigo. Se supone que era para echarnos unas risas, pero se nos ha ido de las manos.

—¿Por qué yo?

—No digo que toda la culpa sea de Phoebe, pero la mayor parte fue idea suya.

—Creo que no le gusto mucho.

—No le gusta nadie a quien Mike acoge. Él le había prometido que no acogería a nadie más durante un tiempo cuando apareciste tú. Así que no iba a recibirte con los brazos abiertos, ¿no? Joder, creo que me estoy poniendo mala.

Se arrodilla en el suelo y agarra la taza del retrete. Parece que tiene arcadas, como Clara cuando pasó lo de Georgie. Cuando para, le pregunto si necesita algo.

—Una nueva vida —contesta, y se ríe al tiempo que gira el cuerpo para mirarme.

Si fuera tan simple como eso...

—No le digas a Phoebe que te lo he dicho, pero... sabes que tiene celos de ti, ¿verdad?

—¿Celos? ¿De qué?

—De todo el tiempo que pasas con Mike.

—Pero no es así, es solo que me están pasando algunas cosas.

Algunas cosas muy serias.

—Sí, ya, pero tampoco es que se pueda contar mucho con su madre, ¿sabes?

No, pero deja que tus borrachos labios desleales me digan por qué. Por favor.

—Ya había notado como que no están muy unidas.

—¿Cómo se puede estar unida a quien apenas se conoce? Dios, estoy hablando demasiado.

Deja caer la cabeza en la tapa del retrete. Quito los cepillos de dientes del vaso que los contiene junto al lavabo, lleno de agua el vaso y se lo doy.

Asiente y me da las gracias.

—¿Qué has querido decir con eso de que Phoebe apenas conoce a Saskia?

—Ni de coña, me mataría si sabe que te he dicho algo al respecto.

Me tiro un farol. Te veía hacerlo tan bien con las mujeres a las que cuidabas, cómo les hacías pensar que sabías más de lo que demostrabas... Te funcionaba siempre, y funciona con Clondine.

—¿Te refieres a cuando Saskia no estaba bien?

Clondine alza la cabeza y me mira bizqueando.

—¿Cómo coño lo sabes? —pregunta—. ¿Te lo ha contado Mike?

—Algo así, sí.

—Joder. Supongo que es obvio que hay algo que no va bien cuando tú estás viviendo con ellos. Saskia no ha estado en el psiquiátrico desde hace años, pero probablemente debería, ya que perdió el norte completamente cuando nació Phoebe.

Asiento, como si supiera a qué se refiere, y le digo que debió de haber sido muy duro para Phoebe.

—Sí, creo que Phoebe piensa que fue por su culpa.

—¿Por qué?

—No lo sé. Da igual.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el hospital?

—Creía que habías dicho que lo sabías.

La distraigo diciéndole que ya no le tiemblan las manos. Se las mira y dice «Gracias a dios; habría sido lo primero en lo que se hubiera fijado mi madre», y luego dice que quiere hacer pis. Tira de su cuerpo hasta sentarse en el retrete y se baja los vaqueros. Suelta un chorro al que sigue un pedo. Una intimidad así solo solía tenerla contigo. Salgo del baño y estiro la cama; pongo la almohada en su sitio y cubro el vómito con una revista que hay en la mesilla de noche. Clondine habla a través del ruido de la cisterna:

—Intentaré hablar con Phoebe y la convenceré de que no eres tan friki después de todo.

Sale del baño también, con paso inseguro, pero de una pieza. Los humanos

tenemos una habilidad especial para recomponernos exteriormente; el interior es otro tema: es mucho más complicado.

—¿Has visto mi zapato?

—Está ahí, donde esa cajonera.

—Gracias. ¿Cómo estoy?

—Bien.

—Como si no hubiera pasado nada, ¿eh?

—Claro.

—Esto..., ¿te importaría si no le mencionamos a Phoebe que estaba con Toby? Puede ser muy posesiva en lo que a chicos se refiere, y no quiero para nada tener problemas con ella.

—Por supuesto, pero ¿podrías...

—... dejarte en paz en el colegio? Lo intentaré, fijo.

Sale por la puerta. Miro el móvil: son las once y media; queda media hora para el toque de queda. Me voy yo también un poco después. Busco a Joe, pero no le veo. A quien encuentro es a Phoebe en la cocina. Tiene a mucha gente alrededor y sostiene un recipiente al que están enganchados el embudo y el tubo que ha mencionado Hugo. Embudo, corean cada vez que Phoebe bebe. Embudo. Embudo. Embudo. Voy al fregadero y me lleno un vaso con agua, feliz por una vez de no ser yo quien reciba los aplausos y las risitas.

Me equivoco.

—No tan rápido —dice Phoebe—. Tu turno.

Todos se callan de repente. Yo la ignoro. Hay un bloque de madera con cuchillos a mi izquierda. Sería fácil. Toda una fiesta.

—¿No me has oído? He dicho que te toca.

Me doy la vuelta. Phoebe está guapa y hecha un desastre al mismo tiempo; tiene las pupilas intensamente dilatadas. Chupa un Marlboro Light y hace una O con los labios para dejar salir un perfecto aro de humo gris. Tiene las mejillas encendidas, luminosas, por el estado de agitación que presenta. Habría sido mejor candidata para irse a la cama con Toby.

—No, gracias —contesto.

Todos empiezan a hacer comentarios y a murmurar; no estamos en la Edad Media, pero lo parece, con la gente tan deseosa de ver sangre que hasta pagarían por mirar. Phoebe hace un segundo anillo de humo tan perfecto que me dan ganas de meter la lengua en él. El aire de la cocina es pesado, y no solo por el humo: embriaga a los adoradores de Phoebe, que están impacientes. Bah, venga, déjala, no merece la pena. Es una friki. Un bicho raro. Lo de siempre. Entonces Clondine, callada hasta ese momento, dice «Dejadla en paz, no es un bicho raro». Phoebe le da una calada muy larga a su cigarrillo; se acerca a su amiga, le

echa el humo a la cara y le apaga el cigarrillo en el dorso de la mano.

—¡Joder! —Clondine se lo quita de la mano y lo sostiene a la altura del pecho —. ¿A qué coño ha venido esto?

—Lo siento, Clonny, ha sido un accidente; te he confundido con el cenicero.

—Estás mal de la cabeza, ¿lo sabías? Estás loca de remate. Me ha dolido un montón.

—Bah, deja de quejarte como una cría. Toma, un hielo.

Coge un hielo de un vaso que hay en la mesa y lo lanza en dirección a Clondine. Le da en la cabeza. Se oyen unas risitas.

Clondine se cuelga el bolso y dice ya está bien, me piro, ya es suficiente. Me voy a casa. La atmósfera de la cocina cambia: que alguien se vaya rompe la magia, es el camino de salida de los secretos. La reunión de mimados niños ricos se va al garete, de golpe, cuando entra una ráfaga de aire frío, provocada por la salida de Clondine a través de las puertas del jardín. Se ha cruzado la línea: puedo verlo en las caras de todos. Has ido demasiado lejos, Phoebe, demasiado lejos. Ojalá se le diera mejor mostrar su lado más tierno, el de la chica a la que le gusta pasar las tardes sentada en el suelo a los pies de la asistenta que la ha criado. La chica que llora por las noches.

Phoebe me mira fijamente, con los ojos llenos de desprecio. De rabia. He visto que mira a Saskia de la misma manera.

—Siempre en medio, ¿no? —dice.

Me señala, con los ojos medio cerrados y la mirada turbia. Se le doblan las rodillas. Me giro hacia el fregadero de nuevo. Todos empiezan a dar excusas vagas de que hay que recoger la casa.

—No os preocupéis, los viejos no vuelven hasta el lunes. Le daré más pasta a Ludy, lo recogerá todo mañana —oigo que dice Matty.

—La buena de Ludy —dice alguien riéndose.

En el reflejo de una ventana veo que Toby se abalanza sobre Phoebe. Debería preguntarle: «¿Cómo tienes la polla, violador?». Ella se lo quita de encima y se va al salón. Él la sigue.

—Déjame llevarte a casa.

—Como quieras.

Debería advertirle de que no es una buena compañía. Apuesto a que intenta tirársela. Eso o se apiada de ella y solo le mete mano. Los últimos que quedan salen de la cocina. Veo el bolso de Phoebe en la encimera y la oigo reírse con la chica con pinta de hiena de antes. Al pasar a su lado le digo que es casi medianoche, pero me ignora, así que me voy sola.

Mike me abre cuando llego a casa; debe de haber estado esperando, ansioso, ante la ventana.

—¿Dónde está Phoebe? —pregunta.

—Llegando, creo. Venía con un chico.

—Oh, dios, ya estamos en esa fase de la vida —dice con una sonrisa. Me pregunta si me lo he pasado bien.

—No ha estado mal, aunque estoy bastante cansada. ¿Puedo tomarme la medicación e irme a la cama?

—Claro.

Pasan dos horas; el toque de queda ya hace tiempo que ha pasado. Me pregunto cuánto tiempo le ha llevado a Phoebe darse cuenta de que ha perdido las llaves, las cuales me metí en el bolsillo cuando pasé junto a su bolso. Tanto ella como sus pupilas dilatadas tendrán que afrontar las consecuencias.

Finalmente oigo pisadas en la escalera, voces apagadas y algo como «Hablaemos por la mañana». La puerta de la habitación de Phoebe se cierra de un portazo. Me quedo dormida enseguida, contenta de saber lo que ha pasado.

He ganado este asalto.

21

La sensación de estar cayendo me despierta de repente. Soñaba que estaba en el juzgado y que no podía recordar cómo tenía que contestar a las preguntas. Todo el mundo me miraba, esperando. Tú estabas detrás del biombo. Salgo de la cama y voy al baño; actualizo la fecha con el carboncillo en la cuenta atrás que llevo y la cambio a «8». Apoyo la cabeza en la puerta del armarito y trato de respirar.

Los pies descalzos no hacen ruido; estoy en la puerta de la cocina y Mike no se ha dado cuenta. Está leyendo algo. Sostiene una hoja en el aire mientras mira la siguiente. No puedo asegurarlo, pero creo ver mi nombre al principio de la página. Mike subraya y hace anotaciones al leer. Se frota los ojos como si le picaran mucho; está cansado. No puedo hacerlo, pero quiero ir hacia él y abrazarle para agradecerle que me tenga en su casa y me cuide.

Alza la vista y al acercarme a la mesa pone la hoja boca abajo y la desliza bajo su agenda. Hago una nota mental para buscarla luego, o quizá el jueves, que Saskia estará en yoga y él se quedará hasta tarde en el trabajo.

—No me he dado cuenta de que estabas. ¿Quieres desayunar? —pregunta.

—Quizá en un rato. Igual hago un poco de té. ¿Quieres una taza? Pareces cansado...

—Estuve esperando a Phoebe. No solo llegó dos horas tarde, sino que además había perdido las llaves.

Oh.

—Lo siento, intenté que se volviera conmigo.

—No te disculpes, no es culpa tuya. Al menos una de las dos llegó a casa a su hora.

—¿Le hago una taza a Saskia también?

—Eres muy amable, pero ya se ha levantado y se ha ido ya; había quedado con las chicas temprano para ir a un *outlet* de un diseñador famoso o algo así.

Mientras hierve el agua de la tetera, me pregunta si tengo ganas de lo de irnos mañana de vacaciones. Asiento y le digo que cuando me contó que íbamos a Tetbury lo busqué en internet.

—¿Has encontrado el jardín botánico? Está muy cerca de allí; se llama Westonbirt. Creo que te gustará, tiene un montón de caminos estupendos. Solíamos llevar a Phoebe cuando era pequeña.

Solía llevarle él, quiere decir. Saskia quizá también fue, pero no estaba allí del todo. No necesito preguntarle cómo le gusta el té: disfruto con la familiaridad que da un hogar.

—Milly, cuando termines, ven a sentarte conmigo. Hay algo sobre lo que tenemos que hablar.

Las bolsitas de té ya están suficientemente hervidas; el agua está totalmente marrón a su alrededor, pero sigo empujándolas hacia el fondo de las tazas, las ahogo, retrasando el momento de ir a sentarme. Les pongo leche, y un terrón de azúcar para mí, sin azúcar para él. Remuevo y cojo las tazas para sentarme frente a él. Subo las rodillas a la altura del pecho para no tener los pies en el suelo; hay monstruos al acecho que pueden engancharte. Agárrate.

—Gracias —dice, acercando más su silla hacia la mesa—. No quiero que lo tomes a mal; tienes muchas cosas en la cabeza ahora mismo, pero creo que es importante que hablemos sobre el correo que me mandó la señora James.

Sobre MK.

Aunque el té está ardiendo, tomo un gran trago igualmente. Me quemo la lengua.

—La señora James me cuenta que le diste un regalo a la señorita Kemp, una vela, y que la habías estado viendo bastante.

—No tanto.

—¿Quizá un poco más de lo que otras alumnas ven a sus tutoras?

—Solo para que me ayudara con mis dibujos.

—Lo sé, pero también le has escrito un montón de correos, según tengo entendido.

—Solo alguna vez. Como no contestaba, quería asegurarme de que los recibía.

—Varias veces a la semana es mucho, Milly. Estoy seguro de que le agradas a la señorita Kemp, pero se ha sentido un tanto abrumada. Quizá sea que querías pasar con ella más tiempo del que podía disponer.

Me siento humillada y estúpida, e inundada por el deseo de estar contigo. No pasaba a menudo, ya que no solías estar de buen humor, pero a veces te ponías a mi espalda para cepillarme el pelo. Me decías lo guapa que era, y también yo lo sentía así. Siempre me sentía más guapa cuando hacías cosas bonitas.

—Puedo entender cómo ha podido producirse esta confusión. He visto a la señorita Kemp alguna vez; es una mujer encantadora, muy amable. Pero creo que es importante ayudarte a etiquetar y comprender qué es lo que está pasando en un momento determinado. ¿Tienes idea de qué quiero decir?

—No.

—¿Has oído hablar de un término que se llama «transferencia»?

Digo que no otra vez, pero no es verdad. He leído mucho sobre ello en los libros de Mike. Y se equivoca: eso no es lo que ha pasado con MK. Disfruto de su compañía, eso es todo.

¿O no?

—La transferencia es un proceso por el que una persona transfiere, inconscientemente, sentimientos que posee con respecto a una persona del pasado hacia otra persona o situación de su presente.

—Solo quería darle las gracias.

No le pedido que sea mi madre.

—Y fue un pensamiento muy considerado, pero habría estado bien, incluso mejor, si simplemente se lo hubieras dicho.

Me muerdo la lengua y el dolor. Tener que ahogar mi reacción envía una punzada aguda a la parte baja de mi espina dorsal. Es curioso cómo se conectan los nervios del cuerpo.

—Nadie te está culpando de nada, Milly, es normal que tengas ese sentimiento.

Ahí estamos, la diferente...

Es normal que *tú* tengas ese sentimiento.

Los ojos de Mike me recorren la cara; las lágrimas, que salen como pícaros ladronzuelos, me aterrizan en las rodillas. Mike me dice que no pasa nada, que no debo castigarme por tener estos sentimientos.

—¿Todo esto quiere decir que ya no podré verla más?

—Nos hemos puesto de acuerdo en que puedes trabajar con ella para lo del premio de arte hasta el final del trimestre. Después de eso, veremos. De todas maneras, ninguno de nosotros sabe tampoco qué ocurrirá entonces.

Qué me ocurrirá, mejor dicho.

Ya en mi habitación, saco los dibujos de mi lugar sagrado. Retratos de tu cara como una galería de las zonas más oscuras de mi mente, que es donde vives. Te digo que siento lo de MK, que no volverá a ocurrir. Oigo que me llega un mensaje al móvil. Rodeo la cama y lo leo. Es de Morgan; me confirma que nos veremos a las seis al final del jardín. Sí, contesto, mientras oigo a Phoebe en el descansillo gritando.

—¡No me importa!

—Debería importarte —le contesta Mike.

Escucho a través de la puerta.

—¿Por qué debería quedarme en casa, si de todas formas nunca estáis?

—Ese no es el tema —responde Mike.

—¡¡Me importa una mierda!! ¡¡Déjame en paz!!

Me pego a la puerta. No existe relación más complicada que la que hay entre padres e hijos. La puerta de la habitación de Phoebe se cierra de un portazo y yo me aparto de la mía. Recojo los dibujos y los guardo en su sitio, en el cajón bajo

la cama, y me siento ante el escritorio para tratar de hacer los deberes. Pero estoy demasiado enfadada y avergonzada por cuánto me he equivocado con respecto a MK. Tú nunca te equivocabas, sabías cómo comportarte con todo el mundo. Las caras de las mujeres se iluminaban cuando entrabas por la puerta del trabajo, y las de los niños también. Yo solía mirarte esperando poder ser algún día esa versión de ti.

Cuando llega la hora de ver a Morgan, no estoy segura de acudir. Reconozco cómo me siento: es algo oscuro, nada bueno. No habría ido si no me hubiera llamado para decirme que ya estaba allí. Esperándome. Date prisa, dice; hace frío. Me pongo un jersey y salgo de mi habitación por la escalera de incendios que hay pegada al balcón; la escalera está recogida contra el muro perimetral del jardín y la luz de seguridad solo se activa si atraviesas la grava o el césped. Lo sé porque lo he comprobado. Morgan está en la esquina del fondo, junto a la puerta que lleva al final. Está muy oscuro ya para ser las seis, y ajusto la vista hasta que puedo ver tanto los detalles de la cara de Morgan como que se está comiendo un sándwich.

—Tiene patatas fritas —dice—. ¿Te acuerdas de que me diste una bolsa cuando nos conocimos?

Asiento.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido?

—No tengo mucho que contar, cosas del colegio y así.

—¿Qué cosas?

—Un tema de profesores.

—Vaya, ¿un profesor horrible?

Resulta que la horrible soy yo.

—No, solo ha sido un malentendido.

—¿Es que ha intentado el tío tocarte o algo?

—No es «él», es «ella».

—Peor.

Sí, la gente siente eso mismo por ti también. Una mujer que mata niños. Cuando la gente abrió los periódicos en la mesa del desayuno y se supo la noticia, las jarras de leche con rayas de todo el mundo se agriaron. Las bocas escupían los cereales. Doy una patada al muro. Una ardiente lava fundida me sangra por dentro.

—¿Qué te pasa? Solo estaba bromeando.

Le digo que no me pasa nada malo, pero lo que debería decirle es que se aleje porque no soy yo. O quizá sí sea esta en realidad, alguien que está junto a su

amiga mientras lucha contra la necesidad de hacer algo, de causar dolor para así compartir el que siente, para así no ser solo ella la culpable.

Morgan come ruidosamente. El crujido de las patatas me estropea el silencio que necesito. Normalmente su compañía me ayuda, pero hoy no. Sigo pensando en los abogados, en sus preguntas. ¿Qué viste la noche que Daniel murió? ¿Qué ocurrió? Vi a mi madre. ¿Qué le viste hacer?

—¿Es por tu madre, por eso estás estresada? He visto algo en las noticias, que era enfermera. Es una puta locura. Imagínate que te tiene que curar ella.

—No quiero hablar de eso, Morgan, para.

—Puede que te ayude que lo hables. No es culpa tuya que esté pirada. Han dicho también que tenía a un menor viviendo en casa con ella. Si no eras tú, ¿quién era? No me has dicho nunca que tuvieras hermanos o hermanas.

—No tengo.

No tengo ninguno del que quiera hablar.

—¿Quién crees que sería el estaba en casa con ella?

Me encojo de hombros.

—Te lo acabo de pedir, Morgan. Por favor, para.

El silencio es lo mejor, es mejor no decir nada. Por favor. Son demasiadas preguntas. Tengo demasiadas voces en la cabeza. *ESO NO ES VERDAD, ANNIE, SOLO OYES LA MÍA.* La lava que tengo dentro arrasa con cualquier cosa buena o amable en mi interior. Veo la boca de Morgan moverse y cómo se lame los labios al masticar. Cómetelos, cómetelo todo. Quiero que deje de hablar de ti.

—Mis colegas opinan que la encerrarán de por vida. Nunca volverás a verla, lo que probablemente es lo mejor.

—Cállate, Morgan, lo digo en serio. Es la última vez que te lo digo.

—Jesús, intento ser sensible. Es un puto monstruo, deberías alegrarte de que la odie.

Come como un animal, y toda su cara es como la de un animal. Sus dientes, su lengua... Sigue hablando de ti, ¿no? *SÍ, SIGUE HABLANDO. ¿QUÉ VAS A HACER?* Lobo bueno. Lobo malo. Un mordisco. Un crujido. Lengua. Labios. Me muevo para alejar lo malo y le digo que tengo frío y que voy adentro.

—¿Por qué te enfadas tanto? No te preocupa lo que le pase, ¿no?

No pudieron recomponer a Humpty Dumpty.

Lo primero que recibe el manotazo es el sándwich, que se cae al suelo; lo siguiente es su brazo. La incrusto contra el muro; el lugar en el que solemos quedar ya no será seguro. Me valgo de ser más alta que ella y le estrujo el brazo con los dedos. Adivina de qué color será el moratón y qué forma tendrá.

—Suéltame —dice—. Para.

Solía ser yo quien decía eso; han cambiado las tornas. El pie que pisa es otro.

Está bien ser mala. Lo siento, no puedo evitarlo, pero Morgan ya ha dejado de hablar de ti, así que quizá ser mala a veces funcione. Debería haberle hecho algo peor, pero cuando dice «A lo mejor te pareces más a tu madre de lo que crees», la lava retrocede y se vuelve de color púrpura. Se enfría y me siento enferma. Estoy enferma por dentro. Le suelto el brazo, doy un paso atrás y me agacho. Apoyo las manos sobre los muslos. No puedo ser como tú. No quiero.

Ninguna de las dos habla: estamos procesando todo cada una por su lado. Me giro para mirarla: se está frotando el brazo.

—Morgan... Lo siento. No sé qué me ha pasado.

—Ya, vale. No volverá a ocurrir.

—¿Qué quieres decir?

—Que te pueden dar por el culo, eso quiero decir.

Intento abrazarla, pero se vale del otro brazo para bloquearme, me empuja y se va. Me siento en el suelo un rato. Miro al cielo de invierno, y solo veo una estrella; desvío la mirada, y, cuando vuelvo a mirar, la estrella ya no está.

No quiere que la mire.

Canto mientras las busco.

Ocho botellas verdes colgando de la pared. No. Botellas no, son otra cosa, y no cuelgan de la pared. Intento cantar otra vez la canción, pero con tus palabras.

Hay ocho cositas escondidas en el sótano. Pensaba que había nueve, pero la novena no llegó hasta allí, ¿recuerdas?

Sí.

Si pudiera abrir la puerta, podría comprobar que esas cositas están bien.

No. Puedo. Abrir. La. Puerta.

—Milly, soy Saskia. La puerta está cerrada con llave, la ha cerrado Mike.
¿Qué estás cantando?

Y si una sola de las cositas se cayera accidentalmente...

No. Puedo. Abrir. La. Puerta.

—Voy a buscar a Mike.

¿Podéis oírme, cositas? He venido a dejaros salir. Pero no contestan, porque es demasiado tarde. He llegado demasiado tarde.

Ya se han caído.

Y eso quiere decir que tendrán que quedarse.

22

Me despierta el ruido que hace Phoebe al irse a la competición de hockey de Cornualles. Da voces por el descansillo, abre y cierra la puerta... Es lunes. Debería levantarme, hoy nos vamos, pero siento el cuerpo pesado. Me aplasta el peso de la culpa por lo que le hice a Morgan.

Por el volumen de tu voz.

Saskia llama a mi puerta y pregunta si puede pasar. Le digo que sí y me incorporo hasta quedar sentada en la cama.

Lleva unos vaqueros blancos ajustados y una camisa a rayas azules y blancas metida por dentro. Tiene la mitad superior del pelo recogido en un moño con una pinza; el resto lo lleva alisado sobre los hombros.

—Espero no haberte despertado; quisimos dejarte dormir después.

Después de lo de anoche.

—Nos vamos a ir enseguida. El viaje durará una hora y media o así; estaremos allí para la hora de comer.

No dice nada más sobre lo de anoche. Mike debe de haberle pedido que no lo haga; le habrá explicado que algo así era de esperar en estos días antes del juicio.

—Milly.

—Perdón, estaba...

—¿A un millón de kilómetros?

Más lejos.

—Más o menos, sí.

Se toquetea el collar, lo saca y se presiona el filo de las letras contra los labios. La carne se le pone blanca allí donde aprieta y se vuelve a poner rosa a continuación. Me pregunta si necesito que me ayude a hacer la maleta.

—No, gracias. Estaré abajo en un momento.

Cuando cierra la puerta, cojo el móvil para ver si Morgan me ha respondido, pero no. Lucho contra la ansiedad mientras me lavo la cara, me visto y hago la bolsa de viaje. Lo que le hice a Morgan estuvo mal, y no quiero perderla como amiga, pero también estoy preocupada por lo que pueda contarle a la gente sobre mí. Sobre quién soy.

Al bajar la escalera veo a Rosie en el recibidor junto a las bolsas de Mike y Saskia. Agita el rabo cuando me ve. Dejo la bolsa en el suelo y le rasco entre las orejas.

—Creo que tú no vienes —le digo—. Te quedas aquí con Sevita. A lo mejor la próxima vez.

Ladea la cabeza, me lame una mano y se pega a mis pies al entrar en la cocina.

—Hay zumo de naranja recién exprimido ahí, ¿quieres un poco? —me ofrece Saskia.

—No, gracias. Voy a hacerme unas tostadas.

Mike está hablando por el móvil con la cara vuelta hacia el fregadero.

—Por supuesto. La traeré el miércoles después de que volvamos, ¿te parece bien? De acuerdo, claro. Gracias, June, nos vemos entonces.

Termina la llamada y se gira para mirarnos.

—Era June. Hemos quedado en que irás a ver el vídeo de tu testimonio este miércoles a las tres. Yo te llevaré.

Asiento. Se me ha quitado el apetito.

El tráfico es lento cuando salimos de Londres, pero enseguida cogemos un largo tramo de autopista y el paisaje se hace más verde según nos alejamos de la ciudad. Mike me pregunta cómo van progresando mis dibujos para el premio de arte. Bien, le digo. Saskia se gira y dice que le encantaría verlos alguna vez. Intercambia con Mike una sonrisa y le pone una mano en la nuca durante un instante. Es la primera vez que veo que le toca.

Después de una hora o así cogemos un largo camino de entrada de coches de grava. Al final del camino hay una fuente. Un empleado le explica a Mike que está todo lleno con lo de las vacaciones del primer trimestre y eso.

—Deje la llave en el contacto, lo moveremos hacia un descampado que hay ahí atrás. Conserve el tiquet, y, cuando necesite el coche, enséñelo en la recepción y se lo traerán.

Mike hace el *check-in* y nos enseñan nuestra habitación, una *suite* familiar con dos dormitorios separados por una puerta. Cuando bajamos a comer, me impresiona la cantidad de niños que hay gateando, corriendo, llorando, cayéndose... Por todas partes. Pero no hay solo niños: tú también estás aquí, en la primera página de un periódico con el siguiente titular:

«SOLO QUEDA UNA SEMANA».

Te sujeta un hombre que está en una mesa junto a la ventana. Te lee. Te dobla. Te mete en el bolsillo interior de una chaqueta que le lleva una de las camareras. El hombre se levanta y se la pone. Tu cara está muy cerca de su corazón. La verdad sea dicha: tu corazón no ama como la mayoría. Tu amor no es tan tierno ni tan cariñoso como para que a una persona le llegue al corazón un beso de tus labios. No es para nada así.

Mike me pregunta si estoy bien. Sí, estoy bien, le digo. No quiero estropear el viaje diciéndole que tú también has venido.

Después de comer pasamos la tarde paseando por el campo, donde a veces nos paramos para conversar con otras familias. Mike se encuentra con alguien del trabajo. El tipo besa a Saskia, y, cuando me lo presentan, dice:

—Así que esta es Milly...

Mike asiente y sonrío.

—Sí. Sí, es Milly.

El hombre nos cuenta que Cassie, su mujer, también ha venido, pero que ha ido a cambiar al bebé.

—Y estos fierecillas también son míos.

Dos niños pequeños, de no más de cinco o seis años, juegan al corre que te pillo entre las piernas de su padre. Parece divertido; no me importaría unirme a ellos. Es un juego simple que no implica hacerse daño.

Por la tarde hay actividades infantiles en el jardín delantero, un poco como si fuera un día de deporte del cole. Saskia y yo nos sentamos en unos sillones ante la ventana y los miramos. Juegan al corro de la patata y a sostener un huevo con una cuchara en la boca; también hay una carrera de padres, de madres no: si hubiera una de madres y tú hubieras estado aquí en carne y hueso, habrías participado y probablemente habrías ganado. Llega Mike junto a nosotras, bosteza y nos sugiere que nos acostemos pronto. Me ha contado durante el paseo de antes que cerró con llave la puerta del sótano la semana pasada porque no quería que me hiciera daño a mí misma. Se lo he agradecido, y he pensado que desearía poder contarle que el hecho de no poder comprobar lo que hay ahí abajo me hace más daño.

Después de cenar nos vamos a la *suite*. Recibo la respuesta de Morgan, de solo tres palabras:

«Que te jodan».

A la mañana siguiente, en el desayuno, decidimos ir en coche al jardín botánico. El día está nublado, y parece que va a llover. Mike dice que no hay de qué preocuparse, que las botas y el chubasquero de Phoebe están en el maletero y que lo han traído para mí.

—¿No le importará? —pregunto.

—No se lo diremos si tú tampoco lo haces —contesta Saskia, con una mirada inusualmente juguetona. Los tres sonreímos.

Volvemos a la *suite* a lavarnos los dientes y quedamos en vernos en la

recepción en diez minutos. El hombre de ayer, John, está ahí cuando llego, en el mostrador, con una mujer que presumo que es Cassie, su esposa, que lleva a un bebé en brazos, y los dos niños. Cassie y Saskia no se conocen; hablan educadamente del frío que hace y de que es un día perfecto para estar junto a una chimenea.

—Creo que hay una en el salón principal —dice Saskia.

Cassie sugiere que tomemos café antes de salir. Una vez estamos sentados, Mike y John se enredan en una conversación sobre la reforma de la oficina. John se queja de que la sala de espera no ofrece privacidad al verse desde la calle.

—Sí, no es lo ideal; quizá deberíamos poner unas persianas o algún tipo de biombo —comenta Mike.

Esa palabra: biombo. Como el que estará entre tú y yo en el juzgado la semana que viene separándonos.

Los dos niños están sentados en el suelo junto a las puertas acristaladas, a la derecha de la chimenea. Vuelcan una caja llena de juguetes; gritan «brum, brum» cuando juegan con coches e intentan imitar el ruido de un disparo cuando uno de los pequeños encuentra una pistola de agua. Se cuele una pequeña franja de sol invernal que rompe la línea de nubes del cielo y aterriza de forma limpia alrededor de los niños. Los dos son rubios y tienen los ojos azules; son como angelitos. De nuevo siento ganas de jugar, o de llorar, de tan guapos que son. Al final no hago nada y me quedo donde estoy, ya que no estoy segura de que tanto ponerme a llorar como a jugar sea bien recibido, ni que sea normal. Cuando me giro, Mike me está mirando con un semblante extraño, aunque intenta sonreír cuando nota que me doy cuenta. Cassie inicia una conversación con Saskia sobre Wetherbridge.

—Obviamente, aún queda mucho —dice, mirando al bebé, que es una niña, en sus brazos—. Pero siempre es bueno oír el punto de vista de alguien de dentro.

Saskia mira extasiada a la niña. Alza la vista, pero vuelve a bajarla. Cassie lo percibe y le pregunta si quiere cogerla.

—No, gracias, no soy muy buena con los bebés.

—¿Y tú? ¿Quieres cogerla? —me pregunta.

—Sí, me encantaría.

Las palabras se escapan de mi boca. Cassie se levanta y deposita a la niña en mis brazos. Tiene la piel sonrosada y los ojos cerrados, con unas pestañas tan largas que le rozan la parte alta de los pómulos. No tiene nada en la boca, ni un chupete ni un biberón, pero hace con sus perfectos labios de melocotón un movimiento de succión continuado. Es un capullito de rosa.

Es preciosa. Las cosas puras me hacen sentir fea. Opaca. Me acuerdo de una vez, yo tendría tres años, quizá cuatro, que te pregunté de dónde había venido

yo. Esperaba que me auparas, me dieras un beso de esquimal y me dijeras que había venido de ti, que era parte de ti y que me querías, tal y como la madre de una niña del colegio hizo cuando esta le preguntó lo mismo. Pero no respondiste; saliste de la cocina y me dejaste sola.

Cassie le dice a Mike: «Vuestra hija tiene un don con los niños», y durante un momento, una fracción de segundo, siento lo que es ser confundida con ser su hija.

—En realidad, Milly es nuestra hija de acogida. Phoebe está en un viaje con el equipo de hockey —dice Mike.

—Te lo dije anoche, Cassie —añade John.

—Lo siento, soy una cabeza de chorlito. Pero es algo estupendo, chicos, os admiro de verdad por acoger a...

A alguien como yo.

No llega a terminar la frase, porque la niña suelta un gemido de enfado. Ha abierto los ojos y me mira. Está asustada. Lo ha percibido, percibe lo que sea que tengo dentro, y ha sentido que la estoy sujetando demasiado fuerte, más fuerte incluso que cuando Mike ha dicho que yo no era su hija. Se la devuelvo a su madre, a la seguridad de su madre. Y un cuerno.

Vamos en coche hasta el jardín botánico, y cuando llegamos vemos que está a tope: parejas, familias, paseantes solos... Andamos entre arbustos exóticos y caminos de arboledas bien cuidadas creados laboriosamente, y apreciamos los colores del otoño: naranja ocre y amarillo y un intenso carmesí que proviene, como un eco, de las hojas rojizas de los árboles. Paseamos casi todo el tiempo en silencio. Pienso que eso significa que estamos cómodos; es un pensamiento agradable, feliz. Mike comenta que aquí no hay muchos chicos de mi edad.

—Me temo que ya no es muy guay irse de vacaciones con los padres.

—A mí no me importa —digo—. Estoy disfrutando de estar aquí los tres solos.

Mike sonrío relajado. Y aunque nunca lo admitiría en alto, sé que está de acuerdo por la sensación de alivio que debe de notar al no tener que estar en medio de Saskia y Phoebe. Esto le es más agradable.

Por la noche, después de cenar, le compro a Morgan una bola de cristal con nieve en la tienda de regalos del hotel; tiene abetos y dos niños que se cogen de la mano junto a un muñeco de nieve. Le escribo otra vez y le cuento que le he comprado un regalo. No me responde.

Al principio creo que me lo he imaginado o que es la tele, pero cuando me acerco a la puerta que separa mi habitación de la de Mike y Saskia y pego la

oreja, los oigo. Están discutiendo. Saskia estaba borracha en la cena, y prácticamente muda salvo por el hipo que le entró en el postre, para el que, por supuesto, estaba demasiado llena. Mike dice algo de que Saskia tiene que contenerse, y más ahora, cuando el juicio es la semana que viene. Lo estoy intentando, dice ella. Pues inténtalo más, contesta Mike. Alguien lanza algo que parece un vaso y que se estrella contra la pared. Bajan la voz y Saskia empieza a llorar. Imagino a Mike abrazándola, diciéndole que no pasa nada. Después de un rato dejan de hablar y se oyen otros sonidos distintos. Los gemidos de Saskia me divierten. Me hacen formar parte del momento. Cuando paran de hacer ruido, me quito la ropa y me paso los dedos por las cicatrices de las costillas. A continuación me meto a la ducha.

Me froto la piel hasta que se me queda en carne viva.

23

Quedan cinco días.

Voy a la puerta de mi balcón y descorro las cortinas. Hay un petirrojo en la barandilla hinchando el pecho ante el frío. Cuando me ve, sale volando. Ya no se siente seguro. No lo culpo.

Cuando volvimos del campo el miércoles, fui al juzgado con Mike para revisar el vídeo mi testimonio. No fue fácil verlo, no fue fácil ver a la chica de la pantalla hablando de su madre. Esa era yo.

Me gustaría retractarme y poder decir: «No pasó».

Pero pasó.

Mientras estaba allí, los abogados me hicieron un interrogatorio simulado.

¿Conocía usted a Daniel Carrington?

Sí.

¿Cómo le conoció?

Era uno de los niños del trabajo de mi madre.

¿Estaba usted en casa cuando ella le llevó allí?

Sí.

Los abogados me alertaron de que la defensa haría cualquier cosa para confundirme y hacerme parecer un testigo poco fiable. ¿Cómo te sientes con respecto a eso?, me preguntó el Gordo. Dije que no me afectaba.

Mentira.

June me enseñó la sala del tribunal y el estrado en el que estaré y donde también estará el biombo que me ocultará de ti. La realidad de estar cerca de ti me produce una respuesta muy pavloviana: un exceso de saliva, tanta que pensé que me pondría mala. El juicio empieza el lunes, pero me han dicho que tengo que presentarme allí el jueves y el viernes. Tengo que cambiar el número del armarito del baño; la cuenta atrás nunca ha sido por el juicio, sino por el tiempo que queda para estar contigo.

Hoy es la Noche de las Hogueras. Mike me dijo que desde mi balcón podría ver los juegos artificiales que una familia de unas calles más abajo monta todos los años en su jardín. Normalmente empiezan a las siete, dice. Morgan aún no se ha puesto en contacto conmigo, así que vuelvo a escribirle para invitarla. Puedo colarte en el balcón, le escribo.

Mike y yo nos reunimos ayer para centrarnos en trabajar en la respiración, en qué debo hacer si me entra el pánico en el estrado. Me preguntó si había algo

sobre lo que tuviera dudas, algo que quisiera volver a repasar antes de enfrentarme a la defensa la semana que viene. No, creo que no, le dije; tengo muy claro lo que pasó. Me pidió que pensara en una palabra que me hiciera sentir bien. Me llevó un rato, pero al final elegí «libertad». Le conté que te envidiaba, por estar expuesta cuando yo vivo en la oscuridad, escondida de todo el mundo salvo de unos pocos. Me han despojado de todo, incluso de mi nombre. Mike me dijo que viera la oscuridad como un sitio en el que descansar y que en el futuro se convertiría en luz. ¿Y qué pasa si soy como ella?, le pregunté. ¿Y si lo he heredado? Monoamino oxidasa A: la enzima de la violencia. Si ella la tiene, es probable que también la tenga yo, pero Mike me dijo que no soy para nada como tú y que está seguro de ello. No sé si creer que lo dice de verdad, ni si él mismo lo cree.

No podía olvidar esa mañana en la cocina en que le vi esconder sus apuntes sobre mí, así que el jueves, en cuanto Saskia y él se fueron, fui a su despacho. No tardé mucho en encontrarlos: estaban en el último cajón de la izquierda de su mesa bajo un libro.

El título de la primera página era:

«MILLY (IDEAS PARA LIBRO)».

Solo he podido fotocopiar la mitad porque la puerta de la calle se ha abierto y Sevita ha entrado en casa. Me ha sonreído al verme en el descansillo; yo había dejado los apuntes originales donde los había encontrado, y llevaba las copias muy bien metidas en la cintura de los vaqueros. Así que resulta que Mike está escribiendo un libro sobre mí, sobre cómo he sobrevivido con él al lado... Habla del sueño que le conté que tuve, ese en el que estabas atrapada en una habitación en llamas. Cuando me preguntó qué pasaba en el sueño, le dije la verdad: que te rescataba. Te rescataba todas las veces. Hay algo escrito en rojo más abajo:

«Todavía muestra una gran lealtad hacia su madre. Hablar de la culpa».

Algunas de sus notas al pie detallan mi complejo de culpa y de cómo una víctima de abuso pierde la perspectiva de la neutralidad —todo el mundo está o de su lado o en su contra—. Hay una flecha en rojo seguida de una frase subrayada y encerrada en un círculo:

«SOY BUENA versus SOY MALA».

He intentado meditar en cómo me siento por que Mike escriba un libro sobre mí. No me ha pedido permiso ni he firmado nada. ¿Soy un proyecto para él? Como si fuera un vale de comida para conseguir fama en su profesión. Creerá que es la historia de un éxito. O lo espera. Si eso significa que voy a quedarme aquí más tiempo, entonces no me importa. El acceso a mi mente es un precio que

estoy dispuesta a pagar.

Veo a Saskia a la hora de comer y le pregunto si echa de menos a Phoebe, quien todavía está fuera. Sonríe y dice por supuesto, echo de menos tanto a Mike como a Phoebe cuando no están; es agradable tenerte aquí. Pero su lenguaje corporal, cómo pasa su peso de un pie a otro, cómo se toquetea el pelo, me dice otra cosa: me dice que cuando solo somos ella y yo, todavía se siente incómoda, nerviosa.

Paso el resto del día leyendo cosas de ti. Estás en la página de inicio en las webs de noticias. Un reportero que se encuentra en el exterior de los juzgados informa de qué pasará cuando empiece el juicio. Desgrana tus crímenes y usa el número nueve tres veces. Nueve niños. Nueve cuerpos. Nueve acusaciones de asesinato.

Cuando ya he leído todo lo que he podido encontrar, me doy cuenta de que fuera ha oscurecido y de que no queda mucho para los fuegos artificiales. Voy al baño y, cuando vuelvo, veo movimiento en el balcón. No es el petirrojo, es Morgan.

Cierro el ordenador y abro la puerta; me late el corazón de forma entusiasta. Lleva una sudadera con la capucha puesta que le cubre casi toda la cara.

—Lo siento, Morgan. Lo siento muchísimo.

Se encoge de hombros y se mira los pies. La cojo de una mano para meterla dentro y le enseño la bola de cristal.

—Agítala.

Y, cuando lo hace, sé que vamos a estar bien.

Es una persona indulgente, eso es lo que es, y está sola. Uno puede perdonar muchas cosas si necesita compañía.

Cuando empiezan los fuegos, seguimos en el balcón. Los cohetes y las explosiones de colores brillantes pintan el cielo.

—No vuelvas a hacerlo —dice, cuando termina la exhibición—. Me has hecho daño.

—Lo sé, y no lo haré más. ¿Se lo has contado a alguien?

Agita la cabeza; parece disgustada por haberle preguntado eso, y luego se va llevándose la bola de cristal.

Te oigo llegar, como una ola por la gruesa alfombra de mi habitación.

Tienes un mensaje para mí, algo que te gustaría decirme.

TE VEO EN LOS JUZGADOS, ANNIE.

**Sube ocho escalones. Sube otros cuatro.
La puerta de la derecha.**

*Querías cortarme el pelo,
que lo tenía largo y me caía por la espalda,
tan corto como el de un chico.
Pero no lo hiciste: habría llamado la atención en el colegio.
Aun así, tuviste tu momento de diversión.
Me disfrazaste y me pusiste calcetines en las bragas.
Pero yo no era suficiente para ti.
La habitación de nuestra casa llevaba meses vacía.
La habitación frente a la mía.
Me informaste una noche durante la cena.
La sala de juegos, la llamaré así, dijiste.
Eras insaciable.
Supe que nunca tendrías suficiente,
así que aproveché la ocasión para abandonarte también.*

24

Primer día de tu juicio. Digo que no cuando Mike sugiere que no vaya al colegio en toda la semana. Está tratando de protegerme. De la prensa, que ha entrado en erupción. Cada noticia y cada titular que leo en internet antes del desayuno van sobre ti. La página de la BBC muestra a la gente que se agolpa en el exterior de los juzgados. Es una multitud enfadada. Si pudieran, darían golpes en la furgoneta que te trae; escupirían o tirarían bolas de pintura de color rojo incluso. Asesina, asesina.

El silencio en casa es opresivo; la radio de la cocina está apagada. Mike bromea con que deberíamos intentar no ver la tele en una semana, quizá dos. Phoebe dice que no le importa, que verá Netflix en su portátil. Esta mañana, antes de salir de casa, Mike me llevó aparte para decirme que vuelva rápidamente a casa si el colegio se me hace insoportable. Quise preguntarle qué pasaría si todo se hiciera insoportable.

Si hubiera pensado en ello, si hubiera estado lista, me habría quedado en casa y no habría ido a la clase de natación. Qué estúpida. Tengo la cabeza en las nubes. Me cambio en un cubículo del vestuario, agradecida por que las cicatrices y los cortes de mis costillas queden tapados por el bañador. Se lo contaría si pudiera, les contaría que me corto la piel para que sangre lo malo y entre lo bueno. Pero no lo entenderían; preguntarían: «¿De qué estás hablando, qué malo?».

Hay unas piraguas en fila esperándonos: el entrenamiento de rescate es esencial para el Premio Duque de Edimburgo. Nos ponen en grupos de cuatro, con quien tenemos más cerca. Debería haber prestado más atención.

—Vamos, chicas —dice la señora Havel, metiéndonos prisa—. ¿Todo el mundo está en un grupo de cuatro para trabajar? Perfecto. Haced fila al borde de la piscina.

Clondine intenta ser maja.

—Oh, vamos, Phoebe, no es tan mala.

Ha sido desafiada en público, y por una de los suyos.

—Cállate, ni siquiera la conoces —le dice a Clondine.

Tiene razón.

—No, pero te conozco a ti —contesta Clondine, quizá acordándose del cigarrillo apagado en el dorso de su mano.

Estamos en el lado opuesto de la piscina con respecto al instructor.

Van y vienen varios susurros encubiertos lo suficientemente en alto como para

que yo los oiga. Phoebe e Izzy comentan mi aspecto en bañador y hablan de los negros que tengo los pelos de los brazos. Una vieja cicatriz en mi antebrazo derecho, morada y grande, parece interesarles.

—Te apuesto lo que quieras a que se lo hizo ella misma.

—Sí, seguro que es masoquista.

Se oye una erupción de risitas.

—Silencio ahí al fondo.

Se refieren al cráter púrpura de mi brazo. No. No me lo hice yo, no fue para nada eso. Dijiste mientras me lo hacías: «“Mamá”; así nunca lo olvidarás». Fue como una marca. Me sostuviste el brazo contra un raíl del secatoallas del baño. Siempre serás mía, dijiste. El tatuaje de nuestro amor se me quedó marcado al rojo vivo en el brazo.

El instructor entra en la piscina para demostrarnos cómo manejar una piragua. La diferencia entre la vida y la muerte, dice, es cuando traemos al rescatado después de haberse puesto azul. Relajaos. Tened confianza en el agua, y en vuestra compañera. Hagáis lo que hagáis, no entréis en pánico.

Le miro; su boca se mueve, pero el sonido sale distorsionado. Como a cámara lenta. Me lleva un momento darme cuenta de que me estoy cayendo; alguien me ha empujado a la piscina. Antes había oído unos susurros: «Hazlo, empújala, vamos». Aterrizo en el agua con tanta fuerza que me hago daño en las piernas contra los azulejos del fondo, aunque me valgo de ellos para darme impulso hacia arriba en busca de aire. Una línea de cabezas me está mirando cuando salgo a la superficie, chicas soldado vestidas de licra negra, pero no tienen los brazos a los lados del cuerpo, sino que los mantienen cruzados sobre los pechos aún no desarrollados. Se oyen risas y aplausos.

Nado hacia el bordillo y el instructor hace un chiste de algo así como «tenemos prisa, ¿eh?». Phoebe me tiende la mano cuando llego. Sé lo que planea; puedo ver en el interior de su mente, que no es muy diferente de la mía. Le cojo la mano, saco un pie y, cuando estoy a medio subir, me suelta. Esta vez aterrizo de espaldas y el impacto del agua me pincha en la piel. Más risitas y carcajadas.

—Por el amor de dios, Phoebe, a ver si creces; eso ha sido estúpido y peligroso, por no mencionar la pérdida de tiempo que es para el resto de la clase. Os sugiero que Milly y tú hagáis equipo en la piragua, y así veremos si juntas podéis ser sensatas. Y, por los clavos de Cristo, Milly, date prisa, ¿o tengo que ir a por una caña para pescarte?

—No, señora Havel.

Nado hacia la escalerilla, satisfecha por la cara que se le ha quedado a Phoebe. Tu broma te ha rebotado en las narices, compañera de piragua.

—Estoy pensando, señora Havel, que podría hacer de voluntaria, ya que está en el agua. —El instructor me señala.

—Es una idea excelente. Nada hacia allí, Milly, por favor.

Cuando llego donde está el instructor, este me pide que me meta en la piragua mientras él la sostiene. Se trata de tener comunicación y confianza, dice.

—¿Preparada?

Asiento, agarrándome con fuerza a los bordes de la embarcación.

—Rodamos a la de tres, ¿vale? Un, dos tres... y abajo.

Veo un borrón azul y luego estoy arriba en un instante.

—¿Cómo ha ido?

—Bien.

—¿Veis, chicas?, es pan comido. Si os ponéis en parejas, por favor... Las que no tengáis piragua, podéis practicar natación asistida. Solo tenéis que sostener a vuestra compañera mientras hace el muerto en el agua fingiendo estar inconsciente. Lo que tenéis que hacer es nadar para llevarla hacia el bordillo cuidando de que no le entre agua ni en la boca ni en la nariz.

—Señora Havel, ¿no puedo ponerme con Izzy o Clondine?

—No, tú y Milly haréis el ejercicio juntas. Si no hubieras hecho el tonto antes, habrías podido disfrutar del lujo de elegir, pero ahora no. Es tu turno para meterte en la piragua.

El ruido que se monta de chapoteos y gritos implica cierto nerviosismo en el ambiente: a nadie le gusta la idea de quedar bajo el agua y dar vueltas. Marie se queja del cloro, que le estropea el pelo, dice. Nado hacia Phoebe aún sosteniendo la piragua. Es su turno para rodar. Quizá ella también vea partes de mi mente, los pensamientos que tengo, porque dice:

—No intentes hacerte la graciosa, ¿vale?

Mi silencio la enerva. Siempre funciona.

—Lo digo en serio. Como hagas algo, te enteras.

Asiento con los dedos cruzados a la espalda.

Mientras está subiéndose a la piragua, estoy tentada de preguntarle por Sam. Se dejó el portátil durante las vacaciones. Me sorprendió, y me agradó, que no tuviera contraseña. Cuando me regalaron el mío, lo primero que hice fue poner una contraseña. No hay necesidad, pensaría Phoebe. Mike es la clase de padre que nunca hurgaría en un ordenador sin antes pedir permiso; es un firme creyente de la privacidad y de dejarnos ser adolescentes.

Miro a mi espalda. El instructor está ocupado y la señora Havel se encuentra al otro lado de la piscina. Las chicas están a lo suyo. Le digo a Phoebe que cuento hasta tres y giro.

—Date prisa, joder —dice.

Lo hago. Uno, dos, tres y vuelta completa.

No es suficiente.

Me paro a mitad de camino. Un elefante. Dos elefantes.

Tres.

Phoebe se da cuenta a la de tres.

Ha descruzado las manos del pecho y ahora tiene los pulgares en los bordes de la piragua. Siento que su cuerpo se mueve y se retuerce de lado a lado.

Seis elefantes.

Siete.

El ruido que hay en la piscina, de risas y toses por haber tragado agua, rebota contra los azulejos. Nadie mira, nadie se da cuenta. ¿Cuánto puede de media una persona aguantar la respiración bajo el agua? ¿Treinta segundos? ¿Sesenta?

Nueve elefantes.

Diez.

Me clava las uñas en una mano; veo un borroso remolino rosa en el agua. Sus uñas son como heridas con forma de media luna. Siempre enseña orgullosa su esculpida manicura. El instructor se acerca, y también la señora Havel. Giro la piragua y su cabeza sale del agua. Tiene un arcoíris de colores en la cara, que es un abanico de emociones: pánico, luego miedo, alivio por seguir viva y la última en aparecer, furia. Me divierte cada una de ellas. Phoebe traga, respira con dificultad y me mira.

—Put a —me dice—. Señora Havel... Señora...

El instructor toca el silbato para que nos callemos. Las que ya hayan rodado con la piragua, que practiquen ahora con la natación asistida, y viceversa.

—Señora Havel.

—Por el amor de dios, Phoebe, ¿no puedes esperar?

Clondine e Izzy nadan hacia nosotras al ver la cara de Phoebe, blanca, asustada, atascada. Con los pulmones a punto de arderle. Atrapada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Izzy.

—Casi me ahogo, joder, eso es lo que ocurre —contesta, mirándome. El blanco de sus ojos es casi rojo por el cloro.

—La reina del espectáculo... —le fastidia Izzy.

—Que te jodan, Iz, que os jodan a todas.

Sale de la piragua, nada hacia la escalerilla más cercana a la señora Havel y se aúpa para salir de la piscina. Tiene la carne de gallina. Eso pasa cuando uno tiene frío, pero también por otros motivos. Se lleva una mano a la garganta, como asegurándose de que puede respirar. No sé lo que le dice a la señora Havel, pero, sea lo que sea, la deja salir de la piscina, y ya no vuelve para la última parte de la clase.

En sus correos a Sam me menciona; hay algo en ella que no me gusta, le escribe. ¿En qué sentido?, pregunta él. No lo sé, es un bicho raro o algo.

O algo, Phoebe.

Al final de la clase, mientras estoy llevando la piragua a la parte que no cubre, veo que tengo rasguños en la mano derecha; son cuatro hendiduras que tienen la forma del miedo de Phoebe. Tras la privacidad del cubículo del vestuario, me hago una foto de la mano. Como recuerdo.

25

Durante el día siguiente en el colegio permanecí alerta, porque sabía que Phoebe no tardaría en devolvérmela. Ojo por ojo, el juego del gato y el ratón. Era cuestión de tiempo.

Se suponía que no debía, pero fui a ver a MK. Cuando me dirigía a su clase, me percaté de que tenía los ojos secos, que me hacían como un clic cada vez que pestañeaba por la falta de sueño. Era a causa del pensamiento, que me enerva, de saber que estaré ante al tribunal en dos días. No sé qué va a pasar en el juzgado. Mike dijo que June y él estaban en contacto a diario, pero que debería centrarme en mí, en dormir todo lo que pudiera antes del jueves. A mí también me gustaría, pero cada vez que cierro los ojos veo tres cositas que lloran, que me señalan y que me piden ayuda.

Le dije a MK que Mike y yo habíamos quedado en que no iría al colegio ni el jueves ni el viernes porque tenía que hacer unos pequeños trámites. Espero que no sea nada serio, dijo.

No, solo me van a cortar el cordón umbilical.

Deberían habérmelo hecho hace años. Era tóxico.

Al desvestirme para ducharme antes de ir a la cama, escucho tu voz y te imagino esperándome en la salida de la sala del tribunal con una moneda en la mano. Cara o cruz. Como cuando visitamos un pueblo costero en Gales el año pasado; no eran vacaciones, solo querías explorar nuevos territorios, según dijiste. Aunque eso quería decir «nuevo territorio de caza». En un momento dado fui al baño y tú te acercaste a una caseta del mercadillo que había a que te hicieran una moneda con las dos caras iguales. Cara, jugamos; cruz, no jugamos; eso dijiste cuando volvimos a casa. Me llevó meses descubrir que ambos lados eran cara. Ganaste todas las veces. Pero ya no eres la jueza; ahora lo es un hombre con peluca. Y también otras doce personas. Tú no decides esta vez, lo hacen ellos.

No oí cómo se abría la puerta del baño porque estaba muy ocupada haciendo espuma con el champú en el pelo para intentar acallar tu voz. Descorrió de un tirón la cortina de la ducha; tuve tiempo para taparme las costillas con los brazos y así esconder las cicatrices, pero no pude taparme ni el pecho ni la entrepierna. Consigue lo que quiere con un flash de su móvil.

—Esto te enseñará a intentar ahogarme otra vez, puta.

Me envuelvo con la cortina de la ducha con miedo de que me la arranque de

las manos, pero no lo hace. Me pregunta si he estado en algún sitio interesante últimamente. Al no contestar, dice:

—No creas que no sé nada de tu amiguita de los bloques de al lado.

No le enseñes las cicatrices. El vapor y el calor hacen que me sea difícil respirar.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad? Izzy me dijo que te había visto con esa mierdecilla que se sienta en el murete. ¿Qué pasa, que no puedes buscarte amigos de tu edad? Quizá se lo diga a mi padre, y así te pueda preguntar sobre tu vida privada. Me pregunto qué pensaría si supiera que has estado quedando con una de las ratas de los bloques, especialmente con una más joven.

Tiene doce, casi trece. Es que es pequeña para su edad. Y sé qué pensaría tu padre: se preocuparía.

—Qué patético. Eso eres, eres patética. Apuesto a que te encantó ir a Cotswold sin mí a jugar a la familia feliz con mis padres.

Sí, eso fue lo que hice.

—No es que me importe, no tardarás mucho en irte. Probablemente ni siquiera llegues a navidad.

Miro su cara de enfado. Debería estirar una mano y tendérsela ofreciéndole que nos demos una tregua. Vamos a hacerlo juntas, piensa en lo divertido que puede ser, piensa que es un juego. Pero la tentación de empujarla, de pegarle, es mucho más fuerte. Es culpa suya, es ella la que sigue alimentando al lobo malo, quien le da permiso para imponerse. Así que en lugar de hacer las paces, le digo:

—A veces te oigo por las noches.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Te oigo.

He dado en el blanco, en medio de su pecho, y la he descolocado. Sabe qué quiero decir, que la escucho llorar. Puede que yo esté desnuda, pero ella está ahora mismo totalmente expuesta ante mí.

Solo han pasado unos minutos desde que se ha ido cuando mi móvil vibra. Phoebe debe de tener mi nuevo número, porque Mike insistió en que estuvieran todos escritos en la pizarra que hay al lado de la puerta de entrada. Me quito la cortina y me envuelvo con una toalla. Voy hacia mi escritorio y cojo el móvil: es un mensaje con foto. En ella salgo yo con el pelo enjabonado, la piel brillante y los brazos tapándome las costillas; con los pezones duros y un pequeño arbusto negro abajo.

Veo que Phoebe se lo ha enviado a una serie de personas. Chicos y chicas, Joe quizá esté incluido. Vuelvo al baño y dejo caer la toalla. Un corte. Otro. Todo es rojo. Si me lo hubiera pedido antes, le habría dejado hacerme una foto más interesante.

26

Antes de irme a clase esta mañana, Saskia me ha dado una bolsita de terciopelo. Es un regalo, eso ha dicho, de una tienda de Portobello Road. Lo abro y lo saco; me rueda por la mano algo negro con filos ásperos y toscos en un extremo pero suave en el otro. Es una turmalina negra, una piedra protectora, me ha dicho; he pensado que podrías llevarla en el bolsillo cuando vayas al juzgado, para que te proteja. Le he dado las gracias, pero el detalle, aunque amable, me ha hecho sentir peor porque me ha recordado que necesito protegerme.

No me siento preparada para lo de mañana. Noto una especie de moratón en mi interior, de un color oscuro, como índigo o berenjena, que me late. Repaso las preguntas de los abogados en mi cabeza en el camino al colegio —cuéntale al tribunal lo que hizo tu madre, cuéntale al tribunal lo que viste—, pero no puedo recordar las respuestas.

Simplemente, di la verdad, dice Mike.

Es fácil decirlo.

Nos reunimos en el salón de actos para hacer una prueba preliminar de la obra. Las palabras y su significado me son muy familiares: brillantes cráneos blancos, fin de la inocencia, chicas vestidas de chicos... Phoebe tuvo suerte en el último ensayo, ya que no hizo de narradora ante la señora James, pero hoy se equivoca con su texto y necesita que se lo sople cada uno o dos minutos. La señorita Mehmet se adelanta y dice: «Ya está, Phoebe, fuera, Milly hará de narradora». La mirada que me echa me dice que, aunque me vaya ganando —se ha puesto muy en cabeza con la foto de la otra noche—, estoy pisándole los talones.

El castigo por robarle su papel llega enseguida. Sube mi foto de la ducha al foro de nuestro curso con algunos cambios aquí y allí: me ha puesto pelo en los muslos y en el pecho. La novia de Frankenstein. Cambia la contraseña de acceso al foro por «friki», una táctica empleada para mantener alejados a los profesores cotillas. Nos envía un correo a todas las alumnas para alertarnos del cambio. Estos colegios tan selectos son un hervidero de adolescentes listos. De cabrones perversos.

Un comentario de LadyLucie2000 sugiere que se cree una página de Facebook que se llame «Milly la friki». Phoebe comenta debajo: «¡Buena idea! Se lo he enviado por Snapchat a Tommy, del colegio Bentley, y se lo va a pasar también a todos los chicos que conoce de otros colegios».

En la hora de la comida siento las miradas cuando estoy en el mostrador del autoservicio del comedor. La mayoría de las chicas miran al suelo cuando paso a su lado, Clondine incluida, pero Phoebe e Izzy no. Tienen los móviles a mano y una sonrisa perversa en los labios. No falta mucho para que me permitan tener mi propia página de Facebook. Cuando termine el juicio, dijo June. Habrá un montón de cosas normales que, por fin, podré hacer. Me siento en la mesa más alejada que puedo de ellas, y cuando salen del comedor, una chica llamada Harriet se me acerca. Me pregunta si estoy bien. No todas somos como Phoebe, dice; intenta ignorarla, acabará dejándote en paz. Compasión. Un instrumento importante de mi coraza. Mi camuflaje.

Duele, no digo que no, no estoy hecha de acero, pero el pie de mi foto —«Milly la friki: puede correr, pero no puede esconderse»— me hace sentir mejor. Phoebe aún no lo pillá.

No tengo ninguna intención de correr.

De esconderme, sí.

De correr, no.

—Quiero que te imagines que estás en el estrado. Estás segura: el biombo te oculta de todo lo malo. La gente que sí puede verte, el jurado, los abogados y el juez, no está aquí para hacerte daño, solo para escucharte. Escoge un objeto de la sala del tribunal en el que centrarte, algo que te haga sentir cómoda. Quiero que lo mires si alguna de las preguntas te disgusta demasiado.

—¿Qué pasa si no sé cómo contestar?

—Di a los abogados que no has entendido. Volverán a preguntarte lo mismo, o te lo preguntarán de otra forma hasta que lo entiendas.

Mike termina la sesión dándome instrucciones para mañana por la mañana; me dice que me quede en mi habitación hasta que Phoebe se vaya a clase. Mike le contó ayer que yo tenía que hacer unas gestiones sin importancia y que no iría al colegio el resto de la semana. Se lo agradecí, y lo hice de corazón.

El aire de mi habitación está más cargado de lo normal, como si hubiera subido hasta aquí el calor de toda la casa. Me cuesta respirar. Se me instala un fuerte dolor de cabeza en medio de la frente que hace que no vea bien. Me centro en sacar la ropa que me pondré mañana. Hasta que no está sobre el respaldo de la silla, no me doy cuenta de lo que he escogido. Es ropa para impresionarte: pantalones, no falda, y una sencilla camisa blanca. Pareceré un chico. No podrás verme, pero sé que aprobarías mi atuendo. No debería estar haciendo esto, no

debería seguir intentando complacerte.

No podré con lo de mañana si te veo esta noche, si vienes a mi habitación, así que me siento con las luces encendidas y leo *Peter Pan* mientras pasan las horas. Es mi libro favorito desde que era pequeña, con la idea de esas luces nocturnas como si fueran ojos de madres que cuidan a sus hijos. Solía rezar para tener una de esas luces, cuando entonces creía en dios, pero a cambio te tuve a ti.

Un fin de semana vi en el refugio la película con los niños. Peter le dice a Wendy: «Ven conmigo a donde nunca, nunca, volverás a preocuparte por las cosas de los mayores». Recuerdo que pensé que yo quería ir allí.

Por favor.

Me quedo despierta toda la noche, y cuando amanece abro la puerta del armarito y borro el número. El «1» se convierte en ya. Es la hora.

Cuando estoy vestida me quedo plantada frente al espejo de cuerpo entero con los ojos cerrados. Los abro solo para mirar mi ropa; no puedo alzar la mirada hasta la altura de los ojos. Por fuera tengo buen aspecto: llevo la ropa planchada por Sevita y unas simples bailarinas negras. Pero por dentro tengo un bazar de organillos. Arriba, abajo y al frente: mi corazón es demasiado grande para mi pecho. Pero no es suficiente.

Saco la piedra que me ha regalado Saskia de su bolsita y la sostengo en una mano. Las sensaciones contrapuestas de su composición, áspera y suave, me calman. No estoy segura de creer en su poder, pero me la meto en el bolsillo de los pantalones igualmente.

Y espero.

Mike viene unos veinte minutos más tarde. Llama a mi puerta y me dice que estamos listos, que Phoebe ya se ha ido.

—Deberías comer algo —dice.

—No puedo.

—Tienes que comer, va a ser una mañana larga. Aunque sea, una fruta o un barrita de cereales.

—Quizá más tarde.

—Voy a llevar algo de todos modos, puedes comértelo en el coche si cambias de opinión.

Saskia está esperando en el recibidor y cuando llego empieza a jugar con la cremallera de su abrigo arriba y abajo. Un sonido frenético, maníaco. Deja de hacerlo cuando me la quedo mirando, e intenta sonreír. Mike sale de la cocina con una bolsa de plástico con comida que no voy a comer. Cogemos su Range Rover, que tiene los cristales tintados; apuesto a que cuando lo compró y puso esos cristales nunca pensó que serían tan útiles como lo son hoy, para protegerme de los fisgones, de los que puedan saber que voy.

El trayecto hacia ti es un infierno, un infierno privado. No hablamos; todos miramos hacia delante, a los semáforos, a los autobuses, incluso a un camión de la basura. Es como si el universo dijera no vayas, quédate. Mike pone un CD; encender la radio es arriesgado. Me siento como si esa noche me hubieran operado y me hubieran metido dentro, en el fondo del estómago, un pececillo

chino de esos de la buena suerte, rojo e inquieto, moviéndose al ritmo de la música y haciendo que me sienta enferma durante los cincuenta minutos que tardamos en llegar. No quiero oír las palabras de Mike cuando dice:

—Hemos llegado.

Saskia mira alrededor y me ofrece un caramelo. Me giro para mirar fuera por el cristal tintado. Conducimos hasta el acceso que nos indicó June. Cierro los ojos cuando pasamos la entrada del edificio y los vuelvo a abrir cuando ya estamos en el aparcamiento subterráneo. Sé cómo será la multitud, lo he visto en las noticias —Mike nunca ha caído en quitarme el portátil o el móvil—: he visto a las mujeres cuyos hijos te llevaste a escondidas ahora unidas a la luz del día por el odio, mujeres que confiaron en ti; una pancarta sostenida por la multitud que pone «Ojo por ojo»; a la prensa y a los fotógrafos que no están autorizados a entrar y a un reportero oficial designado por el tribunal, todo un privilegio. O una carga.

June nos espera junto al ascensor del aparcamiento. Me vuelve a confirmar que no te veré, que estás vigilada en las celdas del otro lado del edificio. La cicatriz púrpura del brazo me palpita al subir en el ascensor como un saludo secreto, como si fuera tu forma de decirme que estás cerca. Entramos en una sala de color crema que parece recién pintada. Qué le habrán hecho a nuestra casa, mamá; una mano de pintura no será suficiente. Saskia pregunta por el baño, y, mientras, Mike y yo nos sentamos. Hay cuatro sillas, de un material blando y de color verde oscuro. Me pongo en el borde de la mía, no quiero sentir nada contra mí. Ni detrás. Algo se agita en mi interior y se me mueve por el cuerpo como si al entrar en el edificio el voltaje hubiera subido. El mío.

June me ofrece agua y sugiere que vaya al lavabo, pero no estoy segura de que las piernas me sostengan. Respira, simplemente respira. Una mujer a la que no conozco asoma la cabeza por la puerta.

—Cinco minutos más, estamos esperando al juez.

Me seco las palmas de las manos en los pantalones y siento el bulto de la turmalina de Saskia contra el muslo. Me gustaría estar sola para contarme las cicatrices. Mike me dice que estaré bien, que todo va a salir bien. Desearía creerle, pero el pececillo chino de la buena suerte de mi estómago da una vuelta y predice lo contrario. Intento ir con la mente a mi lugar seguro dentro del agujero del árbol, pero, cuando llego, no está. El árbol está tronchado y se han llevado el agujero como prueba. Saskia vuelve del baño, y la mujer de antes, también.

—June, el juez está listo.

—Fabuloso. Bien, Milly, es la hora.

Mike se levanta, y yo también, aunque no estoy preparada. Supongo que

debería estarlo, he contado los días y todo, pero algo, quizá seas tú, debe de haber entrado en mi habitación a atarme sacos de arena en los tobillos. *¿CREÍAS QUE IBA A PONÉRTELO FÁCIL, ANNIE?* No te estoy escuchando, no puedo. Todo lo que tengo que hacer es responder a las preguntas. Responder a las preguntas. Salgo por la puerta detrás de June. Tanto Mike como Saskia me dan un apretón en los hombros al pasar junto a ellos, uno por cada lado. Me paro y saco la turmalina del bolsillo para enseñársela. Saskia se gira con lágrimas en los ojos. Mike habla.

—Estaremos aquí cuando termines, Milly.

El trayecto de la sala de espera a la sala del tribunal es corto. La fosa nasal derecha me silba; la sangre está en camino. Debería pedir pañuelos de papel, hay tiempo, pero no consigo encontrar la voz. Me la he guardado para el tribunal. Nos paramos ante una gran puerta de madera.

—Abrirán cuando estén listos —dice June.

Me guardo la turmalina en el bolsillo. June intenta distraerme charlando.

—Tu cumpleaños es dentro de unas semanas, ¿verdad?

Los dieciséis. Pero no quiero pensar en ello, así que ignoro a June, cierro los ojos y los abro de nuevo cuando oigo movimiento al otro lado de la puerta. Un ujier sale y nos hace un gesto con la cabeza.

—Lo harás fabulosamente, Milly. Respira hondo. ¿Lista? Vamos —dice June.

Los murmullos de la sala no pueden ahogar el sonido de nuestros pasos. Me siento expuesta. June me conduce a un asiento a la derecha de un gran biombo blanco. La silla está girada hacia el juez y el jurado; no veo a ningún verdugo. Una vez estoy sentada, June se va y se sienta cerca de la puerta por la que hemos entrado. El silbido de la nariz se para y el corazón me empieza a dar patadas. Me azota con frenesí, como si tuviera un caos mecánico dentro del pecho. Veo al juez, que lleva una peluca de color crema y está sentado a mi derecha en un podio, absorbido por la conversación que mantiene con un hombre con toga, posiblemente uno de los abogados de la defensa. El hombre susurra y el juez escucha y asiente. Justo frente a mí se sienta el jurado; cuento siete hombres y cinco mujeres. Doce pares de ojos que me miran. El sonido de los murmullos desciende. No pasa nada por que miren, me dijo el Flaco, pero no sonrías; te podrían acusar de intentar influir sobre ellos. ¿Influir sobre ellos? Solo estoy aquí para responder a las preguntas de los abogados, nada más.

Cada miembro del jurado tiene un cuaderno y un bolígrafo. Una de ellos, la mujer que está en la mitad de la fila de atrás, garabatea algo; quizás ella también está escribiendo un libro sobre mí, o quizá está jugando al ahorcado. ¿De quién es la cabeza que está en la soga?

Miro a la izquierda y veo a los fiscales cuchicheando entre sí. A su izquierda, en el siguiente banco, se sienta otro hombre con toga; la silla que tiene al lado

está vacía y sus ojos están fijos en el hombre que está hablando con el juez. Hubiera esperado ver a un taquígrafo, con sus dedos rápidos, capturando cada palabra que decimos, pero June me contó que han ido desapareciendo desde hace unos años y que han sido reemplazados por un sistema de grabación de audio.

La única persona que falta eres tú.

Sé aproximadamente, por los diagramas que me enseñaron del diseño de la sala, dónde estás; alejada de la defensa, en el extremo izquierdo. No cierro los ojos, parecería raro, pero escucho, con la antena puesta, cualquier sonido que pueda provenir de ti. Intento oír tu respiración, tan familiar para mí. Los cigarrillos que fumabas, mentolados, te dejaron la voz un poco áspera. Pero no, no puedo oírte. El persistente ruido de movimiento de papeles y de pies que cambian de postura ahoga tu voz. Estoy muy cerca de ti.

El hombre del podio se va y toma asiento junto al otro abogado de la defensa. El juez mira hacia abajo, a los papeles que tiene delante, me mira a mí, alza una mano y, con una profunda voz dominante, dice:

—Comienza la sesión.

El ruido de papeles y pies cesa, pero aun así no puedo oírte. Solo oigo mi respiración: temblorosa, demasiado rápida.

—¿Puede ponerse en pie la testigo?

Deben de haber puesto el vídeo de mi testimonio antes de que yo entrara. Me pregunto si soy lo que esperaban, si parezco diferente en persona. Un ujier se me acerca para que jure. Escojo afirmar antes que jurar; no creo en un poder superior.

—Declaro y afirmo de forma solemne, sincera y fiel que el testimonio que daré será la verdad, toda la verdad...

Acuérdate de respirar.

—... y nada más que la verdad.

HOLA, ANNIE.

No puedo respirar.

Intento ignorar la mano que me atenaza la garganta y me centro en el Flaco. Cuando se pone de pie y se enfrenta al jurado, sé qué debo esperar: me han instruido sobre las preguntas que me harán. «Será rápido», dijo la última vez que le vi.

—Damas y caballeros del jurado, todos hemos visto el vídeo del testimonio dado por la testigo. Ahora me gustaría escucharlo de su boca.

Se gira para mirarme.

—Con sus propias palabras, cuente al jurado cómo era vivir en casa con su madre.

Es una pregunta abierta. Los abogados me explicaron que usarían preguntas

que requerirían una frase o, mejor, una «historia» como respuesta. Cuantos más detalles, mejor, dijo el Gordo, sin restricciones. Hice lo que me dijeron y practiqué sobre la historia que contaría en el tribunal. Esta es cierta.

—Vivir con mi madre era terrorífico. En un minuto podía estar normal, haciendo algo como la cena, y al siguiente...

Tengo que coger aire antes de decirlo en voz alta. Será la primera vez que me hayas oído hablar de ti. La vergüenza me corre por el cuerpo.

—No pasa nada —dice el Flaco—. Tómese su tiempo.

Lo intento otra vez.

—Podía estar normal y al minuto siguiente podía atacarme. Me hacía mucho daño.

La primera respuesta será la peor, me dijo el Gordo; una vez que empieces, estarás bien. Encuentro un objeto y me centro en él: la placa de la pared encima de donde está sentado el jurado. El Flaco me pide que describa la primera vez que te vi hacerle daño a un niño.

Les cuento que te vi pegar al primer niño que te llevaste. No les cuento lo que dijiste cuando te llamé cruel por golpear a alguien tan pequeño. Dijiste: «No es crueldad, es amor». Es un tipo de amor malo, contesté. Me castigaste más tarde.

No...

Golpe.

... existe...

Golpe.

... el amor malo.

Golpe.

Tu saliva y mi sangre se mezclaron en el aire.

No le digo al jurado que dijiste que era amor, porque mis abogados me dijeron que no lo hiciera, que podrías obtener una sentencia que se basara en que no era responsabilidad tuya, porque solo una persona enferma, loca, creería que lo que hiciste era por amor.

Lo siguiente que me pregunta el Flaco es si quise ayudar a los niños a los que hacías daño. Hago una pausa y me centro en la placa de nuevo; me vienen *flashbacks* a la cabeza como misiles desbocados.

Jayden. Ben. Olivia. Stuart. Kian. Alex. Sarah. Max. Daniel.

Jayden. Ben. Olivia. Stuart. Kian. Alex. Sarah. Max. Daniel.

No te gustaba usar sus nombres, por lo que les dabas un número. La mañana siguiente a la muerte de Daniel, cuando me llevabas al colegio, me dijiste que te morías de ganas por el número diez. Pero yo nunca he olvidado ningún nombre, como tampoco me olvido de estar ante el agujero, con la mano en el pomo de la puerta, intentando llegar a ellos para pararte. Te reías muy alto. El niño que

estaba dentro contigo lloraba más alto aún.

—¿Necesita la testigo un descanso? —pregunta el juez.

QUÉ PRONTO, QUERIDA. PENSABA QUE TE HABÍA ENSEÑADO MEJOR, ANNIE.

Lo hiciste.

Contesto.

—No, gracias.

—Repetiré la pregunta: ¿quiso usted ayudar a los niños a los que su madre hacía daño?

Doce pares de ojos me miran expectantes.

—Sí, siempre.

—Pero no pudo, ¿verdad? —continúa el Flaco—. Porque no solo era usted también una víctima, sino que además la habitación que usaba la acusada para abusar de los niños y matarlos estaba cerrada con llave. ¿Tengo razón?

—Sí.

—Por favor, diga al jurado quién tenía la llave.

—Mi madre.

—Protesto, señoría. Tenemos una prueba que sugiere que la testigo también tenía acceso a la habitación.

—¿Qué prueba tienen? —pregunta el juez.

Uno de los abogados de la defensa se pone de pie y habla.

—Solicito al jurado que vaya a la página cinco del informe que detalla la prueba recogida en el domicilio ocupado por mi cliente y la testigo. Verán una lista de una serie de juguetes infantiles encontrados en la llamada «habitación cerrada», juguetes que pertenecen a la testigo: un oso de peluche con el nombre de la testigo cosido en una oreja y una muñeca igual que otras encontradas en la habitación de la testigo. Creemos que la propia testigo puso esos juguetes en la llamada «habitación cerrada».

—Señoría, ¿puedo preguntar qué prueba tiene la defensa que apoye esa postura? —contraataca el Flaco—. Su madre pudo haber puesto esos objetos allí sin el conocimiento de la testigo.

—¿Podría responder la defensa?

Aguanto la respiración cuando el abogado de la defensa empieza a hablar, petrificada por lo que pueda decir, como si tuviera una baraja de cartas trucadas escondida en la manga de su toga.

—Encuentro imposible que la fiscalía espere que el tribunal crea que otra persona que no fuera la testigo pusiera esos juguetes en la habitación. ¿La fiscalía está pidiendo al tribunal que crea que mi cliente, hasta ahora descrita únicamente como malvada e indiferente, puso objetos para la comodidad de los niños en esa habitación cerrada? Lo dudo mucho. Creo que lo más lógico es que

fuera la testigo la que, movida por la preocupación, puso los juguetes ahí, lo que prueba que también tenía acceso a la habitación.

Suelto el aire. Ha reaccionado tal como esperábamos, tal como mis abogados predijeron que haría. Sé lo que va a preguntarme el Flaco a continuación.

Y sé cómo responder.

CHICA LISTA, ANNIE. ESPERO QUE TE DURE.

—Permítanme que complazca a la defensa, si me es posible —continúa el Flaco.

Se gira para mirarme.

—¿Fue usted la persona que puso en la habitación los juguetes que se detallan en el informe de pruebas? ¿Tenía usted, en efecto, acceso a esa habitación?

—Sí puse los juguetes ahí, pero solo cuando la habitación estaba vacía y con la llave sin echar; pensaba que podrían ayudar a quien fuera que mi madre trajera a casa. Y no, cuando había alguien en la habitación, yo no tenía acceso, porque solo había una llave. Ella la llevaba en el mismo llavero que las llaves del coche, y se las llevaba todos los días al trabajo.

El otro abogado de la defensa que aún no ha hablado escribe algo en un trozo de papel y lo subraya. Su compañero lo mira y asiente; coge el papel y se inclina hacia su derecha, mi izquierda, hasta que está casi fuera de su asiento. Su derecha, mi izquierda. Tú. El abogado espera un minuto o dos, asiente cuando mira en tu dirección y se desliza de nuevo a su asiento; ya no tiene el papel. Lo que sea que hayan escrito, te lo han dado. Ya no me siento tan bien, no quiero ver lo que te ha dado, al menos hasta que pasemos a la siguiente parte, la que más me preocupa.

—¿Conoció usted a un niño llamado Daniel Carrington? —pregunta el Flaco.

—Sí, le conocía del refugio en el que mi madre trabajaba.

Miro al jurado, aunque no quería hacerlo. Los doce tienen los bolígrafos suspendidos en el aire, preparados.

—Cuéntele al jurado acerca de la noche en que su madre le llevó a casa. Era un miércoles por la noche.

Lo sé, me acuerdo.

—Le trajo a casa cuando yo dormía; es lo que hacía normalmente, traerlos de noche para que nadie los viera. A veces los drogaba para que se estuvieran quietos.

—¿Así que no vio usted a Daniel esa noche en concreto?

—Sí le vi. Ella me despertó.

—Por favor, explique al tribunal qué pasó cuando su madre la despertó.

—Me hizo ir al agujero de la pared para que pudiera ver quién era.

—¿Quería su madre sobresaltarla porque conocía usted a Daniel, porque le

había conocido anteriormente en el refugio?

—Sí.

—¿Qué pasó después de eso?

—Ella entró en la habitación, cerró la puerta con llave tras ella y me hizo mirar.

—¿Qué le hizo mirar?

—Las cosas que le hacía a Daniel. Cosas malas.

—Para aclararnos, su madre la despertó para hacerle mirar cómo hacía daño a un niño que se había llevado a casa, a Daniel Carrington.

—Sí.

—¿Qué más pasó esa noche? —pregunta el Flaco.

TODAVÍA ESTOY AQUÍ, ANNIE, ESCUCHANDO. TODOS ESTÁN ESCUCHANDO.

Los bolígrafos del jurado están ya en movimiento. No los mires, céntrate en tu lugar seguro.

—Se enfadó con Daniel y empezó a pegarle.

—Eso debió de ser muy duro de ver para usted, ya que conocía a Daniel, le apreciaba.

—No miré, cerré los ojos.

—¿Y qué más pasó?

—Ella salió de la habitación, cerró con llave y se fue a dormir.

—¿Así que su madre dejó a Daniel en la habitación, encerrado?

—Sí.

—Por favor, cuente al jurado cómo sabía usted que su madre había llevado a un niño a casa y lo había dejado en la habitación frente a la suya.

—Porque la puerta estaba cerrada. Solo estaba cerrada y con la llave echada si había alguien dentro.

—¿Y, presumiblemente, fue usted al colegio al día siguiente?

—Sí, mi madre me llevó como siempre.

Uno de los abogados de la defensa mira a su derecha y asiente levemente con la cabeza en tu dirección, como confirmando algo. ¿Pero qué?

—Así que la siguiente vez que vio usted a Daniel fue...

—El jueves por la noche.

—Y fue a través del agujero, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tuvo usted en algún momento contacto físico con Daniel mientras este estuvo en la habitación cerrada? ¿Pudo consolarle o abrazarle en algún momento?

—No, la puerta estaba cerrada con llave todo el tiempo. Pero lo habría hecho si no hubiera ido a la policía el viernes, el día después de que mi madre le

matara.

Uno de los abogados de la defensa se levanta y dice:

—Protesto, señoría. Es nuestra intención demostrar que nuestra cliente es inocente de esa acusación. En el informe de la autopsia consta que la causa de muerte de Daniel Carrington fue la asfixia. Fue encontrado boca abajo en un colchón, y como parte de nuestro interrogatorio a la testigo, mañana intentaremos aportar otra versión de los hechos.

—Denegada. La testigo solo está refiriéndose a su testimonio original tal y como el tribunal esperaba.

Otra versión. ¿Qué significa? Has hecho que tus abogados saliven, ¿verdad? Si estuvieras jugando al ahorcado, sería mi cabeza la que estuviera en la soga.

—¿Por qué habría tenido usted contacto con Daniel si no hubiera ido a la policía cuando lo hizo? —pregunta el Flaco.

—Porque mi trabajo era...

Hago una pausa, tal y como él mismo me dijo cuando practicamos. Deja que el jurado empatice contigo, dijo el Flaco.

—Tómese su tiempo, beba un poco de agua si lo necesita —apunta.

Hago lo que me dice. Me pide que le cuente al tribunal cuál era mi trabajo.

—Mi trabajo era limpiar después.

—¿Después de qué?

—Después de que ella los matara.

Nueve de los doce miembros del jurado, las cinco mujeres y cuatro de los hombres, cambian de posición en sus asientos. Se frotan la frente, se aclaran la garganta. Están como si les acabaran de meter un dedo en el ojo. Se enfrentan a varios meses de dormir mal después de que termine el juicio. Has cambiado sus vidas para siempre. Nos has cambiado a todos.

LO ESTÁS HACIENDO FENOMENAL, ANNIE, METIÉNDOTELOS A TODOS EN EL BOLSILLO, ¿PERO Y MIS ABOGADOS? ¿SABES CÓMO TRABAJÁRTELOS A ELLOS? ¿Y QUÉ PASARÁ MAÑANA?

Tomo otro trago de agua e intento centrarme en la placa que hay sobre el jurado, pero se mueve. Aparece y desaparece. No me siento ni la mitad de segura que estaba hace un rato.

—En el vídeo de su testimonio decía usted que su madre mató a Daniel. ¿Cómo podía saberlo si usted no tenía acceso a la habitación? —continúa el Flaco.

—Vi cómo lo hacía a través del agujero.

—Protesto, señoría.

—Denegada, dejen que la testigo prosiga.

—¿Qué vio exactamente? —pregunta el Flaco.

—El jueves por la tarde, el día después de que trajera a Daniel a casa, ella subió a la habitación.

—¿La habitación a la que ella llamaba «la sala de juegos»?

—Sí. No me pidió que subiera con ella y mirara, como normalmente hacía, así que subí después de un rato.

—¿Por qué lo hizo?

—Estaba preocupada por Daniel y quería ayudarlo, así que subí las escaleras y miré por el agujero.

—Por favor, cuente al tribunal lo que vio.

No me salen las palabras.

La habitación empieza a desdibujarse, y también lo hacen los contornos de las caras que tengo ante mí. El jurado sigue sosteniendo los bolígrafos. Veo esmalte de uñas. Quiero que dejen de escribir. ¿Sobre qué están escribiendo? ¿Sobre mí? No soy yo sobre quien deberían estar escribiendo.

—¿Quiere que repita la pregunta? —dice el Flaco.

—Sí, por favor —respondo.

—¿Qué vio hacer a su madre cuando miró por el agujero el jueves por la noche, la noche después de que ella llevara a Daniel a su casa?

—Vi a mi madre ponerle una almohada a Daniel en la cara. Intenté entrar en la habitación, pero ella la había cerrado con llave desde dentro.

Puedo sentir que empiezo a acumular lágrimas, puedo verle. A Daniel, preguntando por su mamá. Se le veía muy pequeño sobre la cama.

—La testigo está alterada. ¿Es posible que desee tomarse un descanso? —pregunta el juez.

—Quiero terminar.

—Estoy seguro de que sí, ¿pero puede usted continuar? —pregunta, agachando la cabeza y mirándome por encima de sus gafas.

Digo que sí, porque se lo debo a Daniel, y a los otros.

—Por favor, cuente al tribunal cuánto tiempo tuvo su madre la almohada puesta sobre la cara de Daniel.

—Durante mucho rato. Lo suficiente como para matarle.

—Protesto, señoría. La testigo no es un médico experto, por lo tanto, no puede permitirse hacer un juicio acerca del tiempo que a un individuo le lleva morir.

—Se admite. Por favor, que el jurado no tenga en cuenta el último comentario de la testigo.

—¿Puede hablar al tribunal de la última vez que vio a Daniel el jueves por la noche? ¿Dónde estaba Daniel y qué estaba haciendo? —pregunta el Flaco.

—Estaba tumbado en la cama sin moverse. Mi madre había bajado al salón. Traté de llamarle a través del agujero, pero no contestaba. No volvió a moverse, por eso supe que estaba muerto.

—Y al día siguiente fue usted a la policía y denunció a su madre.

—Sí. Lo de Daniel había sido demasiado. Quería que parara, quería que todo terminara.

Oigo que alguien suelta el aire a mi izquierda, quizá tratando de ponerme nerviosa, moviendo otra pieza del ajedrez. El alfil o el rey.

El Flaco prosigue y me pregunta sobre cómo me controlabas y me atemorizabas: la linterna que me ponías en la cara mientras me amenazabas; cuando no me permitías dormir; el tormento psicológico que me infligías al hacerme mirar tus juegos; los ataques físicos... Y también los episodios nocturnos. Los miembros del jurado se encogen en sus asientos y parpadean cuando oyen todo. Sabía que el Flaco haría esto; me dijo que era para demostrar al tribunal que estás loca de verdad, que has sido capaz de mantener esta locura a lo largo de los años mientras tenías un trabajo respetable. Cuando le hablo al tribunal del lugar donde me hacías poner los cuerpos, en el sótano, esta vez se estremecen los doce miembros del jurado. Es algo perturbador, los conmociona.

Sé que lo estoy haciendo bien porque estamos llegando a las últimas preguntas y aún no me he equivocado. No oigo tu voz. Estoy resistiendo.

El Flaco mira al jurado y dice:

—No olvidemos que la testigo que ven en el estrado es una niña que ha sido transformada y sexualizada desde una edad temprana en una casa donde un niño, un hijo, ya había sido puesto bajo la tutela de los servicios sociales.

SE LO LLEVARON.

Él quería que se lo llevaran.

JAMÁS VUELVAS A DECIR ESO, ANNIE. JAMÁS.

—Protesto, señoría. ¿Adónde nos conduce eso?

—Estoy de acuerdo. ¿Podría mantenerse la acusación en el asunto que nos ocupa?

—¿Puede la testigo recordarle al tribunal qué edad tiene, por favor? — pregunta el Flaco.

—Quince años.

—Quince años, damas y caballeros. ¿Y puede usted contarle al tribunal cuántos años tenía cuando su madre empezó a abusar sexualmente de usted?

—Protesto, señoría.

—Se admite; eso no tiene relevancia en el caso.

Tenía cinco años. Fue la noche de la fiesta de mi quinto cumpleaños.

—No hay más preguntas, señoría.

—En tal caso, la testigo puede retirarse.

June les cuenta a Mike y Saskia que he estado «fabulosa», que lo he hecho verdaderamente bien. Ambos parecen aliviados y afirman que me volverán a

traer mañana a las nueve. Cuando salimos en el coche, vuelvo a cerrar los ojos y los abro unas calles más allá. Comemos al llegar a casa y después les digo que voy a echarme un rato. Asienten. Mike dice duerme cuanto quieras; te despertaremos si no has bajado para la cena. Cuando miré mi móvil en el coche, tenía un mensaje de Morgan que decía que había hecho novillos y que si podía venir a verme por la tarde. Le contesté diciéndole que podía venir incluso antes, que la llamaría y le diría cuándo. La llamo en cuanto entro en mi habitación, sabiendo que Mike y Saskia están en la parte delantera de la casa. Le digo que se dé prisa. Morgan llega al balcón pocos minutos después, sin aliento, y bromea con que está tan en forma como su abuela. Nos tumbamos en mi cama cada una en sentido contrario a la otra; Morgan no para de moverse y de ponerme los pies en la cabeza. Le hago cosquillas y la amenazo con morderle los dedos de los pies si no para. Ella se ríe y dice me gustaría ver cómo lo intentas.

No lo haría, contesto en mi interior, sentándome.

—¿Cómo es que no has ido hoy a clase tú tampoco? —pregunta.

—Tenía que ir al juzgado a responder a unas preguntas sobre mi madre.

—¿Por qué? Pensaba que no la veías desde hace años.

Otra mentira. Me deja exhausta el intentar recordar quién lo sabe.

—Querían preguntarme cómo era ella cuando yo era pequeña.

—¿Y cómo era?

—No quiero hablar de ello.

—¿Cómo pudo ser que nadie supiera lo que hacía?

—Fue muy lista. Increíblemente lista.

—¿En qué sentido?

—Gustaba a la gente, confiaban en ella. Sabía cómo engañarlos.

—¿Recuerdas todo eso de cuando eras pequeña?

—Sí, supongo, y de leerlo en las noticias.

—Cuando murió tu padre debiste de sentirte muy sola, sin hermanos ni hermanas.

Asiento. Es verdad. Me sentí muy sola cuando Luke se fue. Me alegro de que no vayan a interrogarme sobre él en el tribunal: el jurado se preguntaría por qué él encontró un modo de escaparse antes y yo no. Se metió en muchos líos y hasta robó. Hizo todo lo que pudo para que lo cogieran y pudiera ser castigado en un lugar más agradable que en casa. Todo menos contar la verdad sobre ti, la vergüenza que sentía, lo que hiciste durante años.

—¿Cómo era el sitio donde vivías? —pregunta Morgan.

—¿Por?

—¿Era muy diferente de esto?

—Estaba en el campo, rodeado de árboles. Había pájaros por todas partes. Los

miraba durante horas.

—¿Qué pájaros eran?

—Estorninos.

Murmullos de estorninos.

—Se movían al mismo tiempo, como un enjambre perfecto, descendiendo y ascendiendo como si fueran uno. Tenían un lenguaje secreto: inclinaban un ala o movían las plumas. Volaban arriba y abajo, por todas partes; no paraban nunca.

—¿Un lenguaje secreto? ¿En plan graznidos?

—No, algo más hermoso, más sutil.

—¿Por qué estaban siempre moviéndose así, arriba y abajo?

—Para que los pájaros más grandes no pudieran cazarlos.

—¿Crees que a tu madre la pillaron precisamente por eso, porque no se movía lo suficiente?

—Quizá.

—¿Te sientes mal alguna vez? A ver, sé que no es culpa tuya, pero sigue siendo tu madre, ¿no?

—Vienen a verme por la noche.

—¿Quién?

—Me piden que los ayude, pero no puedo.

—¿De quién hablas? Te estás poniendo muy rara, no me gusta. Me estás asustando.

Solo estoy siendo yo misma.

—Vamos a hablar de otra cosa, Mil. Cuéntame otra historia, otra de los pájaros de donde vivías.

La cara de Morgan me tranquiliza; sus pecas, pálidas, no marrones, me producen un sentimiento de paz cuando la miro. Voy hacia la cabecera de la cama para tumbarme a su lado.

—¿Estás lista? —pregunto.

—Sí.

—Era por la noche, tarde. Me estaba lavando las manos en el lavabo del baño de mi habitación. Oí algo detrás de mí que rascaba en la ventana.

—¿Tenías miedo?

—No. Me giré y estaba ahí.

—¿El qué?

—Me miraba, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué era?

—Un búho, en la ventana. Giró la cabeza completamente para hacérmelo saber.

—¿Hacerte saber qué?

—Que había visto lo que yo había hecho.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué habías hecho?

—Lo que me dijeron que hiciera.

—¿Quién te lo dijo?

—Eso no importa.

—¿Qué pasó luego?

—Que se fue volando. Las cosas que vio, las cosas que yo había hecho, eran demasiado horribles como para quedarse.

Morgan se echa a reír y me dice que soy un completo disparate y que debería ser actriz.

—Aún no he acabado la historia.

—¿Qué, vas a decirme que el búho volvió?

—No, nunca volvió, pero pienso en él a menudo, en la forma de su cara, como un corazón. Miró por mi ventana y se fue, se fue volando.

Lo que vio era demasiado horroroso como para poder amarlo.

No recuerdo bien el trayecto de hoy a los juzgados ni la sala pintada de color crema. Estoy otra vez en el estrado ante uno de los abogados de la defensa. Le llamo Belcebú en mi interior. Le miro más atentamente, pero no hay nada más que ver, solo una cara seria con toga y traje, y no lleva anillo de casado. ¿Será soltero? ¿Divorciado? Dudo que tenga un hijo en casa en una cuna. ¿Cómo podría tener hijos cuando te está defendiendo a ti?

Lo que hace es sutil. Es mejor de lo que mis abogados pensaban, mucho mejor, va paso a paso. No me doy cuenta de adónde se dirige hasta que ha llegado.

A mi garganta.

—¿Le gustan los niños, le gusta jugar con ellos?

—Sí.

—Así conoció a Daniel Carrington, ¿no es así?

—No estoy segura de entenderle.

—Jugaba usted con él en el lugar de trabajo de su madre, ¿correcto?

—Una vez o dos, sí.

—¿Una vez o dos? Tengo varios testimonios; uno es de la madre de Daniel y otro es de la mujer de la habitación contigua a ella en el refugio. Ambas corroboran que jugó usted con Daniel muchas veces durante un período de varias semanas, que le cuidaba mucho y que solía llevarle regalos. ¿Eso es cierto?

No es mi juicio, mi identidad no se ha hecho pública, pero oigo un coro en mi cabeza.

Estoy acabada.

Sus preguntas me son familiares, las he practicado, pero hoy, después de haber estado despierta toda la noche escondiéndome de ti, no puedo recordar cómo tenía que contestar.

—¿Podría contestar la testigo, por favor? ¿Jugó o no con Daniel en múltiples ocasiones durante un período de varias semanas? Un simple sí o un no es suficiente.

—Sí.

Ahora parezco una mentirosa. Los miembros del jurado escriben en sus cuadernos. Me siento como si me hubieran abierto un punto de una herida y me vaciase un poco. Mucho más cuando el abogado cambia la dirección de sus preguntas. Cambia el rumbo. Es pura táctica. Una táctica sucia.

—Cuando su hermano fue puesto bajo custodia, ¿por qué no le contó usted a la trabajadora social que la entrevistó que su madre había estado abusando de él? ¿Por qué mintió usted?

El Flaco se levanta inmediatamente y desafía a la defensa.

—Protesto, señoría. Es una acusación indignante; la testigo tenía cuatro años en el momento de esa entrevista.

—Se acepta. No aporta relevancia al caso y sirve como recordatorio oportunista a la defensa de que está interrogando a una menor.

Durante muchas semanas fuimos a verte a la unidad de seguridad del hospital, Luke, pero te ponías hecho una furia y te negabas a salir de tu habitación. Dijiste que no permitirías que ni mamá ni yo nos acercáramos a ti. Fuiste más valiente que yo. Siento no haberlo contado, pero tampoco tú lo hiciste. Tenía miedo, y ella me convenció de que estaba jugando contigo a cosas buenas y de que tú lo pasabas muy bien. Te diagnosticaron un desorden de conducta; ella trató de convencer a los enfermeros de que te dejaran venir a casa, que no era culpa tuya y que probablemente era una reacción retardada al abandono de nuestro padre. Destrozaste la sala común del hospital esa noche cuando nos fuimos, y los enfermeros dijeron que sería más seguro para todos si permanecías en el hospital. Desearía habérselo contado, si hubiera sabido cómo, porque las cosas en casa se pusieron peor después de eso. Yo iba a ser su «pequeña ayudante» a partir de ese momento, pero no era suficiente para ella. Yo no era un chico.

El abogado de la defensa mira al juez y dice:

—Me gustaría preguntar a la testigo sobre cuando aseguró que había visto a su madre matar a Daniel Carrington.

El juez me mira y me pregunta si estoy preparada. Tengo que decir que sí: la única forma es atravesando el camino; las palabras de Mike resuenan en mi cabeza.

—Sí, lo estoy —contesto al juez, que asiente y le dice a la defensa que continúe.

—Dijo usted que había visto a su madre matar a Daniel.

—Sí, creo que sí. Él no se movió después de que ella saliera de la habitación.

—Lo «cree». Dijo usted en el vídeo de su testimonio que había visto a su madre matar a los nueve niños. ¿Está usted diciendo ahora que no está segura de si su madre mató o no a Daniel?

—Sí estoy segura, es que es difícil de explicar.

CLARO QUE LO ES, ¿VERDAD, ANNIE?

Has estado callada mucho rato, justo hasta que han mencionado a Luke, pero ya no. Seguro que te has echado hacia delante en tu asiento, expectante.

—¿Qué es tan difícil de explicar? —pregunta el abogado de la defensa.

Se me salta otro punto, me vació más. La boca. La tengo seca. Al ir a coger el vaso que tengo en la mesita a mi derecha, lo vuelco, me tiemblan las manos. Estoy al límite. Yo. Estoy al límite.

—No se movía, por lo que debió de haberle matado —contesto.

—Pero no puede estar segura, ¿no? La muerte de Daniel fue registrada como asfixia. ¿Pudo ser esta accidental después de que le dejaran en el colchón con heridas que le imposibilitaban moverse? Por lo tanto, no fue a manos de mi cliente.

—No, no lo creo. No estoy segura.

—Parece que hay muchas cosas sobre las que hoy no está usted segura. Me pregunto qué diría usted si le preguntara sobre una copia de la llave de la habitación donde se mantenía a los niños, una llave a la que usted tenía acceso según afirma mi cliente.

—Protesto, señoría. De nuevo, la testigo no es la que está siendo juzgada —apunta el Gordo.

—Se acepta. ¿Podría la defensa centrarse más en preguntar a la testigo que en preguntarse en voz alta o en ofrecer comentarios al tribunal?

El abogado asiente y se dirige hacia mí.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Daniel? ¿Dónde estaba él?

—En la cama de la habitación que ella llamaba «la sala de juegos».

—¿Puede describir la forma en la que estaba sobre la cama, por favor?

—De espaldas. Quiero decir, boca abajo, estaba boca abajo. Estaba tumbado en el colchón boca abajo.

Los ojos del jurado me atraviesan. Garabatean. Están pensando: «Mentirosa, mentirosa».

—¿Cómo entonces? ¿Boca arriba o boca abajo?

Aprieto la piedra que me dio Saskia; me crujen los nudillos cuando mi mano se convierte en un puño a su alrededor. Todo lo que puedo pensar es que June tenía razón cuando jugaba a ser abogado del diablo: «¿Qué pasa si Milly no puede enfrentarse a esto? ¿Qué pasa si la realidad de estar en el estrado es demasiado para ella?».

El juez vuelve a hablar y pregunta, como hizo ayer, si la testigo necesita un descanso.

Si me da suerte, sí, por favor.

—No, gracias.

El abogado continúa.

—Entonces, para aclararnos, ¿en qué posición estaba tumbado Daniel?

Hay ocho cositas escondidas en el sótano, y si la número nueve muere, ¿de quién es la culpa?

—Boca abajo —contesto.

—¿Y está usted segura esta vez?

Asiento.

—Por favor, ¿puede la testigo responder en voz alta?

—Sí, estoy segura.

Del mismo modo que mi silencio enerva a Phoebe, el tuyo me enerva a mí. Segura, te sientes segura. Esperas que me líe, pero en el fondo creo que querrías que no lo hiciera. Como si fuera un testamento de lo bien que me has enseñado, capaz de mantener lo que digo mientras abogados expertos tratan de desciframe, agarrándome con la punta de los dedos al borde de un edificio con una gran caída a mis pies.

—Mi cliente dice que al día siguiente de que llevara a Daniel a casa, un jueves, fue a trabajar y se quedó hasta tarde de forma inesperada. —Se gira hacia mí—. Usted cogió el autobús del colegio para volver a casa, el conductor lo ha confirmado; lo recuerda porque, como usted dijo ayer, su madre normalmente la recogía, lo que quiere decir que estuvo usted sola en casa al menos durante dos horas antes de que su madre volviera. ¿Es correcto?

El asentimiento que hizo ayer, en tu dirección, cuando dije que normalmente me llevabas y me recogías, se refería a esto. Empiezo a tener mucho calor. No puedo respirar. Muy bien. Tú. Yo. Las dos somos testigos, estábamos allí. Te vi. Tengo una opresión en el pecho y la cabeza embotada. Le pido que repita la pregunta.

Una mujer de la segunda fila del jurado hace un círculo en su cuaderno, alza la mirada y me mira fijamente. Miro hacia otro lado, intentando centrarme en qué puede preguntar el abogado a continuación, pero no tiene sentido, porque no me han preparado para estas preguntas. Nunca les he contado a los fiscales que estuve sola en casa, tampoco lo preguntaron. Yo no estoy sometida a juicio, por lo que no había necesidad de comprobar si ella me llevó a casa ese día o si cogí el autobús. Las caras de los fiscales están petrificadas, no están para nada cómodos. Hoy no lo estoy haciendo tan bien, y, siento decirlo, todo se puede poner peor, mucho peor, si digo la verdad. Soltad a la paloma mensajera de mi pecho, dejad que haga su trabajo, que entregue su mensaje.

El abogado de la defensa me pregunta otra vez si estaba en casa sola con Daniel el jueves por la tarde, cuando él todavía estaba vivo y en la habitación.

—Sí —contesto.

El Flaco y el Gordo intercambian miradas. Sé lo que están pensando: «Esto es nuevo para nosotros, noticias jodidamente malas, y ahora no es buen momento para que aparezca nada nuevo». El abogado de la defensa puede olerme, puede oler mi ansia, mi necesidad de revelarlo todo. Ya lo ha visto antes. Me masajea la espalda mientras continúa el ataque a mi garganta. Baja y suaviza la voz, me

tranquiliza, trata de encarrilarme.

—¿Intentó usted abrir la puerta de la habitación en la que estaba Daniel?

Estoy a punto de decir que sí, sí, lo hice, pero alguien tose. Tú. Sé que has sido tú, sé cómo son todos tus ruidos. ¿Pero por qué lo has hecho? ¿Estás preocupada por cuál puede ser mi respuesta, por que se acabe el juego en unos minutos si no puedo aguantarlo más, si sucumbo a la presión? Eso te disgustaría mucho. Sería un anticlímax. Y un reflejo de ti, mi maestra. No te preocupes, no lo haré. Aunque estaría mintiendo si dijera que no había pensado en ello, en la tentación de contar la verdad, en cómo sabrá contar la verdad, cómo me haría sentir, tanto si mereciera la pena como si tuviera que vivir con una serpiente y con los fantasmas de nueve cositas jugando a mis pies.

—La testigo parece distraída. Repetiré la pregunta. ¿Trató usted de abrir la puerta?

—Sí, pero estaba cerrada con llave.

—¿Así que no entró en ningún caso en la habitación donde estaba Daniel?

—No.

—¿Nunca estuvo en la habitación, nunca tocó a Daniel ni trató de consolarle?

—Sí.

—¿Sí hizo qué? ¿Entrar en la habitación o tratar de consolarle?

—Tratar de consolarle.

—¿De qué forma?

HOLA, ANNIE.

Se me cae la piedra de la mano y aterriza bajo la mesita donde tengo el vaso de agua; el sonido reverbera por la madera del estrado. Hay ahora demasiados ojos para contarlos, todos fijos en mí. Miro a June y me hace signos para que no haga nada, pero yo quiero agacharme y recogerla para así esconderme y no volver a aparecer.

—¿De qué forma consoló a Daniel?

El abogado es como un pitbull. Con los dientes apresando la carne, apresando todo lo que puede.

—Hablé con él a través del agujero.

—¿Estaba vivo en ese momento entonces, cuando habló usted con él a través del agujero?

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—Que lo sentía y que todo terminaría pronto, que todo iba a salir bien.

Verdad.

—¿Qué terminaría pronto? ¿Cómo podía usted saberlo? No es usted su madre, ¿verdad? No tenía usted idea de cuánto tiempo estaría ahí dentro.

—Quería hacerle sentir mejor.

Verdad.

—¿Qué estaba haciendo Daniel en ese momento?

—Estaba llorando, llamaba a su madre.

Verdad.

—¿Y no tocó usted a Daniel en ningún momento mientras este estuvo en la casa?

—No.

—Si le contara que el forense que consultamos encontró restos de su ADN en la ropa de Daniel, ¿qué diría usted?

—Protesto, señoría. La testigo había tenido contacto antes con la víctima en el refugio. El ADN pudo haberse transferido fácilmente a la ropa.

—Estoy de acuerdo, se admite.

Sin silbidos ni calor previos, me empieza a sangrar la nariz. Una gotita roja me rueda hasta los labios y la barbilla y aterriza en la madera del podio. Todo el mundo está observando; mira, ahí la tienes, la hija de una asesina, cubierta de sangre. Llévensela, deténganla, es lo que deberían decir. Oigo al Gordo pedir un receso.

—¿Lo requiere la testigo? —pregunta el juez.

Me cubro la nariz; un ujier me da una caja de pañuelos de papel. Se me va la cabeza. No puedo recordar lo que estaba diciendo. La verdad. No. Sí. Quiero contar la verdad.

—Señoría, ¿no puede ver el tribunal el agotamiento de la testigo? —dice el Gordo levantándose.

—Sí, pero también soy consciente de que hay que hacer estas preguntas, y cuanto más pronto lo hagamos, antes podrá la testigo ser dispensada e irse a casa —contesta el juez.

Quiero irme a casa ya.

YA NO TIENES CASA, ANNIE, TE HAS ASEGURADO DE ELLO.

Me aprieto una bola de pañuelos de papel contra la nariz, respiro profundamente y espero la siguiente pregunta.

—Así que Daniel estaba en la habitación llorando, llamando a su madre. ¿Qué ocurrió luego?

—Oí el coche de mi madre en el camino de entrada, así que bajé las escaleras.

—¿Hablaron su madre y usted?

—No. Cuando entró en casa pasó de largo a mi lado, subió las escaleras y se metió en la habitación donde estaba Daniel.

—¿Abrió ella la puerta con llave o estaba cerrada sin llave?

—Lo estaba. Estaba cerrada con llave, quiero decir; ella la abrió. Tenía las llaves en la mano cuando pasó a mi lado.

—¿Y entonces qué hizo usted?

—Subí las escaleras después de un rato.

—Y a través del agujero dice que vio a mi cliente apretando una almohada contra la cara de Daniel, ¿es correcto?

—Sí, él ya no se movió después de eso.

—¿Cuánto tiempo estuvo ante el agujero?

—No estoy segura.

—Aproximadamente. ¿Minutos? ¿Horas? ¿Toda la noche?

—No, solo unos minutos, quizá. Cuando ella salió de la habitación, bajamos a cenar.

Verdad.

—Y usted volvió más tarde, ¿no? Al agujero.

—Sí, fui a consolarle.

Verdad.

—Pero él estaba muerto. Dijo usted que vio a su madre matarle. ¿Por qué volvió usted si él ya estaba muerto?

—No lo sé.

—No estaba segura de que estuviera muerto, ¿eso es lo que quiere decir?

—No. Estaba muerto. No se movía.

Veo que al otro abogado de la defensa le pasan un papel desde mi izquierda. Tuyo. Mi interior se libera como un globo de aire caliente después de tirar de su cuerda. El abogado lee el papel y pregunta al juez si puede dárselo a su colega. Si es relevante para las preguntas que se están efectuando, entonces sí, contesta el juez. El abogado que tengo frente a mí se acerca al otro, coge el papel, lo lee y asiente. Echo un vistazo al jurado: el fantasma de Daniel está junto a ellos. Está meneando la cabeza; la deja caer y empieza a llorar. Sois como dos gotas de agua, dijiste una noche, mamá. Tan parecidos... Me entra por un oído y me sale por el otro.

Mentira.

El abogado vuelve al estrado. El papel que has deslizado por el banco está ahora en sus manos. Entonces dice:

—Un experto forense concluyó que la muerte de Daniel pudo haber ocurrido durante el período que estuvo usted sola en casa con él, no necesariamente después de que mi cliente volviera a casa como se pensó anteriormente. ¿Qué diría usted sobre eso?

—Protesto, señoría.

—Denegada. Deje que conteste la testigo.

Mi nariz ha parado de sangrar, pero veo un lunar de sangre que debe de haber caído antes de que me dieran los pañuelos. Una mancha en mi camisa como tinta

en un papel. Una mujer del jurado parece estar a punto de llorar. Es madre, hijo. Lo siento, de verdad.

—No lo sé. No estoy segura.

El abogado se detiene y mira la nota que tiene en la mano. Alza la vista y me mira. Me hace esperar. Aguarda a estar preparado: la tortura es mejor servirla lentamente. Anda hacia mí y se me pone más cerca. Lleva unos zapatos marrones como los del profesor West y un traje de rayas azul marino, visible bajo la toga. Asiente mientras anda, se para justo frente a mí y dice:

—Puedo saber por qué no está usted segura. Es un truco, ¿verdad? Está el asunto de la copia de la llave, a la que tenía acceso, según dice su madre; su ADN encontrado en la ropa de Daniel, y ahora el hecho de que la hora de su muerte pudo ser mientras estaba usted sola en casa. Creo, dados los hechos que acabo de exponer, que tengo derecho, incluso que quizá esté obligado, a preguntarle...

El Flaco interrumpe.

—Protesto, señoría. La defensa está provocando a la testigo.

—Denegada. Pero insto a la defensa a que proceda con más cuidado.

El abogado asiente, pero algo en su postura, con las piernas separadas y los hombros echados hacia atrás, indica que lo último en lo que está pensando es en proceder con cuidado. Persigue el éxito. Me persigue a mí. Me mira estrechando los ojos, inspira e hincha el pecho. Es su momento de gloria. Entonces hace la pregunta, esa que ha estado pergeñando todo este rato.

—No fue mi cliente quien asesinó a Daniel, ¿verdad? Dígale al tribunal qué ocurrió realmente la noche de su muerte, diga la verdad.

Nadie oye mi respuesta, que queda ahogada por una erupción de «Protesto» tanto del Flaco como del Gordo. Gritos de «Protesto, señoría. Está intimidando a la testigo». Ambos están de pie diciendo es una menor, no es a ella a quien se está juzgando. El jurado parece confundido: ya no tienen los bolígrafos suspendidos en el aire, sino que los están mordisqueando. Un hombre de la fila delantera hace un gesto con las manos de «¿Qué pasa?». June también está de pie y no parece ni la mitad de «fabulosa» que normalmente. A la única persona a la que no puedo ver es a ti. Apuesto que estarás sonriendo, disfrutando del caos que has causado, que has orquestado.

Mentí.

Esa ha sido mi respuesta.

Lo digo otra vez.

—Mentí.

Tengo que decirlo dos veces más, mentí, mentí, hasta que el juez levanta una mano para silenciar la sala.

—Dejen hablar a la testigo —dice.

Ahí lo tienes, mamá: el momento que estabas esperando, el momento en el que me vengo abajo, el momento en el que ganas.

—Mentí.

Nadie mueve un músculo, a excepción del abogado de la defensa. No hay movimiento de pies, ni piernas cruzándose y descruzándose ni garabatos en los cuadernos. El abogado vuelve a acercarse al estrado y coloca una mano sobre la madera ante mí; es un gesto amistoso, pero él no es mi amigo: lo que está es ávido. Quiere alimento. Quiere comer una sopa de letras servida con la forma de las mentiras que me está extrayendo lentamente, a mí, a la testigo clave. Puedo ver esa noche claramente, yo estaba allí. Sé lo que pasó.

—¿Sobre qué mintió? —pregunta.

Asiento. Puedo decírselo, no pasa nada. Intenté ayudar a Daniel, lo hice lo mejor que pude. Quería que estuviera seguro, que estuviera fuera de peligro. Es la verdad. Les digo que lo siento. Lo siento mucho. Es la verdad. Las caras del jurado están petrificadas. La de June. La de mis abogados. La del juez.

—¿Sobre qué mintió? —vuelve a preguntar.

—Mentí a Daniel cuando le dije a través del agujero que todo saldría bien. Yo sabía que no sería así, pero se lo dije de todos modos. Le engañé. Mentí sobre eso.

Empiezo a llorar lágrimas saladas que se tiñen de rojo al volverme a sangrar la nariz. Puedo ver la decepción del abogado defensor por las arrugas que se le forman en la cara. Aún no es la hora de cenar, ¿sabes?

Que te jodan.

Aparta la mano, pero sigue mirándome. Puede mirarme todo lo que quiera, pero no puede probar nada, y se le ha acabado el tiempo; le acusarán de acosar a una menor si continúa, y lo sabe. Se va, se sienta y dice las palabras que he estado esperando oír:

—No hay más preguntas, señorita.

—En ese caso, la testigo puede abandonar el estrado.

Como una fuerte ola, me invade la tristeza cuando me dicen que me puedo ir. No me muevo. Miro el biombo. Quiero ir contigo y arrastrarme hasta volver a estar en tu útero, quiero reescribir la historia para que esta vez me quieras de forma normal. Reluciente y nueva. El juez vuelve a hablar y June me hace señas para que me levante.

—Es libre de irse, Milly —dice el juez.

Él también está cansado. Le pesa la peluca. Tiene calor. Dice mi nombre, mi nuevo nombre, en voz alta.

Ha actuado contra las normas. Ella está pendiente, como un sabueso que persigue a un zorro.

—Se llama Annie.

Todas las cabezas se giran hacia ti. Tu voz no suena como la de una trastornada, como la del monstruo que esperan que seas. Suenas como una madre, una madre que se preocupa. He de reunir toda mi entereza para no correr hacia ti. La sala se esfuerza en procesar el error del juez; los murmullos se convierten en voces y crecen en intensidad.

—Silencio en la sala —dice el juez.

Lleva más tiempo que antes que la sala se calme, ya que su poder y su credibilidad han disminuido. Los tuyos no: solo has necesitado tres palabras. Tu voz es como una aureola, como una nube baja que flota en el aire y amenaza granizo. O una tormenta.

June me coge de un brazo, pero me detengo para rescatar la piedra del suelo. Después me saca de la sala. Ya no escucho el coro de mi cabeza, ni ninguna canción, solo tu voz diciendo mi nombre. *ANNIE.*

He vuelto a la habitación pintada de color crema; me has seguido hasta aquí. Mike y Saskia ven mi cara y mi camisa manchada.

—Me ha sangrado la nariz, nada más —digo—. Voy al baño a lavarme.

—¿Quieres que vaya contigo? —me ofrece Saskia.

—No, no pasa nada, gracias.

—Te esperamos aquí —añade Mike.

Asiento.

La puerta del baño tiene un pestillo que se cierra hacia la derecha. Busco la turmalina en el bolsillo. En las costillas no puedo, porque la camisa es blanca. Me bajo los pantalones. En un muslo entonces. Tengo que apretar mucho, por el borde áspero, no por el suave, y arrastro la piedra por mi piel. Me grabo a arañazos una A. Me da un subidón, como un latigazo. El dolor me transporta allí, me lleva a ti.

A ES DE ANNIE.

Sí, siempre seré Annie para ti, pero para los otros soy Milly. En mi interior luchan dos gemelas siamesas.

Soy buena.

Soy mala.

Estás orgullosa de mí, ¿a que sí? He jugado bien. Quizá hasta he ganado, mamá.

Cuando vuelvo a la sala de color crema, June dice que llevará hasta donde haga falta la denuncia por la forma en que me ha tratado la defensa. Mike los llama bastardos. Aunque sea su trabajo, dice. No pasa nada, le digo, ya ha terminado todo. Saskia parece aliviada. June nos ve irnos hacia el aparcamiento y dice que las cosas seguramente vayan rápido: el veredicto podría dictarse

incluso la semana que viene.
Me quedo rígida.

Más tarde, ya en casa, voy al despacho de Mike; quiere verme antes de que empiece el fin de semana para comprobar si estoy bien después del juicio. Phoebe está allí cuando llego. Todavía está castigada por pasarse del toque de queda; el castigo se trasladó a cuando volviera del viaje de hockey. Está negociando algo con Mike, intentando persuadirle de que la deje salir.

—Vamos, es viernes —dice—. Van todos al cine.

—No —contesta Mike—. Estás castigada hasta el lunes.

—Estás siendo estúpido, papá.

—Creo que fuiste tú la que hizo algo estúpido.

—¿Y tú nunca has hecho nada mal?

—No voy a volver sobre esto, Phoebe. Hasta el lunes, y es lo último que quiero oír de este tema. Ahora, si no te importa, cariño, tengo que ver a Milly para una cosa.

—Ya, estupendo. Muy bien, papá. Muchísimas gracias.

Me lanza una mirada asesina al pasar a mi lado.

Mike cierra la puerta. Me temo que no me estima mucho ahora mismo, dice. A continuación sonrío y me ofrece asiento.

—No te retendré mucho rato. Ha sido un día largo y pareces exhausta. ¿Cómo te sientes ahora que ha terminado?

—No estoy segura. Aún no me parece real.

—Es comprensible. Quería decirte lo orgulloso que estoy de ti y cuánto siento que la defensa te tratara como lo hizo. Para ser sincero, me siento responsable en parte.

—¿Por qué? No ha sido culpa tuya.

—No, pero quizá podíamos haberte preparado mejor de lo que lo hicimos. Quizá debimos haber sido un poco más honrados contigo.

—¿Honrados con qué?

—June me llamó un fin de semana para decirme que tu madre había estado contando unas cuantas cosas sobre la noche que Daniel fue asesinado.

La conversación que oí a medias cuando estaba en el cenador.

—Pensamos entonces que no debíamos decírtelo. Se suponía que los abogados no iban a acorralarte como lo hicieron.

—¿Qué dijo mi madre?

—Palabras sin sentido. El juez la frenó inmediatamente. Me gustaría que no hubieras tenido que pasar por lo de hoy.

—Estoy perfectamente, de verdad. Me has ayudado mucho, Mike.

—Eso espero. Al menos ahora podremos centrarnos en ti, en el trabajo que tenemos que hacer para que te cures.

—¿Vas a hacerlo conmigo?

—Tanto como pueda, sí.

—¿Tanto como puedas?

—No te preocupes de eso ahora, Milly. Solo tienes que preocuparte de dormir bien esta noche. Te lo has ganado.

¿De verdad?

Me duermo enseguida: es lo que tiene no dormir dos noches seguidas, que terminas por cerrar los ojos e ir a sitios a los que no quieres ir. Hay un niño pequeño a los pies de mi cama, con los ojos abiertos. Está asustado. No puedo respirar, dice, no puedo respirar.

**Sube ocho escalones. Sube otros cuatro.
La puerta de la derecha.**

*Juro decir la verdad, toda la verdad.
Y nada más que la verdad.
Junto con los planes de cumpleaños que me habías hecho,
esta es la otra razón de que me fuera cuando lo hice.
Estabas en el trabajo y yo sola en casa,
no ante el agujero, sino en la habitación.
Sabía dónde guardabas la copia de la llave.
Su cuerpecito estaba acurrucado en una esquina de la cama.
Se movió cuando entré y cerré la puerta detrás de mí.
Estaba pálido por la falta de aire fresco
y tenía bolsas oscuras bajo los ojos.
Preguntó por su madre. Sí, la verás pronto, le dije.
Sus ojos castaños se humedecieron de alivio.
Le sostuve contra mi cuerpo y se le templó la sangre.
Tenía tu voz en mi cabeza,
las cosas que le habías dicho a su madre
para que ella te lo entregara.
¿Qué pasa si tu marido te persigue, Susie?
O, peor aún, ¿qué pasa si hace daño a tu hijo?
Tengo un contacto en América que trabaja en temas de adopción.
Hay una familia muy cariñosa que está esperando.
Sería darle una vida mejor a Daniel.
No se lo digas a nadie.
Le di un osito de peluche para que pudiera abrazarlo.
Era mío, y tenía mi nombre cosido en una oreja.
Cierra los ojos, le dije, y piensa un deseo.
Seguía abrazándole mientras duraba lo peor,
mientras el aire abandonaba sus pulmones.
Mientras le asfixiaba.
Estabas en el exterior de la habitación cuando abrí la puerta,
habías vuelto antes de tiempo.
Era tu turno de mirar por el agujero.
Me miraste de una forma que no te había visto antes.
Esa es mi chica, dijiste, orgullosa.
Nunca te dije, mamá, que lo hice para salvarle.
No para complacerte.
Cuando dije que le había contado todo a la policía,
casi todo,
lo dije en serio.*

29

Fue por la forma en que Phoebe lo dijo ayer, cuando acabábamos de tomar un *brunch* dominguero con Mike y Saskia e íbamos a subir a nuestras respectivas habitaciones. ¿Cómo fue ese trámite, mejor dicho, qué tenías que hacer?, preguntó. Ha ido bien, gracias, pero preferiría no hablar de ello. Sonrió, asintió con la cabeza y dijo debe de ser difícil para ti no ser capaz de hablar de ciertas cosas, de muchas cosas. Puso énfasis en «muchas». Tuve un sentimiento de desasosiego que me nacía del estómago. Había abierto la caja de Pandora. Y lo sabe. ¿Qué sabe? ¿Cómo puede saberlo? Mike y yo hemos sido muy cuidadosos, ¿no?

Hoy es el último día para presentar los trabajos para el premio de arte; anunciarán al ganador la semana que viene. Lo primero que hago cuando llego al colegio esta mañana es enviar a MK un correo. Quedamos en vernos al final del día, y cuando llego MK me dice que voy un poco atrasada.

—Los otros candidatos terminaron la semana pasada, mientras tú estabas... fuera...

No quiero ser paranoica, pero fue por la pausa, el vacío que dejó después de terminar la frase, como si albergara dudas sobre dónde había estado y qué había estado haciendo. Debían de ser imaginaciones mías, seguro, como con Phoebe. Fijo.

—¿Por qué no dispones todos tus dibujos en el orden en que los hiciste y seleccionamos a partir de ahí los cinco que necesitas?

Según saco los dibujos que he hecho de ti, pienso en que el juicio sigue, pienso en ti ahí sentada, esposada, afrontando la vida en prisión y sin contacto conmigo. No llevas bien la pérdida. Perder a Luke lo cambió todo: tus deseos se hicieron más oscuros, más funestos. Te aburrías de que solo fuéramos tú y yo, así que te llevaste a Jayden, el primer niño, menos de un año después de que Luke se fuera. El amor es un lubricante, y, aunque fuera un amor deforme, lo obtenías de nosotros. ¿De quién lo obtendrás a partir de ahora? Puedes hacer que la mujer de la celda de al lado a la tuya se trague la lengua. Siempre hay posibilidades, decías, oportunidades para ser mala.

La voz de MK interrumpe mis pensamientos.

—Guau, así dispuestos, puede verse de verdad.

—¿Verse de verdad qué? —le pregunto.

—El recorrido, como si cada uno fuera una pieza de un puzle.

Y entonces me pregunta algo extraño.

—¿Te sientes más segura ahora que estás viviendo con los Newmont?

Los dibujos están «disfrazados» a conciencia: las caras están difuminadas y los ojos son de un color diferente a los tuyos. No es posible reconocer a la modelo, estoy convencida.

—No estoy segura de qué quiere decir.

Menea la cabeza y dice:

—No importa. Escogería esos dos, seguro, y el del final. Escoge tú los otros dos, quizás alguno que muestre profundidad de degradado.

Alguien dice «buenas noches» al pasar cerca de la puerta. MK dice espera, Janet, ¿eres tú? Pero la puerta del pasillo se abre y se cierra de nuevo: Janet no debe de haberla oído.

—Dame un segundo —dice—. Necesito alcanzarla para contarle una cosa.

La sala parece vacía y menos atractiva cuando se va. Elijo los dos dibujos y me encuentro andando hacia su mesa, donde está su agenda, abierta. Tiene un Post-It pegado: «Pedir arcilla». Su letra es preciosa, toda florituras. Adorable. Sus eses en «arcilla» son muy largas y envuelven a las otras letras en un abrazo de tinta. Hay un tarjetón grueso que sobresale de la última página de la agenda, de color crema y letras doradas. Lo saco. Es una invitación de boda. No conozco los nombres, pero no son los nombres lo que me llama la atención, es otra cosa: el sobre que hay detrás de la invitación. Le doy la vuelta y veo una dirección, la de MK. Sé dónde está su calle, he andado por ahí cerca con Morgan. Vuelvo a dejar donde estaban el tarjetón y el sobre cuando oigo que la puerta del pasillo se abre y se cierra y vuelvo a donde están mis dibujos.

—Discúlpame. ¿Has decidido ya?

—Sí, estos cinco.

—Gran elección, seguro que será difícil superarlos. Janet me acaba de recordar que la galería Musa, en Portobello Road, tiene una exposición fantástica de dibujos a carboncillo. Es una pena que este sea el último día que está, creo que te hubiera gustado.

—Todavía podemos ir, ¿no? ¿Hoy? Tendría que preguntarle a Mike, pero no creo que le importe si es para algo del colegio.

—En realidad me refería a ti, que deberías ir tú. No he querido decir que fuéramos juntas.

—Oh, vale, lo siento. Es que sonaba fenomenal, pero no creo que Mike me deje ir sola.

Está ansioso y un poco sobreprotector desde el juicio, quiere que esté en casa cada noche hasta que se anuncie el veredicto.

—Me gustaría mucho ir, señorita Kemp, especialmente después del trámite

que he tenido que hacer la semana pasada.

—Ah, sí, ¿cómo te fue, por cierto?

—Todo bien, ya he terminado todo.

—Debes de que estar contenta, estoy segura. No te prometo nada, tengo planes esta noche, pero puedo intentar pasarme un momento sobre las siete. No me importaría echarle un vistazo yo también. Puedes ir con Mike, y, si nos vemos allí, genial.

—Claro, se lo preguntaré. ¿Estará usted allí a las siete?

—Lo intentaré.

Mike se ofrece para acompañarme a la galería, pero le digo que no, que está muy cerca. Obvio la parte de haber quedado con MK y le digo que van a ir todos los participantes en el premio de arte. Parecía inseguro al principio, pero le he convencido, soy buena en eso. Después de todo lo que ha pasado..., le digo. Asiente. Lo comprende.

Antes de irme, Mike comprueba que llevo el móvil y me dice que voy muy guapa, que hasta parece que he crecido. Espero no haberme equivocado y haber elegido un atuendo incorrecto. La espero en la entrada de la galería: pienso en que puede ser agradable entrar juntas. Unas cuantas personas entran y salen. He llegado un poco antes; cuando son las siete y diez, ya llevo veinte minutos aquí esperando, y casi no siento los pies. Me arrebujó más en mi abrigo. Miro el móvil, lo que no tiene mucho sentido, ya que MK no tiene mi número ni yo tengo el suyo.

Cuando llegan las siete y veinte, intento calmarme y tranquilizarme pensando que solo es que llega tarde, que su caos artístico me envolverá cuando llegue y me hará sentir mejor. «La puntualidad y la disciplina son la llave para el éxito», solías decir, pero no quiero pensar en ti.

—MK no es para nada como tú.

—¿Perdón?

Me doy cuenta de que he hablado en voz alta cuando un trío de mujeres sale de la galería y pasa a mi lado. Murmuro una disculpa y digo que estoy practicando un texto teatral. Sonríen al recordar sus años, ya lejanos, de colegio, años felices, a juzgar por sus caras. O por el hecho de que el tiempo diluye los malos recuerdos, tal y como espero que haga con los míos.

Miro el móvil. Son las ocho menos veinticinco. No va a venir, ahora lo sé. Cuando llego a casa, voy derecha a mi habitación y me abrazo a la almohada. Anhele el cojín del despacho de Mike, azul y blandito.

Me susurras al oído y me recuerdas que eres mi mamá y que lo que ha hecho

MK está mal. Me tapo la cabeza con el edredón, pero tus palabras me llegan igual, y después de un rato empiezo a escuchar lo que dices y empiezo a estar de acuerdo. Tienes razón, sé que la tienes; lo que ha hecho MK no ha estado bien.

Oigo la exaltación en tu voz cuando me contestas.

ESA ES MI CHICA, MI ANNIE. ¿QUÉ VAS A HACER?

DIME, ¿QUÉ VAS A HACER?

30

El veredicto se hace público el miércoles, menos de una semana después de haber estado ante el tribunal. Compruebo el móvil de camino a casa desde el colegio: tengo tres llamadas perdidas de Mike en la última media hora. Me meto en la página de la BBC y veo tu foto y la palabra «condenada».

Culpable.

Culpable.

Doce veces culpable.

Te acusan de los nueve asesinatos. El juez ha dictado sentencia inmediatamente: cadena perpetua, sin posibilidad de libertad condicional. Mike me está esperando en la puerta de entrada y la abre cuando llego. Asiento para hacerle saber que he leído las noticias. Dice ven aquí, shhh, no pasa nada.

Pensaba que estaría feliz, aliviada. Que después de que terminara el juicio sería capaz de dejar atrás lo que le hice a Daniel. Hice lo que hice por ser buena, para salvarle, aunque eso me haga mala. Me hace igual que tú.

Saskia viene al recibidor y me frota la espalda entre los omóplatos.

—Lo siento, Milly. Al menos ya ha terminado. Ahora podemos planear tu cumpleaños —dice.

Cuando alzo la vista, veo que Mike dice que no con la mirada. Es demasiado pronto, quiere decir. Saskia lo ve y se queda fastidiada por haber metido la pata. Otra vez.

—Cuando estés lista entonces, Milly —dice Saskia mientras se va.

Mike me pregunta si me gustaría hablar. Parece complacido, apuesto que ya tiene en mente el siguiente capítulo de su libro. «El día del veredicto». Le digo que no, que preferiría estar sola.

Me siento en el suelo con la espalda contra los pies de la cama. Me siento y pienso en ti. De los momentos que vivimos. Los momentos en los que te sentabas en tu silla sin ropa interior para ver el programa ese de asesinos; mis hermanos, dijiste, aunque yo soy mejor que ellos porque a mí no me cogerán. ¿Cómo iban a cogerme? Criticabas su incapacidad, sus fallos. Es porque son hombres, dijiste; ser mujer me ofrece un escudo, y a ti también, pequeña ayudante de mamá.

La prensa te dio un nombre que habrás oído, y habrás visto tu cara en la portada de los periódicos. Tu apodo, mi libro favorito, siempre aparece en negrita:

«LA ASESINA DE PETER PAN».

Te gustará, pienso, te hará sentir bien. De todos modos, no está en tus manos, ahora encerradas bajo llave. Deben de haberse filtrado a los medios los detalles extra que ofrecí a la policía, como las palabras que susurrabas a cada cuerpo laxo tumbado en la habitación, dormido. Para siempre. «Esto es lo que obtienes por abandonar a tu mamá» es lo que decía tu voz, a través de tus dientes apretados, al sisearles al oído, aunque ya no pudieran oírte más. Intenté decirte que ellos no lo escogieron, que sus madres los pusieron en tus manos. «¡No, no, no!», me gritaste. «Yo no puse a mi hijo en manos de nadie, se lo llevaron». Ellos no son Luke, dije, no puedes reemplazarle. Me diste una paliza, me moliste a golpes por mencionar su nombre.

Me pegaste.

Hay algo más perturbador que el dolor, y es el amor, cuando es malo. Los mecías en tus brazos y los dejabas con cuidado como si pudieran estar rotos. Seis niños. Daniel fue el séptimo. Seis principitos enrollados en sábanas con pijamas nuevos cada vez. Dos niñas. No te importaban las niñas. No me molestes hasta que haya terminado, solías decir. ¿Terminado de qué?

De decirles adiós.

Lo hacías cada una de las veces, de eso iba: el ritual de vestir a los niños con el pijama. Un pijama es lo que llevaba Luke la noche que se lo llevaron después de que descubrieran que fue él quien se escapó una noche y prendió fuego a la oficina de correos del pueblo; menos mal que la casa de encima estaba vacía en ese momento. Luke tenía once años.

Los «holas» son importantes, es como empezamos, pero que te robaran un adiós, que no te dieran la oportunidad de abrazar a Luke una última vez antes de que se lo llevaran, fue para ti el mayor de los pecados.

Me interrumpe la puerta de mi habitación, que se abre, y entra Phoebe. No dice nada, se planta ahí y se me queda mirando.

—¿Qué miras? —pregunto.

No contesta. Unas pequeñas pirañas me desgarran por dentro.

No pudieron recomponer a Humpty Dumpty.

Se me queda mirando un rato más y sale de espaldas de mi habitación sin molestarse en cerrar la puerta.

Me reúno con Mike después de cenar. Me pregunta cómo me siento acerca del veredicto. Enferma, le digo, no como esperaba sentirme. Ha hablado con June, porque quería saber los detalles de lo que había pasado en el juicio, y me pregunta por qué nunca le conté a nadie que estuve en casa sola con Daniel.

Tenía miedo, le contesto, sabía que mi madre podía intentar culparme. ¿Y qué hay de ti, aún te culpas?, me pregunta. Sí, le digo, siempre lo haré. ¿Por qué?, insiste. ¿Por qué no?, respondo. Me mira de forma extraña, me hace una especie de escrutinio, pero se queda ahí.

Más tarde, saco el resto de los dibujos que he hecho de ti, los que no he seleccionado para el premio. No puedo explicar por qué es reconfortante mirarte, pero lo es. Lo que no lo es tanto es sentir la mirada de Phoebe sobre mí, que venga a mi habitación y se me quede mirando.

Me duele hacerlo, pero hago pedazos tus dibujos hasta que no eres nada más que una pila de ojos, labios y orejas. Quiero avanzar, quiero un hogar lleno de cosas normales. Mike me preguntó una vez qué quería de la vida. Aceptación. Esa fue mi respuesta. Aceptar de dónde vengo y quién soy, ser capaz de creer en que es posible volver a poner mi corazón en su sitio después de la forma tan extraña en que me lo retorcaste. Y así será, Milly, me dijo Mike; solo tienes que esperar un poco y lo verás. Aunque Mike no sabe lo extraña que fue esa forma de hacerlo. Cojo los trozos de los dibujos y los tiro a la papelera del baño. Una hora más tarde los vuelvo a coger y los pego con celo.

Me llega un mensaje de Morgan pasada la medianoche. ¿Estás despierta?, pregunta; necesito verte. Le digo que venga al balcón, y, cuando llega, parece más pequeña, como si hubiera encogido una talla o dos. Le abro la puerta. El aire frío se abre paso: el pícaro invierno llena cada esquina, baila, se burla. Morgan tiene la boca ensangrentada e hinchada y la piel del lado izquierdo de la frente arañada; parece una alfombra quemada. La cojo de una mano y la meto dentro. Cierro la puerta con llave. Lo compruebo dos veces.

—¿Qué ha pasado?

Morgan sacude la cabeza con pequeños movimientos rígidos y la mirada puesta en el suelo.

—No sabía adónde ir —contesta.

Mueve los dedos en el aire como si estuviera haciendo y deshaciendo nudos imaginarios. Voy hacia la lámpara de la mesilla de noche y la enciendo. Morgan tiene los vaqueros manchados. Emanan de ella un agrio olor a salado y, de su aliento, un indicio de alcohol.

—¿Estás herida en más sitios?

Se limpia la nariz con la manga y le vuelve a correr un chorro de un líquido transparente hasta la boca. Le empieza a temblar la barbilla. No le salen lágrimas. El shock de lo que sea que ha pasado se las para. Cojo la caja de pañuelos de papel del suelo junto a la cama.

—Toma.

Levanto el brazo para lanzárselos, pero se encoge y retrocede un poco. Bajo la mano; quiero decirle «Soy yo, no tengas miedo», pero entonces me acuerdo de que ya le he hecho daño anteriormente.

—Puedes quedarte aquí esta noche.

Menea la cabeza.

—Sí, te ayudaré, haré que estés bien.

—¿Qué pasa si entra alguien?

—No entrará nadie, están durmiendo.

Cojo un pijama del cajón, uno de algodón, suave.

Me castigarías por cuidar de ella. No es un chico, dirías, las chicas no necesitan cuidados. No, contestaría, no es un chico, pero es alguien importante para mí.

La luz de la lámpara es tenue, pero cuando ayudo a Morgan a quitarse la camiseta, veo que tiene cardenales recientes. Tiene la marca del contorno de un zapato en las costillas. Le hago poner las manos sobre mis hombros para agacharme y meterle el pijama primero por una pierna y luego por la otra. Cuando me levanto, aún tiene las manos sobre mis hombros. Nos quedamos así un rato, mirándonos. Finalmente me muevo yo y dejo su ropa apilada en la silla de al lado de la puerta del balcón.

—Siéntate en la cama, voy a limpiarte la cara.

Se contrae de dolor cuando le limpio la sangre de la boca hinchada.

—¿Quién te lo ha hecho?

—Ojalá se muriera —responde.

—¿Quién ha sido?

—Mi tío.

Estalla en lágrimas y la abrazo. Empiezo a mecerla de adelante a atrás mientras murmuro. «La lavanda es azul, mi niña...». Su respiración se calma y deja de llorar.

—Me encanta esa canción —dice.

—Lo sé. Túmbate, necesitas descansar.

Se tumba sin protestar y se pone de lado hacia mí con las piernas encogidas contra el pecho. La tapo con el edredón y una manta extra. Cierra los ojos. Tira una de las almohadas que tiene bajo la cabeza al suelo.

—Solo tengo una en casa —dice.

Me siento a su lado; miro cómo su cara se contrae y se relaja cuando intenta olvidar lo que ha pasado. Vas a estar segura, mi niña, fuera de peligro, Morgan. No puedo ayudarla con respecto a su tío, pero ella es diferente. Lo que puedo hacer es ponerla fuera de peligro. Cojo la almohada del suelo y pienso en cuánto

le gustaría Nunca Jamás, un lugar donde nacen los sueños y nunca se planea nada. Pero se mueve y se restriega los ojos con sus diminutos puños apretados como hacen los niños pequeños cuando están cansados. Abre los ojos, me mira, mira la almohada que tengo en la mano y me pregunta qué estoy haciendo.

—Nada, volver a ponerla en la cama.

—Aquí estoy a salvo, ¿verdad, Mil?

—Sí.

—Bien —dice, con la voz muy baja.

Cuando me despierto por la mañana, se ha ido. Ha dejado el pijama doblado a los pies de la cama.

31

No he visto a Phoebe en casa esta mañana, pero ella e Izzy son las primeras personas a las que veo cuando entro en la asamblea de los jueves. Me siento en la fila de detrás de ellas, a unos asientos de distancia. Escucho las conversaciones de mi alrededor, para descubrir algún indicio de lo que la gente pueda saber, pero hablan de lo de siempre: de peinados y de chicos, de los planes para navidad, de quién querrá entradas para la obra... Se oye un órgano y nos ponemos en pie cuando los profesores suben al escenario. Una chica más pequeña, de noveno, creo, ofrece una presentación sobre «el pago por adelantado»: cosas buenas que podemos hacer durante las vacaciones para ayudar a los menos afortunados. Obtiene una enorme ronda de aplausos. La señora James se levanta para contarnos las novedades de esta semana, y habla de que quieren reformar la sala común de los mayores y de que si alguien está interesado en recaudar fondos para ello, que por favor se dirija a la señora McDowell, de secretaría. Se detallan un par de puntos relacionados con el calendario de funciones de nuestra obra. Lo último que se comunica es:

—La ganadora de este año del Premio de Arte Sula Norman es Milly Barnes, de undécimo curso.

El aplauso es lento, aunque es mejor que nada. La señora James continúa, diciendo que grabarán mi nombre con letras doradas en el tablón de galardones del hueco de la escalera que lleva al salón de actos, y que se puede consultar con la señorita Kemp el resto de detalles. Me siento incómoda, pero no por el público, sino porque no he visto a MK desde el día que supuestamente iba a reunirse conmigo en la galería. Y porque puedo percibir que Phoebe tiene la mirada fija en mí. Cuando la miro, desvía la vista inmediatamente.

MK me encuentra en la biblioteca, intentando avanzar en un trabajo de historia, pero he leído la misma frase una y otra vez. Sonríe al acercarse a mí.

—Enhorabuena. Tenía la corazonada de que ibas a ganar. A los padres de Sula y a la dueña de la galería les encantaron tus dibujos. Ha sido una decisión unánime.

—Gracias.

—Tienes que sentirte muy orgullosa, especialmente con todo lo que está pas...

Se para, pero ya es tarde; la cara que ha puesto y la forma en que se toquetea la cantidad de abalorios que lleva al cuello y luego los anillos la delatan.

—¿Todo lo que está qué?

Se sienta a mi lado. Tenía razón al sospechar cuando la vi el lunes.

—Por eso no vino.

—¿No fui adónde? —pregunta.

—A la galería. Dijo que nos veríamos a las siete. Esperé media hora.

—¿Te refieres al lunes? Oh, Milly, dije que lo intentaría, pero no te prometí nada.

—No pasa nada, lo entiendo.

—No es eso, es que mi amiga llegó antes de lo que esperaba y salimos. Lo olvidé. Lo siento.

Inspira profundamente por la nariz y deja salir luego el aire lentamente hinchando los mofletes. Se apoya en mí. Puedo oler su aroma a lavanda.

—Notaba que pasaba algo, Milly. Los dibujos, los correos, el regalo que intentaste darme, que no vinieras al colegio... Hablé con la señora James otra vez y acabó contándome que..., bueno, me contó de dónde venías.

Cuento los libros de la estantería que se encuentra sobre su cabeza. Cuando llego a once, dice:

—Sé lo de tu madre, Milly.

—Por eso no quiere ser ya mi tutora.

—Esa no es en absoluto la razón, pero es algo que, de haberlo sabido, podría haberme ayudado.

—Firmaba sus correos como «MK».

—Perdona, no te entiendo...

—Pensaba que yo le importaba.

—Y me importas, pero así es como firmo todos mis correos, lo vengo haciendo desde hace años. Lo siento mucho si has sentido que te he dado una impresión errónea. Habría puesto más cuidado si lo hubiera sabido.

Salta un *banner* en la esquina superior derecha de la pantalla de mi portátil; es un aviso de que he recibido un correo:

«Nuevo post añadido en el foro de undécimo».

Pincho en el enlace, que tarda un poco en abrirse porque está descargándose una imagen.

Es una foto tuya.

Con este titular:

«Ding, dong. La bruja malvada que debería estar MUERTA».

Debajo hay dos iconos, de dos pulgares, uno hacia arriba y el otro hacia abajo. «Vota por uno». Ya hay diecisiete votos de uno solo de los pulgares que se repite.

Bajo la pantalla del portátil y me levanto al tiempo que tiro la silla y se cae al suelo. Me muevo. No. Puedo. Andar. No. Puedo.

MK se levanta y dice:

—Milly, ¿qué pasa?

La bruja malvada. Debería estar MUERTA. Ding, dong. Tú. Tú deberías estar muerta, están votando sobre eso, y sé quién será la siguiente.

La bibliotecaria se acerca y pregunta si pasa algo.

—No estoy segura. ¿Milly? ¿Estás bien?

—Tengo que irme.

—¿Adónde? ¿Qué ha pasado?

—No puedo hablar de ello, lo siento —digo. Recojo mis cosas y me marcho.

—¿Qué sientes? ¿Adónde vas? No te he contado lo del premio todavía.

Voy directa a la enfermería. Tengo en la cabeza una máquina de escribir que me taladra las palabras al andar: Phoebe lo sabe, Phoebe lo sabe...

Y pronto lo sabrá todo el mundo, si no lo saben ya.

—No me encuentro bien, señorita Jones. ¿Puedo irme a casa?

—Sí que estás un poco paliducha. ¿Tienes idea de lo que te pasa?

—Creo que tengo migraña.

—Sí, recuerdo haber leído en tu informe médico que las sufrías. Tendría que llamar a los Newmont. Son tus tutores, ¿verdad?

—Sí.

El reloj de la pared hace un agradable tictac; tiene un ritmo ideal para entrar en trance, igual que el que hacía el de mi habitación la noche que vino la policía. Siento lo mismo que entonces: siento la espera, el deseo de que todo terminara. Solo que esta vez no sé qué es ese «todo».

—De acuerdo, he hablado con el señor Newmont. Él o su mujer estarán en casa en una hora o dos, aunque la asistente sí está allí ahora mismo. ¿Te apañarás bien para volver sola?

Asiento.

—Bien, espero que se te pase. Descansa y bebe mucho líquido.

Sevita me está esperando cuando llego.

—Hola, señorita Milly. ¿Quiere comer algo?

—No, gracias, me voy directamente a la cama. No me encuentro bien.

—De acuerdo. Estaré haciendo la colada.

Se santigua al irse, musitando un avemaría. Reza por mí, o por ella misma, sola en casa, conmigo.

Me paseo por mi habitación, necesito pensar con claridad. ¿Lo sabe Phoebe?

¿El post del foro estaba dirigido a mí o solo es un juego enfermizo en respuesta al veredicto del juicio? Estoy arrinconada. No tengo salida. Lucha, vuela. ¿Adónde iría si echara a correr? No hay sitio al que ir para alguien como yo.

Tengo que descubrir lo que sabe Phoebe y si alguien más también lo sabe. ¿A quién se lo contaría? ¿A Clondine? ¿A Izzy? Quizás a todas las chicas de mi clase, pero he visto a algunas de ellas al salir del colegio y no ha pasado nada. Habrían dicho algo si lo supieran. Me siento en la cama y trato de tranquilizarme, sintiendo todo el rato cómo cae la arena del reloj. Me levanto y vuelvo a pasear por la habitación. Piensa, maldita sea, piensa. De pronto algo me viene a la cabeza cuando veo una esquina de mi portátil sobresaliendo de mi mochila.

No debería abrir la puerta, no es mi puerta. Una de las normas en casa es que las habitaciones de cada uno son privadas, y está prohibido entrar sin permiso: Mike y su idea de utopía doméstica. Pero no hay nadie a quien preguntar, así que el permiso me lo doy yo misma. Su habitación es un cliché. Estuve una vez cuando las vacaciones: está llena de pósteres y de color rosa, y hay un olor dulce en el aire. A algodón de azúcar. A caramelo. Algo dulce y picante a la vez. Hay varias tiras de fotos hechas con una Polaroid de ella con sus amigas pegadas en la pared sobre su escritorio. Unas lucecitas con forma de corazones cuelgan sobre los pies de su cama, como una gruta, un trineo para una princesa, para una reina de hielo. Veo unos tubos finos de *gloss* para los labios puestos como las piedras de Stonehenge en la mesilla de noche, como si no supiera con quién va a encontrarse en sus sueños. Yo sí sé con quién voy a encontrarme en los míos.

Encuentro lo que estoy buscando en el cajón central del escritorio. He tenido suerte, podría habérselo llevado al colegio, pero sé que apenas lo hace; prefiere el móvil, porque lo utiliza mucho más. Abro su portátil y lo enciendo; aparece abierta su cuenta de correo en la pantalla, con un nuevo mensaje. No puedo arriesgarme a leerlo —ella lo sabría si lo abro—, pero leo los más recientes que ha cruzado con Sam, en los que le dice que se encuentra sola, que odia su vida y que desea vivir en Italia con él. El último correo enviado es de anoche, y en él menciona que ha visto en el despacho de Mike algunas de las notas sobre mí. Continúa y dice que cree que puedo tener algo que ver con la asesina de Peter Pan, que es algo jodidamente friki porque me parezco a ella.

El mensaje no leído es la contestación de Sam. ¿Qué ha dicho él? ¿Qué hará ella?

Dejo el portátil donde lo he encontrado; salgo, cierro la puerta y voy a mi habitación. Me tumbo en la cama hasta que empieza a oscurecer. Hasta que la migraña remite y deja de presionarme la nuca y de pincharme en la zona dorsal de la columna. Me pongo de lado y abro los ojos; ahora me duele menos la

cabeza, pero cuando miro por la habitación, el corazón me duele más. ¿Qué va a hacer Phoebe? ¿Qué me va a pasar? ¿Adónde voy a ir?

No puedo quedarme tumbada sin más, así que voy abajo. Mike y Saskia están hablando con Phoebe en el salón. Busco pistas de que ella les pueda haber contado que cree que lo sabe, pero no lo parece.

—Mira, Mike, ella está bien, no hay razón para estresarse con lo de irse —dice Saskia.

Phoebe ni siquiera me mira, y se va del salón poco después de que yo entre.

—¿Adónde vais? —pregunto.

—Nos han invitado a Sas y a mí los Bowen a cenar esta noche, pero viendo que no te encuentras bien, he pensado que deberíamos quedarnos en casa.

—Me encuentro mejor después de haber descansado.

Si se van, quizá podría hablar con Phoebe, razonar con ella, convencerla de que soy diferente a ti.

—No estoy seguro de que debamos ir, has tenido mucho con lo que lidiar estos días —dice Mike.

—Estoy bien, en serio. Voy a ponerme a hacer los deberes.

—Espero que nos lo digas si no, Milly. Estamos aquí para eso.

—Mike, ha dicho que está bien, ¿no? Además, no fuimos la última vez, deberíamos ir.

Mike asiente y dice parece que he sido derrotado en la votación. Una vez que tienen puestos los abrigos, Mike retrasa su salida con una serie de tácticas para perder tiempo, del tipo de revisar la publicidad que ha llegado por correo o colocar con el pie los zapatos que hay en el suelo. Comenta algo sobre poner suelo nuevo en el porche.

—¿Podría medirlo en un momento? —dice.

—No, ya llegamos tarde, vamos —contesta Saskia.

Su instinto no es maternal, pero Mike percibe que hay cierta tensión en casa. Hace un último intento.

—¿Y qué pasa con Rosie? Tiene que salir.

—Pueden sacarla las chicas —responde Saskia.

—¿Seguro que no te importa que nos vayamos, Milly?

—No pasa nada.

—El número de los Bowen está en la pizarra, llámanos si necesitas cualquier cosa, lo que sea —dice antes de irse.

No sé qué hacer. No sé si debería subir a la habitación de Phoebe y llamar a la puerta, preguntarle si podemos hablar de una cosa, pero no estoy segura de qué decir. Me siento en uno de los sofás del salón para pensar con Rosie a mis pies. Sus puntiagudas orejas son las primeras en oír un movimiento en el piso de

arriba. Se sienta, inclina la cabeza y escucha los pasos de Phoebe bajando las escaleras. Esta llama a Rosie, pero la perrita no se mueve. La llama otra vez, en esta ocasión con más impaciencia. Forzada.

—Está aquí conmigo —le digo.

No me responde directamente. Debe de haber pensado que yo estaba en otro sitio. Entonces dice, sin entrar en la habitación:

—Tiene que salir, mi madre me acaba de mandar un mensaje diciéndomelo.

Rosie se pone a andar ante la mención de salir, y se va hacia Phoebe.

—Por dios, la sacaré yo.

Cuando entra en la habitación, me ignora, se encamina a la puerta que da al jardín y la abre. Rosie la sigue, pero no sale, y se queda sentada ante la puerta.

—Sal.

Rosie no se mueve, así que Phoebe la coge del collar y la arrastra al jardín. La luz de seguridad se enciende. Se queda con Rosie fuera aunque no lleva abrigo, y eso que hace mucho frío. Cuando Rosie termina, Phoebe la mete dentro y cierra la puerta con la mirada puesta en su móvil. Es mi oportunidad, ahora o nunca.

—¿Puedo hablar contigo de una cosa, Phoebe?

Levanta la mirada del móvil, pero se le hace difícil mirarme directamente y deja vagar la mirada alrededor.

—Depende.

—Sé que no nos hemos llevado muy bien, pero me gustaría que eso cambiara.

—Ni de coña.

—¿Por qué?

—No estarás aquí mucho más tiempo.

—Me gustaría quedarme todo lo que pueda.

—No depende de ti, ¿sabes?

Me levanto y ella me mira y pregunta:

—¿Qué haces? Va a venir un amigo, llegará en un minuto.

Tiene miedo. No quiero que lo tenga. Quiero contarle que juntas nos comeríamos el mundo, como un equipo invencible. Pasa a mi lado, llega a la puerta y, justo cuando va a salir, dice:

—Antes de que te enteres, mi padre traerá a algún otro cabrón y lo pondrá en tu habitación. Será como si nunca hubieras existido.

Al día siguiente, cuando voy por el patio del colegio al salir, Phoebe está ahí con Clondine e Izzy. Clondine sonrío, pero las otras dos se giran. ¿Cuánto tiempo tengo para que ese momento de que una me sonrío y las otras me ignoren se convierta en que se me queden mirando y me señalen? Es ella, ¿no te parece increíble?, la hija de la asesina de Peter Pan.

Mike y Saskia están en casa cuando llego. Vienes a tiempo, dice Mike, queríamos hablar contigo sobre una cosa antes de que empiece el fin de semana. Saskia no me mira cuando nos sentamos, y Mike nos ofrece un té, pero no decimos nada.

—Sas y yo queríamos decirte que estamos muy orgullosos de ti, de cómo has manejado todo. No hay muchos adolescentes que conozca que hubieran podido enfrentarse a tanta presión y de esa forma tan madura, pero ahora que ha acabado el juicio, tenemos que mirar hacia delante y hablar de lo que depara el futuro.

Dos días, eso es todo el tiempo que ha pasado desde el veredicto. Están. Ansiosos. De. Deshacerse. De. Mí.

—June y el equipo de los servicios sociales han estado mirando posibles sitios en los que puedas vivir de forma permanente. Creen que pueden haber encontrado una familia que vive en el campo, cerca de Oxford, con mucho espacio y bosque, y dos perros, creo. Todavía no es seguro; obviamente, tendrás que conocerlos primero y ver cómo congeniáis, pero parece algo prometedor. ¿Qué te parece la idea?

—Parece que no tengo otra opción.

—No queremos que te sientas así, simplemente estamos intentando ver qué es lo mejor para ti.

—¿Cuándo me voy?

—Milly, por favor, no seas así —dice Mike.

Me cruzo de brazos para sentir las cicatrices. Miro hacia otro lado.

—Nos encantaría que pasaras tu cumpleaños con nosotros y que terminaras el trimestre en el colegio. También tenemos que pensar en algo para la exposición de lo del premio de arte.

Demasiado tarde, para entonces todo el mundo lo sabrá.

—Me siento estúpida.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Mike.

—Pensaba que os gustaba.

—Y nos gustas —contesta Saskia—. Mucho.

—Sas dice la verdad —dice Mike—. Pero nunca quedamos en la posibilidad de que te quedaras aquí de forma permanente. Hablamos de ello en el hospital, ¿te acuerdas?

Nunca ha significado que fuera a ser permanente por Phoebe. Azúcar y picante. Y esas cosas.

—Como dijimos, no hay nada definitivo, pero vamos a preparar una visita a la familia de Oxford, quizá el próximo fin de semana.

Cuanto antes, mejor, piensan todos.

Es por la mañana temprano, y por una vez me siento despejada. No tengo una batalla rabiando en mi interior presionándome ni nada. Supongo que es que ya sabía desde hace tiempo que este no era mi sitio, que no encajo. También he sabido desde hace tiempo que quizá no haya ningún sitio para alguien como yo. Si lo hubiera sabido antes de abandonarte, quizá me habría quedado, protegida por un pecho que no daba necesariamente amor, pero que era un lugar familiar en el que estar. Dios los cría...

Cojo el calcetín del cajón de la ropa interior y me pongo en la mano las pastillas que he venido escondiendo; los meses que he estado engañando a Mike. Voy al baño y las coloco en el suelo. He traído también el portátil. Cierro la puerta con pestillo para que no abran desde fuera. Miro las pastillas; creo que hay suficientes. Me siento con el portátil en las rodillas y abro una carpeta secreta que se llama:

«Tú».

Cojo algunas pastillas y me las trago con un sorbo de una botella de agua medio llena que he dejado antes en el lavabo. Veo los vídeos de cuando llegaste al juzgado en la furgoneta, con los cristales tintados, como el coche de Mike cuando yo también fui. El siguiente vídeo es del último día del juicio, el del veredicto. Doce veces culpable. El gentío aparece cuando la furgoneta que te lleva abandona el juzgado. La prensa está con las cámaras en alto. Tomo otro puñado de pastillas azules y blancas, mezcladas, y también algunas de color rosa. Le doy a la pausa cuando tu cara llena la pantalla. Después de una hora o así, a mi alrededor la habitación parece volverse de felpa y mi cuerpo parece lleno de arena. Me deslizo por la pared. Me entra una risita tonta, estoy colocada, pero no recuerdo cómo ha pasado, ni recuerdo la última vez que estuve así.

Me tomo el resto de pastillas, un buen puñado. Casi todas son de color rosa. No tendré que pensar nunca más. Bebo un trago de agua. Tengo la boca seca, como si un caracol de tiza estuviera merodeando por mi garganta. Bajo la tapa del portátil y me impulso hacia un lado del lavabo. Esta vez sí quiero mirarme al

espejo, quiero verte antes de irme, pero se me resbalan las manos y el espejo se derrite. Unos brillantes puntos de luz acuden a mis ojos como estrellas fugaces. Piensa un deseo. Anda ya. Estoy cansada, muy cansada.

Trepo a la cama, no, creo que esto es el baño. La cortina de la ducha se mueve en mi mano. Tengo que taparme, rápido, el móvil está preparado, ella hace fotos de mí, recuerda. Hay catorce azulejos en el suelo del baño, los conté la noche antes de que empezara tu juicio, cuando no podía dormir. Se me cae la cabeza sobre el pecho; es un buen sitio para descansar, cerca de una barriga llena de pastillas.

Tiran de mí. De mis piernas.

Me llevan hacia abajo.

**Sube ocho escalones. Sube otros cuatro.
La puerta de la derecha.**

*Ahora que estoy muerta, encontrarán las cosas que escondo.
Los dibujos de ti pegados con celo.
Me llamarán enferma. La hija de su madre.
También hay otras cosas.
La primera la encontré cuando estaba agachada
mientras limpiaba la habitación.
Un terrón de azúcar en el suelo. No. Un diente de leche de un niño.
Fue a mi bolsillo.
Después de eso miré, busqué. Trozos, pedazos, ropa, un objeto
de cada uno de los nueve, una obsesión que metí en mi bolsa
como una contrabandista la noche que te detuvieron.
¿Por qué guardé todo eso?
No era un tesoro de hadas que guardar bajo la almohada.
La respuesta: era mi forma de cuidar de ellos.
Jayden. Ben. Olivia. Stuart. Kian. Alex. Sarah. Max. Daniel.
Nueve cositas a las que quería ayudar.
Nunca has sabido que lo guardaba.
Nadie lo ha sabido.*

Tubos.

Tengo tubos.

Luces.

Hay luces sobre mí.

Tengo la garganta seca, obstruida, y una aguja en el dorso de la mano con forma de mariposa. Tengo la cara húmeda, me corre un pequeño reguero de lágrimas. No quiero llorar, no tiene sentido. Tengo. Miedo. No hay de qué tener miedo. No tengas miedo de nada. Ten miedo de todo.

¿Hay alguien ahí?

Unas manos frías entran en contacto con mi piel. Siento un empujoncito. Me giran. Unos dedos me abren los ojos. Siento un destello; una antorcha del tamaño de un bolígrafo me asalta las pupilas. Una voz con un fuerte acento cuenta la historia de una adolescente que ha tomado una sobredosis de fármacos y a la que han hecho un lavado de estómago. Un intento de suicidio, muchas pastillas. Y que ha sido afortunada.

Eso lo dices tú.

Unas personas hablan en un lenguaje de números y letras, de sangre y de cosas, de cosas y de sangre. Alguien con una bata blanca y una carpeta de clip en las manos mira un gráfico. Hace una pausa.

Súbale la sedación, dice la bata blanca.

Me llevan hacia abajo otra vez.

La siguiente vez que recobro el conocimiento, Mike está a mi lado. Se me sale el aire del corazón como un globo que se desinfla. Parece destrozado; está encorvado sobre mi cama. No puedo hablar, he perdido la voz; he perdido algo más que eso. Le aprieto la mano y levanta la mirada.

—Milly... Te has despertado... Gracias a dios que te has despertado.

Intento contestarle, pedirle perdón por no haberme «reparado». Me odio, soy mala por dentro.

—No intentes hablar, tienes que descansar —dice.

Aprieta un botón que hay sobre mi cabeza. En mis pupilas aparecen dos signos de interrogación. Mike sabe leerme. Me cuenta una historia. Mi historia.

—Ha sido una sobredosis. No bajaste a desayunar, así que fui a ver si estabas bien. La puerta del baño estaba cerrada y tuvimos que forzarla. Te han hecho un lavado de estómago y aún estás fuertemente sedada. Hubo un momento en que

no sabíamos cómo iba a acabar esto, pero ahora sabemos que vas a estar bien.

La puerta de la habitación se abre. Me esfuerzo en centrar la vista, pero el pelo rubio la delata.

—Está despierta.

—Sí, atontada por la medicación, pero despierta.

Saskia no se acerca a la cama, se queda lejos, pero dice qué bien, me alegro, ¿deberíamos llamar a alguien?

—Ya lo he hecho. La enfermera vendrá en un minuto. ¿De acuerdo, Milly?

Asiento, pero no estoy segura de aguantar. Me pesan los párpados. Mike es una mancha. Le veo borroso. La habitación es como una barca. Me siento mareada. Una sombra, brillante, enorme, con la forma de una ballena, sale a la superficie a mi lado, con la boca abierta. Miro dentro. Ha sido un error. He cometido muchos. Ellos me miran con miedo y extienden las manos hacia mí. Salgo de la barca tan rápido como puedo, quiero salvarlos. Una voz dice: «No». Nunca le he oído hablar, pero creo que es dios, el dios en el que no creo. Se ríe, de forma dura y despiadada. El mar se embravece y no puedo llegar hasta ellos. Son nueve, si los cuento. Se llevan las manos a la cabeza, saben lo que les espera. La ballena cierra la boca, se sumerge de nuevo y desaparece de la vista. Me empujan de nuevo hacia la luz de la habitación, que es demasiado brillante. Una enfermera habla con Mike y Saskia; vengan conmigo, ha venido June. La siguiente vez que abro los ojos Phoebe está ahí. ¿Es ella? Sonríe a la cámara, cara de perro. No, por favor, no. Mi voz es un susurro, es una extraña para mí. Demasiado tarde. Un flash me ciega. Eres clavada a tu madre. Cierro los ojos, y cuando los vuelvo a abrir ella no está, nunca ha estado. Mi mente está jugando conmigo.

Hay una televisión colgada en la pared. Está puesta, pero sin volumen y con subtítulos pasando por la parte baja de la imagen, unos titulares sobre que se ha hundido un *ferry*, y durante un segundo he pensado que he visto tu cara. Hay una máquina a mi izquierda que hace un momento mostraba mi pulso tranquilo y estable y que ahora registra un sonido más fuerte por la reacción que me provocas. Trato de calmar mi respiración, pero el pitido se acelera. Cierro los ojos. Llévame abajo otra vez, por favor. Vuelvo a mirar la tele; ya se han acabado las noticias y echan un concurso donde los participantes se inventan palabras.

Intento sentarme, pero no tengo fuerza en los brazos. Adelanto en mi cabeza la conversación entre June, Mike y yo. ¿Adónde iré? La nueva familia no va a quererme ahora. No estamos seguros de querer tener a ese tipo de persona en nuestra casa, van a decir, ¿no está mejor quedándose donde está? Sí, lo estoy, me doy cuenta ahora. Quiero quedarme. Y compartir habitación con Phoebe, las dos

juntas. Por favor.

Me giro hacia la tele otra vez y tu cara llena la pantalla. Debajo hay una sola palabra, parpadeando, en letras grandes.

«Fugada».

Asientes y sonríes, como diciéndome que vienes a por mí. Oigo que alguien grita y compruebo que soy yo. Me revuelvo en la cama y se me desengancha la mariposa del dorso de la mano, y también otros tubos y cables. La máquina que me monitoriza el corazón emite una alarma, un tono apagado y continuo. El cable se ha soltado, no puede detectar el latido. Sin corazón. No. Puede. Encontrar. Mi. Corazón. Un doctor llega corriendo. Cálmate, cálmate, dice, empujándome, con las manos sobre mis hombros, hacia la cama. Mike y Saskia entran en la habitación a continuación. El doctor pide gritando que le traigan Olanzapina de cinco miligramos.

—Viene a por mí —me oigo decir.

—Nadie viene a por ti, Milly, estás a salvo.

Las nueve cositas me miran desde la esquina de la habitación con las cabezas bajas, los ojos húmedos y las bocas tristes.

Una bata blanca.

Una aguja.

Dormir.

34

Me trasladan a la unidad de psiquiatría para adolescentes. No será mucho tiempo, me dice Mike, solo un ingreso centrado en que te revisen la medicación. No será más de una semana. No ha podido mirarme a los ojos cuando ha dicho «medicación», como si hubiera sido culpa suya. Estoy segura de que está harto de dármela él.

Una enfermera monitoriza cada uno de mis movimientos; lo llaman «observación constante». Uno a uno. Una carpeta de clip cuelga en la pared exterior de mi habitación. Cada hora, en punto, aparece una nueva muesca en el papel.

Baño. Muesca. Comida. Muesca. Viva. Muesca.

¿Puedo estar sola? No.

¿Puedo navegar por internet? No.

¿Puedo irme?

Un movimiento lento de cabeza.

Esta vez juego según las reglas, incluso me tomo las pastillas que me dan; quizás me hagan dormir durante horas y así no te vea por una vez. June ha estado un par de veces. Me dijo que mi estancia con los Newmont se alargará hasta navidad, pero que después me iré con una nueva familia. Le pregunto si Phoebe sabe lo que ha pasado. No. Cree que has tenido apendicitis, Mike le dijo que había habido ciertas complicaciones pero que estarás pronto en casa.

¿Cómo lo hará, me pregunto, cómo contará a todo el mundo quién soy?

La chica de la habitación de al lado también me visita. Siempre lleva arrastrando un conejo de peluche. Prozac, esta es Milly. Milly, este es Prozac. ¿Por qué se llama Prozac?, le pregunté. Ella se rio y me contestó con voz cantarina: «Mi psiquiatra también me lo pregunta». Ayer vino a mi habitación, se quedó a un lado de mi cama acariciando la punta de las orejas del conejo y dijo: «Le digo a mi psiquiatra que le llamo Prozac porque me hace sentir bien».

Josie, sal de la habitación de Milly, por favor, dijo una de las enfermeras.

Date prisa, dijo, dame la mano. Me cogió un dedo y lo guio hacia un agujero en el conejo; otra barriga llena de pastillas. «Pero es porque al conejito también le gusta el Prozac», dijo, guiñándome un ojo y haciendo piruetas al salir de mi habitación.

Son unas pastillitas azules, regalo de los dioses, o de los psiquiatras que las recetan, que creen ser dioses. Quiero decirle a Josie que se las tome, que haga lo

que le dicen, pero yo solía ser como ella y las escondía. Tómatelas, no te las tomes; el placebo que te duerme lentamente es el Obecalp. Diez miligramos de Obecalp para la chica de la habitación cinco, por favor. Aprendí enseguida en el primer hospital que estuve. Me hice experta en el lenguaje que usaban para intentar confundirnos. Al echar la vista atrás, quizá sí que era yo la confundida, porque después de casi una semana aquí, de tomarme las pastillas y de hablar con las enfermeras, me siento mejor.

Casi bien.

La reunión anterior a mi salida ha sido hoy. Han venido Mike y Saskia, y también June. En este tipo de reuniones en psiquiatría se coloca a la gente en un círculo, por lo que te sientes parte del grupo y no el paciente. Tampoco voy con el pijama del psiquiátrico. Somos todos iguales. Lo que decide si estás loco son tus palabras, pero no quiero escucharme, así que me he centrado en contar a los médicos que me sentía segura. Cuando me preguntan cuánta seguridad siento, del uno al diez, respondo: «Nueve: estoy trabajando con el diez». Las sonrisas alrededor de la mesa dan muestra de que les ha gustado mi chiste.

La sobredosis se atribuyó a un estrés retardado a causa del juicio y a la falta de sueño. No tenemos que centrarnos en eso, vamos a avanzar, le ha dicho la enfermera jefa a Mike; esto no ha sido culpa de nadie. Me conceden el alta, puedo irme a casa el viernes 25 de noviembre, una semana antes de cumplir los dieciséis. Voy a mi habitación y recojo mis cosas, ya sin ninguna enfermera en la puerta. Estoy viva, ya no hay que hacer muescas en la carpeta de la pared. Un chico al que he visto alguna vez entra en mi habitación corriendo hacia mí y me empuja contra la pared. Tiene saliva en los labios —un efecto secundario de las pastillas; no es una sensación agradable cuando estás intentando ponerte bien—. Me dice que también van a por mí los hombres que entran en su habitación por las noches. Susurra y mira tras él. No los dejes entrar, dice. Incluso con esos labios llenos de saliva y esos ojos de loco, fantaseo con besarle y decirle que de todos modos me estoy muriendo. ¿De qué?, me preguntaría, ¿te han hecho algo? No lo sé, contestaría yo, creo que de algo que me pasó hace tiempo. Quiero decirle que no van a ser unos hombres los que vengan a por mí por las noches.

Que vas a ser tú.

¿Cuánta seguridad sientes ahora?

Uno en una escala de uno a diez. Quizá dos.

Ayer Mike canceló sus citas del sábado y se tomó el día libre. Nos hizo tortitas con beicon y sirope de arce para desayunar. Comimos todos juntos, y por una vez fue todo bien. Phoebe parecía feliz, sonreía. Un destello de esperanza brilló en mi interior: quizá ha decidido abandonar la idea de que tengo algo que ver contigo, o quizá lo sabe y lo siente por mí y quiere que las cosas funcionen entre nosotras. Saskia y ella se fueron por la mañana de compras. Mike parecía complacido. Las cosas simples de la vida.

Ahora Mike supervisa mi medicación muy de cerca. El personal del hospital le advirtió de que me diera las pastillas con una bebida caliente y que me hiciera quedarme en mi habitación el tiempo suficiente para que el calor del líquido haga que se me disuelvan los fármacos en la sangre. Y lo hace, lo cual está bien. Quiero que sepa que puede confiar en mí. Quiero quedarme.

Cuando Phoebe y Saskia se fueron, hicimos una sesión de terapia. Mike me preguntó que de qué me gustaría hablar. Quise decirle que estuve casi toda la semana en el hospital pensando en lo que Phoebe sabe y en lo que puede hacer con ello. Pero en cambio le hablé de mi estancia en el hospital, de que mi cama era como un barco y de la ballena que nadaba por debajo. Le conté que me había imaginado que salía tu foto en la tele con el titular «Fugada». Me explicó que fueron los sedantes que me dieron, que pueden hacer que tengas alucinaciones. También dijo que quería que acudiera a él si me sentía insegura en algún momento, que no me reprimiera. No queremos que acabes en el hospital otra vez, ¿vale?

Al final de la sesión, me tendió un sobre. Lo abrí: era una tarjeta de la señora James. Mike me explicó que él también, y no solo Phoebe, le había contado a todo el mundo que había tenido apendicitis, y que no vio necesario informar a la escuela de todos los detalles de lo que había pasado, dado que se acercaba el final del trimestre. Me preguntó si creía que estaría preparada para volver el lunes. Sí, le dije, me gusta mucho Wetherbridge, es el mejor colegio en el que he estado. Soy consciente de que la señorita Kemp lo sabe todo, dijo Mike; la señora James me escribió un correo. Pero no debes preocuparte, no se lo contará a nadie. No, pensé, pero tu hija puede que sí.

Hoy, Mike y yo decidimos dar un paseo por un mercadillo. De camino, me cuenta que ha enviado un correo invitando a gente a merendar en casa el sábado

por mi cumpleaños, que se dejarán caer unos cuantos. «Buena gente», dice. Se lo he agradecido, pero me pongo a pensar en cómo habría sido mi decimosexto cumpleaños si hubiera estado contigo.

Compramos un chocolate caliente en un puesto y la mujer que nos lo sirve me pregunta si tengo ganas de que llegue navidad. Sí, le digo, pero antes es mi cumpleaños. Mira a Mike: intenta adivinar mi edad. Mirando a tu padre, diría que vas a hacer diecisiete. Casi, sonrío, voy a hacer dieciséis. No me ha importado que se equivocara, porque cuando ha dicho «mirando a tu padre», Mike no la ha corregido. Voy a sonreírle, pero veo que mira hacia otro lado: no ha oído lo que ha dicho la mujer.

Después de llegar a casa escribo a Morgan para saber si va a venir más tarde. No me dejaban el móvil en el hospital, así que cuando me dieron el alta tenía montones de mensajes suyos. Ella también cree que ha sido apendicitis, y espero que no me pida que le enseñe la cicatriz. Tengo muchas ganas de verla para asegurarme de que está bien. La casa está tranquila el resto de la tarde. Phoebe está fuera, probablemente en casa de Izzy, y Saskia está echándose una siesta. Mike está en su despacho, poniéndose al día con el trabajo, ha dicho. Escribiendo sobre mí, quizá.

Intento dibujar, pero no puedo concentrarme. No puedo evitar pensar en Phoebe. No está en su naturaleza dejar pasar las cosas, ni está en su naturaleza intentar entender las cosas. Me gustaría poder ir a su habitación y leer sus correos, pero es demasiado arriesgado con Mike en la casa. Estaba contenta ayer en el desayuno, sonreía. No es porque yo haya vuelto, por supuesto que no. Es porque está tramando algo.

Estoy asustada. Echo de menos a la enfermera haciendo muescas en la carpeta de la pared y a Josie haciendo piruetas por mi habitación. No quiero estar sola. Me siento derrotada. Tiemblo. Quiero contarle a Mike que estoy preocupada por lo que Phoebe ha descubierto, pero no sé cómo hacerlo. No quiero que sepa que he roto las normas de casa al entrar en su habitación.

No sé qué voy a decirle, pero de todas maneras voy a su despacho. Me dijo que acudiera a él en cualquier momento que lo necesitara. Estoy a punto de llamar a su puerta, con la mano suspendida en el aire, cuando le oigo hablar con alguien por teléfono. Bajo la mano y pego la oreja a la puerta para oír la conversación: planes para navidad y Año Nuevo, y luego le oigo hablar de mí.

—Por supuesto que tienes razón, June, Phoebe es la prioridad, sin duda. Y siento que hayamos cambiado de idea, pero ahora que Milly ha vuelto, me doy cuenta de que tenerlas a las dos aquí es demasiado. Para ser sincero, haber apoyado a Milly durante el juicio, y con todo lo que ha pasado recientemente, me ha pasado factura. A todos. Me gustaría recuperar un poco la normalidad.

Hace una pausa para oír lo que dice June.

—Sí, estoy de acuerdo, es muy pronto para decírselo, demasiado pronto después de la sobredosis, pero estoy seguro de que lo encajará bien cuando se lo diga. Pondré cuidado.

Me aparto de la puerta. Ya no tengo ganas de decirle nunca más que estoy asustada. Me dijo que no reprimiera nada, pero ¿cómo puedo hablar con alguien que sé que no quiere que yo esté aquí?

La aparición de Morgan en el balcón hace que reaccione. ¿El hogar de uno es un sitio o es una persona? Nos sentamos en la cama, y ella me pregunta por cómo estoy. No me pide que le enseñe la cicatriz. Yo también le pregunto que cómo está; tenía heridas la última vez que la vi, aunque ahora ya no tiene los labios hinchados ni el rasguño de la frente.

—Tu libro favorito era *Peter Pan*, Mil, ¿no?

—Sí.

—Es que también es la película favorita de mi hermana. La vimos la semana pasada. ¿Sabes cuando Peter le regala una cosa a Wendy para darle las gracias? Pues yo te he traído algo.

Saca algo del bolsillo y me lo tiende. Es un pequeño relicario de oro, parecido a los que he visto en los puestos de antigüedades del mercadillo. Lo abro; no hay ninguna imagen dentro.

—He pensado que a lo mejor un día puedes poner una foto mía y una tuya al lado.

Ambas sonreímos, y me doy cuenta de cuánto significa Morgan para mí y que no tengo que hacerle daño para mantenerla a salvo. Lo está haciendo bien tal y como es. Se tumba en la cama y le pregunto si puedo dibujarla. Quiero empezar una nueva serie de retratos, una cuyos rostros no tenga que difuminar.

36

Encontré mis dos primeros días de vuelta a clase difíciles, el ruido del comedor más alto y los choques en el pasillo más fuertes. Y aún tenía el miedo que no se iba de que Phoebe lo difundiera. He intentado por todos los medios mantenerme fuera de su vista, esperando, como por arte de magia, que se olvide de quién soy. De quién cree que soy. La espera es peor, es peor no saber por qué todavía no se lo ha contado a nadie.

Hoy, cuando terminan las clases, voy a las taquillas para recoger mis cosas y está ahí con Marie, que le propone ir al Starbucks. Phoebe dice que no, que tiene que hacer cosas en casa.

—Pero me voy contigo si me das un minuto, tengo que leer un correo.

Sonríe al mirar la pantalla de su móvil.

—¿De quién es? —pregunta Marie.

—De nadie —contesta, mirándome de soslayo—. Solo es algo que he planeado para mañana.

No pudieron recomponer a Humpty Dumpty.

De camino al salón de actos, le escribo un mensaje a Mike para recordarle que estaré ayudando a montar el escenario para la obra hasta las siete. Contesta diciendo que no me preocupe, que él y Saskia van a estar en su oficina brindando por el final de la reforma. Me centro en pintar y montar el escenario, y a mitad de la tarde me ofrezco para ir a comprar algo de picar para todos al quiosco que hay al lado del colegio, ya que nos irá bien un chute de azúcar. Me doy cuenta, cuando terminamos justo después de las siete, con buena parte del escenario montada, de que lo he pasado bien, de que ha sido una buena distracción.

Salgo con MK, y le digo que he empezado una nueva serie de retratos. Se muestra contenta. Es hora de avanzar, dice. Sí, estoy de acuerdo. Y lo estoy.

—¿Vas bien tú sola a casa? —pregunta.

—Claro, gracias, vivo supercerca.

—Muy bien, te veo mañana, Milly.

—Adiós.

Estoy a mitad de camino a casa cuando me suena el móvil. El nombre de Mike aparece en la pantalla, y cuando contesto, dice:

—¿Dónde demonios estás?

—Estoy de camino a casa, he estado...

—No vengas a casa, ¿me oyes?

Tiene la voz forzada, tensa, muy distinta de su tono normal.

—Ve a casa de Valerie, la vecina, y quédate ahí hasta que yo te lo diga.

—Mike, me estás asustando, ¿qué ha pasado?

—Haz lo que te digo. No vengas a casa, ¿me oyes?

—Sí.

Según me acerco a casa, todo parece normal. No quiero ir a donde Valerie, pero esta me está esperando en el camino de acceso, y me mete prisa para que entre con ella.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. Mike me ha asustado.

—No estamos seguros del todo por ahora, pero no va a pasar nada. Entra, hace frío.

Cada vez que he oído esas palabras —«no pasa nada»—, nunca ha sido así.

No pasa mucho tiempo. Primero oigo las sirenas, a todo volumen hasta que paran al llegar a nuestra casa. Valerie me lleva al salón, que da al jardín, no a la calle, y me pregunta si quiero beber o comer algo.

—Quiero ir a casa, quiero saber qué está pasando.

—Ahora mismo no, corazón.

No consigo ir a casa al menos durante dos horas más. Valerie pone la tele y se esfuerza en parecer normal, relajada. Pero cuando David, su marido, llega a casa, sé, por la mirada que intercambian, que las noticias son malas. Muy malas. Suena el timbre de la puerta y David va a abrir. Le oigo hablar con Mike y le trae al salón. Cuando le veo, comienzo a llorar porque tiene la camisa manchada por delante, y sé qué clase de mancha tiene ese color. Baja la mirada y dice con voz monocorde:

—Debería haberme cambiado, no lo he pensado.

Su tono de voz es bajo y hay miedo en su cara. Está envejecido. También verá el color rojo ahora, será miembro del mismo club que yo.

—Valerie, vamos a dejarlos un momento —sugiere David.

—Por supuesto, tomaos el tiempo que necesitéis.

Cierran la puerta tras ellos. La atmósfera del salón es de gravedad. El ambiente está cargado. Mike se sienta a mi lado. Veo que le tiemblan las manos. Normalidad, es lo que ha estado deseando, según la conversación con June.

—Estoy asustada, Mike, ¿qué está pasando? Dímelo, por favor.

No puede formar las palabras. Empieza y para. Su boca se esfuerza por dejar salir algo horrible que debe soltar. Finalmente dice:

—Ha habido un accidente, un terrible accidente.

Se tapa la cara con las manos, que también están manchadas. Quiero tocarle, pero no quiero que eso me ensucie.

—¿Qué quieres decir?

No responde al principio. Mueve la cabeza y mira hacia la alfombra que tenemos bajo los pies. Parece incrédulo, como el detective al que le conté mi historia la primera vez. Mike se quita las manos de la cara, pero se vuelve a poner una mano en la boca inmediatamente después de decir su nombre, hiperventilando. Para él es fácil tranquilizar a otros, es su trabajo, pero cuando es él quien debe calmarse, es otra cosa.

—¿Qué accidente? ¿Ella está bien?

Respira penosamente. Se lleva una mano a la corbata e intenta aflojársela. Quiero decirle que eso no ayudará, nada lo hará.

—No, no está bien —dice.

Pero no dice que está muerta, a pesar del rojo de su camisa. Mucho rojo.

—¿Qué quieres decir con que no está bien? ¿Puedo verla? Quiero ver si está bien.

Se tira del pelo, se tira de la camisa, no deja las manos quietas. Todavía puede sentir la forma de su cuerpo. Empieza a mecerse y a murmurar para sí mismo.

—Mike, por favor, háblame.

—Se ha ido, se la han llevado, la policía está en casa.

—¿Adónde se ha ido?

Se gira para mirarme y me pone las manos, como garras, en las rodillas. El «no tocar a Milly» se ha ido al garete. Quiero apartarme y cerrar los ojos. No quiero ver su mirada cuando dice lo que creo que va a decir a continuación.

—Está muerta, Milly. Mi Phoebus está muerta.

Entonces empieza a llorar, quita las manos de mis rodillas y se abraza el cuerpo. Con los brazos cruzados sobre el pecho, empieza a mecerse de nuevo.

—No entiendo nada, la he visto en el colegio cuando ha sonado el timbre.

Se levanta de repente. Se mueve para alejar de sí el horrible sentimiento que tiene. Eso también me ayuda a mí. A veces. Va hacia la chimenea y vuelve, mientras masculla y murmura cosas. Se pasea por el salón durante mucho rato y entonces se para y me mira como si de repente se hubiera acordado de que hay alguien más con él. Se me acerca y se pone de rodillas ante mí, con el inquebrantable sombrero de psicólogo puesto. Con los pies en el suelo. Sabe desempeñar ese papel, así es más sencillo, más cómodo que estar en el otro lado del dolor.

—Lo siento, Milly —dice—, lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

—Ya has pasado por mucho.

Entonces se derrumba y solloza de forma atroz. Cada vez que respira le supone un esfuerzo. Empiezo a llorar yo también. Su pena invade el espacio a mi

alrededor. Intento decirle que no va a pasar nada. De alguna forma, no pasará nada. Alargo una mano y le toco la cabeza. Parece que funciona, ya que deja de llorar con tanta fuerza. Se pone en cuclillas y empieza a masajearse las sienes y a deslizarse los dedos por el pelo dos, tres veces. Respira a bocanadas, inspirando por la nariz y expirando por la boca.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

—Creemos que se ha caído, la policía está investigándolo.

—¿Que se ha caído?

—No puedo entrar en detalles, Milly. Por favor. Ahora no.

—¿Dónde está Saskia?

En el infierno, supongo que sería su respuesta si pudiera decirlo en alto, si pudiera él también ir allí. Su aliento huele a whisky cuando habla. Ha dicho que no puede entrar en detalles, pero no puede evitarlo. Ha entrado en bucle, como si tuviera un disco rayado en la cabeza. Su móvil estaba en el suelo a su lado, dice. Le dije que no se sentara ahí arriba, que un día se caería. Nunca me escuchó. Nunca escuchaba nada, joder. Empieza a llorar otra vez y se tapa la cara.

—No es culpa tuya, Mike.

Oigo el timbre de la puerta y voces. Llaman suavemente a la puerta del salón. Valerie entra y dice lo siento, pero la policía quiere hablar con Milly, dicen que podéis ir a casa si quieres. Mike asiente y se empuja con las manos para levantarse del sofá; las piernas no le sostienen bien. Valerie se va diciendo que nos espera en el recibidor.

—Debemos ir —dice Mike.

—Tengo miedo. ¿Qué me voy a encontrar?

—No verás nada. Han puesto una lona donde ella...

Va hacia la ventana, apoya una mano en el cristal, mira al jardín y se recompone. Lo intenta. Se gira hacia mí y dice «Tenemos que ir». Cuando salimos del salón, Valerie y David nos están esperando. Ambos dicen cuánto lo sienten y que si hay algo que puedan hacer, que los llamemos, no importa a qué hora. Mike asiente.

Lo primero que veo en el camino de acceso son dos coches de policía. No hay ninguna ambulancia, Mike ha dicho que ya se había ido. Cuando llegamos a la puerta de entrada, no quiero entrar.

—No sé si puedo, Mike.

—Tenemos que entrar. Estaré contigo todo el tiempo.

Un grupo de agentes uniformados están en el recibidor. Mike me presenta como su hija de acogida. Uno de ellos asiente y dice que Steve está esperando en la cocina. Habrá que poner baldosas nuevas en el suelo. Me apoyo en Mike al andar.

—No pasa nada —dice, con una mano en mi espalda. Pregunto otra vez por Saskia.

—Los de la ambulancia le han puesto una inyección para tranquilizarla, está en nuestra habitación.

Otro agente está sentado a la mesa y se levanta cuando entramos.

—Tú debes de ser Milly. ¿Te parece bien si te hago unas preguntas? Entiendo que debe de ser un shock terrible para ti.

—¿Puedo quedarme con ella? —pregunta Mike.

—Por supuesto. No tardaremos mucho, es pura rutina, nada más. Por favor, siéntense.

Abre el cuaderno que tiene ante sí y le quita la capucha a un bolígrafo.

—¿Puedes decirme cuándo viste a Phoebe por última vez?

—En el colegio, al final de las clases. Debían de ser las cuatro.

—¿Cómo te pareció que estaba?

—Normal, supongo. Estaba con el móvil en la mano.

—¿Sabes si se estaba comunicando con alguien?

—No, estaba leyendo un correo. Parecía emocionada por algo.

El agente toma nota.

—¿Y te dijo por qué estaba emocionada?

—No.

—¿Te dijo si se iba derecha a casa?

—Creo que sí, sí. Dijo que tenía cosas que hacer.

—¿Os dijisteis algo más?

—La verdad es que no, no. Yo tenía una reunión. Estoy montando el escenario de nuestra obra.

—¿Y ahí es donde has estado esta tarde? —pregunta.

—Sí, éramos unas quince, y una profesora, la señorita Kemp.

Toma nota.

—¿A qué hora has salido del colegio?

—Salí con mi profesora justo después de las siete. Entonces ha sido cuando me ha llamado Mike.

El agente mira a Mike, que asiente para confirmar que lo que he dicho es correcto. Su cara parece envejecer a cada minuto. El interrogatorio termina cuando el agente cierra el cuaderno y le vuelve a poner la capucha al bolígrafo. La gente y sus detalles.

—Siento su pérdida. Creo que hemos acabado —dice.

Se queda quieto varios segundos, como una reacción educada a lo que ha pasado. No es la primera vez que ha tenido que pasar por esto. Al levantarse, arrastra la silla por las baldosas. Mike se encoge: cada ruido lo siente

amplificado.

—¿Se van a quedar esta noche? —pregunta el agente.

—Seguramente, dependiendo de cómo se encuentre mi mujer. Le han puesto una inyección.

—¿Quiere que venga un equipo de limpieza? No será un trabajo perfecto a estas horas, pero al menos lo dejarán arreglado por esta noche.

—Si pudiera ser, se lo agradecería —contesta Mike.

Me tapo los ojos al pasar junto a la lona. Mike me dice que me quede en mi habitación hasta que él diga lo contrario.

—Si Saskia se despierta, iremos a un hotel a pasar la noche. Si no, será lo primero que hagamos mañana.

Tengo tres mensajes de Morgan preguntándome si estoy bien y por qué hay coches de policía en casa. Le contesto que estoy bien pero que Phoebe no, que ha muerto, que se ha caído por la barandilla de la escalera. Joder, contesta al instante, era una bruja, pero no le desearía eso a nadie. Los accidentes son lo peor.

Sí, contesto.

Lo peor.

Hemos estado en un hotel toda la semana pasada. Rosie, en una residencia canina. La casa ya no parece un hogar, el mármol del descansillo necesita una reparación. Hay que cambiarlo. Han limpiado la zona a conciencia. No puedo evitar imaginar cómo debieron de reaccionar Mike y Saskia cuando encontraron el cuerpo sin vida de Phoebe. Apuesto que Saskia cayó de rodillas, gritando, y Mike a su lado. Con pasos urgentes, corriendo, debió de acercarse al cuerpo de Phoebe para comprobarle el pulso. Por eso tenía la camisa y las manos manchadas. Debió de derrumbarse en el suelo y estrujar el cuerpo de Phoebe contra el suyo. Saskia debió de quedarse muda después del shock.

Me preocupan los dos. El foco de su pena brilla las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Mike se mueve de forma más lenta de lo normal. Cada paso le recuerda lo que vio. Es quien tiene las pastillas, tanto las de Saskia, si consigue levantarse de la cama, como las mías, alineadas cada mañana. Ella se toma todo lo que Mike le da y extiende la mano para tomar más. Ha dormido todo el día, me dijo Mike cuando volví el primer día que fui al colegio después del accidente. Me obligué a ir para dar un sentido de normalidad a mi vida. Creía que estaría aliviada de escapar, pero solo quiero estar con ellos. Mike también lo percibe, dice que les viene bien cuando vuelvo del colegio cada día.

Por la noche, a través de la pared, oigo llorar a Saskia en su habitación del hotel, contigua a la mía. Es un ruido constante, como el de un niño. Eso es lo que hace la pena: te envejece a la vez que te hace pequeño, te lleva a un estado en el que quieres que te mimen y te protejan del mundo. Ayer nos dieron vía libre para que pudiéramos volver a casa. No hace mucho habría ido directa a mi habitación, habría sacado un dibujo tuyo y habría trazado el contorno de tu cara, pero ahora no. Paso todo el tiempo que puedo con Mike, preparándoles bebidas calientes, poniéndoles cosas de picar y cuidando de Rosie. Siendo útil. A Sevita le han dado vacaciones, tantas como necesite. Mike dijo que se quedó detrozada cuando la llamó el día después de que ocurriera todo. Dijo que Phoebe y ella estaban muy unidas.

Ayer le oí llorar al teléfono, hablando con su padre, que vive en Sudáfrica y está demasiado mayor para viajar, y que no podría asistir a la ceremonia que se va a celebrar hoy en el salón de actos del colegio. Saskia no ha visto a nadie, no ha llamado a nadie; sus padres murieron cuando tenía veintitantos años y no tiene hermanos. Mike ha estado rescatando a chicas durante años.

Ayer hubo en casa un flujo constante de susurros, tarjetas, flores... Amigos. Enemigos. «En-amigos». He visto un marcado cambio hacia mí en el colegio, como si la muerte de Phoebe hubiera hecho evaporarse el campo de fuerza de aislamiento que se había erigido a mi alrededor. Clondine me abrazó el primer día que me vio y lloró en mi cuello. Fui al baño después para lavarme la piel de sus lágrimas.

Cuando llegamos hoy al salón de actos, nos encontramos con un mar rosa, el color favorito de Phoebe. Sombreros, faldas, una boa de plumas... Una gran reunión de mujeres en rosa. Había cientos de ojos puestos en nosotros cuando fuimos a la parte de delante. Me las arreglé en el juzgado, pero de algún modo me siento peor con esta multitud.

La señora James habla sobre los logros de Phoebe y sobre lo prometedor de su futuro, en el que hubiera tenido éxito en todo lo que hubiera elegido hacer. Una ola de lloros y narices sonándose llena la sala. Las chicas se apoyan entre ellas, algunas verdaderamente tristes y otras disfrutando del drama tal y como hacen las adolescentes. Después de la señora James, Clondine le dedica un poema a Phoebe. Las dos últimas líneas dicen:

«No vayas a mi tumba a llorar, no estoy ahí;
no he muerto».

Mike sube al escenario y agradece al colegio el apoyo. Me deslizo a su silla para estar cerca de Saskia. Tiene los ojos vidriosos como los de una muñeca. Distantes. Perdidos. Los fármacos la ponen así. Izzy termina el homenaje tocando la guitarra y cantando *Somewhere Over the Rainbow*. Después se sirven bebidas en la biblioteca. La señorita Kemp se acerca y ofrece sus condolencias. No tiene las manos sudadas. La gente se arremolina a nuestro alrededor. Varias manos me tocan la espalda, los hombros y los brazos. Me esfuerzo en no apartarme. Qué terrible accidente, dicen. Sí, contesto. Terrible.

Justo antes de irnos, la madre de Izzy se nos acerca. Es pequeña y francesa. Mala. Ahora sé de dónde viene su hija.

—Los caminos del señor son inescrutables —dice—. Es una tragedia absurda. Mike asiente y ella se gira para mirarme.

—¿Has disfrutado de este tiempo en Wetherbridge?

«Has disfrutado». Tiempo pasado.

—He oído que vas a trasladarte a otro sitio en breve. Me lo contó Sas antes de que ocurriera esto.

Saskia no dice nada. Le ha comido la lengua el gato, o son las pastillas que

engulle a diario.

—Bueno —dice la madre de Izzy—, *quelle bonne nouvelle*. Es una noticia estupenda.

Besa a Mike y a Saskia y a mí me ignora. Cuando se va, Mike se disculpa. Asiento y trato de parecer valiente, pero a mi alrededor unos angelitos alzan sus trompetillas por Phoebe, no por mí.

Después de la ceremonia del colegio, Mike y Saskia fueron al funeral de Phoebe. Fue un servicio íntimo, solo con la familia y los amigos más cercanos. Mike me dejó en casa de Valerie. Dijo que era mejor que yo no fuera, que Saskia y él necesitaban su tiempo para despedirse. Dije que lo entendía, pero me disgustó que él todavía no me vea como familia. Sé que es egoísta pensar así, pero no puedo evitarlo. Es como si me hubieran puesto la miel en los labios pero luego... ¿Qué más tengo que hacer?

Viniste a mí en mitad de la noche; fue la primera visita en semanas. Dijiste que ya había llegado el momento. El momento de qué, pregunté. No contestaste, pero mudaste la piel antes de irte y dejaste un pellejo de escamas bajo mi almohada. Fue tan real que ahora voy a comprobarlo.

No soy capaz de dormir. Me encuentro abriendo la puerta de la habitación de Phoebe. Su fuerte olor aún perdura, dulce y atrayente. Cierro la puerta a mi espalda. La habitación está tal y como la dejó: la mochila y las carpetas tiradas por el suelo y un ejemplar de *El señor de las moscas* en la mesilla. En su momento, Mike y Saskia tendrán que recoger sus cosas y acabar con lo que quede de ella. Abro el cajón de su escritorio, pero su portátil no está ahí. Miro al fondo del armario y en su mochila. Debió de dejarlo en el colegio, aunque apenas se lo llevaba. No me gusta que el portátil no aparezca, no me gusta cómo me hace sentir.

38

La merienda de mi cumpleaños se ha cancelado. Se suponía que iba a ser el fin de semana pasado, pero estábamos en el hotel. Por eso la hacemos hoy, el sábado anterior a que termine el trimestre. Va a ser al final una cena tranquila sin invitados, dijo Mike. Solo nosotros tres. Cuando bajo a la cocina hay un regalo en la mesa con mi nombre. Lo abro. Es un reloj con una leyenda grabada por detrás:

«Felices 16. Con amor, M&S».

Me hace sentir como si fuera un miembro de la familia.

Cuando Mike aparece, me fijo en cómo se mueve, todavía mucho más despacio que antes del accidente de Phoebe. Algunas tareas simples como llenar la tetera le requieren más esfuerzo; es el agotamiento de seguir vivo cuando alguien a quien quieres ya no está. Lleva la camisa mal abrochada, pero no tengo arrestos para decírselo. Le cojo la tetera de las manos y le pido que se siente. Lo hace sin protestar.

Apenas he visto a Saskia, pero siempre tiene los párpados rojos, hinchados, como los de las madres cuyos hijos te llevaste. Cómo debieron de haberse sentido sabiendo que nunca volverían a ver a sus hijos... Cuando ya he hecho una tetera, le pregunto a Mike si puedo llevarle una taza a Saskia.

—Puedes probar —dice—. Hoy va a hacer un esfuerzo por levantarse.

Le llevo el té a su habitación. Llamo a la puerta, pero no responde. Llamo de nuevo y esta vez dice: «Pasa». La habitación está a oscuras, solo entra una franja de luz del exterior desde la ventana del baño. Todo está en calma. Hay mucho polvo. Está aún más delgada. Ya no ve a Benji. Ya no ve a nadie.

—Te he hecho un té.

Asiente, pero no se mueve de donde está sentada, en el borde de la cama.

—¿Te lo dejo aquí?

Asiente de nuevo y dejo la taza en el tocador. Se le llenan los ojos de lágrimas. La amabilidad duele más cuando estás destrozado.

—Lo siento, no he debido molestarte.

Se enjuga las lágrimas y sacude la cabeza.

—La casa está tan silenciosa sin ella... Es una estupidez, yo solo quería paz, y ahora que no está solo la quiero a ella.

No digo nada, aún no. He estado leyendo artículos en internet sobre qué hacer, sobre cómo ayudar a la gente que sufre. Con pequeñas cosas, como poner

comida caliente en la mesa o sacar la basura; estar visible, pero no ser intrusivo, y dejarlos hablar cuando quieran hacerlo.

—La echo de menos, echo de menos incluso cuando me odiaba. No digas que no lo hacía, todos sabemos que no soy buena madre.

Desliza los dedos por los bordes del collar con su nombre. Oro. Sonríe un poco con un gesto triste. Como asumiendo las cosas. Tira con fuerza de la cadena, que se rompe. Le cuelga de los dedos antes de caerse al suelo.

—Nunca lo hice bien con Phoebe, nunca hice bien nada.

Me siento a su lado en la cama y le cojo una mano. Le digo que creo que sí lo hizo bien, que es buena madre, y le recuerdo que me regaló la turmalina. Llora y apoya el cuerpo en mi hombro. Nos quedamos así un rato. Siento que sus lágrimas me empapan la tela de la camiseta. No me gusta, pero me quedo quieta, esperando que Mike y ella recuerden estos momentos cuando tengan que decidir adónde he de ir.

—Debería ducharme —dice.

Asiento, y al irme le recuerdo que se tome el té. Cuando veo a Mike, me pregunta cómo está.

—Se ha levantado y va a darse una ducha.

—Bien hecho, tienes más mano que yo.

—Quiero hacer lo que sea para ayudaros.

—Y lo estás haciendo, has estado tirando de nosotros. Si hubiéramos estado solos, no sé qué nos habría pasado.

Las trompetillas se alzan en una salva, esta vez por mí.

Un par de horas más tarde, llaman a la puerta de mi habitación. Es Saskia, poniendo de su parte. Lleva una bolsa en las manos. De cosméticos.

—Me gustaría maquillarte, ¿te apetece?

Asiento. Nos sentamos en la cama y se pone a hablar cuando empieza a maquillarme. Polvos compactos y un poco de *bronze*. Cada vez que su muñeca me roza la nariz, me llega un aroma tan femenino que hace que me ruborice. Apenas me toca, pero es muy íntimo. Tener un contacto visual tan cercano aún me es incómodo.

—Phoebe nunca me dejaba maquillarla, decía que no lo hacía bien. ¿Te lo estoy haciendo bien a ti?

Asiento y digo claro que sí, estás haciendo un buen trabajo, aunque no tengo ni idea de si es cierto.

—Eres muy guapa, Milly. Creo que no eres consciente de ello.

Habla y habla. Me cuenta que Phoebe fue un error, que estaba con gripe y que

olvidó tomarse la píldora durante unos días. Fue un shock. Fue un bebé difícil, no era fácil apaciguarla.

Tengo la tentación de preguntarle por Benji: si manejas un secreto de forma cuidadosa, puede ser útil, te da ventaja. Me daría ventaja que Saskia pensase que tenemos un lazo común por guardarnos los secretos, pero, por una vez, se me adelanta.

—Me gustaría que pasáramos más tiempo juntas, Milly. ¿Te gustaría a ti?

—Sí, mucho, pero puede que me vaya pronto.

—Mike y yo hemos estado hablando... La casa está tan vacía...

—¿Eso significa...?

—¿Qué?

—No importa, es que de verdad me gusta estar aquí con vosotros.

Asiente, sonrío un poco y dice:

—Mike me ha dicho que te has comprado un vestido, ¿quieres que te ayude a ponértelo?

Le pido que mejor, mientras me lo pongo, vaya a por la cámara. Que querría una foto de las dos, si le parece bien.

Mi vestido. Negro, de terciopelo, de manga larga, de falda *skater* abombada hasta las rodillas. Me pongo unas medias y unas botas negras de tacón que me compré, con la prestación social que he recibido, en Topshop, parecidas a las que he visto que llevan otras chicas. Me gustaría completar el atuendo con el collar de oro con mi nombre, pero sé que no estaría bien, así que me pongo el collar que me regaló Morgan y el reloj de Mike y Saskia, y no puedo evitar la sensación de sentirme querida.

Saskia vuelve con la cámara y con Mike al lado. Va descalza, como los niños. Parece más una hermana que una madre.

—Estupendo —dice Mike.

Pone un brazo en la cintura de Saskia, e incluso aunque ella se aparta, sé que follarán esta noche. Es un nuevo comienzo.

Para la cena de mi cumpleaños pedimos comida china y la tomamos en la cocina. Mike dice que voy muy guapa para comer en casa. Es el primer intento de decir algo simpático que le he oído desde la muerte de Phoebe. Siento que no hayamos salido a cenar, dice, pero la verdad es que no podemos hacerle frente todavía.

Hay una galleta de la suerte para cada uno, pero ni Mike ni Saskia quieren abrir las suyas. Guardo la mía para luego, para abrirla sola cuando hayamos terminado. Mike dice que tiene un correo del padre de Joe en el que Joe pregunta si podría venir a verme alguna vez. Saskia asiente y dice:

—Es un buen chico, le he visto en varias ocasiones. ¿Te parece bien, Milly?

—Sí.

Me imagino que me lleva al cine y que sus pecas palidecen cuando me besa después de acompañarme de vuelta a casa. Pero entonces recuerdo adónde conducen los besos, y deja de gustarme ese pensamiento.

Me ofrezco para recoger, y les digo a Mike y Saskia que vayan a relajarse al salón. Cuando voy a echar un vistazo, están sentados en el mismo sofá. Saskia tiene el cuerpo girado, con la espalda contra el brazo del sofá y los pies metidos entre el hueco de los cojines del medio. Mike está sentado a su lado con una mano en sus piernas.

—Pronto encenderemos la chimenea, Sas, normalmente lo hacemos en diciembre.

—No puedo creer que ya sea diciembre —responde.

Miran la chimenea sin encender, ambos pensando en lo mismo, en la misma persona. Los dejo así y subo a mi habitación. Llamo a Morgan. No la he visto mucho desde el accidente de Phoebe, ya que me he estado centrando en Mike y Saskia, en llenar su vacío y en hacer amigas en el colegio. Creo que lo estoy haciendo bien. También el ofrecerme a ayudar a recaudar fondos para la sala común de los mayores ha sido un movimiento inteligente que me ha alzado instantáneamente. Como a un fénix. Un desastre de fénix. Pero un fénix alzándose.

Cuando Morgan me contesta, me dice que no puede hacer ruido, que su hermana pequeña está dormida a su lado, y me pregunta qué he estado haciendo. No mucho, le digo, ir a clase y ayudar en casa. Te echo de menos, Mil, dice, ¿puedes contarme una historia? De acuerdo. Cierra los ojos lo primero. Le digo los nombres de las estrellas y de los planetas y le cuento que hay agua en Marte. Le hablo de las catacumbas de París, que son un cementerio de calaveras bajo tierra. Suena asombroso, dice, me gustaría ir, quizá pudiéramos ir algún día. Quizá, sí. Quedamos en vernos el siguiente fin de semana, y cuando dejo el móvil abro la galleta de la suerte. El mensaje dice:

«Si tienes algo bueno en la vida, no dejes que se vaya».

Miro el reloj de mi muñeca y pienso en que no tengo intención de hacerlo, cueste lo que cueste.

Recibimos una gran ovación por nuestra representación de *El señor de las moscas*. He hecho el papel de Phoebe, la narradora, y las chicas me dejan delante del todo al final de la obra. Has estado increíble, sal a recibir los aplausos otra vez, vamos. Miro al público y veo a Mike y Saskia aplaudiendo. Mike me mira de forma extraña; no me quita los ojos de encima. No sonrío.

Cuando ya ha terminado todo, me ofrezco para ayudar a desmontar el escenario. Clondine y yo salimos a la vez. Se para y mira hacia el cielo.

—Es tan triste...

—¿El qué?

—El viernes es el baile de navidad, el favorito de Phoebe. Le encantaban los vestidos de fiesta y ponerse el abrigo de pieles de Saskia.

Yo también digo que es triste, porque lo es.

Yendo a casa miro en el móvil las noticias de la BBC. No ha habido nada sobre ti en semanas, pero esta tarde hay un titular. Van a demoler nuestra casa y van a hacer un jardín. Con nueve árboles. Ya no vienes a mi cama, solo te despojas de tu pellejo. «Ha llegado el momento», dijiste. Ahora entiendo qué quisiste decir: que ya no te necesitaba más. Es una mezcla de alegría y tristeza. Estoy conforme, en su mayor parte, con las cosas que he hecho. Las hice por ser buena, lo prometo, incluso aunque fueran cosas malas.

He estado practicando qué decirte en caso de que volvieras.

Esto es lo que te diría.

Nunca pedí una madre que me silbara como un lobo, que se riera en mi cara cuando intentaba decir que no. Te echaría en cara lo equivocada que estabas cuando solías ponerte detrás de mí ante el espejo y decir que nadie más que tú me querría, porque creo que Mike y Saskia pueden llegar a hacerlo. Te diría: «Tenías razón, mi interior les parece diferente a todos los demás».

Y tiene una forma curiosa y retorcida.

La forma que tú me diste. La forma con la que estoy aprendiendo a vivir.

La noche de tu detención asentí hacia ti. Supiste qué quería decir. Te estaba diciendo que te abandonaba. Que estaba preparada. Pero tú no lo estabas, ¿verdad? Nunca te gustaba que terminara un juego, siempre querías seguir jugando. Aquello a lo que me hiciste jugar, lo de ir al juzgado, fue con mucho más público del que nunca tuvimos. Era tu última bala, un alarde de lo bien que me habías enseñado. No se trataba de un paseo por el parque ni de un jaque

mate, no. Era mostrar mi cara al sol. Deslumbrante. Sin sombras.

Tu voz, para mí, era como un goteo de morfina, aunque impura e incapaz de proporcionar alivio y comodidad, solo miedo y tentaciones. Estoy contenta de no oírte ya y de no verte en sitios en los que sé que no puedes estar, como en la parada del autobús del colegio.

Las cosas que hiciste, las cosas que me hiciste hacer, me rompieron el corazón.

Me rompiste el corazón.

Me rompiste.

Romper.

Tú.

Y yo.

Por eso tengo secretos, muchos.

No soy quien digo ser.

Folie à deux, locura compartida por dos personas.

Negar.

Manipular.

Mentir.

Mamá, pensaba que podía elegir.

Resulta que soy como tú.

Solo que mejor.

Ya no me interesa ser buena.

No

ser

pillada,

sí.

Sé que algo va mal al abrir la puerta de entrada a casa. Mike está ahí, en mitad de las baldosas sobre las que ella cayó. ¿Por qué está ahí cuando la semana pasada no ha sido siquiera capaz de mirar hacia ese sitio y ahora parece no importarle?

—Necesito que vengas a mi despacho. Ahora mismo —dice.

No me pide que me siente cuando entramos, solo se pone más cerca de mí de lo normal y me mira a los ojos. Creo que no le gusta lo que ve, porque se aparta y se sienta ante su mesa, murmurando para sí. Hay en la mesa una botella de whisky, a la que le falta un tercio de su contenido, y un vaso. Apura lo que queda en el vaso y se sirve más. Me quedo sentada en silencio en el sillón que ha sido mío durante los últimos meses. Y espero.

Sus palabras, cuando llegan, me hieren.

—Me advirtieron sobre ti. La gente dijo que era estúpido. Temerario, incluso. Que tenerte aquí solo causaría problemas. Pero no escuché, pensé que podría manejarlo.

Las pirañas han vuelto. El pez de la suerte, también. Empieza un nuevo juicio.

—Creía que sabía todo sobre ti. Quizá no todo, pero sí la mayoría de cosas. Creía que confiabas en mí. Yo confiaba en ti. Te traje aquí, por el amor de dios.

—Sí confío en ti, Mike.

Pega un puñetazo a la mesa y yo pego un bote. No es nada comparado con lo que solías hacer tú, pero viniendo de Mike, tan amable y comprensivo, parece algo salvaje. Brutal. Está enfadado conmigo. Su cabeza empieza a ver claro, el dolor ha sido como una niebla, una bruma que flota a un nivel bajo y oscurece el paisaje. Oscurece lo que hay de verdad.

—No me mientas —dice—. Si confiabas en mí, debiste habérmelo contado.

—¿Haberte contado qué?

Hace un pausa y da un trago de whisky. Arquea los dedos sobre la mesa, como dos tarántulas gemelas, listas para atacar.

—En nuestras sesiones, lo que decías... Era todo un revoltijo inconsistente. Era muy difícil guiarte. Odiabas que te preguntara sobre ello, intentabas no decir su nombre, pero yo sabía que pasó algo la noche en la que Daniel murió que te preocupaba más de lo que pensaba. Pero cuando te preguntaba, y seguí preguntándote, la historia siempre era la misma, y te creí. Quería hacerlo, de algún modo; habías pasado por tanto..., pero ahora ya no estoy seguro. No estoy

seguro de nada.

Sus dedos se relajan sobre la mesa. Ahora son más los de un pianista que unas patas de araña. El whisky también es una bruma que confunde la mente hasta que ya no estás seguro de lo que crees. Bebe un poco más, Mike, por favor.

—Lo que contaste al tribunal, sobre lo que ocurrió la noche que murió Daniel, ¿era verdad, Milly? ¿Tu madre mató a Daniel? ¿Lo hizo?

—¿Por qué piensas que estoy mintiendo?

—Porque estás mintiendo, ¿verdad? Mientes. Me has mentido, ¿verdad? Me mentiste cuando me dijiste que Phoebe y tú os llevabais bien.

—Y lo hacíamos.

Coge un pisapapeles de la mesa y lo estrella contra la pared. No se rompe, pero deja un desconchón en la pintura y cae al suelo con estruendo.

—Me estás asustando, Mike.

—Y tú me asustas a mí, ¿sabes?

Ahí está. La verdad. Su verdad. Siente hacia mí lo mismo que el resto de la gente. Lo mismo que siento yo sobre mí. Bajo la mirada.

—Lo siento, eso ha sido innecesario, Milly.

Toma más whisky y coloca el marco de fotos que hay a la derecha de su mesa. Siento celos y soledad cuando veo las fotos del marco. Un *collage* de Phoebe a distintas edades. Rubia, perfecta y preciosa, no contaminada como yo. Mike mueve la cabeza y sonrío hacia su hija, no de forma afectuosa, sino con remordimientos. ¿Remordimientos por qué? Ella se ha ido, pero todavía está en todas partes, en los espacios y en los huecos que se supone que ahora son míos.

Suena el teléfono de la mesa. Lo mira, pero no descuelga.

—Será June —dice—. La he llamado mientras esperaba que volvieras, pero no ha respondido. Sabrá que pasa algo, porque normalmente no la llamo a estas horas.

—¿Por qué la has llamado?

—Estoy escribiendo un libro sobre ti, Milly, ¿lo sabías? No. Bueno, pues lo estoy haciendo. Era todo sobre lo que podía pensar. Qué estúpido y arrogante...

No me dice por qué ha llamado a June, pero puedo sentir que el lugar en esta familia que he estado labrándome, manipulando, desde la muerte de Phoebe, empieza a disolverse ante mí. Estoy sobre arenas movedizas, hundiéndome.

—Puedes dejar de fingir ya, Milly. Lo sé.

Y todos los caballos y todos los caballeros del rey...

—Había estado pasando durante meses, ¿verdad? Facebook, el foro del colegio, los mensajes de texto... La policía nos devolvió el móvil de Phoebe ayer. Te había estado acosando durante meses, ¿cierto?

Sé lo que está pensando, que todo conduce a mí.

—¿Por qué no me lo dijiste? Por dios, hemos pasado juntos mucho tiempo.

—No quería preocuparte ni dar problemas. Pensé que Phoebe y yo podíamos ser amigas..., hermanas, incluso.

Abre uno de los cajones de la mesa y revuelve dentro. Mira hacia abajo y luego saca algo y se lo pone delante.

El portátil de Phoebe, lo tiene él.

—Ella pensaba que yo no lo sabía —dice.

—¿Que no sabías qué?

—Lo de Sam.

—¿Qué Sam?

—¿Me estás diciendo que no lo sabías, que no habías oído nada sobre él en el colegio?

—No, nada.

Me pregunta si estoy mintiendo. No respondo, porque sí estoy mintiendo, pero solo porque tengo demasiado miedo para contar la verdad. Las imágenes de lo que podría ser una nueva vida para mí en esta casa me impiden hacerlo. Estoy tan cerca... Si pudiera manejar la siguiente tormenta, si pudiera convencerle...

—Su padre y yo somos viejos amigos. Estudiamos juntos hace años, y mantuvimos el contacto cuando se mudaron a Italia. Los vimos este verano. Nos estábamos echando unas risas a sus espaldas, por su romance a distancia. La madre de Sam había visto algunos correos, pero no todos. No vio los que Phoebe escribió a Sam contándole sus sospechas sobre ti.

—Pero yo creía que ella no sabía nada sobre mí...

—Pues lo sabía —contesta.

Aprieta los puños y los abre. Los vuelve a apretar. Coge la botella de whisky y se sirve otro poco; se lo toma de un trago, pero no se pone más. Me gustaría que lo hiciera: sus límites y su habilidad para razonar no serán los mismos con el calor del alcohol, puedo notarlo.

—Vino a verme hace poco, diciendo que había visto algunas notas sobre ti en mi despacho mientras buscaba un libro. Intenté decirle que no era verdad, pero se disgustó mucho y dijo que siempre ponía por delante a mis pacientes. No podía mentirle más, no quería, así que se lo conté, pero acordamos que ella no diría nada, y no lo hizo, al menos en el colegio, pero sí a Sam.

—Lo siento, Mike.

—Has dicho eso muchas veces desde que te conozco. ¿Por qué lo sientes exactamente?

No espera a que conteste. La conversación es más consigo mismo que conmigo. Está intentando ordenar las cosas en su cabeza. Intenta decirse a sí mismo que no puede haberse equivocado, que no puede haberse equivocado de

una forma tan horrible.

—Ella planeaba revelar tu identidad, ¿sabes? Está ahí, en un correo que escribió a Sam, el último que le mandó después de clase el día que murió. Había comprado un móvil de prepago e iba a mandar mensajes anónimos para contarle a todo el mundo quién eras. Maldita sea, ¿cómo no vi lo infeliz que era?

—No es culpa tuya, Mike.

Asiente ligeramente con la cabeza. Pero de algún modo parece que sí es culpa mía, responde. Mira el portátil de Phoebe y luego el marco de fotos. Empiezo a llorar: me duele ver esto tan de cerca, el daño que he causado; soy una terrorista en la familia que cambia de forma en cada momento.

Cuando se da cuenta de que estoy llorando, dice:

—Normalmente eres buena ocultando tus sentimientos.

—¿Qué quieres decir?

—El acoso ha debido de ser doloroso, debe de haberte alterado mucho, de haberte enfadado. Aun así, nunca has mostrado nada de eso. Sabía que tú y Phoebe no estabais unidas, pero nunca me percaté de que fuera más grave.

Se está mintiendo a sí mismo. Lo percibe, de la misma manera que percibe que Saskia navega a la deriva. Borracha, puesta, deprimida. Repite. Borracha, puesta, deprimida. Han jodido la Ciudad Esmeralda de su hogar. Si fuera sincero consigo mismo, si fuera lo suficientemente valiente, admitiría que le venía bien no darse cuenta, no enterarse de la tensión ente Phoebe y yo. Me quería aquí, me necesitaba. El acceso a mi mente era una oportunidad de oro, una oportunidad que probablemente nunca volvería a darse. Las mujeres asesinas, como dije una vez, son algo raro.

—Te lo ocultamos, las dos.

—Debería haber sido capaz de verlo. Estaba tan jodidamente absorto con el trabajo y con...

—Con escribir sobre mí.

Asiente. Pero a qué precio, responde.

—¿Por eso te sientes mal, porque sientes que deberías haber pasado menos tiempo conmigo y más con Phoebe?

Se recuesta en su asiento, empuja su cuerpo contra el cuero. Sé lo que se siente cuando no quieres hablar pero siguen preguntándote. Nadie quiere hablar sobre las cosas acerca de las que se siente culpable.

—Phoebe te quería mucho, Mike. Se notaba.

Mueve la cabeza. Es su turno para llorar.

—Sí, te quería mucho. La noche de la fiesta de Matty Clondine me dijo que te idolatraba, que eras el mejor padre del mundo.

—¿Cómo podía serlo estando tan ocupado involucrándome en los problemas

de otros?

—Eso es lo que más le gustaba de ti. El hecho de que te preocupes y trates de ayudar.

Mis palabras le calman, como si extendieran un bálsamo en su pérdida, en su culpa. Puedo ver que el juego comienza a cambiar. Me pongo de pie, voy hacia su mesa y le sirvo otro whisky. Bebe, le digo, te irá bien. Lo hace, se ha acostumbrado a que le ayude. Los últimos días he estado trabajando mucho en ello, para hacer que tanto él como Saskia no puedan estar sin mí, no quieran estar sin mí. Me observa mientras vuelvo a sentarme. Cojo el cojín de terciopelo azul que él mismo puso en el sillón en nuestra primera sesión. Lo abrazo y me lo aprieto contra el pecho. Va a desencadenar una reacción en él, va a recordarle que todavía soy una niña, alguien que necesita amor y protección. Y una guía. Voy a activar su deseo, su necesidad de ser necesitado. El complejo de héroe se oculta bajo sus caras camisas. Orgullo. Te espera una buena caída si te equivocas conmigo.

—He dicho algunas cosas que no debía, Milly. Lo siento. Creía que lo había arreglado todo, creía que lo sabía.

¿Que sabía qué? ¿Por qué ha llamado a June?

—La señorita Kemp me ha dicho hoy que estaba muy agradecida por tu ayuda con el decorado. Ha dicho que trabajaste mucho en la última reunión que tuvisteis, que incluso saliste a comprar algo para picar para todos. Hasta hoy no he podido pensar con claridad desde la muerte de Phoebe.

—Estás cansado, Mike. Estás cansado de intentar cuidar de todo el mundo.

—Por eso he llamado a June. Quería hablarle de algo. Lo tenía claro hace un rato, pero ahora no lo sé. Creo que estaba buscando a quien culpar, y he de admitir, no sin vergüenza, que lo he pagado contigo.

Pasa los dedos por el borde del vaso, hace una pausa y me mira.

—Le pregunté a la señorita Kemp que a qué hora te fuiste a comprar. No estaba segura, ya que estaba en muchas cosas, pero dijo que solo habías tardado unos cinco minutos.

Cómo podría saberlo, es un desastre de mujer.

—¿Eso hiciste? —pregunta.

—¿Si hice qué?

Hace la siguiente pregunta tranquilamente. Despacio.

—¿Estuviste fuera solo cinco minutos?

Normalmente, solo quiere oír la verdad, pero esta vez el camino no solo lleva a mí, sino a él. Ha estado demasiado absorto y obsesionado preguntándose sobre mí, escribiendo sobre mí. El libro tiene ahora un final distinto, uno que no quiere escribir. No me invitó a tomar té, me invitó a vivir con él, con su familia. Nunca

se recobraría ni personal ni profesionalmente si se sintiera responsable o le hubieran responsabilizado de haberme juzgado mal. Lo sabe tan bien como yo. Tiene mucho que perder, y ya ha perdido mucho.

Asiento.

—Sí, fui y volví en unos cinco minutos. Fui al quiosco, el que hay cruzando la calle que lleva al colegio.

—¿A ningún sitio más? ¿No fuiste a ningún sitio más?

—No. A ningún sitio más, Mike.

Permanecemos en silencio. Me esfuerzo en mantener el contacto visual. Él lo rompe primero, se inclina hacia delante y cierra la botella de whisky con el tapón, señal de que no quiere más por ahora. Le conozco.

—Es tarde, Milly, deberías irte a la cama. Necesito estar solo.

Antes de salir del despacho me giro para mirarle. Tiene una mano sobre el portátil de Phoebe y la otra sobre la mesa con los dedos apuntando, quizá inconscientemente, hacia el teléfono.

—Mike, tienes que darme la medicación, y a Saskia también. Te necesitamos.

Sube veintiocho escalones. Sube otra planta. La barandilla de la derecha.

*Si no hubiera visto el mensaje
según llegaba en la pantalla de su móvil,
medio abandonado al lado de la tetera, en el desayuno,
mientras Phoebe estaba a la mesa,
todo habría sido distinto.*

Todo.

*«Vamos, zorra astuta, ¿qué quieres decir con “Día D”
para cara de perro mañana?», decía el mensaje.*

Enviado por: Izzy.

*Paré mientras pintaba el escenario en el salón de actos
para salir a comprar algo de picar para todos.*

Verdad.

El quiosco fue el único sitio al que fui.

Mentira.

*Corrí durante todo el camino;
cinco minutos si corres mucho,
menos si esprintas.*

*Subí las escaleras. Subí veintiocho escalones,
subí otra planta, la barandilla de la derecha.*

Ella estaba allí. Me pegó un grito cuando me vio.

Buuu.

Entró en su habitación y cerró de un portazo.

Abrí la puerta y entré yo también. Sal de aquí, dijo. Aléjate de mí.

Di un paso hacia ella. ¿Qué estás haciendo?, preguntó.

Di otro paso. Me empujó al pasar. Voy a llamar a mi padre, dijo.

No la perseguí; no quería que ella bajase corriendo las escaleras.

*Salí de su habitación. Ella estaba en el descansillo,
mitad sentada, mitad apoyada en la barandilla.*

*Su lugar seguro, desde donde disfrutaba
atormentando a su madre.*

Sus huellas digitales eran visibles en el barniz.

Transpiraba miedo, le llenaba los poros. Le rebosaba.

Estaba a punto de apretar el botón de llamada.

Estaba distraída.

Ella, yo no.

Di otro paso hacia ella.

*Cuando alguien dice que un día te vas a caer y te vas a morir,
hazle caso.*

Solo llevó un segundo.

Cayó en silencio.

Las baldosas se pintaron de un color nuevo. Su pelo, también.

Corrí todo el camino de vuelta.

Cuando llegué, llevaba para todos algo de picar del quiosco.

*Las preguntas del agente esa noche fueron pura rutina,
según dijo él.*

Ningún entrenamiento los prepara

para lo que pueden llegar a hacer los niños.

Oh, señor de las moscas.

Prometo ser tan buena como pueda.

Prometo intentarlo.

Mike.

Es un buen hombre.

Se lo he contado todo.

Bueno.

Casi todo.

Perdóname.

AGRADECIMIENTOS

A los niños y adolescentes de los que cuidé; fue un privilegio. Fuisteis más que valientes, y, sin vosotros, la idea de este libro no existiría. A las personas con las que he trabajado a lo largo de los años, por las risas, cuando tan a menudo podrían haber sido lágrimas. Quiero hacer una mención especial al equipo del YPU de Edimburgo, mi primer trabajo después de licenciarme. Cómo sobrevivimos a esos turnos de noche está por encima de mi entendimiento.

A mi agente, Juliet Mushens, por aceptarme y hacerme real. Por ser la lectora más rápida que conozco con el ojo crítico más hermoso. Eres un cohete en miniatura, una luchadora y una amiga para toda la vida. Soy muy afortunada por haberte conocido.

Quiero dar las gracias de forma especial a Sarah Manning —la organización personificada—, sin cuyas notas habría estado perdida. Y a Nathalie Hallam, por encargarse de todo con tanta facilidad. A todo el #Team-Mushens, gracias por vuestro apoyo.

A Jessica Leeke, mi editora en Michael Joseph. Animadora, ojo de lince y ancla. Me empujaste, pero siempre sosteniéndome. Me diste valor. A Ellie Hughes, mi publicista, por saber exactamente qué hacer conmigo, y por ser quien calma mi locura. A Hattie Adam-Smith por ser la fuerza divina, refrescante, aterciopelada y creativa que está tras todo el tema del marketing. Sois un equipo de ensueño. Querría hacer extensible mi agradecimiento al resto del equipo de Michael Joseph y de Penguin HQ: tanta gente haciendo tantas cosas con tanto afecto y tanto entusiasmo. Me han cobijado unas alas maravillosas. Gracias a todos.

A Christine Kopprasch, mi editora en Flatiron US, por creer no solo en este libro, sino en mí como escritora. Y gracias también al resto del equipo de Flatiron y a Sasha Raskin, mi agente en Estados Unidos.

A Alex Clarke, que se involucró en la adquisición del libro. A Karen Whitlock, por su enfoque tan sensible y tranquilo en la corrección. A Richard Skinner por decirme: «No te preocupes de nada, Ali; confía en tu instinto». Y lo hice. Este libro es el resultado.

A mi familia, con amor.

Y, finalmente, ¡a la tribu! Desperdigados por el mundo y sin los cuales nunca hubiera tenido el coraje de embarcarme en este viaje. Sois muchos, y hay mucho que agradeceréis individualmente. Por eso, colectivamente, gracias por el color, la creatividad, las aventuras y la magia que aportáis a mi vida cada día. Y por

quererme como soy, a pesar de todo. Sois completamente brillantes, sois gente especial y os quiero en igual medida. Gracias, gracias, un millón de gracias.

CONTENIDO EXTRA

SINOPSIS

Soy buena... o mala...

La madre de Milly, una chica de quince años, es una asesina en serie. Aunque Milly la quiere, la única manera que tiene de pararla es delatándola a la policía y consiguiendo que entre en prisión.

A Milly le dan un nuevo comienzo: una identidad diferente, un hogar con una familia de acogida acomodada y una escuela privada exclusiva.

Pero Milly tiene secretos, y la vida en su nuevo hogar se complica. A medida que el juicio de su madre se acerca, tendrá que enfrentarse al amor que sigue sintiendo hacia una madre psicópata de cuyo influjo, aun habiéndola entregado a la justicia, no sabe si podrá escapar.

¿Será buena... o mala? Después de todo, ella es la hija de su madre, y ya se sabe que la sangre es más espesa que el agua...

Traducida a más de veinte idiomas, *Soy buena* es oscura, irresistible, suspense psicológico en primera persona y uno de los debuts más extraordinarios, controvertidos y explosivos de 2017.

«No podía dejar de leerlo, es como si me hubieran pegado al libro con un superpegamento».

Sunday Express

«La nueva *Chica del tren*, que era la nueva *Perdida*. Se lo pueden imaginar. Este psicothriller tiene toda la pinta de convertirse en un *bestseller*».

Cosmopolitan

«Ali Land ha escrito una novela escalofriante y cautivadora. Es, sin duda, el thriller del año».

The Sun

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Después de graduarse en Salud Mental, Ali Land trabajó como enfermera de niños y adolescentes con traumas y problemas mentales en hospitales y colegios en Gran Bretaña y Australia. Actualmente es escritora a tiempo completo y reside en Londres.

Soy buena, thriller psicológico basado en la historia real de una adolescente

con una madre asesina, es su primera novela; hasta el momento se ha traducido a más de veinte idiomas.

[@byAliLand](#)



***F*OLDER ESPECIAL**

SOY BUENA...

«Más inquietante que el daño es el amor, cuando este es recalcitrante»



LA NOVELA

Una novela de ficción, una historia de guerra civil, una novela política... Alicia Eler, la autora de 'La novela'...

Opiniones de los lectores...

Formato: 16x24 cm

ISBN: 978-84-9011-111-1

Páginas: 210

Reservados todos los derechos

de reproducción sin el consentimiento

por escrito de la editorial

9 788490 111111



Libro estrella de la Feria del Libro de Barcelona 2016



LA AUTORA

Alicia Eler es graduada en Lengua y Literatura por la Universidad de Barcelona...

Actualmente es profesora de Lengua castellana y cultura clásica en Barcelona...

O MALA...

«El cerebro de un psicópata es distinto del de la mayoría. Ochenta por ciento genética, veinte por ciento entorno. Yo. Dios por diez jedidos»

«No puedo decirte la vida, pero cuando me habéis leído (y leído a los demás)...

Yonker Espinosa

«No me gusta el libro del bien, que eso lo he leído ya. Solo lo pueden mejorar. Se lo pueden mejorar. Se lo pueden mejorar...»

Caracra Polito

«El libro me ha dado una nueva perspectiva y una filosofía. En un mundo así, el libro me ha dado...»

The Sun

«Deja lo que estás haciendo y lee este libro»

Popedit

«El libro más excitante de la vida»

Una emocionante novela de suspense psicológico que te atrapará desde la primera página hasta la última»

Redesol

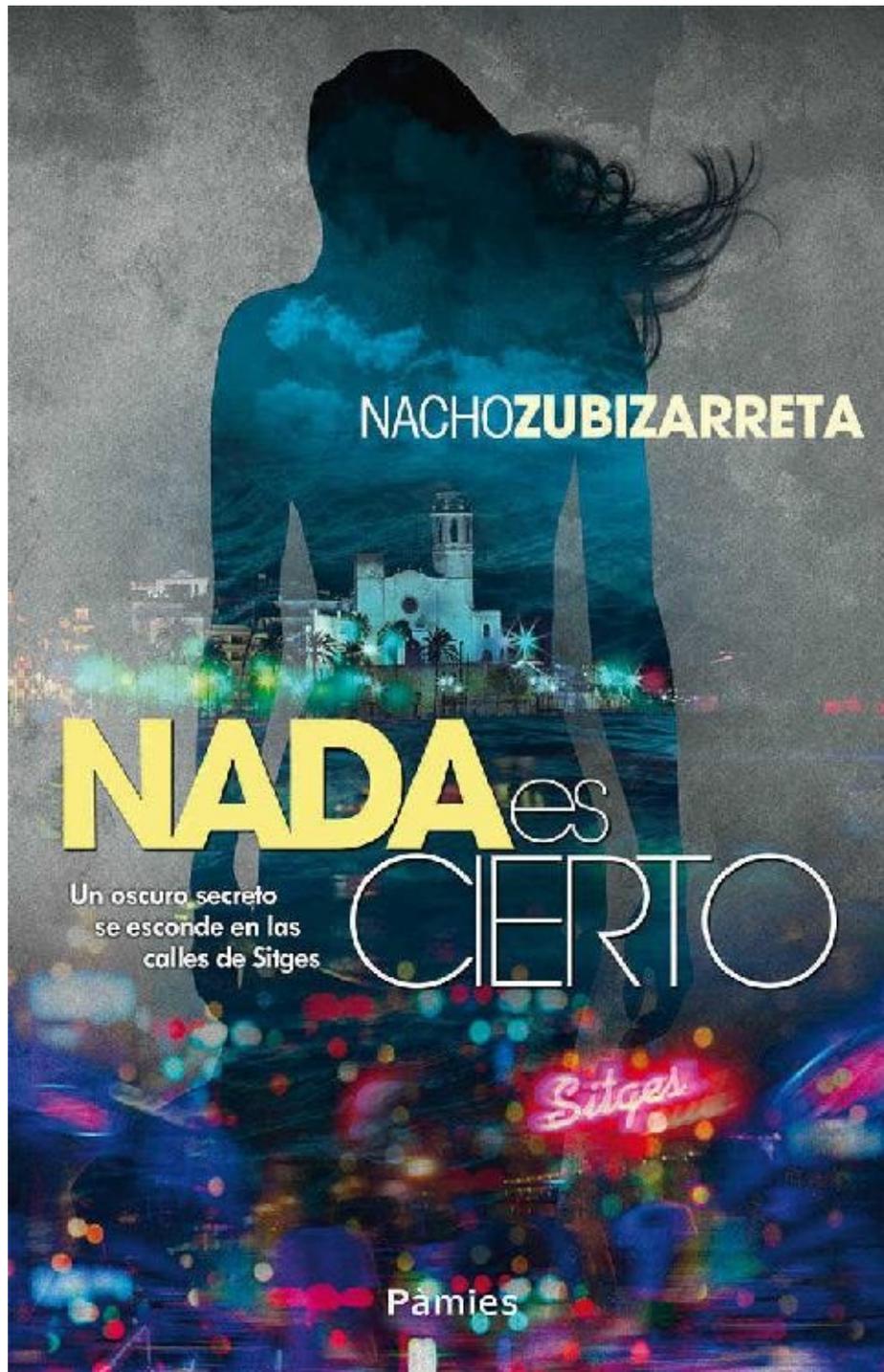
Traducida a más de 20 idiomas



© Alicia Eler. Todos los derechos reservados

NOVELA NEGRA EN PÀMIES

Disponibles en papel y en digital todos los títulos de la colección [THRILLER](#) de Pàmies. En todas las librerías y grandes superficies y en todas las plataformas digitales. Algunos de los títulos:

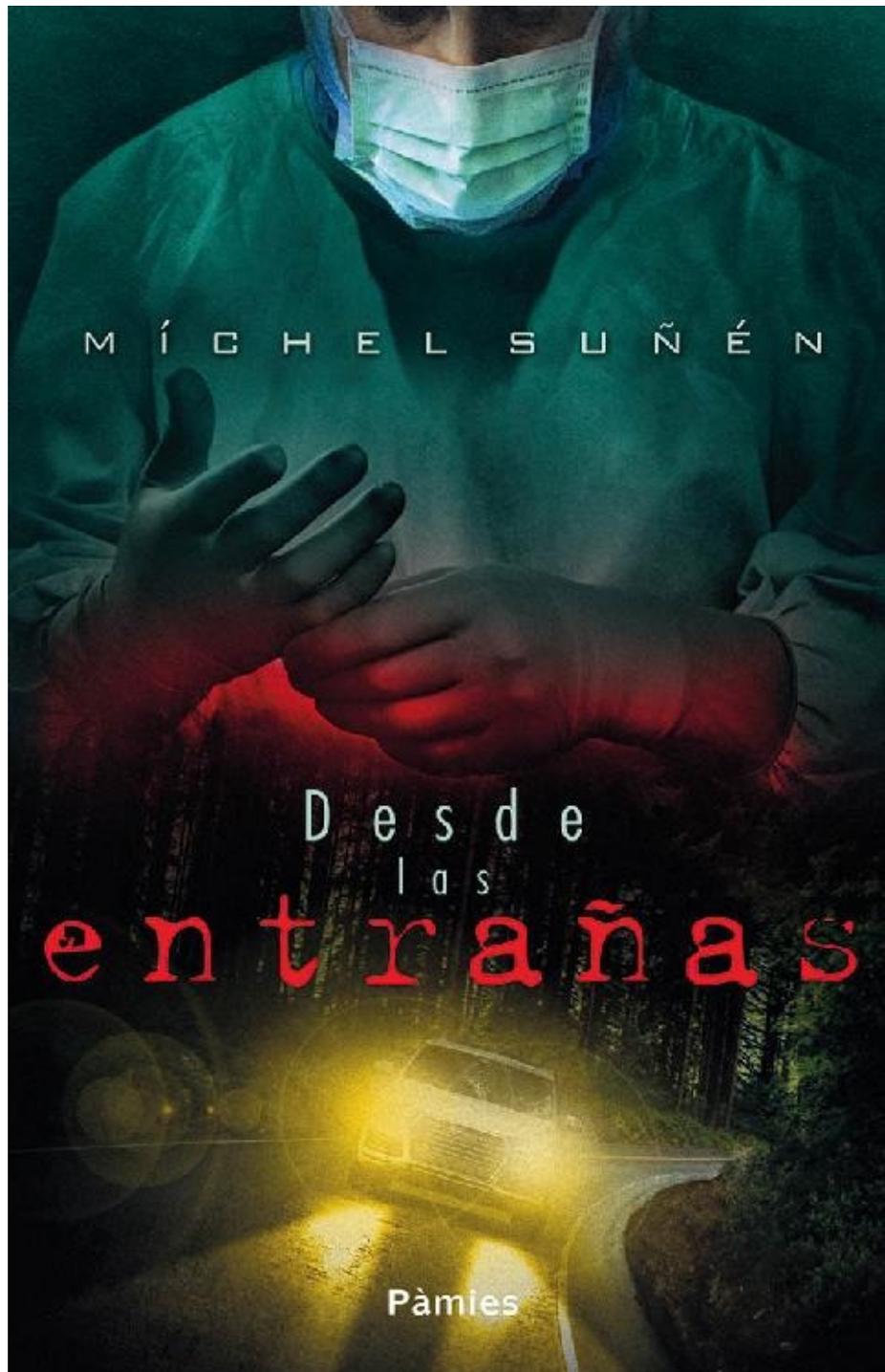


Nada es cierto, Nacho Zubizarreta

Virginia Sentmenat, matriarca de una poderosa familia catalana del cava, le encarga a Lucas Rozman, expolicía y detective privado, que investigue del robo de un antiguo y valioso collar. Las sospechas recaen en Hugo, socorrista en una playa de Sitges recientemente desaparecido y novio de Susana, la hija pequeña de los Sentmenat. Esta le suplica a Lucas que lleve el caso, ya que sospecha que algo horrible le ha podido suceder a Hugo. Finalmente Lucas acepta, a pesar de intuir que esta investigación le traerá grandes problemas.

Con la ayuda de Leonor, su madre, y de Robert *Cinderella* Danvers, drag queen trasnochado, Lucas irá desgranando los secretos que silencia la acaudalada familia. La búsqueda del misterioso collar lo llevará a descubrir el entramado de sórdidas pasiones e intereses que se esconden en las apacibles calles de Sitges. Con su vida en peligro, Lucas deberá confrontar sus propias convicciones hasta llegar a comprender que, de todo lo que había creído hasta entonces, nada es cierto.

Lee [aquí](#) el principio de *Nada es cierto*.



Desde las entrañas, Michel Suñén

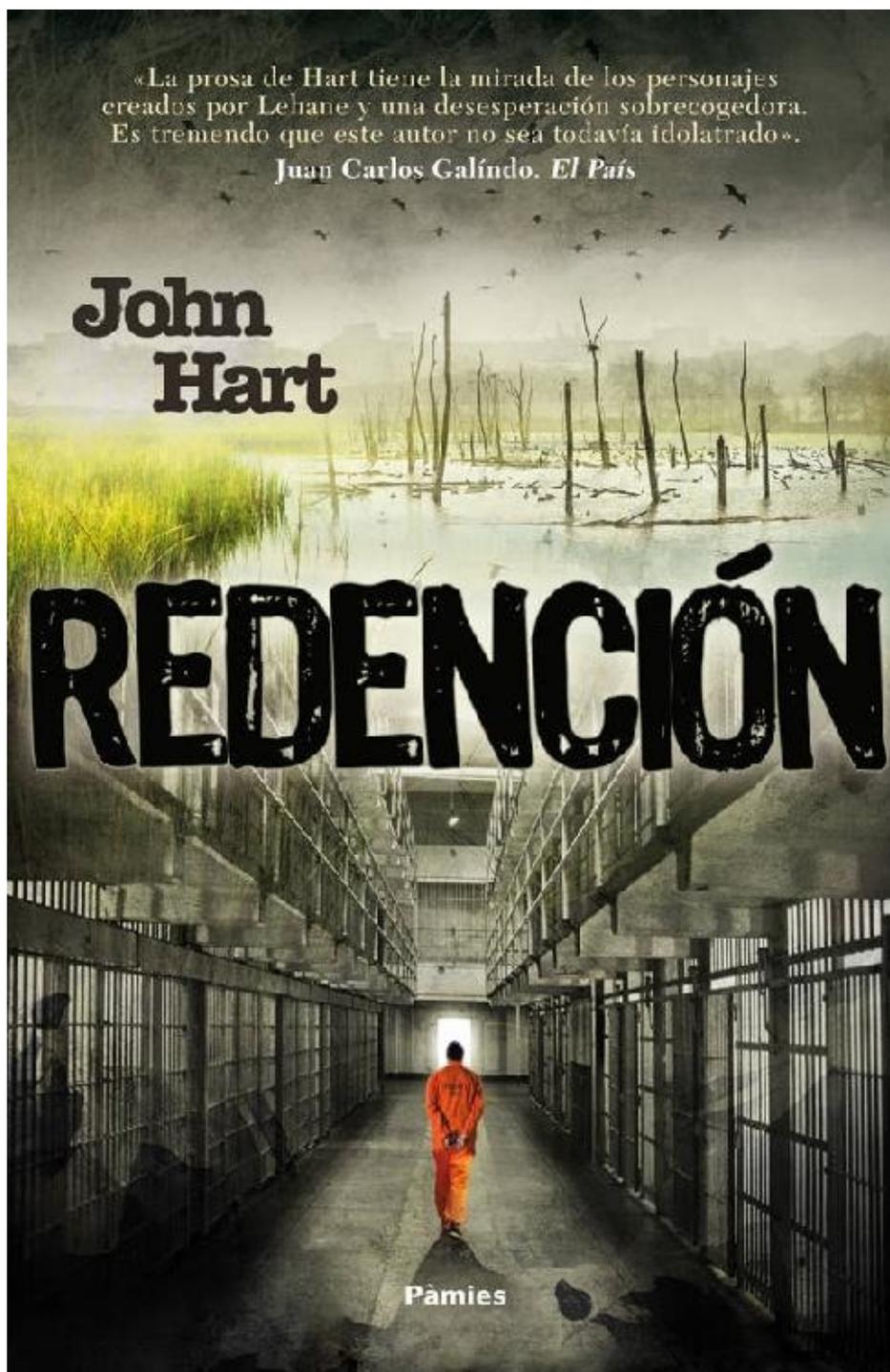
La enigmática aparición de Judith Vivanco en las inmediaciones del tristemente famoso camping de Los Alfaques, más de un año después de su secuestro, no es un caso único. Previamente, otra embarazada dio a luz durante un prolongado

cautiverio antes de ser puesta en libertad con su bebé entre los brazos. Ninguna de las dos se muestra dispuesta a colaborar con los investigadores: ambas parecen proteger a su captor extrañamente agradecidas.

Alma Ollés es una «sensitiva» mediática con un pasado traumático y un presente esplendoroso hasta que conoce al norteamericano Telmo Gloum, uno de los hombres más poderosos, influyentes y ricos del planeta: transhumanista convencido, ególatra y propietario de un holding de empresas científicas que tratan de combatir el envejecimiento humano para vencer a la muerte, la corteja de una forma tan cautivadora, deslumbrante y fastuosa que resulta complicado no rendirse. Pero, ¿cuáles son sus auténticas motivaciones y qué esconden su conciencia y sus proyectos?

Desde las entrañas es un *thriller* actual, intenso y palpitante sobre la vida presente y futura. Un entramado de interrogantes grandes y pequeños sobre la condición humana por el que desfilan mujeres valientes y asustadas, madres coraje, activistas de Femen, criminales desalmados o comprometidos, víctimas inocentes, almas errantes y vidas no vividas. Una historia imprescindible sobre los umbrales del nacimiento y de la muerte, los límites de la moral, los crímenes legales e ilegales y otras desapariciones.

Lee [aquí](#) el principio de *Desde las entrañas*.



Redención, John Hart

Un adolescente con una pistola que espera, a las puertas de la cárcel, al hombre que asesinó a su madre cuando él apenas era un bebé.
Una detective de policía problemática que se enfrenta a su pasado a causa de las

secuelas de un brutal tiroteo.

Un poli honrado que, después de trece años en prisión, sale en libertad. Pero ¿por cuánto tiempo?

Un cuerpo que se enfría bajo una sábana de lino en el altar de una iglesia abandonada en lo profundo del bosque.

Una pequeña ciudad del sur de Estados Unidos a punto de estallar.

Es el camino hacia la Redención.

Rebosante de tensión, secretos y traiciones, Redención vuelve a mostrar la genialidad de John Hart (el único autor ganador del prestigioso premio EDGAR con dos novelas consecutivas) como maestro del *thriller* literario.

«Una historia de dolor y perdedores, de lucha contra el fracaso vital. La prosa de Hart tiene la hondura de Woodrell, sus personajes, la mirada de los creados por Lehane y una desesperación sobrecogedora. Es tremendo que este autor no sea todavía idolatrado». Juan Carlos Galindo, *El País*

«Lean esta novela. Y luego lean el resto de novelas de Hart. Así de bueno es». David Baldacci

«Es imposible parar de leerlo». Harlan Coben

Lee [aquí](#) el principio de *Redención*.

Table of Contents

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)
- [35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[Agradecimientos](#)

[Contenido extra](#)

Table of Contents

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)
- [35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[Agradecimientos](#)

[Contenido extra](#)